CONCIENCIA DE CLASE

HISTORIAS DE LAS COMISIONES OBRERAS

Elvira Lindo, Manuel Rivas, Benjamín Prado, Isaac Rosa, Unai Sordo, Joaquín Estefanía,
Bruno Estrada, Pedro A. Jiménez, José Babiano, Susana Alba, Ana Abelaira, Ana F. Asperilla, Mayka Muñoz, Javier Tébar, Pedro G. Ríos, Amaya Olivas, Miguel Ángel Sánchez, Antonio Campos, Rafael Fraguas y Jesús Montero





Índice

CONCIENCIA DE CLASE

HISTORIAS DE LAS COMISIONES OBRERAS

Elvira Lindo, Manuel Rivas, Benjamín Prado, Isaac Rosa, Unai Sordo, Joaquín Estefanía,
Bruno Estrada, Pedro A. Jiménez, José Babiano, Susana Alba, Ana Abelaira, Ana F. Asperilla, Mayka Muñoz, Javier Tébar, Pedro G. Ríos, Amaya Olivas, Miguel Ángel Sánchez, Antonio Campos, Rafael Fraguas y Jesús Montero





CONCIENCIA DE CLASE

HISTORIAS DE LAS COMISIONES OBRERAS

Elvira Lindo, Manuel Rivas, Benjamín Prado, Isaac Rosa, Unai Sordo, Joaquín Estefanía,
Bruno Estrada, Pedro A. Jiménez, José Babiano, Susana Alba, Ana Abelaira, Ana F. Asperilla, Mayka Muñoz, Javier Tébar, Pedro G. Ríos, Amaya Olivas, Miguel Ángel Sánchez, Antonio Campos, Rafael Fraguas y Jesús Montero





Conciencia de clase

Historias de las comisiones obreras

Bruno Estrada (coord.)

Prólogo de Joaquín Estefanía

Elvira Lindo

Manuel Rivas

Benjamín Prado

Isaac Rosa

Unai Sordo

Bruno Estrada

Pedro A. Jiménez

José Babiano

Ana F. Asperilla

Susana Alba

Ana Abelaira

Mayka Muñoz

Javier Tébar

Miguel Ángel Sánchez

Pedro G. Ríos

Amaya Olivas

Antonio Campos

Rafael Fraguas

Jesús Montero


fundación
1º de mayo


fundación
1º de mayo

diseño de cubierta: Pablo Nanclares

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

longares, 6

28022 madrid

www.1mayo.ccoo.es

Conciencia de clase.

Historias de las comisiones obreras

isbne: 978-84-1352-137-4

ISBN: 978-84-1352-118-3

DEPÓSITO LEGAL: M-28.759-2020

thema: KNXU

Impreso en Artes Gráficas Coyve

Prólogo

Historias de las Comisiones Obreras

e historia de CC OO

¿Por qué debe preocupar a los asalariados, sobre todo a los miembros de un sindicato, que la afiliación sindical se sitúe, en el mundo entero, en niveles bajos? O que, lo más probable, sea que caiga aún más en el futuro dada la creciente complejidad del mercado de trabajo y las diferentes situaciones que se dan en el mismo. Las historias que se relatan en este libro contestan en buena parte a esa pregunta. Si a uno le inquieta, porque pertenece a alguna de ellas o por solidaridad, la evolución de la clase baja y de la clase media (en general, la clase trabajadora), necesita atender a los sindicatos que las representan. No valen las sociedades anestesiadas: esas clases están sufriendo penalidades crecientes desde hace casi tres lustros (la Gran Recesión y la pandemia del coronavirus). El ascensor social se ha detenido. Ambas clases se han debilitado por los efectos de las dos mayores crisis económicas del capitalismo, casi consecutivas (la Gran Depresión de los años treinta del siglo pasado y las dos guerras mundiales), y por la redistribución a la inversa que durante ellas se ha expandido (el aumento espectacular de las desigualdades).

Las crisis y su gestión. Hay muchas razones de ello (la política económica aplicada, la disímil correlación de fuerzas, la globalización realmente existente, etc.), pero una de ellas, de la que se habla poco siendo tan significativa, es la disminución del porcentaje de trabajadores sindicalizados. La pérdida de influencia de los sindicatos en sus labores de mediación y de confrontación con la realidad. Conforme ha ido disminuyendo esa influencia también ha empeorado la suerte de las clases bajas y medias, sobre todo en el sector privado, lo que hace interrogarse sobre qué sucedería si desapareciesen los sindicatos o quedasen extremadamente debilitados, como quieren los neoliberales más ideologizados. Esta fue una de las reflexiones centrales que se dieron, por ejemplo, en el movimiento Occupy Wall Street, en el año 2011, en el que participó el candidato demócrata Bernie Sanders: los sindicatos protegen a las clases subalternas al garantizar que los trabajadores tengan una voz (fuerte) que los represente tanto en el mercado como en la democracia. Cuando los sindicatos son fuertes pueden garantizar que a los trabajadores se les paguen salarios justos, que no sean despedidos arbitraria y gratuitamente, que posean la formación que

precisan para ascender o que se los tenga en cuenta en los procesos de toma de decisiones de las empresas. Los sindicatos también fomentan la participación política de los ciudadanos y ayudan a los asalariados a conseguir políticas públicas que les ayuden, como la seguridad social (las pensiones), el ingreso mínimo vital o el salario mínimo.

Hace poco tiempo se emitió en televisión un documental sobre la vida de Marcelino Camacho, primer secretario de Comisiones Obreras. Su título (Lo posible y lo necesario) resume la idea principal de la mayor parte de los hitos de la historia de la central sindical que se aportan en este libro: la tensión entre lo que se nos permite hacer (lo posible) y lo que deberíamos hacer (lo necesario). Este es el dilema central en cualquier acontecimiento en el que existen posiciones diferenciadas. Hay un hecho central en la historia de CC OO que amalgama esa mixtura entre las demandas económicas y las demandas políticas que favorecen la vida cotidiana de los ciudadanos: el principio de la transición entre el franquismo y la democracia.

Enero de 1976. Madrid es sacudida por un movimiento huelguístico sin precedentes, que pronto se extenderá al resto de España. Franco acaba de morir. Los efectos de la primera crisis del petróleo, que se había extendido por todo el planeta en el otoño de 1973, se visibilizan con dureza en las vidas cotidianas de los ciudadanos españoles: disminución del crecimiento de la economía, incremento del paro y de la inflación, frenazo a la inversión y a los beneficios de las empresas, etc. Aquello se denominó “estanflación” (estancamiento más inflación). Otra vez la pesadilla repetida de un cambio de régimen inmerso en una gran crisis económica. Lo había escrito el socialista Indalecio Prieto en su libro Convulsiones de España: “No entender políticamente el mundo de la crisis económica y no presentar ante él una política económica coherente constituyó una de las causas del fracaso de la Segunda República”.

Mientras la mayor parte de los países de nuestro entorno geográfico habían comenzado a tomar medidas para domeñar la estanflación hacía casi dos años, los últimos Gobiernos de Franco no habían tenido la fortaleza política ni la visión económica para reducir las dificultades económicas de la ciudadanía. Cuatro dirigentes del Partido Comunista de España (Víctor Díaz Cardiel, Juan Francisco Pla, Alfredo Tejero y Eugenio Triana) publicaron casi al tiempo de los hechos un libro (Madrid en huelga. Enero 1976) en el que describían lo que estaba sucediendo:

Durante dos meses, Madrid ha sido escenario de un movimiento huelguístico que ha afectado a todas las ramas de la producción y a numerosos servicios públicos. La ciudad se ha quedado prácticamente sin taxis, sin metro, sin correspondencia. Las manifestaciones se han sucedido en todos los puntos de la capital y de la periferia industrial. Durante semanas, decenas y miles de trabajadores se han venido reuniendo a diario en asambleas en las que discutían el curso de su acción… Decenas de conflictos estallaban y se apagaban sin que la huelga dejase de crecer. El sindicato oficial se veía desbordado con convocatorias lanzadas desde sus propios órganos comarcales y provinciales.

CC OO tuvo un papel preponderante en esa movilización. David Ruiz, en su historia colectiva del sindicato (Historia de Comisiones Obreras, 1958-1988) reproduce el fragmento de un informe del Ministerio de la Gobernación que dice: "Se designa con el nombre de Comisiones Obreras a unas organizaciones obreras opuestas al sindicalismo oficial que pretenden convertirse en un sindicato obrero de clase al margen de la legalidad". Añade Ruiz —que no aporta la fecha del documento— que así definían los servicios de información internos de la dictadura de Franco a la, según ellos, principal fuerza contraria al régimen, una organización, añadían, que "de actuar coordinadamente podía llevar al país a una situación de caos y a meter revolucionarios del más alto nivel", si el Gobierno no empleaba los medios adecuados para impedirlo.

Pues bien, en 1976, CC OO participa, junto con los otros sindicatos y los partidos de la oposición —unos con más ganas que otros—, en la primera gran movilización tras la muerte del dictador, con el objeto de cambiar las cosas

porque la huelga de Madrid hay que considerarla en realidad como parte destacadísima del esfuerzo de la oposición democrática por plantear la ruptura frente a la intención continuista, evolucionista o reformista presentada por el Gobierno. Porque la huelga ha sido tanto un acto reivindicativo como un acto político. Claro está que en su desencadenamiento y desarrollo han tenido importancia capital las reivindicaciones salariales de empresa y la oposición general a los topes salariales.

En su texto Economía política de la crisis, el economista José Víctor Sevilla, coautor de la reforma fiscal de 1977 y secretario de Estado de Hacienda en los primeros años de los Gobiernos de Felipe González, desvela la intención de los sindicatos: en aquel momento, la lucha obrera y la presión sindical tenían un significado esencialmente político; nadie se planteaba entonces los problemas que podría catalizar una elevación salarial, precisamente cuando los primeros efectos de la crisis ya se estaban sintiendo. Y remata: el comportamiento salarial, reflejo de una correlación de fuerzas favorable a la clase obrera, “acabaría sepultando definitivamente al modelo de crecimiento de los años sesenta abriendo una brecha entre el nivel de salarios alcanzado y la capacidad del aparato productivo para satisfacerlo”.

CC OO y el resto del movimiento sindical no solo jugaron un papel esencial en la transición a la democracia, sino que son constitutivos de la misma, tal y como recoge el artículo 28 de la Constitución: “Todos tienen derecho a sindicarse libremente […]. Nadie podrá ser obligado a afiliarse a un sindicato”. Poco a poco, según avanzó la normalidad democrática, su papel de movimiento sociopolítico fue transformándose en sindicato de clase. En sus primeros documentos de la década de los años sesenta, las Comisiones Obreras se definieron como un movimiento unitario y plural de carácter sociopolítico que luchaba por mejorar la condición obrera, conquistar los derechos colectivos de los trabajadores y las libertades democráticas. Esta función fue evolucionando una vez se superó la etapa de “entrismo” en el sindicato vertical, en la que se obligaba a los empresarios y trabajadores a encuadrarse en los sindicatos oficiales, un instrumento de la dictadura para controlar a la mano de obra.

La represión sufrida hasta el inicio de la transición (en forma de cárcel, asesinatos, despidos, detenciones, torturas, Tribunal de Orden Público, etc., que se detallan en este libro) ayudó también a acrecentar la conciencia de clase de los afiliados al sindicato. La conciencia de clase es la capacidad que tienen los ciudadanos que pertenecen a una clase social de ser conscientes (y de actuar conforme a esa conciencia) de las relaciones sociales antagónicas. En CC OO ello fue determinante desde el principio, multiplicada esa conciencia por el hecho de que sus principales dirigentes pertenecían al clandestino Partido Comunista de España y que durante bastantes años el sindicato fue una correa de transmisión de ese partido. La complejidad extraordinaria del actual entramado social ha afectado notoriamente a la teoría temprana de la conciencia de clase (la

explotación de la burguesía sobre el proletariado). El planeta Trabajo se halla en una de sus mutaciones más profundas desde el inicio de la revolución industrial en el siglo XVIII; la naturaleza del trabajo y su relación vertebradora de la cohesión social están en cuestión. La transformación es tan profunda que genera temor en amplias capas de la sociedad y muchos ciudadanos tienen miedo a perder su puesto de trabajo en el futuro inmediato, sustituirlo por otro de peor calidad y menor seguridad o instalarse en la precariedad permanente. Ese temor (alienación) es superior en ocasiones a la conciencia de clase. El capitalismo de plataformas y el capitalismo de la vigilancia, que abarcan en progresión geométrica a un número creciente de trabajadores y sectores productivos, cambian la organización del trabajo y ponen contra las cuerdas las regulaciones pensadas para otros modelos de producción.

Este es el desafío actual de los sindicatos: adecuarse a la llamada “cuarta revolución industrial” sin abandonar los principios por los que fueron creados. Los acontecimientos puntuales que inspiran y conforman este libro aportan las lecciones que servirán también para demostrar que los sindicatos son más necesarios que nunca. No deben ser olvidados.

Joaquín Estefanía

PETRA

Elvira Lindo

Sigo los pasos de la joven que tras salir del metro ha entrado en una zona de casitas bajas del barrio de Tetuán. Tetuán de las Victorias. Serán las seis de la tarde. Mira el reloj, anda apurada. Siempre anda apurada. Tiene una hora para grabar la entrevista y luego deberá salir corriendo para recoger al niño, que se ha quedado al cuidado de una vecina. Llega tarde a la radio cada mañana, llega tarde a las citas, llega tarde a la guardería por la mañana cuando deja al crío y cuando va a recogerlo. Llega tarde ahora. Se le pasa el tiempo sin sentir, no se centra y prepara mal las entrevistas, suda cuando se sienta ante sus entrevistados, es un sudor de desamparo, aunque a menudo le acaban saliendo bien, un poco de chiripa y otro tanto debido a que mira a sus entrevistados con un aire entregado y candoroso y muchos de ellos se rinden ante su atolondramiento inocente, ante esta chica que siempre llega tarde, que improvisa excusas para ser disculpada y que espera el día en que su alma se serene y pueda prestarle al mundo la atención que merece. Anda a grandes zancadas sobre unos botines de tacón ancho. Carga en bandolera un enorme casete prestado de la radio. Lleva leotardos, falda corta y un jersey con grandes hombreras. La melena corta dibuja una mandíbula muy marca, que le da un aire de gran determinación, el pelo fosco, rojizo, las cejas anchas y unos labios finos que al estar pintados de rojo oscuro le confieren un rostro de muchacha de los años veinte.

Siente una inclinación hacia la periferia porque en uno de sus puntos cardinales se ha hecho adulta. Curiosidad por la periferia de la ciudad, pero también por todo aquello que se encuentra fuera de la corriente cultural dominante, en los márgenes. Tal vez sea consecuencia de su educación adolescente, más sentimental que ideológica; de cuando se empapó de unas inquietudes reivindicativas que se respiraban en casi todos los ambientes que frecuentara una chica de barrio, en los bares, en las fiestas de verano, en la asociación de vecinos, en aquel local del “partido”, más garaje que local, con vistas a un descampado al que algún día llegarán las excavadoras, el garaje que todos los

días abría un viejo comunista al que le gustaba contar las batallas más importantes de su vida, la guerra civil y la digna resistencia en la cárcel. Los jóvenes militantes, acodados a la barra, prestaban oído; ella, la chica, atendía al viejo en silencio, tratando de imaginar aquel tiempo en ese otro país remoto, el de los rojos, que tan poco se parecía al que habían vivido sus abuelos. Sentía que debía acercarse al país ajeno, empaparse de esa otra memoria que le había sido robada. Algunos de los jóvenes camaradas eran descendientes de esos militantes históricos, habían crecido con esos relatos de rojos. Carmen, por ejemplo, era nieta de Matilde Landa, y Clemente, sobrino de Rosario la Dinamitera. La adolescente envidiaba esos orígenes como otros anhelan el tener el retrato de un bisabuelo aristócrata en el salón. A menudo, para consolarse, pensaba que la única posibilidad de rectificación que le ofrecía la vida era llegar a ser ella misma una abuela luchadora y valerosa que enorgulleciera a sus futuros nietos. Su incipiente militancia era el primer paso. Tras escuchar algún nuevo episodio carcelario del abuelo, la impaciencia hormonal de la juventud luchadora se abría paso y salía la muchachada en tromba del local, dispersándose luego en parejas, buscando rincones en el parque Zeta en donde meterse mano.

Ocho años más tarde, aquel carnet de las Juventudes anda perdido por algún cajón de la casa de su padre. No milita, pero a su manera poco ortodoxa ha podido materializar sus intereses políticos en el trabajo de la radio. Recuerda con orgullo que el primer reportaje que realizó, con diecinueve años, tutelada por un reputado periodista, versó sobre la abuela de su amiga, Matilde Landa, una heroína de las presas políticas en las cárceles franquistas que consiguió organizar algo parecido a una asesoría jurídica dentro de la prisión. No fue una misión en vano: Landa, cultivada y astuta, logró la libertad o la reducción de condena para algunas presas que estaban cumpliendo penas sin juicio o basadas en falsos testimonios.

Los años ochenta han ido inclinando la balanza de los sentimientos colectivos hacia el lado superficial de la vida, se ha ganado en la gama de colores que adorna las aceras y en el desprejuicio sexual, pero se ha ido perdiendo la batalla de la memoria de los perdedores; el ambiente dominante empuja a ser olvidadizos del pasado, a la despreocupación, aunque ella, la chica de la radio, junto a algunos compañeros, mantiene vivo el santoral laico que componían sus héroes adolescentes. Celebran cada tanto, cada 1 de mayo o cada 14 de abril, a aquellos personajes que se han hecho viejos o han muerto sin que este país, que

anda ahora absorto en su presente, haya compensado su sufrimiento y su lucha.

Nuestra joven radiofonista sin título universitario va camino de la casa de Petra Cuevas. A Petra la conoció un Primero de Mayo. Buscaban a una sindicalista de larga experiencia y en Comisiones les facilitaron el contacto de una de sus históricas militantes. Al otro lado del hilo surgió la voz ligeramente ronca de una anciana que se mostró encantada de pasar la mañana con jóvenes periodistas. Del ascensor de la planta octava surgió aquel día del trabajo nuestra heroína, de complexión tan menuda que parecía que se iba a quebrar. Petra se sentó a la mesa del locutorio, aferrada al bolso, y miró a la periodista con la dulzura de sus ojos claros. Por un momento, la periodista pensó que tendría que ampararla en la entrevista de tan frágil como la veía. Pero la pequeña mujer comenzó a contestar las preguntas con una determinación y una claridad expositiva que hizo que al otro lado del cristal se fueran congregando técnicos y colegas de la redacción que solo en contadas ocasiones abandonaban su mesa para escuchar el programa en la pecera. Esa fue una de las muchas veces que en el programa llamaron a Petra. A ella le entusiasma venir a la radio y narrarnos una historia que parecía no tener fin. Cualquier tema se acoplaba a su perfil, el compromiso, la acción, la particular lucha de la mujer, la guerra, la cárcel, el nacimiento de las libertades, los derechos laborales, la solidaridad. Cuántas veces pensaron que la vida de Petra merecía ser escuchada, grabada, escrita. Cuántos planes de certificar la importancia de esas vidas que no quedaron en nada.

Petra Cuevas nació en 1908 en Orgaz, un pueblo de Toledo. A los diez años ya estaba al cuidado de unos niños que eran más grandes que ella. Cuando contaba doce años su familia se trasladó a Madrid porque al padre le había salido un puesto en la Unión Eléctrica. Ese mismo año, la niña Petra comienza a aportar dinero a la economía familiar como aprendiza de modista. Era tan espabilada la cría que a los dieciséis consiguió emplearse en un prestigioso taller de Lavapiés, la Bordadora Española. Además de formarse como la gran bordadora que fue, trabajar en una fábrica con muchas otras chicas fue despertando en ella la conciencia de pertenecer a una clase, a un colectivo. Ella veía cómo un tipo de la UGT llamaba cada mes a su casa para cobrarles a su padre y a su hermano la cuota. La joven bordadora preguntó al sindicalista si era posible afiliarse y el hombre le dijo que no, que no había un lugar específico para las trabajadoras de

los talleres. Petra no se conformó. Se labró un prestigio de peleona porque cada vez que las compañeras necesitaban reivindicar un pequeño derecho, un tiempo para descansar y reponer energías, era Cuevas la que sin dudarlo, sin miedo, acudía a hablar con los dueños.

Su fama como fina bordadora le abrió camino y del taller de Lavapiés pasó a otra casa de costura y bordado, Cripa, que estaba en la Gran Vía, encima de Chicote. Los maestros eran franceses y les enseñaban a realizar un trabajo exquisito. De las manos de Petra salieron los bordados que la reina Victoria Eugenia lucía en sus trajes de noche y muchas de las señoras de la alta sociedad madrileña. En los talleres trabajaban muchachas muy jóvenes, de los catorce a los veinte años como mucho, de tal forma que a pesar de las duras jornadas el ambiente siempre tenía algo de festivo, o gamberro, como solía decir Petra. Al salir del taller las chicas se pateaban la Gran Vía cogidas del brazo, riéndose hasta de su sombra y de todo aquel que se les ponía por delante. No habían alcanzado todavía la condición de obreras organizadas ni conseguido agrupar al sector y contar con una líder que las representara. En la estructura laboral madrileña eran las cigarreras, más numerosas y activas, las que habían logrado hacerse un hueco en el reconocimiento sindical. Petra Cuevas lo vio claro y se puso a la tarea. Se afilió al Sindicato de la Aguja, incluido entonces en las filas de la UGT, en el que apenas militaban treinta compañeras, y asistió a unas reuniones que de tan pequeñas parecían familiares. Cuevas era más ambiciosa y comenzó a moverse por otros talleres para informar sobre la importancia de afiliarse al sindicato. El Sindicato de la Aguja, del que enseguida llegó a ser secretaria, vio aumentadas significativamente sus filas y cuando instauró la Segunda República ya eran, con todo derecho, un sector de obreras con peso en el mundo sindical. Petra había conseguido abrir una puerta en el mundo de los hombres.

A la chica de la radio esta mezcla de excelencia en algo tan delicado como el arte del bordado y de ímpetu para organizar el ala de un sindicato le provocaba fascinación. Inspirada por espíritu tan combativo se afilió a Comisiones Obreras y vivió con alegría e intensidad la jornada de huelga general del 14D del 88. De todas formas, sonríe cuando Petra cuenta en la radio que a ella las manifestaciones de ahora le parecen charangas; recuerda vivir la revolución, o la promesa de una revolución, en la calle. Nada comparable a aquel día de parada histórica del 88. Para el batallón de jóvenes que trabajaban en la planta octava de la emisora de la calle Huertas, arrimados al edificio de Comisiones, fue una larga jornada entre celebratoria y reivindicativa.

Ha pasado un año de aquel día que acabó más allá de las doce de la noche, cuando abrieron los bares de Echegaray y fueron a celebrar el éxito de la huelga con unos cuantos vinos. La periodista tiene ahora un programa de entrevistas en profundidad, de una hora, cuya sintonía es una canción de Suzanne Vega, "Tom's Diner", que suena como una invitación a contar historias. En vez de grabar a los invitados en la radio ha decidido colarse en sus casas para observar el entorno íntimo y luego montar el programa con consideraciones sobre el espacio en el que viven. Se cuela con el gran magnetofón en los hogares de personas a las que admira. Una cantante, un escritor, un científico, una poeta, una vieja luchadora antifranquista. Entra en el pequeño patio de casas humildes de Tetuán y Petra le abre la puerta. Es viuda y vive sola. La sala de estar es humilde y coqueta. El sofá y los sillones revestidos con pañitos, como los de mis tías. Todo limpio y primoroso. La joven periodista piensa que en las entrevistas anteriores que le hizo a Petra se centró sobre todo en los capítulos más épicos de su vida: el nacimiento del gran Sindicato de la Aguja, cuyo nombre ya en sí le emociona, y en la gran labor que todo el sector del vestido, incluidos los sastres, realizaron durante la guerra civil española. Bajo la batuta de la bordadora vistieron a los soldados: los sastres se encargaban de las chaquetas y las gorras; las modistas, de las camisas y los calzoncillos. Petra repite, incansablemente, tal vez porque percibe que nuestra cultura histórica es escasa, que ella no hizo la guerra, sino la revolución. Queríamos un mundo mejor, más justo, dice, y perdimos.

Hoy la joven quiere que la conversación se centre en la pérdida, en lo que supuso la derrota para una mujer como ella. Obrera, humilde, significada y leal hasta el último día. Cuando se sienta, la chica de la radio se siente como si fuera la nieta de aquella mujer, y piensa que podría haber llevado al niño a que jugara mientras ellas charlaban. Petra, antes de entrar en materia, le enseña unos manteles bordados, tan ricos en colores, tan perfectas las líneas florales que más de una vez la periodista se ha de arrepentir de no haberle pedido que le regale uno de recuerdo. A Petra no le hacen falta muchas preguntas. Tiene un libro, una historia oral de la guerra civil española, Recuérdalo tú y recuérdalo a otros, cuyo título le ha servido de inspiración. Contar, para ella, es una misión a la que siempre está dispuesta.

Tras la victoria de Franco, Petra se refugia en casa de unos conocidos en

Vallecas. Se medio disfraza y así vive, camuflada, durante unos meses. Pero la policía se presenta en la casa de sus padres un día sí y otro también. Cuando se entera de que han azotado a su padre para que confiese dónde se encuentran dos de sus hijos, Petra y su hermano Julián, nuestra heroína se entrega. Pasará más de un mes en la Dirección General de Seguridad. Será torturada con corrientes eléctricas. Ella siempre ha creído que el que estaba detrás de esas torturas era Arias Navarro. Aún tiene las señales en las manos. Mira, le enseña, aquí están. De ahí, casi muerta, la llevan a la cárcel.

De esta primera condena saldrá a la calle un corto espacio de tiempo hasta que la policía tiene noticias de que anda organizando junto con otros camaradas la lucha clandestina y vuelven a detenerla. Cuando ingresa en prisión está embarazada. ¿Embarazada?, pregunta la periodista, sorprendida de que tras tantos encuentros con Petra sea ahora, en la intimidad de su casa, cuando se refiere a esa circunstancia tan determinante. Sí, embarazada, la criatura era fruto de la relación que tuve con el hijo de la señora que me escondía. A ver, añadía castiza, encima de lo mal que lo pasábamos no le íbamos a hacer feos a comernos una rosca.

La niña nació bien, pesó cuatro kilos. Es sorprendente imaginar que en ese cuerpo tan pequeño cupiera un bebé de ese tamaño, pero así fue. Petra tiene una bebé de cuatro kilos en la enfermería de la cárcel. La instalan en una camilla sin desinfectar donde ha muerto otra criatura con tuberculosis. Como era de esperar, la niña enferma. Enferma, tose, llora. Y no se le administra medicamento alguno, ni cuidados, ni higiene. Petra está en la cárcel que más temía, Madres, en el puente de Segovia, aquella a la que destinan a las parturientas y a las que tienen niños pequeños. La crueldad en esta institución para madres se multiplica: los niños pasan el día en el patio así se tuesten de calor o tiemblen heladitos de frío; durante horas están separados de sus madres, que los escuchan llorar desde el interior de la prisión. Petra se rebela con sus escasas fuerzas de madre recién parida, se pelea con las crueles carceleras, pero no puede evitar que la niña, a los seis meses, muera.

La joven periodista mira a esta anciana que, valerosa siempre, trató de sobreponerse de la pérdida más terrible de todas protegiendo a las presas más jóvenes. Esta mujer de acción que jamás superó los treinta y cinco kilos en la cárcel asiste a otras compañeras a las que considera más desamparadas, también trabaja, realiza bordados para encargos de señoras del régimen, y no se rinde, es fiel a sus ideales, en parte, para mantenerse en pie ella misma. Cuando sale de la

cárcel, no hay trabajo para Petra. Los grandes talleres no van a abrir las puertas a una roja. Antiguas amigas de los talleres le pasan tarea para que la ejecute clandestinamente y así se mantiene un tiempo, aunque las grandes casas reconocen la mano de la excelente bordadora; conocidas de izquierdas de la clase intelectual le encargan blusas o vestidos, aun sabiendo que la confección no es lo suyo, pero es la única manera de que Petra acepte algún dinero. Tiene un sentido de la dignidad demasiado estricto: el dinero sin trabajo le parece limosna. A los pocos años de salir de la cárcel, se casa con un buen hombre, Garrido, vecino del barrio y conocido de su familia, y entrega ese amor materno que le fue arrebatado a la niña de este, que enseguida hará suya, como suyas serán las nietas que vendrán luego. Parece mentira, dice, pero hasta el año 78 ha estado la policía llamando a esta puerta para comprobar que no me había fugado. “Yo les decía, pero ¿dónde me voy a fugar yo, si no tengo a dónde ir? Anda que si pudiera iba a estar yo aquí, esperando a que vinierais vosotros. Qué poca vergüenza venir a vigilar a una vieja”.

Al llegar la democracia entiende que el sindicato que le corresponde según sus ideales es CC OO y se afilia. También se encarga de abrir a diario el local del partido, del Partido Comunista. Por las noches, acude a echar el cierre. No tiene pereza para hablar con los jóvenes militantes, recuérdalo tú, recuérdalo a otros; hoy son menos numerosos que en los setenta los que se acodan a la barra para escuchar las batallas que vertebraron su vida: el sindicato, la guerra, la cárcel. Entre eso y dirigir el hogar de ancianos en donde organiza visitas culturales y lidera algunas causas, como la campaña contra el ingreso en la OTAN, esta Petra, para la que narrar su heroica vida en el sindicato es una obligación moral, sigue activa.

—¿Cómo lograste mantener la alegría, Petra? Porque tú eres una persona alegre.

—Nadie supo jamás la pena que me bullía dentro. Algunas presas que me conocieron y han contado después la experiencia dicen que nunca me vieron triste, pero la realidad es que alguna vez a punto estuve de volverme loca. Cuando la niña murió, pensé, me vuelvo loca. Lo cierto es que yo siempre tuve la sensación de que las demás estaban peor que yo. Tal vez eso me salvó. Y luego había otra cosa, yo cantaba, cantaba mucho. En cuanto veía a alguien que rompía a cantar allí que me unía yo. Cantar ha sido esencial para no rendirme.

La chica de la radio mira el reloj disimuladamente, pero Petra lo advierte. Vete, vete ya, que tendrás prisa. Podría contarle que tiene un niño de tres años que ya estará en la ventana, en brazos de la vecina, esperándola. Podría decirle que quisiera ser tan valerosa como ella, confesarle que se afilió al sindicato por ella, y que tiene un afán de justicia, un vago anhelo de cambiar el mundo, pero que no sabe cómo abordar semejante misión. Tal vez si hubiera tenido un oficio material, de menos palabrería y más acción, si hubiera sido una obrera más de un taller, si hubiera bordado y cantado con otras chicas y compartido sueños, si hubiera salido con ellas a andorrotear por la Gran Vía, a hacer el gamberro inventando a cada paso la soberanía de las mujeres, si hubiera tenido ese don con las manos, si hubiera empezado el universo desde cero, creando y liderando algo tan poético como el Sindicato de la Aguja, si estuviera en su mano ser discípula aventajada de Petra Cuevas.

Antes de que se marche, Petra saca de una caja de galletas una foto de estudio: es ella, debe de tener dieciocho años y es pequeña y graciosa, muy bonita. Luce un vestido muy elegante para una chica humilde, pero ella asegura que a todas las muchachas de los talleres les gustaba vestir bien y que ella siguió yendo arreglada hasta en la guerra. La figura de la Petra joven es tan grácil que parece que tras el posado va a pegar un salto para incorporarse al cuerpo de baile de un musical.

Sale a despedir a la entrevistadora a la puerta. No parece una anciana. A pesar de sus ochenta años no lo es. Aún le quedan veinticuatro años de batalla. Morirá contando su historia con el mismo verbo claro, de acento popular, que la distingue.

La joven periodista que yo fui la recuerda ahora, y piensa que debía haber prestado atención a los detalles, haber guardado al menos la cinta en la que se grabó la conversación; pero, ay, toda persona joven está sumida en su presente, entregada a sus propios desafíos, y ya va perdiendo recuerdos por el camino a casa. Mientras viaja en el taxi que la lleva a su barrio, piensa en el niño. Estará, lo más seguro, asomado a la ventana. Un escalofrío le recorre el cuerpo al imaginar a esa joven madre viendo impotente morir a su niña de seis meses. A los espíritus generosos a veces la vida les recompensa, y ella fue compensada con la niña de un viudo. El amor de las personas generosas siempre encuentra su cauce.

Vivir es olvidar. La joven piensa que todo lo vivido se encuentra bien seguro y registrado en una cinta de casete. Incauta, fía su memoria a lo que cabe en una cinta. La perderá, como perderá gran parte del recuerdo de aquella tarde o de esas otras mañanas en las que Petra, la sindicalista, se acercaba a la radio para seducirla con su verbo popular, con su manera cristalina de narrar la derrota. Solía decir: “Si luchas puedes perder, si no luchas estás perdida”. Ella siguió batallando hasta los 104 años. Hay algo que mi memoria no pudo ni quiso borrar: el ejemplo de la mujer que luchó sin dejar que la amargura la venciera. A eso se le llama valentía.

Petra Cuevas, toledana de Orgaz, llegó a Madrid con once años. Pronto se dedicó al bordado, oficio en el que fue muy virtuosa. Desde su adolescencia participó activamente en la lucha obrera y fue secretaria general del llamado “Sindicato de la Aguja” donde consiguió organizar a las modistas durante la Segunda República. Encarcelada durante el franquismo, nunca abandonó su intensa lucha ni su militancia, ni en la dictadura ni en la democracia.

EL APRENDIZ

Manuel Rivas

A Luís Ferreiro

En la víspera, antes de marchar, estábamos al calor de la lumbre y mi padre dijo de repente:

—Vais a andar por el mundo, pero a ver cómo andáis. La palabra de un hombre vale más que la palabra de un notario.

A mi padre le vendría bien el apodo de Silencio, así que aquello era mucho decir.

Me iba a la montaña, a Ancares, a trabajar ocho meses. Éramos una cuadrilla de cinco aprendices, al mando del maestro cantero Silva. No se me olvidará nunca la primera lección: "Nosotros no trabajábamos de sol a sol, sino de estrella a estrella".

De camino, se hizo noche. Encontramos aposento en una taberna. Comimos tocino y cachelos. Y dormimos en un alpendre, sobre la paja. Me desperté muy dolorido. Le dije al jefe Silva que tenía un dolor insoportable en la espalda. Era un buen tipo, pero con estas debilidades se enfadaba mucho. Y maldecía. Soltaba unos extraños juramentos.

—¡Me cago en la ley de la gravedad! —dijo esta vez— ¿Dónde? ¿Dónde te duele?

Señalé la parte de los riñones, sin atreverme a tocar. Algo se había quebrado en el esqueleto. Y fue él, Silva, me levantó la camisa y soltó otro juramento, pero en tono muy distinto:

—¡Me cago en el puente sobre el río Kwai!

—¡Mirad! —dijo, jocoso— ¡Durmió encima de la paleta!

Era tanto el sueño que ni me había quitado las herramientas sujetas al cinto.

Era una casa de labranza. Una casa grande. La casa de la Arribada. Yo tenía quince años. Y lo primero que vi fue a aquella muchacha. Mis compañeros salían los domingos a la tarde, a husmear por ahí. “¡Vamos a ver si hay truchas!”, decía el más pícaro. Yo tenía otra costumbre. Lavaba la ropa y cosía remiendos. La muchacha andaba por allí llevando cosas. Un cesto, una herrada, una brazada de hierba, un cubo de cinc, un cordero, un escobón de retama. Un cuerpo que iba y venía, cambiando de formas, giratorio, con aspas, moviendo bultos de luz y sombra. Coincidimos al tender la ropa lavada y al colocar las piezas blancas al clareo sobre la hierba. Imité sus movimientos. Y ella imitó los míos. Y después de reír, cada uno a su manera, de rodillas, conteniendo risas, como quien trata de atrapar saltamontes, nos miramos. De repente, en silencio, compartíamos una sonrisa desconocida. Olía como el heno y se iba haciendo antigua con cada latido.

Oímos la voz del padre. Emilio, el señor Emilio, era un hombre tranquilo, muy corpulento. Quizás por eso, por su arquitectura de piedra, sentía que me trataba con confianza. Me miraba desde lo alto, pero su voz estaba a la altura de sus manos. Eso es algo que también aprendí de cantero, el trabajar las palabras al tacto, sopesarlas. A mayor peso, con mayor tiento. Empujarlas con las yemas de los dedos.

Justo era lo que quería el señor Emilio. Que le ayudase a mover una gran piedra. Él estaba con la labor de ganarle terreno al monte para ampliar la era. No, su voz no era una voz de mando. Dijo: “¡Por favor, neno!”. Yo era, aproximadamente, un tercio, bueno, la mitad del señor Emilio. Que me pidiese ayuda, por favor, me hizo sentir como un igual. De alguna forma, lo entendí como una licencia para sonreír. A Luz Divina, al mundo, a la piedra. Lo recuerdo bien. Claro que lo recuerdo bien. Ya nunca más dejé de sonreír.

—¿Cuándo es la maja del centeno?

—No, no es por la maja —dijo él, con tono divertido—. ¡Es para bailar!

Me miró y me guiñó un ojo:

—Tal como está ahora, no tiene vuelo para un buen pasodoble.

Me puse a la tarea mano a mano con el padre de Luz Divina. Me parecía estar oyendo la música. La muchacha y yo girábamos en una órbita que unía y estrechaba nuestros cuerpos. La roca era grande, pero con una forma cúbica que la hacía manejable. Cedió al impulso de la palanca y se dejó acostar, dócil, sobre los rodillos de madera. Silva nos había contado un día la historia de un pionero de la aviación que era gallego, y que un día, sobrevolando el Pico Sacro, perdió por un momento el control de aeroplano y gritó a la cima de la montaña: "¡Aparta, roca, que te rompo!". Silva nos dejaba reír, pero luego la historia tenía su moraleja: "Con las piedras, no vale ser bravucón". Y añadía: "Ni confiado". El señor Emilio me miraba maravillado. Yo, el muchacho, estaba moviendo y guiando aquella mole sin apenas tocarla.

Me engañó. No era dócil. La piedra hizo un extraño giro y yo le regañé como el aviador a la montaña: "Pero, ¿tú adónde vas?". La mano llegó tarde al rodillo. Había tenido golpes y magulladuras, pero nunca un dolor así. Perdí el sentido. Cuando desperté, ella me estaba vendando el pulgar con una tela suavísima y blanca como la gasa.

—Son telarañas de la techumbre del molino —dijo Luz Divina—. ¡Ya verás cómo te calman!

Le sonreí.

—Vas a perder la uña, pero, al menos, salvarás el dedo —dijo el padre.

También a él le sonreí. Era un dolor insoportable. Salía del pulgar, circulaba por todo el cuerpo y volvía al pulgar.

Cuando me llevaban a la sala de tortura, iba pensando: "Si hay que morir, pues se muere. Pero ni una palabra de más, ¿me oyes?, ni una palabra". Parece increíble, pero cuando llegué a esa conclusión me sentí mejor. Yo hice un pacto con el pensamiento: "No puedes dar explicaciones. Ninguna. Dar una explicación, aunque no delates, es dejar un resquicio. Una palabra lleva a otra". Esconderlas dentro del cuerpo. Eso es lo que pensé. Esconder todas las palabras. Detrás de cada hematoma, detrás del dolor, donde más duele el dolor. Y así iba haciendo soportable lo insoportable.

Una de las veces, al llevarme al calabozo, hicieron que me cruzase con mi hermano. Fue una visión fugaz, pero suficiente para ver cómo los golpes nos habían tallado más parecidos.

—Je ne sais rien de tu! —murmuré sin mirarlo.

—Mois non plus! —oí que respondía él.

Sonreí con esa puta sonrisa que andaba a su aire y el comisario Paradela me dio un golpe una nuca. Un mal golpe, de los que llevan plusvalía de rabia.

—¿Qué le has dicho? ¿Qué te ha dicho él?

Me acordé de la primera vez que había oído hablar a Silva con otro maestro, un vasco llamado Azcona, en el “latín de los canteros”. También le dicen “verbo das arginas”. Se reían con picardía. Compartían todo. La comida, el vino, si lo había. Pero no sus secretos. Y yo daría todo a cambio por entenderlos. Cambiaría mi parte de los víveres por un lote de palabras. Azcona se dio cuenta de que estaba a la escucha, frustrado, mientras los otros aprendices comían. Me dijo algo que entonces me resultó extraño:

—Escucha, chaval. La gente piensa que las lenguas son para entenderse, pero más bien es al contrario. Las lenguas también sirven para que no te entiendan.

—¿Qué le has dicho?

—¡Una bendición!

—Eso era francés, ¿no? En francés no se bendice.

“Ni una palabra más —pensé—. Llévalas a los testículos. Se cebaron. Una patada que hizo añicos todo lo que me quedaba de frágil en el cuerpo. El pobre ajuar, los vidrios, la vajilla y el espejo. Aquella patada rompió el espejo. Casi no puedes andar. Envíalas allí, a curar tanta humillación. A la tierra quemada. Al amor propio. Si ellos supieran el daño que hacen las amenazas, los insultos, no perderían el tiempo con los puños de acero y los tormentos. Estarían ahí azotándote con fustas de palabras estriadas, aserrándote con los dientes oxidados del ultraje, ahogándote con el zurro y las heces del escarnio, despellejándote con eufemismos. Sin necesidad de tocarte un dedo, te dejarían en nada. Si dijesen, por ejemplo: ‘¡Ya no eres hombre, Ferreiro! ¡No vas a follar en la puta vida!’,

pues yo me lo creería. Lloraría”. Noto que sí. Que estoy a punto de llorar. Sonrío.

—¡Era latín!

—¿Latín? No me jodas, Ferreiro. Pues dime, aunque sea en latín, dónde está la puta máquina.

“¿Lo ves? Mejor no abrir la boca. Usar las palabras en misión sanitaria, cuerpo adentro”. Había una agrupación de insurgentes en las grutas de las encías. Se deslizaron boca adentro, por los acantilados, y ahora están reparando con urgencia en la parte más dañada, la del amor propio.

Perdí la uña y volvió a nacer. No sé si me curaron el dedo las telarañas, algodonadas por el polvo de harina, con las que me vendaba Luz Divina, pero puedo decir que el tiempo en que cicatrizó esa herida fue lo más parecido que encontré a la felicidad. Y el dedo está rehecho con esas vendas, cosquillea cuando recuerdo. Si existía el destino, el mío sería Donís. ¿Qué más podía querer? Y esa era la pregunta contrariada que asomaba en la mirada de quienes me despidieron. Llorar no lloramos, pero había una protesta en los ojos. ¿Por qué marché? Tenía quince años y me inquietaba la felicidad, el desasosiego de haber ido a parar tan pronto a un paraíso. Después de aprender el oficio, marché a Francia a trabajar en la construcción. Allí volví a ser aprendiz. Desde niño sentía la rebeldía ante la injusticia. Vi nacer a algunos de mis hermanos sin nadie que ayudara a mi madre. Solo mi padre, sus manos enormes haciendo el nudo del ombligo a la criatura. Mi propia infancia como pastor de vacas, con hambre de ir a la escuela y aprender. No me sentía triste, pero sí rebelde. Fue la rebeldía lo que me liberó de la tristeza. Y en Francia, con los exiliados, con gente que había luchado en la resistencia, aprendí a darle forma. A hacerla eficaz. Junto con mi compañero, volví como clandestino a Galicia. Tenía una misión. Iba a ser el encargado de “la máquina”. Hoy puedo decirlo. Pero entonces era el mayor secreto. Ni hablando solo podía hablar de “la máquina”. La tiranía se había apropiado del lenguaje. Las palabras que no se habían domesticado castañeteaban de miedo, vivían en voz baja o en silencio. Había que contrarrestar todo eso con palabras liberadas. Y ese era el trabajo de “la máquina”.

Me llevaron a un despacho. Era un hombre de pelo blanco, de porte elegante. Ordenó que me dejasen solo con él. Y Paradela me soltó del brazo, con cuidado, temeroso quizás de que me derrumbase como una piltrafa, tanto tiempo diciéndome que era una piltrafa. Paradela llevaba siempre un traje negro con rayas blancas y un chaleco con reloj de cadena. Más que un detective, parecía un gánster. “Si salgo de esta, se lo diré algún día”, pensé. O no. Tal vez se sienta orgulloso. Nunca se sabe con un social. El jefe tenía más estilo. Podía ser director de un banco o de un periódico.

Me ofreció un cigarrillo.

—No fumo, gracias.

—Es usted un hombre disciplinado, claro —dijo con algo de sorna.

—Simplemente, no me gusta.

—Todos los placeres tienen un riesgo. Por ejemplo, me han dicho que usted sonríe cuando… le aprietan.

—Es un tic. No puedo evitarlo. Y no es que me aprieten. Sus hombres me están torturando.

Estaba haciéndose el bueno, el civilizado. Así que decidí desplazar una agrupación de palabras justo a la boca:

—Me han atado de pies y manos a una mesa, me han golpeado como a un saco, me han intentado ahogar, me han hecho quemaduras en los pechos, me han reventado los testículos…

No pareció alterarse por la acusación. Pero me sorprendió lo que dijo.

—¡Son unos bestias! No saben cómo tratar a la gente. ¿Has comido hoy? Voy a pedir algo de comida…

Descolgó el teléfono, pero volvió a colgarlo.

—¿Sabes? ¡Son unos brutos! Yo les explico que el trabajo de información es otra cosa, pero no saben. Deberían tener otro empleo. ¿Así que te han tratado mal?

Decidí retirar la agrupación de palabras.

No iba a darle cháchara.

—Escucha, ¡diles algo! A veces, hay que rendirse a la evidencia. Si no tienen nada, se ponen cada vez más violentos. No hay quien los pare. Dales una pista, una liebre, algo para que se contenten y se entretengan. O, mejor aún, diles dónde está la máquina. ¡Una máquina no es más que una máquina, hombre! ¿Dónde está la máquina, Ferreiro?

Una bandada de palabras voló hacia el pensamiento. Tenía que prepararme para lo peor.

—¿Qué, no dices nada? Tú y yo podemos llegar a un acuerdo.

Se puso en pie. De espaldas a mí, miraba por un ventanal hacia el puerto. Después de unos minutos, se volvió y llamó por teléfono.

—¿Paradela?

Estaban los tres más crueles en la sala de tortura. Además de Paradela, Zunzu y otro que tenía de apodo Gitano. Aparentaban tranquilidad. Ya no parecían impacientes por pegarme. Había una silla en el centro de la sala, bajo un foco de luz. Paradela me hizo una seña para que me sentase.

—Escúchame, Ferreiro —dijo—. No vas a salir de aquí como un héroe. Vas a salir hecho una mierda. Hemos hecho correr la voz de que has cantado. Así que ya no importa lo que digas. Lo que queríamos era destruirte. Estás fuera de juego. Nos dices dónde está la máquina y asunto zanjado. Hemos hablado con el juez. Unos días de visita en el trullo y ya está. Tú eres listo, Ferreiro. Cabezón, pero listo. Y eres valiente. Me jode decirlo, pero es así. También nosotros somos cabezones, más que tú. Y tenemos mucha experiencia con los valientes. Hay una línea, ¿sabes? —Me clavó el índice en la frente, entre ceja y ceja.

—Es la línea de flotación del valiente. Está aquí, a esta altura, un poco más adentro o un poco más afuera.

Había encendido uno de sus puros. Dejó que se desprendiese la primera ceniza y

quedó bien a la vista una brasa cónica. Pensé que me volvería a quemar. No pude evitar un parpadeo. Lo disimulé con una tos, como si me molestase el humo.

—¡Tiene un buen tiro! —dijo, después de dar otra calada—. Ya no va a haber más quemaduras, Ferreiro. Nos dices dónde está la máquina y en paz.

—No sé de qué máquina me habla.

Esperaba una tanda de golpes y que se rompiese lo que estaba en su sitio. Todavía podía oír por el oído derecho. Podía entrever por los párpados hinchados. Tenía aplastada la nariz, como muchos boxeadores, pero seguía ahí. Y la lengua. Todavía no me habían metido el cable de la picana en la lengua. Todavía no se habían caído las vigas del cielo.

Paradela llamó a un guardia:

—¡Llévalo al calabozo!

No sabía qué pensar. El guardia que me llevó era el único que no me empujaba ni amenazaba. Al contrario, me dio una manta:

—Hoy va a hacer frío.

Pero antes de marchar, me miró fijamente y preguntó:

—Oye, ¿esa máquina existe?

—¿Qué maquina?

Escupió y se alejó.

Tenía que intentar dormir. No sabía si era día o noche. No sabía cuántas horas habían pasado desde la detención. Pero apenas había dormido. Me acurruqué, cubierto con la manta, y me puse a masajearme la cabeza. Sentía que rozaba las palabras. Fue entonces cuando oí la voz de mi madre. No, no era una pesadilla. La oía por un altavoz. Me hablaba en gallego. ¡Qué cabrones! Ese golpe sí que no me lo esperaba. Gritaba, le hacían gritar: —¡Dilles onde está a máquina, home! —Me tapé los oídos. Pasó un tiempo, y allí seguía la voz—. ¡Dille onde está a máquina, que te van matar, home!

Tuve un presentimiento. Las palabras. Las palabras me avisaron. Era una grabación y no era mi madre. Alguien la imitaba. Mi madre nunca me llamaría home. Yo siempre sería neno.

Me volvieron a subir a la sala de tortura.

—¿No vas a hacerle caso a tu madre? —preguntó Paradela.

No dije nada.

—Parece que no le importa lo que diga su madre, pero sí que le importa. ¿No veis la línea de flotación, cómo tiembla?

Pasó un tiempo, todos a mirarme la línea de flotación, hasta que el Chungo dijo:

—¡Estoy hasta los cojones de tanto experimento! Se está riendo de nosotros, ¿no veis cómo se ríe?

—Es un tic que tiene —dijo Paradela.

—¡Pues le voy a curar el tic!

—¡Por mí, dale!

Me sujetaron las manos a unos torniquetes. Iban clavando alfileres en las hendiduras de las uñas. Hasta que llegaron al pulgar. Primero un alfiler, luego otro. El Chungo, enfurecido, hurgó con una astilla de madera. Pero yo ya no sentía nada. Todo el dolor era un recuerdo del dolor.

Sonreí.

Luís González López fue uno de los fundadores de Comisiones Obreras de Galicia. Nacido en 1939, es más conocido como Ferreiro, su nombre clandestino en la resistencia al franquismo. Con muchas adversidades, y con compromiso comunista, ha dedicado su vida a la lucha por la democracia y la libertad solidaria.

MARÍA LA PERRAQUILLA

Pedro A. JIMÉNEZ MANZORRO

Mariae in memoriam

Yo no soy nadie. Menos que nadie. Mi padre sí que era alguien. O lo fue. Un alguien que se llamaba Ulises.

***

Niña, levántate, que te vas. ¿Adónde? A ninguna parte. Bueno, a una parte que es ninguna. ¿Por qué? Porque sí. ¿Tiene que ver con la pelea de anoche con el manijero? Tiene. ¿Es como cuando los tiros? No. Aunque para mí… A lo peor… Como cuando los tiros. Pero no preguntes más, niña. Coge mi macuto, mete tu ropa y guarda pan y los huevos duros. Llévate mi cantimplora. Y la manta grande. Abrígate, la brisa de la primavera es traicionera junto al mar. Hace fresco, aunque el aire ya perfume. Te llevo adonde el Mojao. Él te pasa en la barca a Malandar. Y tú enfilas por la playa, sin entretenerte. Hasta donde la piedra gorda, la torre que emerge del castillo que nunca existió. ¿Te acuerdas? ¡Qué tontería! Siempre te acuerdas de todo. Y eres capaz de repetirlo palabra por palabra. Lo dicho. Sin entretenerte. Después, las dunas y al Rocío. Pero a ti no te gustan los que van al Rocío. Y tú no vas de feria, niña. Una vez allí, buscas los chozos —ya quedan pocos— y preguntas por María la Perraca. Le das un beso y le dices que el Ulises te quiere Perraquilla, y que también te llamas María. Ella sabrá. ¿De qué la conoces? Ella sabrá, ella sabrá… Anda, vénguilis vénguilis y no tentreténguilis. En dos o tres días estarás allí, si no pierdes el paso. Hacía fresco, aunque el aire ya perfumaba.

***

A mi padre le gusta llamarse Ulises. Al manijero, no. A él le gusta ser el capataz y que lo llamen a Jerez en el tren para recibir instrucciones. A mi padre le decía siempre que Ulises era mucho nombre para un pobre que solo sabía de viñas y que no tenía ni media hectárea para las suyas. Pero que se podía llamar Ulises y no Antonio o Paco o Manolo, como los buenos cristianos, que a él no le importaba. Mucho nombre para un tío que se vino peatón desde el valle de San José, comido de miseria, para trabajar en las viñas. Los salesianos le dijeron al abuelo Pepe que me llamara Ulises, que ellos me darían escuela. A mi padre no le pareció mal trato y aceptó, aunque no le gustaba renunciar a su nombre, al de su padre y al de su abuelo. Pero España estaba llena de Pepes. De hecho, al capataz, don José, lo llamaban Pepito. A escondidas, claro. No levantaba tres palmos del suelo, pero todo lo que tenía de chico, lo tenía de mala leche. Él solo era poca cosa, pero no era él solo. Todo el mundo lo sabe en Sanlúcar. Pero, por lo menos, el hoyo que lo cubra no habrá de ser grande. Poca cosa, todo el mundo en Sanlúcar lo sabe. Ulises es mucho nombre para alguien que desapareció cuando los tiros y que gracias a la caridad de algunos comenzó a faenar en las viñas, rodeado de silencio, cuando volvió diez años más tarde. Diez años de silencio. Y algunos más de miedo y vergüenza, niña.

***

Los carrizos aquí son tan aburridos como en La Jara. A nadie le gustan, solo a las arenas y a los pitijopos de colorines que van y vienen por ellos con su vuelo agradecido. Las arenas, sin embargo, son poco agradecidas. Se tragan toda el agua para nada o para casi nada. Se dejan llevar al mar y allí viajan al fondo. Y cuando el viento se enfurece, de nuevo para la playa. Viajar sin pagar. Como Pepito cuando va a Jerez. Bueno, pagan los de Jerez y le dan bocadillo. Pero si no subes, no pagas, y eso que te ahorras. Hoy no monta nadie. Hoy no monta nadie y nos vamos para casa, me han dicho que decía mi padre a todo el mundo en la estación el día del plante. No a todos les hacía gracia. Con el pitillo

milagrosamente sujeto entre los labios, repetía quedo esa oración: Hoy no monta nadie. No era un susurro, porque tu padre no susurra, pero su voz solo era audible para aquellos que lo miraban a los ojos. Nadie monta hoy. El jefe de estación se acerca, pero no escucha nada. Lo único que hace es espantar los corrillos de jornaleros. El tren va a salir, la espera se hace tensa. El jefe de estación sigue espantando corrillos. Nadie quiere irse para comprobar que no monta nadie hoy para ir a la faena. El tren aprieta el culo y se pone en marcha. Ya no puede volverse atrás. Ya nadie puede volverse atrás. Habrá que aprovechar la jornada en nuestras propias viñas. Mi padre no tiene. Mi padre no pudo tenerlas. La estación escupe a quienes llegaron como viajeros. Algunos están orgullosos, los más tienen miedo. Miedo.

***

Aquí no se coge nada. La radio de pilas siempre va conmigo. Yo casi tengo quince años, pero no soy el amor de nadie ni soy una chiquilla divina y colosal. Era de mi padre, la radio, digo, pero ahora era mía. No sabía decirme que no. Conmigo no tenía consistencia, con los hombres, sí. Me contó mi madre que había vuelto una noche tábido. Que ya lo había conocido diez años antes y se habían enamoriscado. Incluso habíamos estado tonteando, a escondidas, claro. Pero que se fue cuando pasó lo que pasó. Y después de pasar lo que pasó, ella pasó hambre en Sanlúcar. E hizo lo que hizo. A tu padre no le importó. ¿De dónde vienes? Del infierno, ya lo sabes. De arder de frío, hambre y miedo en él. No quiero más infierno. Mi padre también había desaparecido con él. Pero no volvió. ¿El abuelo se fue con papá? No. Papá se fue con el abuelo. Pero mi padre no volvió. Ulises, sí, tábido. Y me juró que no volvería a irse. Y yo me dejé camelar. Y él me rescató de aquella casa, donde todo el mundo me consideraba poco menos que una tumbona. Sortear el hambre no es difícil si no tienes estómago. Pero a tu padre no le importó. Me rescató de aquella casa, me llevó al pueblo y casi en la primera noche te hizo venir a este mundo, María. Aunque siguiera tábido.

***

La poda es la que trae la uva, niña. La vendimia no es tan delicada. La poda sí. Pero hay que saber podar. Y por eso pagan algo y pueden pagar más. No hay máquinas para la poda. Cavar y vendimiar es más fácil, es menos peligroso. Sulfatar tiene su cosita. Sin sulfato el mildiu se come la vid. Pero podar… La poda trae la uva, niña. Hay que saber dónde sajar y hacia dónde. Si se hace mal, la lluvia de primavera pudre la planta. Lo he visto trabajar muchas veces en los barrillos de sus amigos. Me empezó a llevar con él cuando murió mamá. Me dejaba en la casetilla y me daban de comer. Quédate ahí jugando, chiquilla, al lado de la candela. Pero me aburría e iba a donde la faena. Hacía frío. Vete al bohío, niña. En el campo el Ulises, delgado como un junco de camisa negra, miraba, sajaba, cortaba y sonreía observando la siguiente vid. Como el junco ese de detrás de la mata de romero en el que se posa el cigarrón, sí. Padre era un titán en la faena. Cepa tras cepa con las suelas repletas de pirigaña. Inspección rápida y vuelta a comenzar: mirar, sajar, cortar y sonreír. Muchas horas del invierno caían así, unas tras otras. A veces, mi padre se levantaba y decía: Antonio, en todos los trabajos se fuma y como esto te lo hago de balde, no me lo puedes ni quitar. Es la hora del cigarro. Antonio se reía y se iba a fumar con él. El paquete tenía un guerrero vikingo azul con espada y escudo redondo. Rodela, decía mi padre. Veinte cigarrillos hebra. Azul descolorido sobre un fondo blanco y arrugado. Cuando acababa ese interminable domingo de frío y aburrimiento, sin haber ido siquiera a la misa, Antonio buscaba por aquí y por allí y alargaba su puño cerrado. Somos amigos, Antonio, no quiero nada. Hoy por ti, mañana por mí. Calla, que es para la niña. Que no es para ti, que es para la niña, que algo le hará falta.

***

Cuando llegue al Rocío, tras buscar a la Perraca, le pediré a la Señora por mi padre y por mi madre, que no la olvide. Mi madre me llevaba a la misa desde muy chica, aunque no pudiera comulgar. Y todavía no puedo porque no sé decir bien los pecados. El caso es que madre me llevaba a la iglesia desde muy chica. Supongo que sería para compensar las ausencias de mi padre. El Ulises ir, iba, pero se quedaba tan en el umbral que no se sabía si estaba dentro o fuera.

Normalmente se protegía del sol o del frío en el muro que soporta el dintel de la puerta. También lo hacían otros, pero él destacaba, delgado y alto como es. A veces cuando yo miraba hacia atrás desde el banco de la Virgen del Carmen solo veía su vacío. No estaba. Fumaba en la plaza. ¿No te gustan las cosas de la iglesia? A los hombres no les gustan, salvo si son viejos o importantes o si casan a una hija preguntona como tú. ¿No te gustan los curas? Los curas no tienen que gustar a nadie, ni a las mujeres ni a los hombres. Ese es su sino. Pero mamá me ha dicho que tú estudiaste de favor en un colegio de curas y que por eso tienes más conocimiento que los demás. Tu madre, niña, no sabe de la misa la media. Anda, vete por ahí a escuchar tu transistor.

***

Se ve que el Eulises no aprendió, ¿eh, María? Le cogió de lleno el meneo y perdió su juventud cuando los tiros. Yo ya no quiero líos. Mi barca me trae y me lleva y me renta unas pesetas. Yo ya no quiero más herramientas que mi barca. ¿Quieres un poco de coñá? Hace frío. Es del bueno, es Terry, Centenario. Así que hablas menos que tu padre… Pues ya que este viaje no lo pagas, podrías al menos regalar un poco de conversación, ¿no? Tu padre me pidió el favor y yo se lo hago. No sé en qué piensa. Él se creía que era como antes, como hace treinta años, y que don Pepito se iba a amilanar. Y ahora ya anda la Guardia Civil buscándolo y te deja sola para la desgracia. Siendo mujer y tarada, ¿a dónde vas a ir, María? ¿Vas a vivir como una salvaje en los arenales? ¿Te ha dicho tu padre que irá a recogerte cuando las aguas estén más calmas? ¿Crees que podrá hacerlo? El Eulises esta vez ya no vuelve, que lo sepas.

***

El silencio ha cortado la lengua del Mojao. Menos mal, no soporto tanto reproche ni tanto runrún. Padre me dijo que no hablara con nadie hasta llegar a la aldea, que solo escuchara y recordara las palabras, como hago siempre. Yo soy muy obediente, sobre todo si me lo dice mi padre. Tu padre me pidió el favor y

yo lo hago. En otros líos no me meto: yo sí que aprendí. Tanto sufrimiento para nada. Tanto miedo rumiado lentamente, sin levantar la vista… Los puños para el azadón o para el timón, los otros ya no sirven para nada. Cuando la guerra, llegaron los moros de Queipo y los sanluqueños no plantaron cara. Los más listos se fueron. Como tu abuelo, que tiró de tu padre. En un mes habían matado al alcalde y a un centenar de personas sin un ay de nadie. La gente ni quiere ni puede oír hablar de eso. Y los jóvenes, menos. Te miro, con esos ojos y ese pelo, y me pregunto qué vas a hacer sola cuando lleguemos al otro lado. No sé en qué piensa el Eulises. Tú procura que no te vea el guarda del chozo, que tiene muy malas pulgas. Aunque se acuesta con el día, ni se te ocurra acercarte al huerto. Duerme con un ojo en su huerta, con otro en sus tres mastines y con su escopeta cargada. En realidad, vive con la escopeta cargada… Debe de ser la soledad. Tú, pase lo que pase, no te vayas a quedar sola, María. Tienes ahora una edad muy bonita y no puedes desaprovecharla. Esto pasará rápido y tú tienes una vida que vivir. No te vayas a quedar sola, que el pasado se merienda a los mortales cuando se quedan solos. Así que vive tu vida y olvídate de maluras y desgracias.

***

Menos mal que me he traído la rebeca de lana de mamá. Todavía me viene grande, pero la gente me dice que yo me pondré como mi madre, que tengo sus huesos, que no seré una delgaducha como mi padre. Ella me dijo que mi padre, cuando joven, era guapo de caerse. Y muy listo. Pero que era muy retraído, que todo el mundo decía que venía como herido de la sierra y que era una pena porque a esa cara le habría ido muy bien una sonrisa. Raramente hablaba de su familia y nunca de su escuela, aunque sabía muchas cosas. Conoció a tu abuelo en una reunión de las de aquella época y empezó a frecuentarnos. Al abuelo le caía bien porque sabía leer y hablaba poco y porque, sabiendo de otras cosas, quería aprender de vides. El abuelo le enseñó en el pedacito de tierra que fue nuestro y lo metió en su cuadrilla. Como ninguno de los dos hablaba mucho, no discutían nunca. De cuando en vez, tu padre le pedía que leyera algún papel o un periódico y después intercambiaban algunas frases de esas que entonces sonaban importantes. Cuando en aquel verano los falangistas vinieron a buscar a tu abuelo, ellos ya iban de camino a Málaga. Muchos años después vino tu padre y muy de seguido llegaste tú. Ya todo había cambiado. Como de la noche al día.

Como del día a la noche en que vivíamos.

***

No me dan miedo la oscuridad ni la soledad. Padre me decía que solo me tenía que dar miedo la gente. Alguna gente, la que es mala, que no es poca. La que te mira de lejos y habla de ti sin que te enteres. Esa gente. Porque después buscan venganza. Cuando nadie se montó en el tren señalaron a mi padre, entre otros. Él ya lo sabía. Pero no pasó nada. Ni en esa ni en las siguientes. En esta oscuridad veo a mi padre con su media sonrisa y el pitillo en la boca. En todos los trabajos se fuma. Los mastines me han dejado pasar sin ruido, como si alguien les hubiera endulzado sus ladridos con una empalagosa torta de miel. Ahora solo queda un camino de arena hasta la piedra grande, apurar las dunas y enfilar a la aldea. Antes de estar muy cansada, te envuelves en la manta y te pones al abrigo tras los matojos. Y no elijas el sitio al tuntún. Si puedes, en los restos de una torre que se apartó del mar hace mucho tiempo. Recuerda que cuando amanezca es cuando más frío hará. Entonces te levantas, comes algo y te pones en camino. Lo que no me dijo es que fuera a llover. La lluvia clavetea las arenas menos húmedas. No es fuerte, pero desagrada. Como la gente que habla de ti desde lejos y sisea los nombres de tu padre y de tu pobrecita madre, y con pena fingida modulan en sus labios la palabra “tonta”. O “boba”. O “retrasada”.

***

Tiene una memoria privilegiada, como su padre. Parece mentira… No olvida nada de lo que oye y muchos días, semanas o meses después la niña es capaz de repetirlo con puntos, comas y tildes. Quizá no lo entiende bien, pero desde muy pequeña tiene esa facilidad. Será para compensar. Su madre decía que no se podía hablar delante de ella, que te podía dejar en bragas delante de las vecinas. A ver si va a contar a cualquiera lo de la reunión con Jesús. Cuando un viudo va con su hija a abrir una botella con unos amigos a una taberna, nadie sospecha nada. Aunque venga un forastero bien maqueado. La niña sigue escuchando.

Pero no entiende. Tampoco entiendo yo lo de meternos en el Vertical, por muchas ventajas que digáis que tiene. Sonreír a quien persiguió a los tuyos, a quien se mofa de tu silencio, a quien celebra cada día tu desgracia tiene cojones. Perdonar las ofensas. Reconciliación nacional. Desde luego, si te oyera el cura, estaría encantado contigo. A lo mejor hasta te hacía monaguillo. A mi padre no le gustan los curas porque no tienen que gustar a nadie. Es su sino. Es joven, jornalero y a mí no me puede casar. Sin duda, Rafael estaba confundido, porque a mi padre no le gustan ni los curas ni las cosas de iglesia, por eso siempre se queda en la puerta, como para salir corriendo. El francés dice que es lo que toca. Y lo vamos a hacer. Aquí en Sanlúcar hace años que lo venimos haciendo. Y nos ha venido bien a todos. A los mayetos, mejor. Los niños del Vertical nos protegen, los jornales siguen subiendo y el trabajo en las viñas no falta. Emilio, Juan, Manuel y el Nicolás están pendientes. Si no vamos a trabajar, no cuenta como huelga y no nos pueden hacer nada porque no somos fijos. Más problemas tendremos si meten mulillas o encuentran la manera de sulfatar desde el aire. El sulfato es hermoso, es como este mar en verano, a lo hondo. Como los ojos de mi padre, que yo heredé. Te cabe el océano en los ojos, chiquilla. La gente les tiene envidia, por eso te dicen cosas. Tú, ni cuenta. Anda, vete un ratito fuera, que no puedes estar siempre con los hombres tristes.

***

O todos fijos o ninguno. OSO. El oso es un animal plantígrado, porque planta todo el pie cuando camina. Gradus significa, en la lengua de los curas, “paso”. Animal plantígrado. Pero aquí no hay, ¿verdad, padre? Ni siquiera en el coto, donde sí hay otras fieras y peligros. Pequeñas víboras que se te meten entre los pies y te pican porque te ven grande y apetitosa. Papá, no me mientes a la bicha, que no duermo. No te tiene que dar miedo más que la gente, la que es mala y se venga de los débiles porque no puede hacerlo de los fuertes. Tú camina por la línea de las arenas hasta llegar a la piedra gorda, hasta la torre hundida de un castillo que nunca nadie ha visto. El oso es un animal plantígrado que no hay por aquí desde los tiempos antiguos, pero la OSO era un animal de tres palabras que no se podían decir en voz alta ni juntas ni por separado, oposición sindical obrera. La OSO es una fiera que dice cosas con su boca de papel: O todos fijos o ninguno. La OSO aparece con sus patas de papel en los caminos a los tajos. Y si

la Guardia Civil la encuentra se la llevan presa en sus macutos. Pero se reproduce rápido. Y aparece en otros caminos. La OSO se refugia sobre todo en las cavernas de los hombres y solo sale si es seguro, si el agua está clara y se ve todo el fondo sin víboras ni submarinos. Padre, en nuestro mar no hay víboras ni submarinos. En Sanlúcar, sí, María. Tú, como siempre, guarda silencio de lo que te digo.

***

¡María! Deja eso y date prisa, que tu padre le ha dado una paliza a don Pepito. Puede que lo haya matado. El capataz sangraba si tenía que sangrar. Cuando se lo llevaron, estaba adobado en sangre oscura. Pero respirar, respiraba. El Ulises estaba en el pedacito que fue de tu abuelo. Allí nos había convocado el capataz. Nos increpó y nos preguntó si pensábamos hacer una huelga cada mes y nos amenazó con ir a la Guardia Civil. Que si era para subir los jornales se hacía el loco, como siempre, y ni veía ni oía nada. Pero que qué tenía que ver Sanlúcar con los mineros asturianos. Viñas y no minas. El Marco de Jerez y no la Calamocha esa. El Ulises no se calló. Pepe se le acercó burlándose de su nombre y le espetó que vivía de la caridad del silencio, que si no se abstenía, ahora mismo se pasaba por el cuartel para decirles que él no llegó nuevo cuando llegó, sino que era el chiquillo que se marchó con tu abuelo cuando vinieron los moros de Franco. Que a saber qué hiciste esos años por ahí, en qué madriguera te escondiste y dónde dejaste a tu suegro que entonces no lo era, al menos a los ojos de la Iglesia. Que de las vides lo sabías todo, pero de la vida, nada. Algo habrás hecho para que Dios se te llevase a la mujer tan rápido y te diera una hija… No recuerdo la palabra que empleó. Yo sí que la sé, padre, seguro que dijo “tonta”. O “boba”. O “retrasada”. A la que no casarías nunca y de la que no verías nietos jamás, salvo que tú mismo te los hicieras. No hubo Ulises entonces. Se lanzó como un jabato, lo corneó, lo levantó como a un guiñapo desalmado y lo pateó hasta dejarlo sin quejido. De pronto detuvo su ira. Recogió su gorra. Se fue. Detuvo su ira. Recogió su gorra. Se fue. Recogió su gorra. Se fue.

***

He llegado a la piedra gorda, la torre hundida del castillo perdido, donde tengo que descansar antes de atravesar las dunas y dirigirme a la aldea para buscar el chozo —ya sabes que quedan pocos— de María la Perraca. Y le dices que el Ulises te quiere Perraquilla. Ya iré yo a buscarte, cuando pueda, cuando las almas estén calmas. Pepito no está muerto, como van diciendo por Sanlúcar con palabras sordas. Pero yo voy a tener que estarlo. Solo un tiempo. Poco tiempo. Tú, ya sabes, chitón. Silencio sin caridad. Silencio de solidaridad. Da frío recordar a padre. No puedo hacer una hoguera como las que le gustan. Él me dijo que no. Tras la jornada de trabajo en el cortijo la hoguera desata las lenguas más que el aguardiente. Tu padre habla poco, pero sabe escuchar muy bien. Primero se comenta de la faena del día que muere y del que está por parir. Después, de las alegrías y de las penurias de cada casa. Y eso da entrada a hablar de pesetas y peonadas, del peligro de las máquinas, del miedo a los esquiroles extremeños o manchegos. E incluso de los de Lebrija. Pero ellos no saben, no conocen la faena como nosotros. El año que trajeron a jornaleros de fuera para la poda, lo pagaron en la producción. Y lo saben en las bodegas. Y lo sabemos en los tajos. Y por eso nos pagan más jornal. Que no sirve ni para responder de lo que tenemos apuntado en la tienda. El que tiene su pedacito de tierra se defiende. Sin alharacas, pero se defiende. Aunque no le paguen la uva a lo que vale. Y ahí entra tu padre, más serio que un ajoporro. La propuesta de hacer fijos a algunos jornaleros es una trampa. Ya no podrían hacer huelga sin castigo. Pero, sobre todo, nos dividirían. Pues a mí me viene muy bien, Ulises, saber que voy a tener un jornal fijo cada mes. Y a ti también te vendría bien, que tienes que hacerte cargo de María. Y los niños del Vertical se lo están pensando. Y yo os digo que no. Que no se están pensando nada. Que saben que es una trampa. Que nos hacen fijos a todos o a ninguno. Si contratan, los capataces entran los primeros entre los fijos. ¡Y sus deudos, ja, ja, ja! Y después, ¿a quién dejamos atrás? ¿A los más jóvenes, con sus nuevas familias? ¿A los mayores que conocen su oficio y lo enseñan a los otros? ¿A los que vinieron de Trebujena? ¿A los de Chipiona? Siempre hemos dado todos juntos el callo y la cara. Y llevamos diez años de subidas. O todos o ninguno. Y había dicho todo eso sin dejar de mirar el fogaril y sin levantar la voz. Todos callan hasta que Juanete dice que lo van a hacer abuelo y la conversación deriva en bromas sobre la edad, las canas, las bocas que alimentar y la fiesta del bautizo. Otra vez a la iglesia. Y yo a la aldea, ea.

***

Vecinos y vecinas de Almonte, El Rocío y Matalascañas, buenas tardes. Hoy es miércoles 15 de abril y nos queda un día menos para volver a vernos. Las noticias que estamos recibiendo siguen siendo esperanzadoras. Los últimos datos nacionales sobre el coronavirus, ofrecidos por las autoridades sanitarias, indican una bajada en el ritmo de muertes, aunque se haya registrado un repunte en las últimas veinticuatro horas.

Desgraciadamente, hay que contar entre esos fallecidos, como ya sabréis, porque las malas noticias tienen alas, a nuestra vecina María, a la que todos conocíamos como la Perraquilla. Su vida ha sido siempre para todos nosotros un modelo y un enigma. Hace muchos años que apareció en El Rocío con sus inmensos ojos azules. Desde su llegada fue la amabilidad personificada de su eterna sonrisa. Pocas palabras le conocimos, pero pudimos comprobar que recordaba con claridad todos los detalles de lo que ocurría. Siempre trabajó en el campo y nunca faltó su presencia activa en las movilizaciones del sector con su bandera y su intermitente silencio, lo que le valió, a pesar de sus circunstancias, el reconocimiento de su sindicato y del ayuntamiento que presido. Ha fallecido en su retiro del Pastorcito de la Aldea, donde también se ganó la simpatía de todos. Que el fuego le sea leve.

En otro orden de cosas, os recuerdo que no podemos salir de casa, que es lo único que se nos pide. De lo que se trata no es solo de no poner en peligro nuestras vidas, sino de preservar la de todos los vecinos, amigos y parientes. Por tanto, para ganar esta batalla, que la vamos a ganar, calma, tranquilidad y sosiego. Es nuestra tarea común. Muchas gracias por vuestra atención y buenas tardes.

Los jornaleros del Marco de Jerez, especialmente de Sanlúcar de Barrameda, empezaron a atisbar, en la segunda mitad de los años cincuenta, una respuesta sindical que combinaba los plantes, la negociación y la infiltración en el Sindicato Vertical franquista y que llegó incluso a manifestar su solidaridad con los mineros asturianos en los primeros años sesenta. Este movimiento se considera hoy en día uno de los orígenes de Comisiones Obreras. No quedan

registros de los apellidos de Ulises en las memorias escritas u orales de la comarca.

EL ÚLTIMO HÉROE DE LA CAMOCHA

José Babiano y Ana Fernández Asperilla

Conocimos a Casimiro Bayón un sábado de octubre de 2005 en uno de esos rituales que el movimiento obrero heredó del republicanismo: el banquete. La cita fue en Campello, la localidad de la costa alicantina. Bayón y su esposa, Ana Rivera, vivían allí desde 1982. El clima del Mediterráneo le venía bien para la dolencia típica de los mineros, la silicosis, aunque para entonces ya tenía un cuadro clínico variado. Acudimos a la cita varias decenas de personas. Algunos vivían en Campello y en otras localidades de la zona; otros viajaron desde Madrid e incluso algunos se desplazaron desde Asturias; porque todos ellos compartían su origen y su militancia. Había, pues, descontando a la chavalería, un par de generaciones de comunistas (o antiguos comunistas) asturianos. La inmensa mayoría habían vivido en la emigración en Bélgica. Era una especie de exilio de segunda ola, pues muchos mineros huyeron de la represión en las cuencas, tras las huelgas de 1962 y 1963, a las minas belgas en declive. Con esas biografías no era raro que los más mayores se hubieran retirado en la costa alicantina buscando el buen tiempo y los días de sol.

Durante la animada comida enseguida nos dimos cuenta de que este tipo de encuentro lo organizaban de vez en cuando. Pero sobre todo podía percibirse que estábamos sentados entre un grupo de gente singular: viejos militantes que habían padecido brutales palizas a manos de la policía y prolongados años de cárcel, mujeres que se habían echado a la espalda mucho más que la solidaridad con los huelguistas, antiguos jóvenes que habían quebrado la ordenada vida urbana bruselense, irrumpiendo en las calles en apoyo de los del Proceso 1001 y de otros muchos presos antifranquistas.

Bayón no se encontraba muy bien esa tarde, pero acudió a la cita con la disciplina de uno de sus encuentros militantes. Después de la sobremesa nos hicimos una foto de grupo para inmortalizar la ocasión y caminamos por el paseo marítimo con los últimos rayos de sol. Era el final de temporada y a última hora de la tarde solo quedaban abiertos dos bares para tomar una cerveza. Nos

despedimos del grupo y quedamos en volver para entrevistar a Bayón. Así lo hicimos unos meses más tarde y, en efecto, quedó registrada una entrevista de más de cinco horas. Una entrevista que quince años después de aquel primer encuentro constituye uno de los grandes tesoros que custodia el Archivo de Historia del Trabajo de la Fundación 1º de Mayo.

Con casi ochenta años —había nacido el 8 de mayo de 1926, en Sama de Langreo—, la figura de Bayón no recordaba ni ligeramente a la iconografía obrera del primer tercio del siglo XX. Es verdad que la edad nos empequeñece; pero no es menos cierto que, si vives una infancia de guerra y una adolescencia obrera de posguerra habiéndote quedado sin padre en el bando perdedor, tendrás pocas posibilidades de parecer un jugador de baloncesto en tu juventud. Poco importa esto ahora. Lo que de verdad nos importa es que Bayón fue un héroe; eso sí, un héroe olvidado. En 1962, antes de que la famosa huelga del carbón asturiano de ese año echase a andar, tuvo que exiliarse; de manera que, obviamente, no participó en ella. Por entonces era el único miembro del Comité Provincial del PCE que eludió la caída del año anterior. Se fugó a París, aunque ocasionalmente volvió a entrar clandestinamente a Asturias. Como de todos modos se hallaba aquejado de una úlcera, "el Partido" lo envió a la Unión Soviética a reponerse. Un par de años después se puso a disposición de sus responsables. Estaba "quemado" para volver a Asturias, de manera que lo destinaron a Bruselas. Allí estaban llegando muchos paisanos suyos huyendo de las listas negras de la patronal o simplemente emigrando. La comunicación con su familia se había interrumpido durante casi un año y medio porque la cartera de Correos no entregaba a su esposa las cartas que le escribía. Después de dos años de separación, se reunió con Ana y sus dos hijos en Bruselas, donde un antiguo brigadista belga de la guerra civil le ayudó a tramitar los papeles para su reconocimiento como refugiado político. Allí fue uno de los animadores del Club García Lorca, que habían contribuido a crear antiguos miembros de las Brigadas Internacionales. El García Lorca fue toda una institución de la colonia española. Visitado por centenares de españoles, organizaba actividades culturales y deportivas de todo tipo, al mismo tiempo que se convirtió en un baluarte de la solidaridad con los presos políticos y la lucha antifranquista. Bayón también formó parte de la dirección del PCE en Bélgica, que era una organización de un millar de militantes y, por lo tanto, más numeroso que el PC local. La organización del PCE de Bélgica montaba las multitudinarias fiestas anuales de Información Española, la revista destinada a la emigración que durante años los comunistas españoles editaron en Bélgica. En 1977, con la amnistía, Bayón y su familia retornaron a Asturias. Volvió a trabajar en la mina, pero su salud no se lo

permitió durante mucho tiempo.

Si hemos glosado nuestro encuentro con Casimiro Bayón y anotado algunos retazos de su biografía política es porque fue el último superviviente de la famosa Comisión Obrera de la huelga de la mina de La Camocha de enero de 1957. Su último protagonista y testigo. Nosotros tuvimos el privilegio de conocerlo. Eran diez hermanos, dos murieron en la posguerra. Durante dos años, a los catorce, trató de ganarse el pan en el campo, sin haber pasado por la escuela. Mientras, su hermana mayor emigró a León y los dos más pequeños se vieron obligados a mendigar por las aldeas. Luego logró entrar en la mina. A los dieciséis empezó a trabajar en el pozo María Luisa. Entonces mejoró la situación de la familia, aunque, según recordaba, las condiciones eran difíciles, con un trabajo duro, mala ventilación en el pozo y escasa alimentación. Más tarde se cambió al pozo Fondón para hacerse picador. Allí tuvo la ocasión de presenciar varios accidentes laborales.

Con veinte años se casó con Ana, que había nacido en Sama y a la que conoció en unas fiestas populares. En 1950 ingresó en La Camocha. Los cambios de empresa, siempre con el objetivo de mejorar profesionalmente, le resultaron fáciles. En la posguerra la minería asturiana del carbón estaba militarizada, de manera que la jerarquía profesional se hallaba asimilada a la jerarquía del Ejército. Los mineros trabajaban, por lo tanto, sometidos a una disciplina extrema. No solo para evitar la contestación, lo que no siempre lograban las empresas, sino para ahuyentar la amenaza de la guerrilla y porque en la memoria de los vencedores siempre estuvo presente octubre de 1934. En esas circunstancias, los hijos de los presos políticos y los huérfanos de los perdedores estaban especialmente marcados.

El ecosistema de La Camocha era peculiar en relación a las cuencas. No solo se situaba fuera de ellas, a unos kilómetros de Gijón; se trataba también de una explotación reciente que comenzó a extraer carbón en 1935, dando empleo en ese momento a una inusual plantilla de noventa mineros. Luego, después de la guerra, en 1945, aumentó hasta setecientos sesenta. Quince años después, en 1960, trabajaban en el pozo más de 1.500 operarios. La dirección de la empresa trató de configurar la plantilla con personal cualificado para un mejor rendimiento de la explotación. Bayón, que ya se había curtido trabajando en varios pozos, se ajustaba a ese perfil. Era, además, un hombre joven. La Camocha se nutrió de mineros cualificados procedentes de las cuencas, principalmente del valle del Nalón, dado que en la comarca de Gijón no había

posibilidad de reclutar trabajadores de ese perfil. Algunos de ellos habían sido represaliados o cumplido penas después de la guerra. Pero la compañía hacía la vista gorda ante estas circunstancias, al considerar más importante retener a los buenos profesionales. Además, la política de personal en general no se regía por la brutalidad militarista de las cuencas. De manera que existía una cierta mano izquierda ante los casos de insubordinación. Especialmente, la empresa evitaba los despidos disciplinarios. A no ser que interviniera el Gobierno Civil. Aun así, el ingeniero jefe era partidario de la readmisión.

La Camocha construyó una colonia de viviendas para sus trabajadores y sus familias, así como para sus ingenieros y mandos. Las viviendas estaban segregadas espacialmente y construidas con calidades y diseño arquitectónico diferentes de acuerdo con la jerarquía de la plantilla. La empresa levantó también un economato y otras instalaciones comunes en el poblado, al viejo estilo de las colonias decimonónicas del paternalismo industrial. La vivienda obrera, frente a las casas unifamiliares de los ingenieros, se disponía en edificios de tres plantas con rellanos en cada una que, al igual que el economato y el resto de espacios comunes, facilitaban la conversación y la circulación de ideas. Las primeras casas se levantaron en 1944, aunque el poblado no se expandió significativamente hasta el comienzo de la siguiente década. Se localizó en las proximidades del pozo, alejado varios kilómetros de Gijón. Una de estas viviendas pasaría a ser el hogar de los Bayón-Rivera.

En tanto que espacio de socialización, la colonia obrera se complementaba con el pozo. Incorporaba a las familias de los mineros a la comunidad, contribuía a la homogeneidad de esta y aunaba los tiempos y espacios de vida y de trabajo. Es decir, la colonia estrechaba unos lazos que también se forjaban en el pozo debido a la propia naturaleza del trabajo bajo tierra, sus dificultades y sus continuos peligros. Peligros que exigen que los trabajadores estén pendientes los unos de los otros para conjurarlos y cuidarse mutuamente. De manera que en el poblado de La Camocha “todos se conocían”. Fueron los mineros que residían en él los más proclives a la protesta y, a la postre, sobre los que recayó el liderazgo.

En tanto que comunidad minera La Camocha era una comunidad cerrada y relativamente aislada, dada su ubicación ajena a las cuencas y al espacio urbano gijonés. Este aislamiento hacía que la propaganda y la prensa clandestinas circularan con limitaciones. En ese contexto, la ventana al mundo para los mineros y sus familias era la radio: los programas de La Pirenaica o las emisiones en castellano de Radio Moscú y Radio París. Ese era el modo en que

sorteaban la censura del régimen y obtenían una información alternativa a la propaganda oficial. La presencia de militantes socialistas y comunistas —estos siempre mejor organizados en condiciones de clandestinidad— resultó decisiva en la medida en que atesoraban experiencias militantes de orden político y sindical. Pero al mismo tiempo, la edad media de la plantilla era bastante joven, como en el caso de Bayón, lo que los liberaba de la losa de la derrota en carne propia de la guerra. Esta fue la argamasa de una cultura militante que, por otra parte, contaba con una larga tradición en la minería asturiana. Una cultura que tenía sus expresiones en la recogida de fondos para las familias de los despedidos o detenidos cuando tales circunstancias tuvieron lugar. La sociabilidad en el pozo y en el vecindario también remitía a esa cultura, de manera que de vez en cuando surgían discretamente las conversaciones sobre política y casi siempre sobre el trabajo, es decir, sobre las condiciones laborales.

Este conjunto de factores —mano de obra procedente de las cuencas, presencia de una parte de ella con una cierta experiencia militante, rápida homogeneización de la plantilla debido a que el lugar de trabajo y el lugar de residencia forman un todo espacial— explicará la pronta incorporación de los mineros de La Camocha al movimiento obrero asturiano. A pesar de que una parte significativa de los trabajadores contaba con una experiencia militante, el hecho de que la plantilla se hubiese forjado recientemente exigía un aprendizaje de lo que, en palabras del historiador británico Eric Hobsbawm, se ha denominado el “hábito de la solidaridad”. Ese aprendizaje tuvo lugar a través de la utilización temprana de los cauces legales, singularmente el recurso al Sindicato Vertical. Se trataba de reclamar elementales cuestiones de orden laboral a veces contempladas en la normativa vigente, como la propia Reglamentación del Trabajo. Al mismo tiempo se dejaban a un lado las cuestiones más estrictamente políticas. Este estilo reivindicativo ya estaba presente en La Camocha hacia 1948, en un momento en el que en las cuencas existía un rechazo sin paliativos al uso de los cauces oficiales de la dictadura. Por otra parte, la actitud de la compañía tratando de disipar las tensiones y el malestar laboral para eludir la atención de la autoridad gubernativa favoreció esa estrategia. Claro que, cuando la protesta se generalizaba en la mina, la intervención del Gobierno Civil y de la policía resultaba ineludible.

La dinámica de tira y afloja, con algunos resultados concretos a favor de los mineros, como la colocación de una fuente de agua potable para el pozo, obtenida tras el plante de los picadores, culminó en una huelga de brazos caídos en 1951. Era la primera vez que tal cosa sucedía y estuvo motivada por una

cuestión elemental y sentida por los trabajadores: la falta de espacio y de higiene en la recién construida casa de aseo. Allí algunos mineros tenían que compartir percha para dejar su ropa colgada durante el turno. Mientras tanto, la segunda planta estaba reservada exclusivamente para los vigilantes. Los mineros encontraron esta situación de discriminación profundamente irritante, hasta el punto de paralizar la producción. La plantilla organizó la protesta de manera que una parte se quedó abajo en el pozo durante tres días, mientras que otra acudió a los locales del Sindicato Vertical de Gijón. La empresa cedió ampliando el número de perchas en el cuarto de aseo.

Sin embargo, 1952 fue un año de contratiempos, pues una serie de detenciones dieron lugar al desmantelamiento del PCE en la mina. Lógicamente, esta acción represiva tendría además un carácter disuasorio. Bayón, que al llegar a La Camocha no era comunista, se enroló por entonces en el Partido. De todos maneras en 1954, desde el Jurado de Empresa y con el apoyo de algunos enlaces volvieron a plantearse nuevas cuestiones. Esta vez se referían a la Caja de Jubilación.

Durante los dos años siguientes creció el malestar a partir de una serie de asuntos laborales, como el reparto de las primas de producción de carbón, las condiciones de trabajo de los silicóticos, la recuperación de la madera de los posteadores o la jornada laboral. Dado que el clima se había vuelto a relajar tras las detenciones de principios de la década, este malestar se expresaba cada vez más abiertamente entre los mineros. Los plantes localizados, los brazos caídos durante un tiempo determinado, más o menos breve y sin abandonar el puesto de trabajo, serán las fórmulas empleadas para expresar las reivindicaciones. En estas circunstancias reingresarán en la empresa los mineros detenidos en 1952, facilitando una actividad militante más estructurada. En la primavera de 1956 llegaron a La Camocha las noticias de las huelgas en el metal vizcaíno, en Guipúzcoa y Navarra, además de en Barcelona. Mientras tanto, seguían sin resolverse cuestiones acuciantes como los problemas de los silicóticos, cuya solución para los mineros consistía en que fueran recolocados en aquellas galerías en las que se trabajase de pie, así como en otros puestos que no agravasen su dolencia. Tampoco se había satisfecho la reclamación de que los mineros que trabajasen en galerías con agua debían ser compensados por esa dificultad añadida. Desde luego, quedaba pendiente el incremento de las tarifas de los destajos y, más en general, de los salarios. La combinación del estímulo que supusieron las noticias de las huelgas de la primavera y los problemas pendientes de resolver sirvió de palanca de la huelga de enero del año siguiente.

¿Cómo empezó la huelga de La Camocha de enero de 1957? Lo cierto es que no hubo una convocatoria concreta y mucho menos propaganda escrita que se distribuyese entre la plantilla. A partir del paro de una serie de mineros, se fue extendiendo la noticia de que había un grupo de compañeros que no estaban trabajando mientras otros lo hacían. Con el malestar de fondo funcionó un efecto de contagio, de manera que acabaría en los días sucesivos parando la totalidad del pozo. Los trabajadores permanecerían de brazos caídos en el interior de la mina durante la jornada laboral. En esa situación, sin celebrar asambleas formales, se suceden los corrillos para comentar abiertamente los problemas y la solución a los mismos. Entretanto, la compañía trata de resolver el conflicto sentándose con el Jurado de Empresa, pero este carecía de legitimidad ante el resto de sus compañeros. La empresa se ve obligada entonces a reconocer como interlocutor a una Comisión Obrera. Paralelamente, trata de maniobrar al objeto de romper la unidad de los mineros. A tal fin, se dirige a distintos grupos, por lo general a los mejor pagados, para tantearlos. Pero siempre encuentra la misma respuesta: se encogen de hombros y le remiten a la comisión, como recordaba Casimiro Bayón. Es la comisión con la que tiene hablar la dirección y la que ha de ordenar la vuelta al tajo; mientras tanto, los trabajadores seguirán a la expectativa y con los brazos caídos.

Pero, ¿qué es esa comisión?, ¿quiénes la forman? Obviamente, no podemos pensar en un grupo de representantes elegidos formalmente en una asamblea convocada a tal efecto. Tampoco habrá una votación formal a la hora de acabar la huelga. La comisión la formarán un puñado de trabajadores —cinco, concretamente— que se han venido significando durante los dos años anteriores a la hora de presentar las reclamaciones ante los jefes y el Sindicato Vertical. Por esta razón se han hecho acreedores de la confianza de sus compañeros. Son los casos de Casimiro Bayón o de Gerardo Tenreiro. Aunque Bayón formaba parte del comité del PCE de la mina, no se había significado como comunista, a diferencia de algunos de sus camaradas que contaban con antecedentes. En ese momento, según su propio testimonio, los militantes comunistas en La Camocha eran diecinueve y ninguno de ellos había hecho la guerra; era gente joven. Su papel se centró en una doble tarea. Por un lado, incidir en el malestar y agitar a favor de la huelga. Por otro, promocionar a Bayón entre los mineros de una manera informal, hasta que este formase parte de la comisión. Es decir, el PCE actuó evitando cualquier perfil político. De hecho, Tenreiro, que se había distinguido por su trabajo a favor de los silicóticos, era un antiguo miembro de la División Azul; una persona de derechas, por lo tanto. Además de Bayón y Tenreiro, formaron parte de la comisión un militante de la JOC —Francisco, el

Quico—, el independiente Gerardo Galache y un quinto miembro, cuyo nombre se ha perdido en la bibliografía y en los testimonios. En cualquier caso, la comisión se caracterizaba por su pluralidad, la juventud de sus integrantes y el hecho de que todos ellos pertenecían al personal de arranque de la mina, los más combativos.

En suma, la empresa se sentó a negociar con la comisión, estando asimismo presentes representantes del Sindicato Vertical y del Gobierno Civil que trataron de llevar la discusión por los derroteros de los supuestos intereses políticos de sus interlocutores. Una treta que cortó Tenreiro, que, apelando a su condición de exdivisionario, aseguró que tanto él como el resto de sus compañeros no tenían más preocupaciones que las estrictamente laborales. Finalmente, aunque no hubo nada por escrito, la empresa aceptó las propuestas de la comisión que, tras nueve días de huelga, se disolvió.

A partir de estos hechos se construyó el relato de La Camocha como mito fundacional de Comisiones Obreras. El uso de la palabra “mito” no quiere decir que no ocurriera en realidad; significa más bien que lo sucedido no fue un hecho excepcional en los años centrales de la década de 1950. Hubo experiencias parecidas en lugares tan alejados como Vizcaya, Madrid o el Marco de Jerez, por citar solo tres ejemplos. En efecto, durante la huelga del metal vizcaíno de la primavera de 1956 se formó una comisión que, en nombre de las empresas en lucha, llegó a entrevistarse con el Gobierno Civil, antes de disolverse. Aunque se produjo una represión feroz, con centenares de despidos y destierros, los metalúrgicos vizcaínos lograron algunas ventajas en materia laboral. En Madrid, durante 1953 y 1954, aparecieron fugaces comisiones obreras. Así, en la fábrica de tejas Mari Paz, una comisión se dirigió a la dirección de la empresa para reclamar unas botas adecuadas para el trabajo en la arcilla. Se trataba de la petición de un elemento de vestuario contemplado en la Reglamentación de Trabajo, de carácter oficial. En la Telefónica una comisión de trabajadores se reunió para discutir un programa y tratar de articular una lista alternativa a la de la empresa y el Sindicato Vertical para las primeras elecciones del Jurado de Empresa. En el Marco de Jerez en 1953 tuvo lugar una huelga en los viñedos en la que asimismo surgió una comisión obrera. En las bodegas del Marco existía también una serie de redes militantes.

Así pues, las Comisiones Obreras surgieron como un fenómeno de base en talleres y tajos, protagonizado por militantes obreros; en buena medida eran comunistas, aunque no solo. Forzosamente su origen fue multifocal, remitiendo

a las zonas urbanas e industriales del país. Ahora bien, en la historia a menudo se recurre a las fechas y a los acontecimientos concretos frente a los procesos porque eso nos permite ordenar el relato histórico, situar los orígenes y determinar los marcadores temporales de esos procesos. De este modo, la historia del movimiento obrero cuenta con sus propios acontecimientos fundacionales. Conocemos así la fecha de fundación de la AIT o cuándo se fundaron exactamente la UGT o la CNT. En esa lógica correspondería, por lo tanto, atribuir una fecha y un acontecimiento al nacimiento de las Comisiones Obreras. Esto no resultaba fácil, dado el origen multifocal al que acabamos de aludir. Por otro lado, por razones históricas fácilmente comprensibles, el relato que dio lugar al mito fundacional no fue construido por Comisiones Obreras, sino por el PCE. Sobre la base de ese relato además se ha sustentado también la mayor parte de la historiografía; a veces de manera confusa, al entremezclarse los testimonios personales y la literatura comunista. En otras ocasiones, afinando el relato y corrigiendo errores de bulto, como decir que el párroco y el alcalde del poblado también participaron en la Comisión Obrera de La Camocha.

¿Por qué fue elegido el caso de la Comisión Obrera de La Camocha de enero de 1957 como acontecimiento fundacional de las Comisiones Obreras? Para empezar porque fue una experiencia victoriosa y sin represión inmediata posterior. En segundo lugar, debido a la pluralidad de la Comisión, en la medida en que implicaba la ruptura del aislamiento del PCE en la oposición; al menos ocasionalmente. Con ello se producía, asimismo, la unidad de los trabajadores. Por añadidura, la presencia de algún militante católico y de un antiguo miembro de la División Azul en la comisión, desde el punto de vista comunista puso exitosamente a prueba a nivel micro la política de reconciliación nacional, de “unidad de todos los españoles contra Franco y Falange” para acabar con el régimen. Asimismo, el recurso a los cauces legales —en este caso el Sindicato Vertical y el Gobierno Civil— confirmaba la viabilidad de la táctica comunista de utilización de las instituciones del régimen para desarrollar un movimiento de masas.

La primera vez que se hizo referencia a la Comisión Obrera de La Camocha de enero de 1957 en la literatura comunista fue en Asturias otra vez en vanguardia, un libro editado en Francia con ocasión de la huelga de la minería asturiana del carbón de 1963. Luego volvió a hacerlo Horacio Fernández Inguanzo, en un artículo titulado “Asturias” y publicado en el número de Nuestra Bandera de marzo y abril de 1965. Para entonces el relato ya estaba construido. No sabemos hasta qué punto Bayón participó en la elaboración del mismo, dado que al salir

exiliado tuvo un encuentro en París con Santiago Carrillo y el propio Fernández Inguanzo. Ahora bien, Bayón siempre negó la participación del cura y del alcalde del poblado de La Camocha en la Comisión Obrera de enero de 1957; un detalle erróneo de la literatura comunista del que se harán eco Marcelino Camacho y Nicolás Sartorius más tarde.

Podría decirse que Camacho es quien trasmite la noción de la Comisión Obrera de La Camocha como mito fundador a Comisiones Obreras. Él conoció el acontecimiento de segunda mano, pues cuando tuvo lugar todavía no había llegado a España desde el exilio. De todos modos, tenía acceso a la literatura del partido. Además, acudió a los dos coloquios obreros celebrados en Francia en 1965 y 1966. Las actas de esos coloquios no nos dicen nada al respecto, pero bien pudo ser objeto de conversación entre sesión y sesión. El caso es que, ya en la siguiente década, durante su estancia en Carabanchel, Camacho ofreció a sus compañeros de prisión una serie de charlas en las que, entre otras cuestiones, se refirió a la historia del movimiento obrero, sacando a colación La Camocha y su Comisión Obrera de 1957. Como se sabe, ese conjunto de alocuciones se publicó en 1976 en forma de libro con el titulo Charlas en la prisión, que fue enormemente popular. También se refirió a La Camocha Nicolás Sartorius en El resurgir del movimiento obrero, un exitoso ensayo que apareció en ediciones de 1975, 1976 y 1977. Fue, por lo tanto, a través de los escritos de estos dirigentes de CC OO como quedó transferido al sindicato el relato de La Camocha como mito fundacional. Lo fue, además, de una manera exitosa. Es verdad que más recientemente, en CC OO, al explicar su propia historia, el relato del origen se ha modificado, admitiendo su carácter multifocal. No por ello la Comisión Obrera de La Camocha, de enero de 1957, ha dejado de permanecer en ese relato como un hecho de relevancia crucial en el pasado del sindicato.

Si los nombres de los diez dirigentes de las Comisiones Obreras detenidos el día de San Juan de 1972 aparecen indisolublemente ligados al recordado Proceso 1001, y lo mismo sucede con los nombres de los abogados martirizados en el crimen de Atocha de la noche del 24 de enero de 1977, lo mismo ha de suceder con el nombre de Casimiro Bayón y la Comisión Obrera de La Camocha, de enero de 1957. Nosotros le conocimos en el ocaso de sus días, pero en seguida nos dimos cuenta de que era de esa clase de personas que nos hacen sentir orgullosos de pertenecer a CC OO. Casimiro Bayón, el último héroe de La Camocha, falleció hace ya más de una década, el 9 de julio de 2009. No le olvidamos.

Casimiro Bayón fue un histórico militante comunista asturiano. Protagonizó en 1957 una huelga de nueve días en el pozo minero de La Camocha, en Gijón, lo que se considera un hito fundacional en Comisiones Obreras y un desafío al franquismo de la época.

O todos o ninguno: memoria de la huelga

más larga del franquismo

Isaac Rosa

—Chaval, ¿a que no sabes que tu abuelo hizo la mayor huelga contra el franquismo?

No, el chaval no lo sabe. Y tampoco disimula el poco interés que le despierta mi pregunta: abuelo, huelga, franquismo. Palabras antiguas, palabras de otro idioma, palabras en blanco y negro. Batallitas, debe de pensar el chaval. Chismes de viejos. Quién me mandaba acompañar al yayo, otra vez me va a tocar aguantar al amigo de juventud que se empeña en contarme historias épicas de cuando ellos tenían mi edad, y que invariablemente terminan en comparaciones entre su época y la nuestra, y qué tiempos aquellos, y qué fácil lo tenéis todo ahora los jóvenes y bla, bla, bla… Puedo leer todo eso en la mirada hastiada del nieto de José Mari.

Nos los hemos encontrado en el puente del ayuntamiento, donde estaban concentrados junto a varios cientos de jubilados gritando "Pentsionistak Aurrera!" como cada lunes desde hace meses. Cuántos años que Maite y yo no veníamos por Bilbao, y muchísimos más años que no veíamos a José Mari, pero lo he reconocido con más facilidad que él a mí:

—Pero, bueno, ¿no te acuerdas de mí? ¿Cuánto hace, cuarenta, cincuenta años?

—Cincuenta y tres —ha afinado Maite. Como José Mari ha arrugado los ojos, he probado a raspar en el fondo arenoso de su memoria:

—O todos o ninguno, José Mari. O todos o ninguno.

Ahora sí, ha abierto mucho los ojos, como respondiendo a una contraseña o un conjuro, toda la memoria regresada de pronto:

—¿Alfredo? ¿Alfredo-Alfredo? ¿El Alfredo de…? —ha repetido, asombrado.

Nos hemos dado un abrazo apretado y largo, como si necesitásemos unos segundos más para recolocar los recuerdos antes de seguir hablando, incluidas unas palmadas en la espalda mientras repetimos nuestros nombres. Ha saludado a Maite, a la que sí recordaba, y nos ha presentado a su nieto, Asier, que tiene diecisiete años y lo acompaña hoy a regañadientes por la insistencia del abuelo en que aquella manifestación de jubilados no es por nuestras pensiones, sino para defender las suyas del futuro.

En un rápido intercambio de preguntas y respuestas nos ponemos al día de hijos, nietos, pérdidas —su mujer, Pilar, fallecida años atrás—, salud, lugar de residencia, vueltas de la vida —innumerables, pues no nos hemos vuelto a ver desde que me deportaron hace más de cincuenta años y ya no regresé a Bilbao —. Entonces, al mencionar el momento en que perdimos el contacto, me dirijo al aburrido nieto:

—Chaval, ¿a que no sabes que tu abuelo hizo la mayor huelga contra el franquismo?

—El abuelo y la abuela —apostilla Maite con razón.

—Así es: tu abuelo, tu abuela y unos cuantos cientos de mujeres y hombres pusimos contra las cuerdas a la dictadura. ¿No lo sabías? ¿No te ha hablado el yayo de la huelga de Bandas?

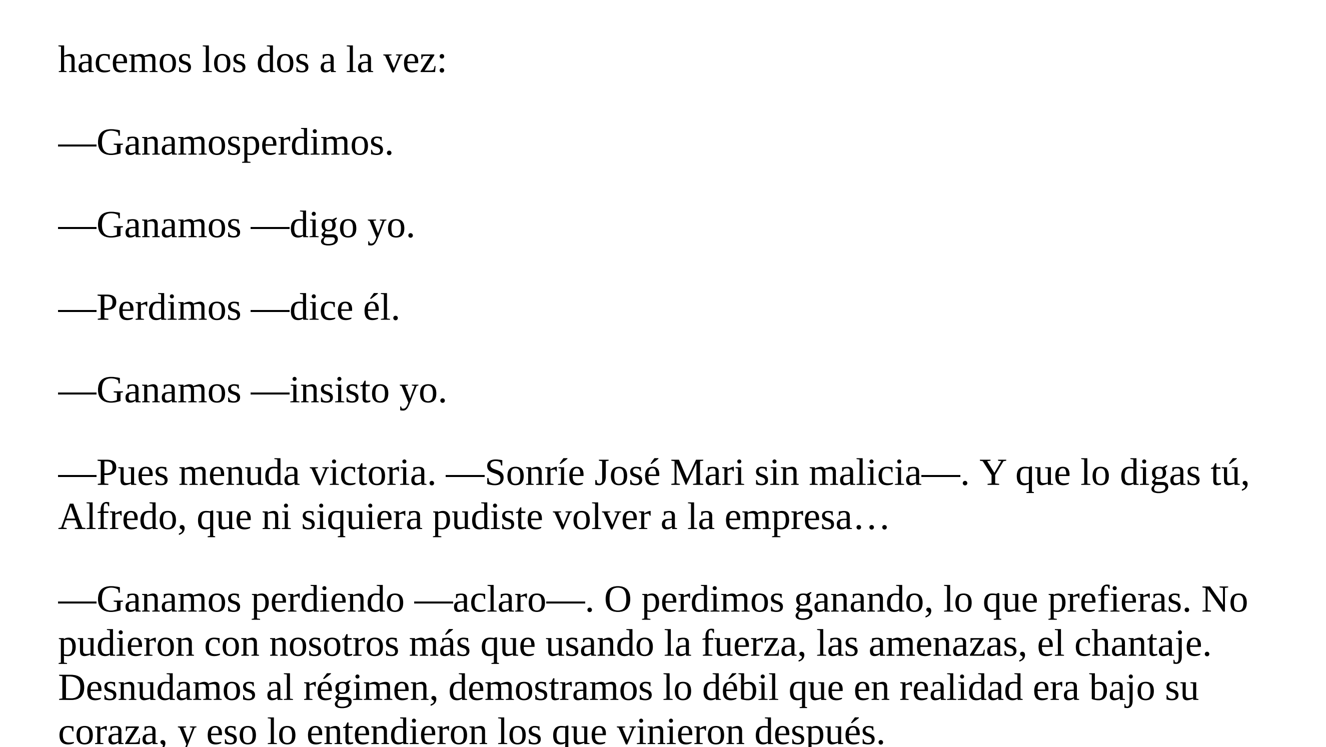
No, no lo sabía, el yayo no le ha hablado de aquello. Yo sigo:

—Ciento sesenta y tres días de huelga. Cinco meses y medio luchando. Necesitaron nada menos que decretar un estado de excepción contra nosotros. Moscas a cañonazos, pero menudas moscas.

—¿Y cómo quedasteis? —pregunta el muchacho como quien indaga un resultado deportivo, supongo que por abreviar y acabar cuanto antes aquella conversación que le retrasa en sus planes de acompañar al abuelo de vuelta a casa y poder luego irse a sus cosas.

—¿Y cómo quedasteis?

José Mari y yo nos miramos, como dudando quién responder, y al final lo



hacemos los dos a la vez:

—Ganamosperdimos.

—Ganamos —digo yo.

—Perdimos —dice él.

—Ganamos —insisto yo.

—Pues menuda victoria. —Sonríe José Mari sin malicia—. Y que lo digas tú, Alfredo, que ni siquiera pudiste volver a la empresa…

—Ganamos perdiendo —aclaro—. O perdimos ganando, lo que prefieras. No pudieron con nosotros más que usando la fuerza, las amenazas, el chantaje. Desnudamos al régimen, demostramos lo débil que en realidad era bajo su coraza, y eso lo entendieron los que vinieron después.

Nos alejamos juntos de la concentración de pensionistas, seguimos la ría hacia el Arenal. Vamos delante Maite, José Mari y yo sin parar de hablar, y el chaval unos pasos por detrás enredando en su móvil. Nos vamos acordando de compañeros de aquel tiempo, a la mayoría los siguió tratando José Mari hasta la jubilación. Nos reímos con alguna anécdota, el mote de este, lo que decía aquel otro, lo que hizo cada cual durante los días de conflicto. Mi viejo compañero nombra también a los pocos esquiroles, que siguieron en la empresa y tras la huelga ocuparon cargos de responsabilidad, en premio a su servilismo de aquellos meses.

—A uno me lo encuentro a veces, vive en mi barrio. No nos volvimos a hablar después de la huelga, y cuando me ve hace como que no me conoce, yo creo que todavía siente vergüenza.

Quedamos un momento en silencio junto al puente del Arenal. Los tres miramos el viejo “rascacielos” de Bailén, la torre que en aquellos años era sede de la Magistratura de Trabajo. Es Maite quien empieza a sisear, primero bajito, subiendo poco a poco, y los dos nos unimos a ella, siseando cada vez más fuerte, mientras el nieto nos mira como a tres viejos seniles que se han puesto a sisear en medio de la calle, llamando la atención de los transeúntes: Sssss… Sssss… Sssss…

Aunque el chaval no pregunta nada, su mirada atónita nos basta para contarle que aquel día éramos miles los allí concentrados, frente a Magistratura, desde muy temprano:

—Estábamos los casi seiscientos huelguistas de Bandas, nuestras mujeres y compañeros de otras fábricas, universitarios, sacerdotes…

—Y secretas, muchos secretas —recuerda José Mari, que aclara para su nieto, aunque no haga mucho caso—. Policía política, infiltrados.

Recordamos lo largo que fue aquel día de juicio. Por la mañana los abogados salieron a la calle y nos explicaron a gritos las propuestas de la empresa para intentar un acto de conciliación, y todos a una gritamos un enorme “¡no!” que debieron de oír en el interior sus directivos.

—O todos o ninguno, o todos o ninguno —canturreo ahora, recordando el grito con el que aquel día expresamos nuestro rechazo a una propuesta que implicaba no readmitir a todos los compañeros, despedir a los líderes de la huelga. Tras una mañana caótica, a la tarde conseguimos poner unos altavoces para seguir el juicio, y así pudimos escuchar las mentiras de los responsables de la empresa, sus titubeos al ser interrogados y la contundencia con que nuestros abogados los rebatían. Era como seguir un partido de fútbol por la radio, cantando nuestros goles. Un partido amañado, le explicamos al chaval: el árbitro estaba comprado, no podíamos ganar, porque ganar el juicio equivaldría a reconocer el derecho de huelga y la existencia de sindicatos obreros. A la salida ovacionamos a nuestros abogados como estrellas del balón. Cuando los canallas de la empresa se marchaban, tuvieron que pasar entre nosotros, escoltados, muy nerviosos, mientras siseábamos con cada vez más fuerza.

—Sssss… Sssssss… Ssssss… —Luego regresamos a nuestros barrios, eufóricos, como tras una goleada histórica.

—¿Pero ganasteis el juicio? —pregunta el nieto de José Mari, que no sé si finge interés o solo es cortesía ante nuestra insistencia en recontar todo aquello.

—Perdimos —responde su abuelo.

—No perdimos —discrepo—. Eso no era justicia. Sabíamos que era imposible ganar, le darían la razón a la empresa como siempre. Les torcimos el brazo, pero nunca puedes ganar un pulso cuando tu contrincante tiene una pistola en la otra

mano.

—Entonces, ¿para qué fuisteis a juicio si sabíais que estaba amañado? —pregunta el interesado Asier o el cortés Asier.

—Era nuestra táctica —le explico—. Había que combinar las acciones ilegales, clandestinas, con otras en las que aparentábamos respetar sus leyes y sus mecanismos para resolver conflictos laborales. Por eso mantuvimos nuestros representantes sindicales, enlaces y jurados, a los que así protegíamos mejor contra represalias; y acudimos a todas las reuniones que propuso el Sindicato Vertical franquista, aunque fuesen un paripé. Y por eso fuimos a juicio. Era una forma de ganar tiempo, de agotar todos los plazos de su legalidad para así retrasar el momento en que nos acabarían aplastando con toda la violencia necesaria. Pero también era una forma de coger fuerzas, de sentirnos unidos y quitarnos el miedo; demostrarles que éramos capaces de enfrentarnos a la empresa con sus reglas de juego, sin encogernos. Y con la repercusión pública que logramos se hizo evidente la farsa de aquella justicia franquista. Fue una victoria moral, nos dio mucha más fuerza y apoyo.

—¿Os acordáis de la manifestación? —dice Maite, señalando el Arenal al otro lado de la ría. Fue a primeros de abril, mucho después de los juicios, cuando ya llevábamos más de cuatro meses de huelga. Miles de mujeres y hombres de Bilbao y de toda la provincia salieron a la calle en solidaridad con nuestra huelga, la “huelga de Bandas”, como la conocían todos. Por la mañana hubo un paro de una hora en muchas empresas y por la tarde trabajadores y estudiantes recorrieron junto a nosotros estas mismas calles gritando “Viva Bandas”, pero también “Libertad”. Y todo por una huelga en una empresa más bien pequeña comparada con los gigantes siderúrgicos de la comarca.

—Pero, a ver, ¿en la dictadura se podían hacer manifestaciones? —pregunta el chaval, que ya ha guardado el móvil.

—Claro que no —le explica su abuelo—. Ni manifestarse ni hacer huelga. Salíamos a la calle y nos apaleaban, nos detenían, nos multaban y encarcelaban.

—Aquel día repartieron de lo lindo —cuenta Maite, tocándose la zona lumbar como si la carne recordase de pronto—. A las mujeres también nos sacudieron, que en eso el franquismo sí era igualitario.

—Hasta los curas salieron por nosotros —completo yo el relato; le cuento cómo

pocos días después de aquella gran manifestación que fue reprimida, un centenar de sacerdotes cruzó este mismo puente y recorrió la Gran Vía hasta la plaza de Moyúa, donde estaba el Gobierno Civil, para entregarle un documento contra la represión a los obreros. Como el gobernador no los recibió, se lo acabaron dando al obispo.

Y no solo en Bilbao nos apoyaban. Mientras cruzamos el puente hacia el Arenal le contamos al chaval cómo recibimos apoyos de toda España y del extranjero. Mucho más que buenas palabras y gestos: también dinero, que seiscientos trabajadores sin cobrar no pueden vivir del aire durante casi seis meses. La mayoría buscamos otros trabajos para sobrevivir mientras no nos readmitiesen, aunque no era fácil: los tentáculos de los propietarios de Bandas llegaban a muchos sectores y conseguían que nos echaran. Sobre todo el Banco de Bilbao, en cuyo Consejo de Administración se sentaban los propietarios de Bandas, y que tuvo un comportamiento miserable, demostró su complicidad con la patronal y con la dictadura. El banco presionó a todas las empresas que nos contrataron y aquellas que tenían concedidos créditos con la entidad cedían a las presiones y nos echaban. Pero también pasó que, en otros sitios, empresas pequeñas y obras que no tenían esa dependencia financiera nos acogían con los brazos abiertos en cuanto se enteraban de que éramos de Bandas. Y para todas las situaciones de necesidad que surgían, teníamos nuestra caja de resistencia gracias a la solidaridad de muchos trabajadores:

—Hubo colectas en empresas, aportaciones de todo tipo de organizaciones políticas, sociales, sindicales, de aquí y de fuera. Y jubilados, viejos sindicalistas que habían perdido la guerra y que ahora se reconocían en nuestra lucha y nos ayudaban. Religiosos también, realizaron colectas en sus iglesias y centros. Sin esa caja de resistencia no habríamos aguantado. Con todo eso, y con el fondo que nosotros mismos llevábamos más de un año reuniendo con aportaciones mensuales, pudimos pagar abogados, material de multicopistas, viajes, y también ayudar a las familias que lo necesitasen. Fue un esfuerzo organizativo enorme, asombroso en una empresa pequeña y con una plantilla joven que no tenía la tradición combativa de otras industrias. Fuimos capaces de constituir un auténtico sindicato obrero basado en la solidaridad y el apoyo mutuo.

—Pero vamos a ver —Asier interrumpe nuestra retahíla memoriosa—, todo eso que montasteis, la huelga de tantos meses, las manifestaciones, los juicios, los apoyos, los curas… ¿Qué os había hecho la empresa? Muy gordo tuvo que ser, por lo que me estáis contando…

—Nuestra huelga —explica su abuelo, de pronto sorprendido por el inusual interés del nieto—, nuestra huelga empezó como empiezan todas las huelgas, también en dictadura: por un conflicto laboral. Un conflicto entre los trabajadores y la empresa. Nuestros sueldos no eran gran cosa, como la mayoría de obreros en la época, pero en los primeros años la empresa los compensaba con primas y otros conceptos que acabaron siendo la parte mayoritaria de la nómina, incluido un importante devengo en función de la producción mensual.

Mientras caminamos por el casco viejo, José Mari cuenta cómo la compañía Basconia, que controlaba Laminación de Bandas en Frío Echévarri —nombre completo de nuestra empresa—, cambió al director de la fábrica. Se fue Juan Elorduy, que durante los primeros años apostaba por el entendimiento y la negociación con los trabajadores, y llegó Hidalgo de Cisneros, que irrumpió como un tanque en Bandas.

—Nunca mejor dicho lo de tanque —apunta Maite—, porque el pájaro era militar, ¿no?

—Sí —prosigue José Mari—, y siempre tenía la guerra en la boca: “Todos deseamos que no sea necesario un nuevo 36”, soltaba en las reuniones.

Recojo el hilo yo y cuento cómo el nuevo director, siguiendo órdenes de Fernando Gondra, consejero delegado de Basconia y propietario último de la fábrica, pretendió terminar con la política salarial eliminando primas y devengos, por lo que nuestros sueldos se vieron reducidos miserablemente. Se negó además a firmar un nuevo convenio, incumplió acuerdos previos, impuso fórmulas de cálculo que siempre favorecían a la empresa, no reconocía las categorías profesionales ni los pluses y endureció las condiciones de trabajo, con cada vez más represalias y sanciones desproporcionadas. La producción no dejaba de aumentar, pero nuestros sueldos reales eran cada vez más bajos. Hicimos una primera huelga en el 74, de quince días, por el rechazo de la empresa a firmar el convenio que ya habíamos negociado; y ahí, en esa temprana huelga, empezamos a organizarnos y aparecieron los primeros líderes, que después se convertirían en enlaces y Jurados de Empresa en las elecciones sindicales.

—¿Entonces sí había elecciones? —pregunta Asier.

—Del Sindicato Vertical —le aclaro—. Otro paripé franquista, pero en el que participábamos para trabajar desde dentro y con cobertura legal.

—Luego puso de jefe de Personal a aquel otro personaje siniestro, Calbacho —sigue José Mari—, que solo sabía de mano dura. Y estaba también el ingeniero Urrutia, que era joven y ambicioso, un tecnócrata que quiso aplicarnos lo que llamaban “organización científica del trabajo”, que era trabajar con el cronómetro en mano siguiendo sus ritmos y métodos. Solo buscaban ahorrar costes laborales y aumentar la producción. Hicimos muchas reclamaciones por escrito, intentamos dialogar con la dirección, pero, por el contrario, aumentaron los controles internos, las amenazas y las sanciones, así que la tensión se hizo insoportable. Hubo algunos paros, pero de pocas horas, y todavía buscábamos una solución negociada y por los cauces habituales. Pero la Inspección de Trabajo se lavó las manos cuando acudimos a ella, y con el Sindicato Vertical tampoco se podía contar. Presentamos un último escrito a la dirección, proponiendo soluciones y advirtiendo ya de la posibilidad de un paro laboral, pero la única respuesta fue acusarnos de coaccionar a la empresa. De modo que el 30 de noviembre de 1966, a las seis de la mañana, nos pusimos en huelga.

—Fue entonces cuando se presentó la guardia civil con metralletas en la fábrica, ¿no? —recuerda Maite.

—¿Con metralletas de verdad? —Está claro que hemos ganado del todo la atención de Asier.

Mientras seguimos caminando por las calles del centro, sin rumbo, paseando al ritmo de la conversación, le contamos al chaval cómo nos encerramos el primer día de huelga, unos en el comedor y otros en las naves, para protestar por las primeras cartas de suspensión de empleo y sueldo, y las amenazas de despido que la empresa iba trasladando a los trabajadores. Según pasaban las horas fueron llegando los compañeros de otros turnos y nos acabamos juntando todos en la fábrica. Nos tiramos más de treinta horas allí metidos, hablando y hasta cantando para no quedarnos dormidos, fueron momentos hermosos que apenas anticipaban todo lo que vino después. Organizamos turnos, comidas, descansos, por si aguantábamos el encierro muchos días. Paseábamos alrededor de las naves haciendo guardia, y la dirección, encerrada en las oficinas junto a los mandos que seguían trabajando, estaba cada vez más nerviosa.

—Los guardias aparecieron cuando lo del pan —José Mari evoca el incidente con la camioneta del pan: después de repartir lo de costumbre al comedor, le pedimos al panadero que nos vendiese el sobrante, y cuando lo estábamos recogiendo, el director nos vio y avisó al Gobierno Civil. Dijo que estábamos

asaltando al panadero y que habíamos amenazado con asaltar las oficinas, que atacábamos los camiones e impedíamos entrar a quienes querían trabajar. Éramos violentos, mintió. La Delegación Provincial de Trabajo intentó mediar, porque quedaban pocos días para el referéndum sobre la Ley Orgánica que montó Franco, y no querían un escándalo internacional.

—¿Referéndum? ¿Pero entonces sí se podía votar en la dictadura? —Está visto que hay mucho que explicarle al chaval, no sé qué le enseñan en el instituto.

—Ahí fue cuando aparecimos las mujeres —toma la palabra Maite, y cuenta cómo ella y las esposas de la mayoría de trabajadores, al saber del encierro, se presentaron en la fábrica con paquetes llenos de comida y tabaco para los huelguistas. Los vigilantes no las dejaron entrar, a empujones, así que nos lanzaron las provisiones por encima de la valla metálica, y a través de la misma nos veían y nos daban ánimos para resistir.

—El gobernador civil no tomó medidas —cuento yo—, pero Hidalgo de Cisneros, como militar en la reserva, tenía contacto directo con los mandos de la Guardia Civil.

Entre los tres reconstruimos para el atento muchacho cómo en la noche del tercer día, a cobijo de la oscuridad, aparecieron varios jeeps con guardias. El capitán entró en el comedor y dijo que traía orden gubernativa de desalojar. Le pedimos la orden por escrito, que por supuesto no tenía. Así que le anunciamos que no saldríamos si no nos enseñaba el papel del Gobierno Civil. Aquello se fue calentando, hasta que ya casi a medianoche cincuenta guardias con fusiles y metralletas nos obligaron a salir, encañonándonos y amenazando con golpearnos con las culatas.

—Mientras todo eso pasaba, las mujeres habíamos ocupado la sede del Sindicato Vertical en Basauri, nos metimos más de doscientas, para presionar. Cuando supimos lo que estaba pasando en la fábrica fuimos al encuentro de nuestros maridos, para resistir con ellos.

Maite cuenta cómo las mujeres cogieron un protagonismo en aquella huelga como pocas veces antes. Participaban en las asambleas en pie de igualdad con los trabajadores, intervenían y a menudo marcaban el rumbo de las acciones, mientras creaban sus propias redes de solidaridad en los barrios. Nos llamábamos a nosotros mismos “familias obreras”, lanzábamos en la asamblea

vivas a la unión de todas las familias obreras, y en nuestros hogares actuábamos como tales, debatiendo y decidiendo juntos. Ese papel de las mujeres, la fuerza que dieron a la huelga, la forma en que la extendieron por los barrios y lo respaldados que nos sentíamos los huelguistas fueron decisivos para aguantar tantos meses y tantas presiones y dudas.

Caminando y conversando hemos llegado hasta la iglesia del Carmelo, ya en Santutxu. Los tres recordamos al ver la fachada:

—Aquí hicimos varias asambleas, cuando la policía no nos dejaba concentrarnos en la plaza de Basauri.

—Todos los días nos reuníamos en asamblea, los trabajadores y nuestras mujeres. Imagínate, Asier, en plena dictadura montar todos los días asambleas de cientos de personas durante tantos meses.

—¿Y cómo os lo permitían?

—No nos lo permitían. Al principio mandaban policía, guardia civil y muchos secretas, para atemorizarnos. Se infiltraban en las reuniones, los reconocíamos en seguida. Luego ya no nos permitieron seguir en la calle y fuimos buscando locales, sobre todo de la Iglesia. Había muchos cristianos, gente de la HOAC que estaba con el movimiento obrero.

—Sobre todo en Ocharcoaga —cuenta José Mari, y señala hacia el monte, los bloques de pisos en el popular barrio—. Todo aquello estaba recién construido, antes todo eran chabolas. En la escuela parroquial nos dejaron sus locales y pudimos reunirnos durante buena parte de la huelga, aunque siempre con presiones, cordones de guardias para que no pudiésemos entrar o salir, identificaciones y muchas detenciones de compañeros. A las asambleas venían trabajadores y mujeres, pero también de otras fábricas, y estudiantes. Fueron decisivas para mantener la moral alta y el sentido de colectivo durante tantos meses sin que nos pudiesen el desánimo y el cansancio. Allí votábamos todas nuestras decisiones, de manera democrática. Y además se convirtieron en una auténtica escuela del movimiento obrero en Bilbao: de ellas salió mucha gente joven que en los años venideros protagonizaría nuevas luchas.

—En las asambleas repartíamos las “hojas” —cuenta ahora Maite—, eso cuando no había que distribuirlas por las casas del barrio, o esconderlas en el bocadillo para los compañeros que estaban trabajando en otros sitios. Nosotros todavía

guardamos muchas de aquellas hojas diarias. Ahora lo haríais todo por WhatsApp o Twitter o cualquier red social, pero entonces no teníamos nada de eso, y además la Policía nos perseguía para evitar nuestras comunicaciones. Y aun así fuimos capaces de publicar una hoja diaria durante cinco meses y medio, y que llegase a los seiscientos huelguistas y a muchos otros compañeros fuera de aquí. Las hojas nos mantenían informados de lo que estaba pasando, evitaban las intoxicaciones desde la empresa y las autoridades, nos daban fuerza de grupo y extendían la solidaridad con nuestra lucha.

Maite le explica al muchacho cómo funcionábamos cuando no había ordenadores ni impresoras, sino máquinas de escribir y multicopistas. Un grupo se encargaba de redactarlas, otro de hacer las más de dos mil copias diarias, y un tercer grupo las ponía en circulación. Las autoridades no consiguieron detener la publicación, gracias a la ayuda de muchos compañeros que las imprimían clandestinamente, en casas particulares o en locales de la Iglesia, con las mismas multicopistas con las que se hacían las hojas parroquiales. José Mari remata con orgullo:

—Que en una dictadura, donde operaba la censura y la prensa estaba controlada por el régimen, un puñado de trabajadores fuésemos capaces de publicar cada día nuestras hojas informativas, durante nada menos que ciento sesenta y tres días, como un auténtico diario obrero en el que contábamos con toda libertad nuestra lucha, nuestras decisiones, nuestra estrategia y próximos pasos… Que además circulasen tanto, fuesen copiadas y distribuidas en otras fábricas y en otros puntos de la península, pese a la tenacidad con que la Policía perseguía su difusión, registrando domicilios, centros sociales y hasta iglesias, requisando más de una docena de multicopistas, interrogando con dureza a compañeros… Fue un éxito que todavía me cuesta creer, y un fracaso humillante de la dictadura.

Continuamos durante un par de calles recuperando el largo anecdotario que dejaron aquellos meses de clandestinidad, riendo con ganas tantos años después, hasta el muchacho ríe con estos tres viejos y sus batallitas de viejos: el día que uno llevaba el coche cargado de hojas y le paró la guardia civil, pero tuvo suerte, se topó con un agente al que conocía de su pueblo, se pusieron a hablar de los amigos comunes y no le registró. Cuando los guardias se presentaron en una casa parroquial donde varios compañeros estaban imprimiendo hojas, y para disimular se pusieron todos a rezar en los bancos de la iglesia. La forma ingeniosa en que burlamos a un secreta a la salida de una asamblea. La

compañera que escondía el dinero de la caja de resistencia en una maceta de su casa, y allí se salvó de varios registros. Cuando a la salida de una asamblea te encontrabas un cordón policial y te tenías que identificar, y a veces te quitaban el carnet y te llevaban a comisaría a identificarte y hacerte unas preguntas. Cuando te citaban para que fueses a declarar, lo vulnerable que te sentías al entrar y no saber cuándo saldrías. Las veces en que se presentaban en tu casa de madrugada y te sacaban de la cama y lo registraban todo, el miedo que pasaban los niños. La vez en que los enlaces volvían de una reunión en Madrid, donde les había convocado el Sindicato Vertical, y se enteraron a tiempo de que la Guardia Civil los esperaba en Burgos para detenerlos y deportarlos, se salvaron por poco. El compañero que supo que lo buscaban para expulsarlo del país y consiguió huir y pasar a la clandestinidad. Las decenas de compañeros que durante meses fueron detenidos, interrogados, encarcelados o deportados a lugares remotos de la península, dejados allí a su suerte, con lo puesto, sin recursos y sin siquiera informar a sus familias. Las amenazas, las visitas policiales a domicilios a cualquier hora del día o de la noche, los registros y las veces que nos llevaban a comisaría para atemorizarnos. Las multas, cada vez más cuantiosas. Las palizas que se llevaron en comisaría algunos compañeros detenidos. Los muchos apaleados en la manifestación por el centro de Bilbao. La compañera a la que retuvo un policía y no le dejó que fuese a recoger a su hijo pequeño al colegio, angustiada por no poder avisar a nadie. El miedo a ser golpeado, torturado, a lo que pudiese pasarles a los tuyos.

Cuando cruzamos la ría por el Puente Nuevo, en Bolueta, hace ya un rato que dejamos de reír, que no de hablar:

—Lo intentaron todo para acabar con la huelga, hasta decretar a finales de abril el estado de excepción para la provincia. Una medida desproporcionada para un conflicto laboral originado en una empresa más bien pequeña, pero temían que se les fuese de las manos y se extendiese más aún a otras fábricas. Estaban recientes las huelgas del 62.

—Además de la persecución policial, la empresa hizo su propia guerra sucia. Primero intentó dividirnos a los trabajadores: tras el juicio, ofreciendo mediante cartas individuales la reincorporación con las mismas condiciones y sin perder antigüedad, para quebrar nuestra decisión de no volver hasta que no readmitieran a todos, incluidos los líderes de la huelga. Quiso confundirnos, hacía correr el bulo de que muchos ya habían aceptado regresar al trabajo, para que los demás dudasen y temiesen quedarse fuera; o difundía cartas anónimas, de supuestos

trabajadores que denunciaban que la huelga era política y decían haber sido amenazados con violencia para hacerla. En otros casos coaccionaba a los que pensaba eran más débiles, menos concienciados. O infiltraba gente afín que proponía reuniones más reducidas, fuera de la asamblea, que por ejemplo los administrativos decidiesen por su cuenta y al margen del resto de la plantilla. Probó también a ofrecer ascensos, puestos de responsabilidad, mejoras salariales, o directamente dinero, auténticos sobornos que buscaban romper la unidad y debilitarnos, pero que la mayoría rechazábamos.

—Algunos sí cedieron, se reincorporaron a cambio de algún tipo de recompensa. Tenían que entrar protegidos por guardias y secretas, que estaban por todo el barrio. Las mujeres íbamos a la puerta de la fábrica y les gritábamos a la entrada y a la salida, les llamábamos cobardes, traidores, sinvergüenzas, esquiroles, hasta que llegaba la guardia civil y nos identificaba y nos echaba y a menudo nos multaba. En el barrio la gente, no solo los de Bandas, sino muchos otros vecinos solidarios, les afeaban la conducta a los esquiroles, hubo quien se tuvo que mudar un tiempo a casa de familiares lejos del barrio. La mayoría renunció después de unos días y se declaró otra vez en huelga.

Contamos también cómo, al no conseguir nuestra vuelta en sus condiciones, la empresa intentó a toda costa reabrir la fábrica y aparentar normalidad. Para eso buscó nuevos trabajadores. Como en Vizcaya no los iba a encontrar porque la huelga de Bandas era bien conocida, probó en otras provincias, envió representantes a conseguir mano de obra. Daba igual edad, estado de salud, formación, experiencia: lo único que contaba era llenar autobuses con gente necesitada de un trabajo, y enviarlos a Echévarri para que entrasen cuanto antes en la fábrica. Las delegaciones del Sindicato Vertical le ayudaban en los pueblos. Si hacía falta, ponían carteles en las ferias ofreciendo trabajo seguro, prometiendo magníficas condiciones económicas. Así engañaron a hombres de Galicia, de León y de otras provincias, que estaban en situación de pobreza y habrían aceptado cualquier cosa por un sueldo. Pero cuando llegaban a Echévarri se encontraban una fábrica parada, naves vacías, guardias rodeando las instalaciones, mujeres gritándoles a la puerta, pidiéndoles que se negaran a trabajar, que se unieran a los huelguistas, que no aceptasen ser esquiroles. Un compañero que era gallego se dirigía a sus paisanos y les pedía que no manchasen la tierra en que nacieron. Los pobres aguantaban pocos días: entraban y salían en autobuses escoltados por jeeps de la Policía Armada, y los encerraban en pisos con hasta seis literas por habitación, prohibido ir a los bares, para evitar que tomasen contacto con los huelguistas. Pasados unos días acababan

esquivando la vigilancia y venían a la asamblea, donde eran recibidos con aplausos y nos contaban, avergonzados, que habían aceptado sin saber nada de la huelga, que ellos no querían ser esquiroles, solo estaban necesitados. Les ayudábamos a regresar a sus pueblos o a encontrar otros trabajos.

—¿Y con todo eso todavía aguantabais, seguíais con la huelga? —nos pregunta Asier. Como el chaval es poco expresivo, no sé bien si se trata de curiosidad, estupor o admiración.

—Aguantamos, seguimos con la huelga —explica su abuelo—. Igual que la empresa se mantuvo en su postura pese a perder muchos millones por tantos meses de inactividad. Pero la represión policial se nos fue volviendo cada vez más insoportable. Detuvieron a jurados y enlaces que estaban protegidos por su condición de representantes electos. Multiplicaron los registros domiciliarios.

—Quisieron golpearnos de otra manera —cuenta Maite—, alcanzar con sus golpes a las familias, para que arrojásemos la toalla. Nos negaron asistencia médica, nos retiraron la cartilla. Si íbamos al ambulatorio con un hijo enfermo, no nos atendían. Pero no contaban con nuestra capacidad de crear redes y cuidarnos unos a otros: decenas de médicos de Vizcaya se ofrecieron para atendernos fuera de sus consultas, conseguimos crear nuestro propio sistema sanitario, por precario que fuese. Así que dispararon una última bala. De cañón, más bien: nuestras casas.

—Nos amenazaron con perder las casas —prosigue José Mari—. Nos dieron un ultimátum: si no regresábamos al trabajo, nos quitarían las viviendas, que estaban vinculadas al contrato, era una práctica común en la industria en aquel tiempo. Aquello era una línea roja. Podíamos estar cinco, seis meses, sin sueldo, sin derechos, sin libertad, sin médico. Pero no sin casa. No podíamos permitir que cientos de familias se quedaran en la calle de un día para otro.

—Quisimos que la decisión la tomase todo el colectivo —remato yo—, como habíamos hecho siempre, pero no nos dejaban reunirnos, la Policía nos hostigaba. Pedimos permiso al Sindicato Vertical para celebrar una última asamblea decisoria, pero hasta eso nos negaron. Nos querían humillados. Así que vinimos aquí, a este mismo lugar donde estamos ahora. Aquí termina nuestro paseo, nuestra memoria. Aquí terminó la huelga.

Nos hemos detenido en un pequeño parque junto a la vía del tren. Hemos

llegado, estamos frente a la entrada de la fábrica, que ya no se llama Laminación de Bandas en Frío Echévarri. Ahora en el cartel pone Arcelor Mittal, y tanto las naves como en el entorno han cambiado por sucesivas reformas con los años. Pero los tres excompañeros estamos viendo ante nosotros la vieja fábrica de Bandas, como si fuese ayer, como hace más de cincuenta años. Asier la ve también, reflejada en nuestros ojos humedecidos.

—Justo aquí hicimos la asamblea final. Nuestros representantes nos habían pedido, a través de una de las últimas hojas, que aceptásemos regresar a nuestros puestos, aun sabiendo que ellos no podrían volver. Pero había que votar, y los ánimos estaban muy alterados. Hubo fuertes discusiones aquel día. Había gente dispuesta a llegar hasta el final; otros se sentían derrotados, humillados. Votamos, y entre todos decidimos poner fin a nuestra huelga.

Al decirlo, los tres levantamos la mano, repetimos nuestro voto de entonces. Asier mantiene los brazos bajos, como si discrepase con nuestra decisión y quisiera continuar la huelga.

—Imagínate cómo fue el regreso a la fábrica. Treinta y dos compañeros se quedaban fuera, despedidos. Eran nuestros líderes, quienes más habían trabajado por la huelga, y teníamos que volver sin ellos, sentíamos que los traicionábamos aunque ellos mismos nos habían pedido que actuásemos así. Los primeros días en las naves estábamos doloridos, furiosos y tristes. Vimos cómo los pocos que no habían secundado la huelga, o que se habían reincorporado meses atrás aceptando las condiciones de la dirección, ahora eran premiados, colocados en puestos clave, convertidos en nuestros superiores, y dedicados a vigilarnos y sancionarnos.

—Otros dos compañeros y yo fuimos a hablar con el Sindicato Vertical. Queríamos recoger fondos para pagar las muchas multas que había dejado la huelga, y queríamos hacerlo dentro de la ley, para no sufrir más represalias. Nos dijeron que mejor lo hablásemos con el jefe de personal, el temido Calbacho. Este nos dio largas, que lo iba a consultar y que ya nos contestaría. Pero su respuesta nos llegó muy pronto: esa misma noche nos sacaron de nuestras casas a los tres y nos deportaron lejos de Vizcaya. Yo ya no regresé más.

—La dirección no se conformó con nuestra reincorporación —dice José Mari—: querían humillarnos, hacernos pagar por nuestra lucha. Que fuese una derrota. Redujeron más aún las primas, aumentaron las sanciones, reprimieron a quienes

posteriormente intentaron recuperar la representación sindical o poner en marcha un nuevo convenio. El clima laboral se volvió asfixiante, y siguió así durante una buena temporada.

—A lo mejor tienes razón. —Le pongo la mano en el hombro a mi viejo compañero—. A lo mejor perdimos.

—Si nosotros perdimos, ellos tampoco ganaron —corrige Maite—. Las pérdidas para la empresa fueron enormes, y la producción tardó en recuperar los niveles anteriores.

—Como tú dijiste, Alfredo: perdimos ganando —concede José Mari—. Pero eso en el fondo es también perder.

—No, abuelo —nos interrumpe Asier, que lleva un rato toqueteando su móvil—. No perdisteis la huelga de Bandas. La ganasteis. La ganamos.

Y con los ojos fijos en la pantalla del teléfono, nos lee en voz alta algo que no sé cómo ha encontrado rebuscando rápidamente en internet: nuestra última hoja informativa, la del día que decidimos acabar la huelga. El chaval la lee, y nosotros movemos los labios, la recordamos de memoria:

Hemos ganado, sí, hemos ganado aunque tengamos que volver aparentemente vencidos. Página blanca de la Historia Obrera, escrita como siempre con tinta roja, la sangre, el sacrificio de los mejores, ha sido el precio caro que hemos tenido que pagar para ser incluidos en el libro de las gestas gloriosas del Movimiento Obrero…

La huelga de bandas se llevó a cabo por la plantilla de la empresa Laminación de Bandas en Frío, ubicada en Echévarri, Vizcaya.

Con sus ciento sesenta y tres días de duración, desde el 30 de noviembre de 1966 hasta el 15 de mayo de 1967, fue el conflicto laboral más largo durante el franquismo.

PARA MATAR UN MONSTRUO

HACEN FALTA MUCHOS VALIENTES

Benjamín Prado

La niña no sabía a dónde la llevaba.

Era una mañana de domingo del mes de mayo y en algunos muros aún se veían carteles de la manifestación sindical del Día de los Trabajadores. Las tardes ya empezaban a ser más largas y la luz le arrebataba horas a la noche y densidad a las sombras. La distancia que iban a recorrer era grande, pero la temperatura invitaba a salir, porque estaban en esa época del año en la que hace más frío dentro de las casas que fuera, al menos hasta que se oculta el sol.

Atravesaron calles vacías, dejando atrás terrazas llenas de gente, comercios apagados y naves industriales cerradas. El ruido constante del tráfico pasó a la intermitencia de algunos automóviles sueltos y ella pensó que lo primero sonaba como un oleaje y lo segundo como flechas que rasgaban el aire. Miró hacia atrás, pero no había ningún arquero. También se atenuaron poco a poco los colores, según desaparecían de la vista los escaparates de las tiendas, los kioscos de periódicos y los letreros eléctricos.

Ante ellos se formaba un horizonte de talleres e hipermercados, almacenes con grandes puertas metálicas para el paso de camiones y, más hacia el sur, edificios con carteles que anunciaban desde un polideportivo a una empresa de pinturas o una tienda de productos de belleza. Pronto divisaron la escuela de la marca de automóviles Seat. El hombre se detuvo, lo mismo que si hubiese en el suelo una raya que no se atreviera a cruzar. Su nieta fue a mirar unas flores silvestres que crecían junto a las malas hierbas en los bordes de la acera y al pie de los muros. A su alrededor había un panorama de vallas de alambre, bloques de viviendas desangeladas, balcones con toldos verdes y garajes, en uno de los cuales una pancarta en chino le añadía un aroma exótico a aquel paisaje de extrarradio. Todas las construcciones que los rodeaban eran de ladrillos rojos, iguales unas a

otras como soldados de un mismo ejército.

Mientras la niña arrancaba los pétalos de una margarita, el hombre vio aparecer a la policía. Los agentes llegaron como surgidos de la nada en sus coches patrulla, y los antidisturbios en furgonetas con los parabrisas y los faros cubiertos por rejillas metálicas. Eran muchos, tal vez cerca de cien o más, resultaba difícil calcularlo. Se fijó en los uniformes grises, los correajes de piel negra, los botones y la hebilla dorados y con la figura de un águila en relieve, los cascos de un verde camuflaje y, sobre todo, en la presencia amenazante de las armas, pistolas, metralletas y fusiles lanzadores de pelotas de goma, escudos y botes de gas lacrimógeno. La algarabía de las sirenas y los megáfonos por los que lanzaban sus órdenes llenaba los oídos de astillas.

Sonrió al darle a la pequeña un ramo diminuto, que no resultó ser tan inocente, sino parte de una negociación:

—Abuelo, ¿puedo ver unos dibujos en tu móvil?

Le dejó el teléfono. Era un modelo antiguo que le había dado su hija, "para que pudieran estar localizables" y que la cría se entretuviese con algunos juegos educativos o viera alguna serie infantil cuando él no la pudiera atender, por el motivo que fuese. A él no le gustaban esos aparatos, le parecían un invento del demonio que maniataba a la gente, la tenía esclavizada y permanentemente localizable. No se fiaba de ellos y menos aún de quienes los controlaban desde las alturas. Quizá fuese porque en su época cualquier modo de control resultaba sospechoso y uno trataba de no dejar pistas de sus actos ni dar demasiadas explicaciones. "Todo lo que sepan de ti lo usarán en tu contra y todo lo que ignoren lo podrás usar a tu favor", solía decir uno de sus compañeros de fatigas.

Allí mismo estuvo la fábrica de Seat, una de las columnas vertebrales del sistema, cuando este ya enfocaba toda su maquinaria propagandística a vender el espejismo de una nación optimista que caminaba con paso firme hacia el futuro. La dictadura, en principio, la había usado como moneda de cambio, al ponerla en manos de la Fiat italiana como pago a los servicios de Mussolini en la guerra civil, donde sus aviones Savoia Marchetti practicaron en todo el país su técnica "de saturación", que consistía en hacer un primer vuelo sobre sus objetivos, en el que lanzaban la mitad de sus proyectiles, y a los pocos minutos una segunda incursión, por sorpresa, cuando hubiesen salido de sus refugios antiaéreos las personas escondidas y los servicios de emergencia, para socorrer a los heridos.

Así doblaban las víctimas.

Con el paso del tiempo, aunque el control de la factoría era muy estricto, entre otras cosas porque muchos de sus dirigentes eran militares, y casi todos los vigilantes también, se fueron organizando comités y grupos de empleados que protestaban por las duras condiciones en las que desempeñaban sus tareas. En parte gracias a esa explotación inmisericorde de su personal, Seat fue creciendo, pasó de limitarse a hacer carrocerías en las que se ajustaban los motores que llegaban de Turín a realizar el proceso entero, y se transformó en uno de los estandartes de la supuesta prosperidad económica que la dictadura intentaba venderle a la opinión pública, con el fin de atraer turismo, divisas y la complicidad de unas democracias más que predispuestas a tolerar el régimen de El Pardo y darle carta blanca a cambio de utilizar su territorio estratégico en contra del comunismo, de la Unión Soviética y del resto de las naciones agrupadas tras el telón de acero. La producción se multiplicó, la flota crecía, el desarrollismo se volvió la palabra de moda y muy pronto no hubo una familia española que no soñase con tener un Ocho y medio o un Seiscientos. Los obreros de la firma manufacturaban cientos de ellos, pero no muchos podían darse el lujo de comprar uno.

El hombre que ahora paseaba por aquellos terrenos con su nieta había sido uno de aquellos operarios y sufrió las duras condiciones laborales que se les imponían: turnos infinitos, falta de relevos, horarios que no permitían moverse del puesto un instante, ni siquiera para ir al baño, algo que solo autorizaba a hacer el capataz de cada sección si otro compañero se ocupaba durante esos minutos de la tarea del ausente y era capaz de compaginarla con la propia. Tampoco se les permitía hacer un descanso para comer y lo hacían a la carrera, sin dejar lo que tuviesen entre manos en la cadena de montaje. Las peticiones de mejoras no eran atendidas y aún menos la reclamación de que se firmase un convenio justo. Y a quienes se arriesgaban a montar una asamblea o llegaban a plantearles a sus jefes esas reivindicaciones, se los castigaba con la apertura de un expediente disciplinario, una multa cuyo importe se descontaba de la nómina o un despido fulminante. Sin embargo, eran seres indomables y las protestas se sucedían desde mediados de la década de los sesenta, desafiando a un Estado totalitario cuyo único argumento era el uso de la fuerza, pero que también miraba con preocupación aquel desafío. Y entonces llegó 1971.

Un gato perseguía a un ratón en los dibujos que la niña miraba en el teléfono móvil y en la memoria del hombre las primeras cargas de la policía hicieron

retroceder a los huelguistas, que deshicieron su cadena humana y buscaron refugio en el interior, sin dejar de lanzar sus consignas. Las detonaciones, el humo, el olor de los neumáticos quemados y el sonido de cristales rotos formaban una banda sonora dramática. Los objetos llovían sobre las fuerzas enviadas para sofocar la manifestación, que se desplegaron para iniciar el asedio y desalojo de las instalaciones. Pensó en lo que habían cambiado las cosas desde entonces. El criminal de El Pardo había muerto hacía más de cuatro décadas, en su cama del hospital y dejando en el trono un rey que soñaba que fuera más su sucesor que el de Alfonso XIII. Su régimen se había desvanecido como lo que era, un castillo de arena, y la democracia regresó al país, por mucho que para hacerlo tuviese que pactar la impunidad de los golpistas que lo habían secuestrado con su sublevación de 1936 y de sus cómplices. Hacía poco que el general sedicioso había sido desenterrado de su tumba megalómana del Valle de los Caídos. Solo habían protestado cuatro locos. Su nieta ya no sabría quién fue ni lo que hizo y él no estaba seguro de si eso era bueno, malo o las dos cosas a la vez.

El veterano chapista que había llegado hasta aquel lugar desierto un fin de semana del mes de mayo, con su nieta de la mano, levantó la vista hacia la placa donde estaba escrito el nombre de la calle que pisaban, una especie de pasillo al aire libre que para él tenía el valor sentimental de una gran avenida: Passatge d’Antonio Ruiz Villalba. Aquel 18 de octubre de 1971, en una España donde el régimen aún trataba de demostrar que su mano de hierro no estaba oxidada, el soldador de la sección 33 del taller 4 de la Seat que llevaba ese nombre estaba entre los empleados a los que perseguían los guardias, algunos de ellos a caballo. El desconcierto era total y la represión, feroz, indiscriminada. Se detuvo a cientos de personas, que eran conducidas a golpes hacia las furgonetas blindadas. Los agentes lanzaban bombas de gas en talleres de pintura llenos de productos químicos inflamables que no explotaron de puro milagro. Y cuando tuvieron acorralados a los rebeldes, abrieron fuego. Los heridos se contaron por decenas y aquel joven se llevó la peor parte: ocho balas acabaron con su vida, un número de proyectiles que da idea de la desproporción del ataque. La sangre derramada le abrió la puerta al miedo. La ira peleó contra la tristeza. Hubo una concentración en memoria del mártir en Plaça Catalunya, a la que se atrevieron a ir más de diez mil personas, y paros solidarios en Hispano Olivetti, Cipalsa o La Maquinista Terrestre i Marítima. Se consiguió que se readmitiera a los expulsados y se soltara a quienes habían ido a la cárcel. Y se dio inicio al método de resistencia bautizado como “conflictividad permanente”. Al franquismo, en cualquier caso, aún le quedaban cuatro años de supervivencia y su jefe, igual que

hacen todas las alimañas, murió matando.

El abuelo le pidió a su nieta que posase bajo la placa de aquel modesto lugar del callejero de Barcelona.

—No pierdas nunca esta foto —le dijo—, y cuando sepas leer, recuerda que ese señor que pone ahí fue un héroe.

—¿Y qué hizo, abuelo? ¿Mató un dragón?

—¡Exacto! Això és el que va fer.

—¿Ell sol?

—No, amb molts altres. Per matar un monstre fan falta molts valents.

El hombre y la niña se volvieron por donde habían venido. Y al llegar al coche que habían dejado aparcado casi a la entrada de la ciudad, él pasó los dedos, como quien acaricia a un ser querido, por las cuatro letras escritas en la parte trasera del utilitario. Jamás había tenido uno de otra marca.

La huelga de la Seat de 1971 tuvo lugar el 18 de octubre de 1971 en la factoría de Seat de la Zona Franca de Barcelona. Seis mil trabajadores ocuparon pacíficamente la fábrica por la readmisión de obreros despedidos meses antes. La dirección cerró el edificio y llamó a la policía, que entró en la fábrica cargando brutalmente y abriendo fuego en los talleres donde hubo numerosos heridos y cientos de detenidos.

MILÁN, 1972: AMNISTIA. QUE TRATA DE SPAGNA

Susana Alba Monteserín y Ana Abelaira Huertos

Entre el 1 y el 15 de marzo de 1972 tuvo lugar en la Sala Reale delle Cariatidi de Milán la muestra de arte contemporáneo Amnistia. Que trata de Spagna. El evento formaba parte de una programación cultural más amplia que, bajo el título de Que trata de Spagna, se desarrollaría paralelamente en Roma y Milán, para posteriormente itinerar por otras ciudades italianas, aunque solo lo haría por Bolonia. Participaron más de 200 artistas plásticos españoles, italianos, franceses y de otras nacionalidades, además de casi medio centenar de poetas y un puñado de músicos y cantautores españoles.

Visto así, desde nuestro punto de vista actual, acostumbrados a eventos internacionales y a desplazarnos sin restricción, no es más que un festival cultural celebrado allende nuestras fronteras; sin embargo Que trata de Spagna y la exposición Amnistia. Que trata de Spagna fueron mucho más que un festival de arte y, para entenderlo, tenemos que pensar en la situación política y social de la España de 1972.

En 1971 España vivía en un contexto de represión provocado por la celebración del Proceso de Burgos y el resurgimiento de los conflictos laborales, que habían levantado una marea de huelgas y paros que afectaban a gran parte del tejido industrial, como Seat o Hispano Olivetti, y que se repartían por todo el país con la consiguiente agitación social en las calles, lo que llevó al Gobierno franquista a una dura y violenta reacción, con detenciones, malos tratos en las comisarías y encarcelamientos de obreros y estudiantes. Represión que le llevó a decretar el estado de excepción. Sin embargo, este desmesurado uso de la fuerza levantó, igualmente, la unánime protesta internacional de los países democráticos de nuestro entorno, e incluso la Iglesia católica se distanció del régimen. Esta oleada de solidaridad internacional se puso del lado de los partidos y organizaciones que desde España luchaban por la vuelta a la democracia y por la defensa de los derechos y las libertades.

1972 tampoco estuvo exento de acontecimientos violentos que marcarían la historia del movimiento obrero en España, merece la pena reseñar dos que marcarán el devenir de CC OO. Uno se produjo mientras se celebraba la muestra que estamos comentando, el 10 de marzo en Ferrol, durante el transcurso de una manifestación convocada por los trabajadores de los astilleros de Bazán la policía cargó y mató a dos obreros dejando heridos a una veintena. El otro acontecimiento se produciría meses después de la clausura de la exposición, el 24 de junio, cuando el régimen, viendo las simpatías que el incipiente movimiento obrero dirigido por las Comisiones Obreras despertaba tanto dentro como fuera de nuestras fronteras, ordena la detención de la mayor parte de los miembros de la Coordinadora General de Comisiones reunidos en la iglesia del convento de los Oblatos en el pueblo madrileño de Pozuelo de Alarcón, lo que dio lugar al conocido Proceso 1001.

Por otra parte, Comisiones Obreras, por entones “las Comisiones Obreras”, se iba posicionando dentro de las fábricas, las oficinas y el campo como el principal movimiento sindical, ganando legal y democráticamente en las elecciones sindicales celebradas en aquel verano de 1971, por lo que sus delegados empezaron a encabezar los Jurados de Empresa de los centros de trabajo. Sin embargo, ya desde 1967 la organización contaba con una estructura en el exterior, la Delegación Exterior de Comisiones Obreras (DECO), con sede en París, cuya misión consistía en ayudar a la salida de España de quienes sufrían persecución, pero también contribuía al sostenimiento económico de los presos políticos y sus familias, al apoyo a la lucha sindical clandestina en España de las Comisiones Obreras, así como a llamar la atención internacional hacia la falta de libertades y derechos en la península, mediante la realización de eventos artísticos y culturales.

En este contexto, siguiendo el modelo sindical italiano y aprovechando los contactos que ya se habían iniciado entre los trabajadores de la fábrica de Seat en Barcelona y sus homólogos de la fábrica de Fiat en Turín, la DECO inicia contactos con los tres principales sindicatos italianos (CGIL, CISL, UIL), los cuales se encontraban por aquellas fechas inmersos en la creación de una confederación unitaria de sindicatos, quienes, además, sentían simpatía por la causa española de lucha contra la dictadura fascista, ya que incluso en Italia estaban apareciendo protestas contra los neofascismos italianos, grupos silenciados desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Con estas condiciones las tres centrales sindicales italianas y la DECO deciden

la realización de la muestra Amnistia. Que trata de Spagna; con ella pretendían recaudar fondos destinados a financiar el trabajo y las acciones de la DECO además de generar simpatías más allá de los Pirineos hacia la petición de amnistía para los presos políticos y hacia la lucha de las Comisiones Obreras. Para los sindicatos italianos, la muestra suponía relanzar el proceso de unidad de las fuerzas italianas de izquierda en su batalla contra las dictaduras fascistas que todavía gobernaban en territorio europeo.

No obstante, iniciativas de este tipo no les eran desconocidas a los italianos y no era la primera vez que se hacían, pues entre mayo de 1964 y agosto de 1965 se celebró Spagna Libera. La muestra a favor de los antifascistas españoles se había organizado para itinerar a lo largo de un año por varias ciudades transalpinas (Rímini, Florencia, Ferrara, Reggio Emilia y Venecia), siendo apoyada por numerosos políticos italianos de diferentes tendencias, incluyendo a los democristianos. Suponía la primera muestra de arte que contra la dictadura franquista se realizaba en Europa, en un intento por contrarrestar los actos programados para celebrar los 25 Años de Paz franquista. La muestra obtuvo un gran éxito al contar con la implicación de una parte del panorama artístico español, como Picasso, Tàpies, Saura…, organizada por los profesionales del mundo del arte. Sin embargo, esta era la diferencia fundamental con respecto al festival celebrado en 1972, pues ahora estaba gestionada únicamente por Comisiones Obreras, CGIL, CISL y UIL.

Amnistia. Que trata de Spagna comenzó a fraguarse en 1971, no sin cierta ingenuidad por parte de sus organizadores, que mostraron un gran desconocimiento de los plazos y el funcionamiento del mundo del arte, pues pretendían un espacio expositivo desjerarquizado en el que cada artista, ya fuera de fama internacional o desconocido del gran público, solo podría presentar una única obra cedida para financiar las Comisiones Obreras; además, cada uno de ellos aparecería en el catálogo, que para la ocasión se realizaría por riguroso orden alfabético, sin distinción ni privilegios entre ellos. La ciudad elegida en ese primer momento fue Turín y la fecha entre el 18 de mayo y el 18 de junio de 1971; sin embargo, problemas de organización y sobre todo que la galería turinesa donde se iba a celebrar la muestra cambiara unilateralmente la fecha de la inauguración hicieron fracasar esta sede, ya que en cinco meses pretendían contactar directamente con los artistas para que cediesen gratuitamente sus trabajos, sin tener en cuenta a los galeristas, quienes eran los responsables de la venta y distribución de las obras. Tampoco tuvieron en cuenta los problemas de comunicación con la sede de la DECO en París o de

transporte de las obras desde una España por cuyas fronteras era difícil pasar. No obstante, en este primer momento se llegaron a enviar clandestinamente a París cien obras de arte que consiguieron burlar el estado de excepción declarado en España.

Ante este primer fracaso, los organizadores se replantearon su estrategia. Lo primero era encontrar una ciudad para alojar la muestra, por lo que pensaron en otras ciudades, como Milán por su floreciente mercado de arte, Bolonia por su ambiente político y Roma por ser la capital.

En Milán encontraron el apoyo de su alcalde Aldo Aniasi, que fue partisano durante la Segunda Guerra Mundial y sentía simpatía por la causa española, por lo que para la ocasión cedió una galería pública, el Salón Real de las Cariátides. Además, los dirigentes italianos y españoles empezaron a organizarse, creando los tres sindicatos italianos el Comité Sindical Permanente, que se presentó como el principal financiador y defensor internacional de las Comisiones en aquella época. Mientras, la DECO enviaba una persona de forma estable a Italia para que actuase de organizadora y enlace con la DECO en París, siendo el elegido un por entonces jovencísimo Carlos Vallejo. Por otra parte, y para facilitar la llegada de obras desde España sin problemas y así poder burlar la censura imperante, entran a formar parte de la organización la galería de arte Il Toro de Roma y la galería Agrifoglio de Milán, que se encargaron de enviar cartas de invitación a artistas plásticos españoles para que contribuyesen a la misma, aunque en la misiva se omitía convenientemente la palabra “amnistía” del título completo de la exposición, a fin de burlar la censura española y que las obras y los artistas pudieran salir de España sin problemas.

Otra pieza fundamental del equipo organizador fue Rafael Alberti, en aquel momento exiliado en Roma, quien era muy conocido y apreciado por el mundo artístico italiano, ya que desde su casa romana atendía a muchas de las iniciativas que contra la dictadura franquista se llevaron a cabo. Alberti será quien se ponga en contacto con algunos de los artistas italianos para que colaboren en el festival, ya que los pintores italianos no estaban muy sensibilizados con la cuestión española e incluso con la galerista que representaba a Pablo Picasso, para que cediese las prometidas obras del artista. Pero la contribución de Rafael Alberti no se limitó solo a sus contactos y su compromiso político, a él se debe el título del festival, al elegir el título del libro de poemas de Blas de Otero Que trata de España y que el propio poeta gaditano adoptó para un poema suyo, que donó al libro de poemas editado para vender

dentro de los actos programados. Publicación que, junto al citado poema de Alberti, recogía poemas de otros tantos poetas españoles que contribuyeron gratuitamente con uno de sus textos.

Otro de los problemas que el Comité Sindical y la DECO solucionaron fue la salida de las obras de arte a través de las fronteras españolas y su llegada a Italia. Así los sindicatos italianos se hicieron cargo de conseguir los permisos aduaneros para la entrada de las obras en Italia desde España y Francia, corriendo igualmente con los gastos de transporte y aranceles, mientras los españoles asumían los riesgos de trasladar las obras desde Barcelona a través de la frontera catalana de la Junquera hasta Marsella y de allí a Milán. Todos estos inconvenientes organizativos provocaron que, incluso con la muestra ya inaugurada, continuasen llegando obras y artistas que no pudieron aparecer en el catálogo, pero que formaron parte de la misma.

A Milán consiguieron llegar obras de los mejores y más reconocidos artistas plásticos de la vanguardia europea y española, como Picasso, Vasarely, Guttuso, Miró, Bernard Dreyfus, Emilio Vedova, Tàpies, Calder, Antonio Saura, José Ortega, Léger, Josep Renau, Agustín Ibarrola, Juan Genovés, Equipo Crónica, Manolo Millares, Pablo Serrano, Gustavo Torner, Luis Gordillo, Manuel Valdés y junto a ellos artistas de menor renombre o jóvenes artistas españoles poco conocidos por el gran público, pero que empezaban a exponer por el circuito del arte gracias a sus apariciones en las bienales y ferias de arte y para quienes la exposición de Milán supuso el poder compartir el mismo espacio expositivo, en condiciones de igualdad con los grandes maestros del arte. Es el caso de artistas como Alberto Corazón, Eduardo Úrculo, Juan Giralt, Manuel Calvo Abad, Ricardo Zamorano, José María Yturralde, Jordi Pericot y Sixto, entre otros. Pero a Milán no solo enviaron trabajos hombres, también hubo un reducido número de mujeres, artistas de diversas generaciones, pero muy comprometidas con la causa de la libertad y la democracia en España; es el caso de Remei Martínez, Amelia Riera, Amalia Avia, Esther Boix, Aurora Gassó Grau, Emilia Xargay, Mercedes Ruibal, Carmen Planes o Soledad Sevilla.

Junto a la gran muestra de arte, se expuso una colección de propaganda gráfica clandestina que igualmente obtuvo una gran aceptación del público asistente.

Mientras se inauguraba la exposición de Milán, en Roma el 12 de marzo se organizan en la escuela sindical de la CGIL en Ariccia, ciudad cercana a la capital, otras actividades del festival. Aquí tuvo lugar la presentación del libro de

poemas Poeti spagnoli per la libertà que para la ocasión se publicó. En el acto Alberti leyó su poema "Que trata de España", y estuvo acompañado por su esposa María Teresa León, con la presencia de dirigentes sindicales italianos y españoles como Carlos Elvira o el escritor y senador Carlo Levi y el crítico Ignacio Delogu. Al poemario junto con Rafael Alberti cedieron desinteresadamente poemas nombres como Leopoldo María Panero, Carlos Álvarez, Carlos Bousoño, José Manuel Caballero Bonald, Gabriel Celaya, Salvador Espriu, Celso Emilio Ferreiro, José Esteban González, Ángel González, José Luis Gallego, José Hierro, Jesús López Pacheco, Blas de Otero, Francesc Vallverdú y la única representante femenina: Gloria Fuertes. Por otra parte en el Cinema Farnese se proyectaban documentales sobre las luchas de los trabajadores y la represión del régimen en España. Entre los títulos proyectados: El altavoz, La muerte de Patiño, El encierro de Montserrat, Tarrasa 70 y El Proceso de Burgos.

Al día siguiente, 13 de marzo, en la Casa de Cultura de Roma se presentó otra de las actividades proyectadas en el festival, el disco Cerca de mañana. El LP incluía temas de cantautores y músicos españoles que, por motivos obvios, había sido grabado en Francia e incluía temas de canciones protesta y música popular en castellano, euskera, catalán y gallego. La iniciativa pretendía llamar la atención del mundo hacía la diversidad cultural y lingüística de España, en contra de la unidad que el régimen de Franco ofrecía. Del total de intérpretes participantes solo estuvieron en el acto de Roma Bibiano Morón y Julia León, debido a que los iniciales problemas de la organización del festival y los cambios de fecha imposibilitaron la asistencia de la mayoría de ellos, aunque habían confirmado su participación. No obstante, en el disco participaron también nombres del panorama artístico español que representaban a todos los territorios lingüísticos del Estado, como Lluís Llach, Xavier Ribalta en catalán, el vasco Imanol, los gallegos Voces Ceibes, Vicente Araguas, Suso Vaamonde, Xerardo Moscoso, Benedicto y los cantantes en castellano Elisa Serna, Adolfo Celdrán, Juanele y Pablo Guerrero. El disco propició que todos ellos tuvieran una mayor proyección internacional, pero además el público italiano descubrió los problemas de nacionalismos que se vivían en Cataluña y Euskadi, de los que la prensa italiana se fue haciendo eco, mientras eran silenciados por los medios de comunicación españoles.

Una vez concluida la etapa romana y milanesa de la exposición, esta se trasladó al Palazzo d'Accursio de la ciudad de Bolonia, donde permaneció abierta entre los días 8 y 30 de abril de 1972. En Bolonia la muestra obtuvo igualmente un

importante éxito de público y en el día de su clausura se organizaron en la ciudad una manifestación y un mitin en los que participó el histórico dirigente de Comisiones Obreras Carlos Elvira. Posteriormente la ciudad acogerá la sede del Comité Spagna Libera, organización nacional que coordinará diversas acciones de apoyo antifascista.

Un aspecto que los organizadores no descuidaron y que sabían era importante para el éxito del festival, y no solo para la participación del público, sino para hacer visible la causa española y de las Comisiones Obreras, era contar con los medios de comunicación. Así se inició una campaña que incluía publicidad en televisión, y en radio, sobre todo en Milán, sin olvidar a la prensa escrita. En los periódicos la exposición se dio a conocer una semana antes de su inauguración mediante la publicación del programa y una explicación política. Se hicieron igualmente reuniones con los críticos de arte y música de los periódicos para que durante quince días se hablase de ella. Mientras, en España la prensa nunca se hizo eco de ningún evento cultural, a pesar que desde el año 1971 las autoridades tenían noticia de la organización del festival y de la exposición, además de los intentos diplomáticos y protestas de la embajada de España en Italia para que no se celebrase ningún acto. Una idea de la preocupación gubernamental por la muestra milanesa es el informe realizado en abril de 1972 titulado Tendencias conflictivas en cultura popular, en cuyo apartado IV, "Bellas Artes", se referían a la exposición del siguiente modo: "Aportaciones a exposiciones antirégimen. Caso de Milán a beneficio de las CC OO. Relación de aportaciones españoles anexo 4".

Por otra parte, los organizadores también tuvieron claro que una iniciativa cultural de este calado no podía quedarse en el olvido, por lo que desde el principio proyectaron la realización de un documental que dejara testimonio audiovisual de aquellos días. El encargo recayó en Manuel Esteban Marquillas, quien rodó Milán-Amnistía: una exposición que trata de España (1972); la película, realizada en blanco y negro, recorre los diferentes espacios en los que se desarrolló el festival entre Milán y Roma. En ella podemos ver tanto la gran cantidad de obras de arte donadas por los artistas de la vanguardia española y europea como al público asistente a la misma. Se escuchan las palabras de Pablo Neruda acerca del éxito de la muestra milanesa, la lectura que Rafael Alberti realiza de su poema y la interpretación de algunos de los temas del disco.

El ambicioso proyecto de los organizadores era el de ofrecer una gran bienal de cultura, cuyo objetivo era la ya mencionada recaudación de fondos para las

Comisiones Obreras, por lo que inicialmente también se pensó en un recital de teatro de vanguardia, con la participación de grupos de teatro experimental llegados de Madrid y Barcelona. Igualmente se pensó en la grabación de dos discos LP, el ya comentado Cerca de mañana y otro que incluiría canciones populares de trabajo y canciones de la guerra civil, que no llegó grabarse. Problemas organizativos y sobre todo financieros hicieron fracasar estas iniciativas. No ocurrió lo mismo con la celebración de otros actos, como conferencias o una muestra de prensa clandestina, que, según los organizadores, resultaron muy positivas, pues no solamente suponían el contacto directo con el público, sino que en muchas ocasiones se recaudaba dinero para la causa.

En general los resultados fueron muy buenos para las Comisiones Obreras, pues no solo vieron cumplidos sus objetivos en la respuesta que les brindó el mundo del arte, sino que la crítica y el público también los respaldó. Entre las personalidades que acudieron a los diversos actos programados destacan el alcalde de Milán Aldo Aniasi o el poeta Pablo Neruda, en aquel momento embajador de su país en Francia; Luciano Lama, secretario general de la CGIL; Teresa Azcárate; o Alfredo Mañas, así como muchos políticos que acudieron a la celebración del XIII Congreso del PCI o marchantes del mundo del arte; pero sobre todo acudieron muchos obreros italianos movilizados por los sindicatos de su país y trabajadores emigrantes españoles en Suiza y Francia que pasaron las fronteras para acudir a Milán, siendo todos ellos quienes además contribuyeron económicamente con la compra de las obras gráficas clandestinas y carteles de la oposición antifranquista y la guerra civil española.

Sin embargo, la compra de las grandes obras de arte estaba fuera del alcance de estos miles de trabajadores, sus elevados precios las hacían inasumibles y aunque algunas obras fueron adquiridas por críticos de arte y algún particular, fue el Ayuntamiento de Milán el que quizás adquirió la pieza más icónica de la exposición: Le Fumeur de Picasso, lo que contribuyó en gran medida al éxito económico de la muestra y supuso la compra de otros artistas, sobre todo italianos, como Vespignani. Se vendieron las obras de los autores muy conocidos, sobre todo pintores, mientras que las esculturas quedaron sin vender. Lo mismo ocurrió con los autores españoles menos conocidos o con aquellos cuyas obras resultaron muy deterioradas durante los traslados. En estos casos, y una vez concluida la muestra en Bolonia, los organizadores pensaron en reunir las obras en la sede de la CGIL de Milán para venderlas por lotes, de esta forma adquirieron piezas varias organizaciones del sindicato, agrupaciones del PCI y diversas asociaciones. Este hecho contribuyó a que en la actualidad tanto la

CGIL y la Cámara del Lavoro de Milán como la Cámara del Lavoro de Bolonia posean una importante colección de piezas de arte español contemporáneo. Estas compras vieron compensado el fracaso de ventas del catálogo de la misma.

Las ventas del disco también fueron buenas, pues el álbum fue adquirido por trabajadores españoles en Francia y en las exposiciones de Milán y Bolonia, además de en los actos organizados en Roma.

Los buenos resultados de la muestra no solamente fueron económicos, sino también políticos, pues supuso que se conociera, por el público en general y el italiano en particular, la situación que se vivía en España, legitimando las luchas que desde las Comisiones Obreras se venían desplegando por todo el país por obreros y estudiantes. Además, se fue reforzando el apoyo que los sindicatos italianos ofrecieron a las Comisiones Obreras, que vieron mejoradas sus condiciones económicas con los envíos de dinero que los sindicatos italianos realizaban a través de los fondos de solidaridad, siendo sobre todo la CGIL su principal valedor entre 1971 y 1976. Pero también propiciaron que delegados españoles participaran en diversos foros sindicales internacionales.

Tiempo después Comisiones Obreras organizó entre junio y septiembre de 2017, en el Museo de Historia de Madrid, la exposición Amnistía. Que trata de España. Arte y Solidaridad (Milán 1972-Madrid 2017). Con ella no solo se recordaba una exposición celebrada en Milán en aquel año y cuyo evento era desconocido para la mayoría de los españoles, sino también se rendía homenaje a todos aquellos hombres y mujeres, trabajadores y trabajadoras anónimos, que en los difíciles años de la dictadura tardofranquista lucharon por la victoria de la democracia en España. A la vez que se ponía de relieve ante la sociedad del siglo XXI el compromiso social y político que el mundo del arte adquirió en aquellos años de dictadura.

La exposición de Madrid quería que, a través de sus seis espacios expositivos, se conociera no solo el festival cultural celebrado en Italia en sí, sino también el contexto histórico de represión política y social que se vivía en España en aquellas décadas, y más concretamente entre 1971 y 1972, y que hacía materialmente imposible su celebración dentro del país. Por otra parte, se quería poner de relieve la gran solidaridad internacional despertada a favor de todos aquellos que en el interior del país luchaban por la restitución de la libertad y la democracia en España. El final del recorrido lo ocupaba una instalación en la que los visitantes de la muestra pudieron dejar por escrito sus impresiones,

opiniones y sugerencias. En los mensajes recogidos se ven cumplidas las intenciones de los organizadores, pues algunos de los visitantes, sobre todo los más jóvenes y los extranjeros, no solamente conocieron una serie de acontecimientos de nuestra historia reciente que les eran desconocidos, reconociendo el valor y la entrega de aquellos que arriesgaron la libertad e incluso la vida por la democracia, sino que también la exposición despertó el recuerdo y las emociones entre quienes habían sido protagonistas anónimos de aquellos duros años de lucha y privaciones.

Pero esta no ha sido la única vez que se ha recordado y rememorado Amnistia. Que trata de Spagna. La primera vez fue en Barcelona en 1997, con ocasión de la celebración del 25 aniversario de la muestra milanesa. En aquel entonces no se expusieron cuadros de aquella exposición, sino que se les pidió a los artistas participantes que entregasen dos obras, una de aquella época y otra más reciente. Las siguientes citas fueron Roma (2002) y Milán (2012), organizadas con motivo de la celebración del 30 y 40 aniversarios de la muestra de 1972; en ambas ocasiones se expusieron parte de las piezas que el sindicato CGIL compró durante la celebración de Amnistia. Que trata de Spagna. Por esta razón podemos decir que al exponerse en Madrid una pequeña parte de los cuadros reunidos en 1972, hoy propiedad del sindicato italiano, se volvían a contemplar, cuarenta y cinco años más tarde, unas obras que habían estado alejadas de los circuitos del arte, siendo además la primera vez que los cuadros regresaban a España, aunque por supuesto era un viaje de ida y vuelta.

Amnistia. Que trata de Spagna fue una exposición celebrada en Milán en 1972 en la que artistas de diferentes generaciones y estilos se unieron para mostrar su compromiso con la lucha por la amnistía y las libertades en España. El Museo de Historia de Madrid celebró en 2017 una reedición de esta muestra histórica.

EL PROCESO 1001: EL PRINCIPIO DEL FIN

DEL RÉGIMEN FRANQUISTA

Mayka Muñoz Ruiz

La mayoría de las y los españoles, por lo menos las personas de cierta edad, saben que durante la posguerra, especialmente en la década de los años cuarenta, la dictadura franquista llevó a cabo una represión muy intensa sobre las y los vencidos. Ahora bien, muchas menos personas son conscientes de que la represión continuó en la España del Seiscientos y de las vacaciones en agosto en Benidorm, y que además las y los protagonistas de esta fase represiva fueron las y los trabajadores que empezaron a defender sus derechos a través de las Comisiones Obreras. Dentro de las caídas, detenciones y juicios a los que fueron sometidos las y los miembros del movimiento obrero, destaca la caída de la Coordinadora General de Comisiones Obreras en una reunión clandestina, celebrada en la residencia de los Oblatos de Pozuelo de Alarcón, Madrid, el 24 de junio de 1972. A partir de ahí se inicia el Proceso 1001/72, que es el proceso judicial abierto por el Tribunal de Orden Público (TOP) contra los miembros de la Coordinadora, que termina el 25 de noviembre de 1975 con la salida de la cárcel de los últimos detenidos, debido al indulto proclamado por el rey Juan Carlos I en su llegada a la Jefatura del Estado.

Estamos hablando, pues, de un proceso de más de tres años de duración en el que se pasó de dar un duro golpe a las Comisiones Obreras, descabezando su organización, a poner en cuestión al propio régimen ante la opinión pública internacional. Cómo se logró esto es lo que voy a contar en las páginas siguientes.

Lo primero que hay que explicar es cómo se llegó a ese momento. No es este el lugar para hacer una síntesis del desarrollo de CC OO, pero sí para poner un poco de contexto a la reunión. Desde los inicios de las Comisiones Obreras, se había trabajado en dos niveles: en el oficial, participando en las elecciones sindicales y ocupando cargos de enlaces y Jurados de Empresa del Sindicato

Vertical; y en el clandestino, organizándose a través de reuniones en casas, iglesias o en el campo, vinculados a las fuerzas políticas de oposición al franquismo, en especial el Partido Comunista (PCE). Durante los primeros años sesenta existe una cierta permisividad por parte del régimen, que se corta de raíz con la sentencia de 1967. Tras la detención de la Comisión Obrera de Vizcaya, las Comisiones Obreras son declaradas ilegales al vincularlas directamente con el PCE. Esta sentencia, como veremos después, será determinante en el devenir de los condenados en el Proceso 1001, puesto que las penas a las que se enfrentaron fueron desproporcionadas.

Paralelamente, se había ido intentando organizar y coordinar los movimientos surgidos en los distintos territorios y empresas, sobre todo en los sectores industriales donde se habían instalado métodos de trabajo fordistas, la construcción, la minería, el transporte y, conforme avanzaba el tiempo, otros sectores como la banca o algunos servicios públicos. De esta manera, entre junio de 1967 y octubre de 1971, se habían celebrado siete reuniones generales de representantes del movimiento obrero procedentes de distintas zonas del país. Las posibilidades de reunión eran limitadas, debido a la represión de muchos de las y los miembros de Comisiones, la actuación de las fuerzas policiales, los condicionantes económicos y de seguridad.

En este contexto se convoca la reunión de la Coordinadora para el 24 de junio, en el convento de los Oblatos de Pozuelo de Alarcón, en Madrid. El objetivo de la reunión era reactivar la coordinación entre los territorios, repartir dinero procedente de la solidaridad internacional y discutir un documento programático para articular el nuevo movimiento obrero. El documento se titulaba: “Sobre la unidad del movimiento obrero de masas”, y había sido elaborado por Nicolás Sartorius y Eduardo Saborido, a instancias de la Inter de Madrid. El texto a debatir en la reunión tenía como elementos fundamentales la unidad del movimiento obrero, la autonomía sindical frente a los partidos políticos y la articulación de un sindicalismo distinto del tradicional, que combinara la lucha concreta en los lugares de trabajo con la defensa de derechos ciudadanos.

Los convocados a la reunión eran todos hombres trabajadores de distintos sectores productivos de otras tantas zonas del país. Todos dirigentes locales de Comisiones Obreras, algunos con antecedentes policiales, otros no, algunos miembros del PCE (“el Partido” durante el franquismo), pero todos identificados por la policía como miembros de Comisiones, según el informe de la Brigada Político-Social (BPS). En general, representaban también los distintos grupos

que se habían ido amalgamando en ese movimiento obrero semiorganizado que acabará cuajando en las Comisiones Obreras, predominando los jóvenes con cargos sindicales en el Sindicato Vertical.

De tal modo que encontramos, procedentes de Madrid, a Marcelino Camacho, metalúrgico, el único con una trayectoria militante desde la guerra civil; Nicolás Sartorius, abogado y periodista; Francisco García Salve, cura y obrero de la construcción. De Andalucía, en concreto, Sevilla, venían Paco Acosta, taxista; Eduardo Saborido, administrativo en una empresa metalúrgica; y Fernando Soto, metalúrgico. De Zaragoza vino Miguel Ángel Zamora Antón, instalador de butano; procedente de Vizcaya, Pedro Santiesteban, metalúrgico; de Valladolid, Luis Fernández Costilla, electricista. Finalmente, de Asturias acudió Juan Muñiz Zapico, metalúrgico. No asistieron representantes de Galicia debido a las detenciones producidas por la huelga de marzo en la Bazán. Los convocados de otras provincias sufrieron diversos percances y no llegaron a Madrid. No fue este el caso de los catalanes, los cuales, aunque viajaron a Madrid, no acudieron a la reunión por retraso o por precaución, según distintas versiones. Según cuenta José Luis López Bulla, ellos llegaron a Pozuelo en autobús y vieron el despliegue policial, así que decidieron no ir al convento. La salida de Madrid tampoco fue fácil porque la policía controlaba las salidas en tren hacia Barcelona. Los compañeros les fueron sacando en coches hasta otras localidades donde ya pudieron coger un tren. Tuvieron que dar muchas vueltas hasta conseguir llegar a Barcelona sin que los detuvieran.

Ahora bien, gracias a esta situación, los dirigentes de la CONC Cipriano García, José Luis López Bulla y Armando Varo pudieron reorganizar desde Cataluña la dirección de CC OO. No obstante, la nueva Coordinadora Nacional tuvo en esos años como figuras clave en Madrid a Vicente Llamazares y a Natividad Camacho.

Los miembros de la Coordinadora convocados fueron llegando a la capital por diversos medios de transporte, y una vez allí fueron recogidos por diferentes coches para llevarlos al lugar de reunión: la residencia de los Oblatos en la localidad de Pozuelo de Alarcón. La cita de seguridad era en la plaza de Moncloa. Desde el principio hubo indicios de que la Policía estaba al corriente del encuentro. Paco Acosta cuenta que el compañero que fue a recogerlos les dijo que le había seguido un coche “sospechoso”, pero que lo había despistado. Marcelino Camacho, aunque vivía en Madrid, salió de su casa con más de dos horas de antelación, y fue en un coche conducido por su yerno hasta la

residencia de los Oblatos acompañado de Sartorius, al que recogieron al pasar por el puente de Segovia. Miguel Ángel Zamora, por su parte, recuerda que el compañero que le recogió dio muchas vueltas y sospechó que un coche los seguía, por lo que abandonaron su propio vehículo en Carabanchel antes de ir al sitio acordado de la cita.

Como vemos, muchos sospechaban de seguimientos policiales. Por esa razón, una vez juntos los diez, decidieron suspender la reunión y disolverse. Ahora bien, se retrasaron lo suficiente para ser detenidos antes de poder salir del edificio, entre la una y la una y media del mediodía. Las causas concretas de la caída difieren en el recuerdo de los protagonistas. La mayoría considera que se debió a una delación, aunque también señalan la creciente presión policial. En este sentido, cuando se accede a los informes de la BPS se pone de manifiesto el intenso proceso de seguimiento y control que se tenía sobre muchos miembros de CC OO, tal y como narran los protagonistas de distintas caídas y detenciones.

Un contingente destacado de la policía cercó la residencia de los Oblatos. Saborido, que fue el primero en salir, fue el que dio la voz de alarma. A partir de ese momento la situación se volvió caótica. Mientras la policía fue deteniendo a todo aquel que no llevara sotana, los miembros de la Coordinadora se dispersaron y cada uno intentó salir de allí según pudo, incluso por el tejado, o esconderse y deshacerse de la documentación que pudiera incriminarlos. No obstante, todos fueron detenidos de manera violenta y los encerraron en un vehículo hasta que los llevaron a la DGS.

Es entonces cuando se inician una serie de acontecimientos que van a servir para poner de manifiesto la verdadera cara del régimen franquista ante la opinión internacional, puesto que en España imperaba la censura. Estos acontecimientos se desarrollan en tres niveles: sindical, jurídico y político. En estos escenarios van a destacar, en función del momento y el lugar, una serie de protagonistas: los presos, pronto denominados “diez de Carabanchel”, sus esposas y otras mujeres de presos, las y los abogados, los militantes de Comisiones Obreras, tanto en el interior como en la emigración, y la solidaridad internacional.

Empezaremos por el nivel jurídico y el papel de los presos, las y los abogados y las esposas. Una vez trasladados a la Dirección General de Seguridad (DGS), los detenidos fueron interrogados por el grupo del comisario Yagüe, sin torturas, puesto que la mayoría eran bastante conocidos. Los detenidos se habían puesto de acuerdo para negar ser miembros de la Coordinadora Nacional de Comisiones

Obreras, así como para negar que se conocieran entre sí, salvo en los casos obvios. Lo que sí reconocieron era pertenecer a las Comisiones Obreras. El 26 de junio la BPS remite su informe al Juzgado de Orden Público y los detenidos pasan a la cárcel de Carabanchel, que era donde se esperaba la fecha del juicio. Una vez se tenía una sentencia firme, se trasladaba a los presos a los penales. Previamente se les había comunicado una multa gubernativa de 250.000 pesetas, que de no pagarse implicaba cárcel inmediata.

El informe de la BPS va a ser el eje que va a determinar el desarrollo judicial del proceso, por lo cual es fundamental destacar las dos líneas básicas de la acusación: que las Comisiones Obreras eran organizaciones ilegales organizadas y dirigidas por militantes del PCE, cuyo objetivo era el ataque a la Organización Sindical como uno de los pilares del régimen; y que los detenidos formaban la Comisión Coordinadora o Delegada, "organismo rector" de Comisiones Obreras. El informe adjuntaba la documentación requisada a los detenidos en los registros efectuados por la Policía, que será prueba en el juicio y quedaba reflejada en la calificación del fiscal.

Una vez trasladados los detenidos a prisión e iniciada la instrucción del sumario 1001 en el Juzgado de Orden Público, se ponen en marcha las estrategias de resistencia en prisión, la solidaridad con los presos y la defensa por parte de las y los abogados vinculados a CC OO y al PCE. La primera acción de resistencia política que realizaron los detenidos fue la negativa a desnudarse al entrar en la cárcel de Carabanchel, dentro de un protocolo carcelario que no reconocía la figura del preso político. El primero en negarse fue Marcelino Camacho, y fue secundado por los demás. De esta manera, los mandan directamente a sus pabellones. Ya existía en Carabanchel una división en galerías donde iban los detenidos en virtud de sus "delitos". Los más veteranos serán encerrados en la sexta galería, aunque García Salve sería posteriormente trasladado a la cárcel concordataria de Zamora, donde estaban confinados los sacerdotes. Los jóvenes fueron instalados en la tercera galería en compañía de otros presos políticos.

Dentro de la prisión de Carabanchel, los presos políticos estaban organizados en "comunas", a través de las cuales compartían la comida y, en general, lo que recibían del exterior a través de las esposas. En su cocina mejoraban el horrible rancho con los alimentos que les llevaban los familiares, y comían en sus comedores sin tener que compartirlos con los presos comunes. Tenían cierta autonomía dentro de la galería, gracias a las luchas de sus predecesores contra el régimen penitenciario. Así, podían leer, hacer ejercicio o mantener discusiones

políticas. Eran pequeños “lujos” cotidianos que les ayudaban a sentirse humanos en un contexto marcado por la miseria, la represión y la corrupción.

Algunos de los que pasaron breves periodos de tiempo en esta cárcel, y salieron pronto, recuerdan los aspectos más positivos, como la solidaridad o el aprendizaje con hombres que consideraban en buena medida héroes. Ahora bien, los testimonios nos hablan de mucha angustia y miedo, sobre todo por las esposas y los hijos e hijas que dejaban fuera. Las comunicaciones con las familias estaban limitadas a cuarenta minutos semanales en unas salas con rejas y doble plancha de plástico que impedían la más mínima intimidad. La correspondencia siempre les llegaba abierta y era censurada. El contacto físico con las esposas era imposible. En algunos momentos reclamaron a la dirección encuentros reservados con ellas, sin tener éxito. Dentro de la cárcel también continuaron luchando por sus derechos como defensores de las y los trabajadores a través de las cartas públicas, los requerimientos a las instituciones o, incluso, la huelga de hambre. Aunque este era un último recurso.

Uno de los soportes más importantes de los detenidos por actividades políticas o sindicales, como es este caso, fue el de las esposas, aunque no siempre fue fácil para ellas, pues además de tener que mantener a su familia económicamente, sufrían la exigencia de ser las defensoras de sus esposos ante la sociedad y las instituciones. Como contaba Josefina Samper, esposa de Marcelino Camacho y militante antifranquista, muchas veces llegaban a su casa mujeres que no sabían nada de la militancia de sus maridos hasta que los detenían. Tanto ella como su cuñada Vicenta Camacho tenían experiencia en el apoyo a los presos políticos y a sus familias gracias a su actividad en el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM). De hecho, nada más tener noticia de la detención de la Coordinadora General, Josefina Samper y unas compañeras acudieron a la DGS para informarse sobre los detenidos, sobre todo en relación con posibles traslados o malos tratos. A partir de ahí ya se ponen en marcha las redes de solidaridad entre las mujeres, las y los abogados y los órganos de dirección de Comisiones para coordinar la denuncia de los hechos y la captación de solidaridad, tanto en el ámbito nacional como en el internacional. El coordinador de la campaña de defensa y movilización en torno a los detenidos será el abogado Jaime Sartorius. En todo momento el PCE apoyó las movilizaciones con sus infraestructuras, tanto en el interior como en el exterior. Ahora bien, las y los abogados implicados en la defensa de los miembros de la Coordinadora insisten en que la campaña no fue dirigida desde el PCE. Por otro lado, sí es cierto que se produjeron discrepancias entre la dirección del PCE y de CC OO, aunque hay

que señalar que, dentro de la dirección de CC OO, la mayoría también pertenecía al PCE. Sin embargo, en CC OO tenían una forma de actuación distinta, más pegada a la realidad del país y de las y los trabajadores. La campaña de denuncia del régimen y solidaridad con los detenidos en el ámbito internacional fue coordinada desde París por la Delegación Exterior de Comisiones Obreras (DECO).

Uno de los primeros viajes que se hicieron fuera del país para recabar solidaridad fue el que realizó Vicenta Camacho a Italia el 6 de septiembre de 1972 para reunirse con los sindicatos italianos. También estuvo allí Natalia Calamai, esposa de Sartorius, y ambas fueron multadas por ese viaje a su vuelta al país.

Ahora bien, el grueso de la campaña de solidaridad se inició a partir de la calificación provisional del fiscal jefe del TOP, realizada el 22 de octubre de 1972, en la que se solicitaba la apertura de juicio oral a los miembros de la Coordinadora, acusados de asociación ilícita en grado de directivos. La solicitud de penas era desmesurada: iban desde los veinte años y un día para Marcelino Camacho y Eduardo Saborido, al que se le había incautado un DNI falso, hasta los doce años para Fernando Soto, Luis Fernández Costilla y Pedro Santiesteban. En total sumaban casi ciento sesenta y dos años de condena entre los diez.

Una vez confirmado que el régimen iba a optar por realizar un escarmiento, se empezó a articular la defensa de los detenidos, no desde el principio de conseguir su libertad, dado que la ley era tan represiva que lo impedía, sino orientada a transformar el juicio a la Coordinadora General de CC OO en un juicio político, contra el régimen, reivindicando la libertad sindical y política. Se iba a presentar a los detenidos como trabajadores que defendían los derechos laborales de sus compañeros y compañeras, ellos mismos eligieron para su defensa la figura de luchadores sindicales, que iban a ser condenados por acciones que en la mayoría de los países eran legales. Mientras que la acusación quería condenarlos por ser miembros del PCE, un partido que pretendía, según esta, acabar de forma violenta con el régimen de Franco. Esta era la razón de solicitar unas condenas tan altas, pero chocaba con la realidad de que unos representantes sindicales se habían reunido en un convento para discutir de temas sindicales, por lo que les pedían casi 162 años de prisión. En los países democráticos eso era algo insólito, y la campaña de denuncia internacional se apoyaría en esta evidencia para denunciar la acción represiva del régimen. En palabras de Paquita Sauquillo, una de las abogadas del proceso, miembro de la

ORT:

Parte de la estrategia fue la campaña de solidaridad para sensibilizar a la sociedad española y extranjera sobre lo que ocurría en el TOP, como tribunal represor de los derechos de los trabajadores y para que este juicio se convirtiera en un juicio contra el régimen (Babiano, 2013: 253).

En el aspecto jurídico, pues, se forma un grupo de abogados y abogadas que representaban un abanico amplio de la lucha política antifranquista, desde la derecha democrática a la extrema izquierda[1]. La excepción fue el PSOE, debido al tardío ofrecimiento realizado por Felipe González, entonces abogado laboralista sevillano.

Paralelamente se organizó la campaña de solidaridad con los que fueron denominados “los diez de Carabanchel”, como una estrategia para destacar a todos los encausados al mismo nivel y para insistir en su rol de trabajadores y luchadores por los derechos laborales de sus compañeros/as. Tras la calificación del fiscal, la DECO hacía público un comunicado de las tres centrales sindicales italianas (CGIL, CISL y UIL), fechado el 29 de noviembre de 1972. En el comunicado señalaban que se habían reunido con representantes de CC OO con motivo del proceso, y hacían un llamamiento a la unidad sindical internacional frente a la represión franquista, e incluso apoyaban la constitución de un Tribunal Sindical Internacional.

Durante todo el año 1973, hasta el inicio del juicio oral ante el TOP, celebrado el 20 de diciembre de 1973, se va a desarrollar una intensa campaña de denuncia del régimen franquista, presentando las movilizaciones contra el Proceso 1001 como la lucha por la libertad política y sindical, y por la democracia en España. Ante esta lucha solo cabía la movilización conjunta de todas las fuerzas contrarias a la dictadura franquista, que estarían representadas en la defensa de “los diez de Carabanchel”, por lo que el juicio debía convertirse en “una denuncia pública del carácter opresor del franquismo”.

La campaña se organizó de tal manera que los mensajes del interior y del exterior se retroalimentaban. Las líneas básicas de la misma las va a dar la Coordinadora General de Comisiones Obreras mediante un comunicado

publicado en diciembre de 1972 y difundido por la DECO ayudada por el CISE (Comité de Información y de Solidaridad con España) y la ADI (Agencia Democrática de Información). Desde la dirección de CC OO se articuló la estrategia de unificar la lucha concreta en las empresas con la defensa de la libertad sindical a gran escala, incluyendo siempre en los manifiestos la denuncia del incumplimiento por parte del régimen de los derechos fundamentales de las personas.

Estos textos se difundían también en los boletines de las fábricas y los sectores laborales, como la construcción o el transporte ferroviario. También se crearon comités de lucha contra el Proceso 1001, que aunaban a distintos sectores de la lucha antifranquista, como el de Madrid, integrado por Comisiones Obreras de Madrid, Coordinadora de Comités de Curso de la Universidad, Coordinadora de Profesionales, Coordinadora de Plataformas y Comisiones de Barrio, Coordinadora Unitaria de Vallecas, Comités pro-1001 de la Universidad y Coordinadora de Comunidades cristianas contra el Proceso 1001.

Por otro lado, los propios protagonistas publicaban cartas abiertas a las y los trabajadores y a la opinión pública en general, informando sobre su situación y agradeciendo las muestras de solidaridad.

Otro de los bastiones fundamentales de la movilización interior fue la actividad de las familiares mujeres de los detenidos[2]. Su labor se centró, además de en seguir manteniendo a su familia y peregrinar a la cárcel a ver a los detenidos y llevarles ropa y alimentos, en denunciar la situación de estos ante las autoridades y personalidades de todo tipo, tanto civiles como religiosas, a encerrarse en las iglesias y a escribir cartas solicitando la puesta en libertad de los procesados.

Como ya se ha comentado, esta situación fue muy dura para las familias, sobre todo en el caso de las esposas que no eran militantes. Tal era el caso de Leonor Mendoza, la mujer de Fernando Soto. Como ella misma reconoce, cuando se casaron desconocía que su marido estuviera metido en política, y se enteró cuando empezaron las detenciones. Al principio no lo vivió muy bien, puesto que en su casa no se hablaba de política y quería que lo dejara. Además, tenían tres hijos y no disponían de más medios económicos que el trabajo de su marido, por lo que mientras Soto estaba en prisión sobrevivieron gracias a la solidaridad de los compañeros de la fábrica. Ahora bien, ante esta situación, estas mujeres se crecieron y acudieron a todas las personas e instituciones imaginables para denunciar que sus maridos estaban presos por defender a las y los trabajadores,

que no eran delincuentes. De esta manera, como afirmaba Luz María Rodríguez, llevaron el debate sobre las libertades políticas a distintos ámbitos sociales e institucionales donde no se hablaba de esos temas.

Respecto a la movilización internacional en solidaridad con los "diez de Carabanchel", esta fue muy activa, especialmente en los países europeos y, en general, en las democracias occidentales. Los viajes y contactos realizados por miembros de Comisiones Obreras y personas vinculadas a la defensa de los procesados fueron recompensados con la creación de comités de solidaridad, recogida de firmas y fondos para la solidaridad, así como múltiples cartas dirigidas a las autoridades españolas exigiendo la liberación de los acusados. También las asociaciones de emigrantes fueron muy activas en la organización de actividades para extender la solidaridad con los presos políticos españoles. Los contactos con los sindicatos hermanos de otros países, así como con las organizaciones sindicales internacionales tuvieron su reflejo en las cartas de apoyo y las demandas trasladadas a la OIT.

Para destacar algunos ejemplos, el 25 de febrero de 1973, se celebró un acto de solidaridad en la sala La Mutualité de París, convocado por el CISE y el Socorro Popular Francés. Contó con la participación de Josefina Samper, que pronunció un discurso. En Estados Unidos se organizaron dos giras de solidaridad. La primera fue en 1973, y la llevó a cabo Joseph Poch, un abogado. La segunda tuvo lugar en 1974 y estuvo formada por Joaquín Bollo, Natalia Calamai, Jaime Sartorius y Lourdes González Bueno. Recorrieron los principales campus universitarios de Estados Unidos y estuvieron en contacto con importantes personalidades como Noam Chomsky, Angela Davis y Ramsey Clark, que había sido fiscal general del Estado.

Muchas de estas personalidades se comprometieron a acudir al juicio para dar testimonio de la irregularidad jurídica de todo el proceso, pero la fecha del mismo se hizo pública con poco margen de tiempo. Es cierto que en el interior se habían organizado paros y manifestaciones, pero ocurrió un hecho que desbarató todo el plan y que puso en riesgo a los acusados, a las y los abogados y a las familias que acudieron al juicio: el 20 de diciembre de 1973, durante el transcurso del mismo, se conoció la noticia de que había sido asesinado por ETA el presidente del Gobierno, Carrero Blanco. El juicio se interrumpió, pero el magistrado no aceptó la petición de suspensión, y se continuó en un clima muy tenso debido a la presencia de grupos de extrema derecha en la sala y fuera de ella. Los detenidos pasaron miedo por sus familiares, puesto que se enteraron de

que la policía había disuelto violentamente la cola que rodeaba el tribunal, a la espera de poder entrar en la sala. Por su parte, todos los implicados temían por un asalto de los ultras a los calabozos que tuviera un final trágico para los detenidos. Dentro de la propia sala del juicio, la situación no era menos preocupante, con un magistrado abiertamente hostil, las esperanzas que pudieran haber albergado acerca de la reducción de las penas quedaron aplastadas ante una situación en la que el tribunal decidió canalizar sus deseos de venganza por el atentado de ETA en las personas de los procesados del 1001.

Al final, este hecho se tradujo en que la condena ratificó las peticiones iniciales del fiscal, casi 162 años de prisión en su conjunto. La defensa no pudo hacer nada más que esperar y preparar el recurso ante el Supremo. Por otra parte, para Paquita Sauquillo este atentado de ETA "fue un golpe a la lucha pacífica de sectores cada vez más amplios de ciudadanos que se enfrentaban a la dictadura". En esos momentos se enfrentaron dos caminos para salir de la dictadura: el representado por los procesados en el 1001, de aunar a las distintas fuerzas políticas para salir del régimen de forma pacífica, frente al representado por la violencia armada de ETA. El 1 de enero de 1974, la Coordinadora General de Comisiones Obreras hacía pública una declaración en la que hacía un llamamiento a todas las fuerzas antifranquistas para establecer un diálogo sobre la base de una amnistía general y el restablecimiento de las libertades políticas y sindicales en el país.

Tras la sentencia, las y los abogados se pusieron a la tarea de formular el recurso contra la condena ante el Tribunal Supremo, que se centró en la defensa del derecho de asociación y la libertad sindical. La campaña de solidaridad bajó de intensidad, aunque se intentó mantener el pulso, sobre todo ya de cara a la revisión de la condena. Desde la DECO se instaba a enviar cartas o telegramas al presidente del Tribunal Supremo solicitando la anulación del juicio y la libertad de los "diez de Carabanchel". También remitieron cartas los propios condenados al Tribunal, y sus familiares al ministro de Relaciones Sindicales. El 11 de febrero de 1975, los trabajadores presos del sumario 1001 anunciaban que iban a comenzar una huelga de hambre indefinida. En su declaración unían, de nuevo, sus destinos a los de toda la clase trabajadora del país.

Desde hoy no ingeriremos alimentos en apoyo de nuestro pueblo:

¡Contra la carestía de la vida!

¡Por un Sindicato Obrero, Democrático e Independiente, ¡en la Libertad!

¡Por la readmisión de todos los trabajadores despedidos y represaliados!

¡Por la Amnistía para todos los presos y exiliados políticos!

¡Por la anulación de las condenas del Sumario 1001 y la libertad de los diez![3].

La sentencia de la Sala II del Tribunal Supremo, de 15 de febrero de 1975, estimó parcialmente los recursos de casación interpuestos por la defensa y redujo las condenas, que quedaron de la siguiente manera: Camacho, seis años; Saborido, Sartorius y García Salve, cinco años; Soto y Muñiz Zapico, cuatro años; y el resto, dos años. Esta reducción de penas significó la puesta en libertad inmediata de los cuatro con menos años de prisión: Luis Fernández Costilla, Miguel Ángel Zamora Antón, Pedro Santiesteban y Francisco Acosta. Los demás tuvieron que esperar para salir de la cárcel a la muerte de Franco y al indulto que proclamó su sucesor, el rey Juan Carlos, el 25 de noviembre de 1975.

En esta sentencia, el Tribunal Supremo admitió que no se había demostrado que los procesados fueran los dirigentes máximos de Comisiones Obreras, por lo tanto, no había existido la reunión de la Coordinadora. Ahora bien, el argumento jurídico era baladí, puesto que en todo momento fue evidente que se trataba de un proceso donde no había garantías jurídicas, sino una legislación autoritaria y represora de la ciudadanía.

El proceso 1001 fue un juicio colectivo en el que el Tribunal de Orden Público condenó a prisión en 1973 a la dirección de Comisiones Obreras, entonces en la clandestinidad. Se llamó así porque solo en los primeros seis meses de este año el tribunal ya había abierto mil procesos a personas comprometidas con la lucha por las libertades, buena parte de ellos sindicalistas.

Monos azules: clase y comunidad en la huelga de Laforsa

Javier Tébar Hurtado

Una joven investigadora me llamó por teléfono y me propuso una cita en un antiguo barrio obrero de Cornellá de Llobregat. Este municipio, que forma parte del área metropolitana de Barcelona, está situado en su primera corona urbana. Durante décadas estuvo identificado con lo que se llamó el "cinturón rojo", un término que expresa la tendencia política de unas izquierdas hegemónicas y la fortaleza del movimiento obrero en su territorio. Pasados los años, los éxitos musicales del dúo Estopa y los programas televisivos del periodista Jordi Évole son los que han hecho popular esta ciudad entre la ciudadanía española.

La doctoranda me comenta que está realizando una tesis sobre los barrios periféricos bajo la dictadura del general Franco. Me dice que querría entrevistarme porque le interesan mis opiniones. Aquel es un paisaje conocido para mí, al fin y al cabo nací en ese lugar. Acepto la invitación. Me cita a las diez de la mañana de un sábado primaveral. El sol es templado y agradable. El punto de encuentro es el pequeño barrio de La Almeda, a medio camino de los cascos urbanos de Cornellá y Hospitalet de Llobregat. Se trata de un núcleo urbano que estuvo rodeado de fábricas como Pirelli, Fama, Siemens, Clausor, Tornillería Mata o la Laforsa. Quedamos precisamente justo delante de la puerta del Centro Social Okupado Laforsa.

Al llegar a la cita puntualmente, veo a la joven estudiante con la mochila cargada al hombro y una cámara de fotos en la mano. Nos saludamos y hacemos la presentación de cortesía. Me habla de lo útil que le ha resultado localizar el documental O todos o ninguno (1976), realizado por Elena Lumbreras y Mariano Lisa, miembros ambos del Colectivo Cine de Clase. Aquel documental fue un proyecto excepcional y el resultado del debate entre los trabajadores de Laforsa en el curso de la huelga que mantuvieron durante los años setenta. Es un ejemplo de documento testimonial de la época, dentro de la línea de otros. La joven

añade que, por desgracia para ella, muy interesada en el análisis de esas imágenes y fuentes, estos documentales son escasos. Está sufriendo para completar este capítulo de su tesis, me dice, con una sonrisa tímida y de preocupación.

Observo lo que queda de las instalaciones de la antigua fábrica Laforsa y veo que se han pintado murales sobre sus muros. En la puerta principal se ha dibujado uno cuyo símbolo central lo forman las figuras de dos obreros con mono azul de trabajo. Es un dibujo de estilo realista, construido con imágenes inspiradas en el arquetipo masculino del miliciano que popularizó el grupo de cartelistas republicanos de la guerra civil. A las fauces abiertas de un lobo situadas en la parte derecha del mural, con el que es fácil identificar el peligro del fascismo, se oponen las letras de Laforsa. “Desalojad las crisis, ocuparemos las fábricas” es el lema escrito en la puerta de entrada de CSO. Este mensaje nos habla del conflicto obrero como un valor que dio identidad al barrio. Pero también expresa parte de una nueva gramática juvenil con la que enfrentar las crisis asociadas a la precarización del trabajo y al individualismo rampante. El pasado, podría decirse, respira de alguna manera a través del presente.

‘¡Quedas despedido!’

“¡Tú! Vete a casa, quedas despedido…”. Esta fue la orden pronunciada por el jefe de laminación de Laforsa el 11 de noviembre de 1975. Las palabras iban dirigidas a un trabajador instalado en la cabina de mandos de una de las prensas, mientras manipulaba lingotes de metal para darles forma. Se produjo una avería en el tren de laminado cuando al parecer el operario introdujo erróneamente una plancha del material por un itinerario inadecuado. La producción quedó interrumpida. El ruido de la maquinaria se amortiguó durante unos momentos y en un espacio de la nave se se escuchó la voz en grito del jefe de laminación: “¡Quedas despedido!”. El contexto en el que son pronunciadas, como sabemos, confiere un poder performativo a las palabras. El jefe de laminado no podía imaginar que aquello que era un mensaje claro y taxativo iba a desencadenar significados, acontecimientos y experiencias que marcaron no solamente la historia de la fábrica, sino que dejaron huella mucho más allá.

Laminados y Forjados de Hierro y Acero S. A. había decidido instalarse en el barrio de La Almeda allá por la década de los sesenta. Años después, decidió llevar a cabo una reestructuración con el objetivo de doblar su producción entre 1975 y 1976, para pasar de producir 60.000 toneladas métricas de laminados anuales a 120.000. Los planes de la empresa se impulsaron con la llegada de un nuevo equipo de dirección, al frente del cual estaba Claudio Boada, presidente de Prodinsa, una sociedad de desarrollo industrial vinculada al Banco de Madrid que había adquirido el 40% del capital de la empresa metalúrgica.

La plantilla se comprometió a modificar el calendario de vacaciones para impulsar los cambios y aceptó la introducción de horas extras. Los nuevos sistemas de trabajo y la nueva maquinaria vinieron acompañados de la disminución de las primas de producción de los trabajadores. Sin embargo, la importante inversión llevada a cabo no parecía estar dando los resultados previstos. En el mes de agosto comenzaron las primeras desavenencias entre dirección empresarial y representantes de los trabajadores. La plantilla se negó a hacer horas extras. En septiembre se convocó una reunión en la sede comarcal del Sindicato Vertical entre la empresa y los trabajadores que formaban parte del Jurado de Empresa, el organismo de representación de patronos y obreros fijado por ley. Pero no se llegó a ningún acuerdo sobre las primas de producción y las horas extras. El conflicto se enconó todavía más. La empresa decidió llevar a cabo represalias para presionar en la negociación. El mes de octubre ordenó retirar las bebidas refrescantes de las que disponían los trabajadores como medio para combatir las altas temperaturas con las que se trabajaba en el interior de la fábrica.

Las discrepancias entre la dirección empresarial y los representantes de los trabajadores se fueron sucediendo. El verificador de cilindros Esteban Cerdán estaba a las órdenes del jefe de laminación y tuvo un inicial encontronazo con él. Cerdán le solicitó que firmara una autorización para su salida porque debía participar en una reunión sindical en su condición de enlace sindical elegido por sus compañeros. La respuesta de su superior fue que de allí, estando él al mando de la sección, no salía nadie. Cerdán le contestó: “¡Oiga, yo no quiero discutir con usted! Si no me hace la salida, me iré y le traeré un justificante del delegado comarcal de Sindicatos”.

Desafío obrero

La huelga que había tenido lugar en 1962 en la multinacional alemana Siemens, instalada en Cornellá desde los años veinte, constituyó un referente para la organización obrera del Baix Llobregat. Durante aquella década la comarca fue un centro de activismo sindical y militancia obrera. En 1964 la iglesia Sant Miquel de Cornellá, junto con otras parroquias barcelonesas, fue uno de los lugares de reunión y coordinación de la primera Comisión Obrera de Barcelona. Desde este centro parroquial se convocó la primera acción de las llamadas Comisiones Obreras: la manifestación del 23 de febrero de 1965 en Barcelona, que terminó con las detenciones y los procesamientos por el TOP de los principales líderes obreros.

El nuevo movimiento logró tener una fuerte presencia en el conjunto industrial de la comarca: Rockwell-Cerdans, Roca, Matacás, Elsa, Pirelli, Soler Almirall y Solvay, entre otras. La lucha sindical en las empresas a través de los organismos de representación (enlaces y jurados) se proyectaba en un segundo nivel a partir de las denominadas Uniones de Trabajadores y Técnicos, encuadradas dentro del sindicato oficial, el conocido como Vertical, junto con las Uniones de Empresarios o Sección Económica, que completaban el proyecto de supuesta armonía social entre clases que impuso la dictadura desde que finalizara la guerra en 1939. La progresiva ocupación de los locales del Vertical por parte de los representantes elegidos por las plantillas de las empresas mostraba la erosión progresiva de una pieza clave del marco institucional franquista. Las movilizaciones, negociaciones y asambleas en la sede comarcal de la Central Nacional-Sindicalista eran continuas y cada vez con mayor número de asistentes.

El cordobés de nacimiento Gabriel Márquez Tena, miembro de la Comissió Obrera Nacional de Catalunya y encargado de contactar con los diferentes territorios, realizaba con frecuencia visitas a la comarca. Márquez explicaba de manera elocuente las experiencias que vivió en sus visitas:

Cuando te llegabas allí… Estaba la Comarcal de la CNS y enfrente todas las fábricas grandes: Siemens, Elsa, Plásticas y otras, ¿no? Cruzando la carretera que llaman de Esplugas… tú ya estabas en los locales de los verticalistas. Entonces, en un momento determinado, veías que cuando convocaban las asambleas salían de las fábricas como un, como un enjambre… Aquello era una

nube que iba desde las fábricas, ya te digo… Y se iban para hacer la asamblea en aquellos locales…

Los antecedentes de la organización obrera en la empresa Laforsa se remontan a aquellos años. En las elecciones 1966, cuando desde el Sindicato Vertical se planteó un relativo aperturismo para la elección de cargos sindicales con el eslogan “Votad al mejor”, se produjo un punto de inflexión. Como en otras empresas y sectores, en Laforsa se creó una candidatura en torno a las Comisiones, entonces un movimiento social que a partir de la utilización de los medios legales existentes se constituyó en el desafío obrero a la dictadura. Erosionaron enclaves de poder como el propio Sindicato Vertical. En sus propias sedes comenzaron a ser reivindicadas mejoras en las condiciones de vida y de trabajo, al tiempo que se apostaba por la creación de un sindicato auténticamente obrero y se luchaba por poner fin a la dictadura con el objetivo de conquistar la democracia.

A lo largo de estos años y hasta mediados de los años setenta, los miembros del Jurado de Empresa de Laforsa, siguiendo las formas de trabajo y la estrategia de CC OO, consiguieron uno de los mejores convenios laborales de la comarca. Las condiciones de trabajo mejoraron notablemente, así como los salarios. Las formas de coordinación permitieron un relativo marco de actuación dentro de la empresa, con la realización de asambleas en el comedor a la hora del bocadillo. En definitiva, en unos años en los que la efervescencia social y la lucha obrera se habían extendido en el conjunto del país, y de manera particular en los grandes centros industriales, en Laforsa se había conseguido construir una organización obrera identificada con la lucha sociopolítica que aspiraba a derribar la dictadura.

A la huelga

Aquel 11 de noviembre de 1975, el despido de un trabajador que había cometido un error en el proceso de producción desencadenó una huelga que se prolongó durante 104 días. Fue la más larga que se produjo en Cataluña durante la

dictadura y se convirtió en uno de los símbolos de la lucha obrera en la comarca industrial del Baix Llobregat.

En aquella primera jornada solo acudieron al trabajo en torno a veinticinco miembros de la plantilla, entre mandos y empleados en la oficina. A los trabajadores del taller, que secundaron mayoritariamente la convocatoria, se sumaron mandos intermedios, encargados y también empleados de las oficinas. La dirección de la empresa tomó la decisión de despedir a doce trabajadores y abrir un expediente disciplinario a los enlaces y jurados, a los que suspendieron de empleo y sueldo. En sintonía con la mentalidad construida durante el franquismo, toda forma de conflicto laboral era vista como una cuestión de orden público.

El mantenimiento de la huelga tuvo como respuesta nuevos y sucesivos despidos por parte de la empresa. La decisión afectó a todos aquellos que se negaron a retomar la actividad laboral. En un primer momento fueron despedidos ciento cincuenta trabajadores. La decisión se llevó a cabo de manera escalonada y con cartas de despido individual. Como sucede en ocasiones, otra parte de la plantilla continuó trabajando, algunos otros solicitaron la rescisión del contrato o bien pidieron la baja por enfermedad.

El día 20 de noviembre, en medio del conflicto, se conoció la noticia del fallecimiento del general Franco. A las siete y media de la mañana se difundía el parte de defunción firmado por su equipo médico habitual: “Trastornos en la conducción intraventricular e hipotensión arterial mantenida, y a las cinco horas y veinticinco minutos sobrevino una parada cardiaca irreversible”. El dictador había ido acumulando enfermedades terminales, pero su régimen le sobrevivió durante un tiempo.

En el caso de Laforsa, la intimidación empresarial continuó. Utilizó la táctica de negociar individualmente, llamando a algunos miembros de la plantilla para convencerlos de que se reincorporaran al trabajo. Mientras tanto, los trabajadores en huelga acudían pacíficamente cada mañana a la puerta de la fábrica y encendían una hoguera para combatir el frío. Algunos transportistas mostraban su solidaridad, venían con cargas de madera en sus camiones y las descargaban en la entrada de la empresa. Las fuerzas de orden público eran enviadas para dispersarlos. Algún testimonio explica que ese era el momento en que “venía la policía, nos echaba y se calentaban ellos. Cuando se iban, entonces volvíamos nosotros”.

En días posteriores, el número de despidos superaba ya los doscientos cuarenta. La huelga adquirió una gran extensión. Se sucedieron paros de solidaridad de los trabajadores de otras empresas, una práctica considerada ilegal por las autoridades laborales. A las pocas semanas se manifestó la solidaridad económica y los despedidos llegaron a recoger más de cinco millones de pesetas en ayudas para sostener la caja de resistencia que organizó el Comité de Huelga.

Transcurridos treinta y ocho días desde el inicio de la protesta, los obreros de la Laforsa se dirigían a la opinión pública a través de la hoja informativa de la Vicaría Episcopal de la zona sur de Barcelona para visibilizar el conflicto laboral que estaban viviendo. Informaban que la continuidad de la huelga respondía a un hecho básico de solidaridad ante el despido de un compañero de manera arbitraria y por la defensa de sus puestos de trabajo. Pero también añadían en sus reivindicaciones aspectos generales presentes en la convulsa vida política del país:

Porque creemos que en estos momentos contribuimos con nuestro esfuerzo a reforzar el amplio frente de solidaridad y lucha por conquistar sus derechos, y […] porque no estamos solos: el amplio eco de solidaridad y ayuda material y moral que venimos recibiendo de tantos sitios, especialmente de la clase obrera, es para nosotros un estímulo.

Los obreros despedidos denunciaban la ineficacia de las autoridades gubernativas y laborales y de las jerarquías sindicales para encontrar una salida al conflicto. Las diferentes reuniones mantenidas con representantes de la Organización Sindical, de la Delegación de Trabajo y finalmente, el día 19 de diciembre, con responsables del Gobierno Civil de Barcelona no habían facilitado un acuerdo con la dirección empresarial de Laforsa.

A los trabajadores les fue negada la “paga de los puntos” —un plus salarial establecido por la legislación franquista que recibía el trabajador en su condición de cabeza de familia—, que debía cobrarse el 20 diciembre. La empresa solo estaba dispuesta a abonar la paga extra de Navidad en caso de que los despedidos firmasen el saldo y finiquito de su contrato. Para los huelguistas esta fue una nueva provocación patronal, enrocada en una posición de fuerza,

amagando con un cierre patronal. Desde la gerencia se intentaba por todos los medios dividir a la plantilla. El chantaje se llevó hasta el extremo cuando el jefe de personal visitó en su domicilio particular a la mujer de un trabajador para informarle de que ya se habían incorporado al trabajo cuarenta de los despedidos, algo que era falso, y decirle que “su marido no fuese tonto, pues se podía quedar en la calle”. Se buscaba persuadir a la mujer de que, en realidad, los miembros de la plantilla estaban siendo engañados por el grupo de “subversivos” que dirigían la huelga. Los representantes obreros hicieron una advertencia al jefe de personal y lograron poner fin a estas visitas al resto de las familias de los despedidos.

Según la información de la que disponían los huelguistas, la intención empresarial era despedir a setenta trabajadores. Al mismo tiempo se enviaban cartas, hasta un total de ochenta y siete, a los domicilios particulares para que los empleados las firmaran y volvieran al trabajo de manera individual. Aceptar esta vuelta al trabajo, sin embargo, no significaba la readmisión de todos los despedidos hasta aquel momento.

Monos azules

El uso de la ropa de trabajo, con el nombre de la empresa bordado en rojo en la solapa empleado como elemento de reivindicación, se convertiría en un símbolo de aquel conflicto laboral, compartido por el resto de las luchas obreras durante el tardofranquismo. Uno de los líderes de la huelga, Simón Ródenas, explicaba las razones de esta decisión: “Entendimos desde el principio que llevar la ropa de trabajo puesta era una provocación para aquellos que no nos dejaban llevar pancartas. Entendíamos la ropa como una pancarta”.

La ropa de trabajo era el medio y el mensaje. El mono azul se convirtió en un elemento esencial para reivindicar su condición de trabajadores y, por extensión, como miembros de la clase obrera a la que se adscribían por su sentimiento de pertenencia. A partir de entonces, la ropa de trabajo será un instrumento básico en la estrategia de visibilizar su lucha y en la búsqueda de la solidaridad de la comunidad, ya sea del municipio o de otras ciudades de su entorno.

—Esta es una tradición que se ha mantenido hasta nuestros días a través de las mareas de la sanidad y la educación públicas protagonizadas por la clase trabajadora, ¿no crees? —me pregunta la joven investigadora con la que paseo por aquel barrio obrero mientras me va relatando la "pequeña historia" que ha descubierto.

A la presencia diaria de los trabajadores en la puerta de la fábrica como muestra de su negativa a abandonar su puesto de trabajo, se añadieron las manifestaciones por las calles de Cornellá, improvisadas y sin autorización, de los trabajadores despedidos. Andaban en fila india, en parejas, y realizaban las llamadas "culebras" para ocupar el espacio público y dar presencia al conflicto laboral que estaban viviendo. Durante las fiestas navideñas estas manifestaciones callejeras, cantando villancicos, representaban una imagen inédita que no pasaba desapercibida para los vecinos.

En una de las ocasiones, los grupos de trabajadores de Laforsa visitaron la escuela de La Almeda para informar sobre su situación. El profesorado pidió a los alumnos que representaran mediante dibujos aquello que se les había explicado y el resultado fue que los niños y las niñas del centro emplearon el color azul para representar a los trabajadores en diferentes escenas: enfrentándose a los empresarios o a la policía, formando una masa casi uniforme de hombres vestidos con monos azules, manifestándose por las calles o simplemente en actitud de protesta.

Solidaridades

La causa de los despedidos reunió una enorme carga de solidaridad en el barrio, en el municipio y más allá de estos ámbitos.

Los despedidos de Laforsa continuaron realizando asambleas diarias en los locales de la sede comarcal del Sindicato Vertical. Una de las decisiones que se

tomaron a lo largo de las reuniones fue la de enviar cartas al recién coronado rey Juan Carlos I, al ministro de Trabajo y al gobernador de Barcelona. Esperaban tener un acuse de recibo que nunca llegó. Mientras tanto, los huelguistas aseguraban públicamente que estaban

dispuestos a pasar unas navidades ensombrecidas, pero no sombrías. La solidaridad de que somos objeto por parte de tantas personas amigas y compañeros de la comarca nos hace estar seguros de que ninguna familia de los trabajadores de Laforsa pasará necesidades inmediatas, y que el hambre no nos llevará a la fábrica arrastrándonos. Queremos lo que es nuestro y que por derecho nos pertenece.

El Centro Social Almeda se volcó solidariamente con los trabajadores, como con anterioridad había hecho en el caso de otros conflictos laborales en los que los trabajadores en lucha eran vecinos del propio barrio. En las instalaciones del Centro Social se organizaron numerosos actos de apoyo con la huelga. En su revista El Carrilet se hizo el seguimiento informativo de la evolución del conflicto mientras duró. Se manifestó así lo que ya venía siendo una tradición en muchos lugares de la comarca: la conexión del movimiento obrero con el movimiento popular. Este elemento se vio favorecido por la proximidad entre los lugares de trabajo y de residencia de los trabajadores, espacios urbanos deficitarios en servicios mínimos de asistencia y que, inevitablemente, afectaba a las condiciones de vida de las familias trabajadoras. Las asociaciones de vecinos fueron centros de coordinación de la protesta ciudadana para la mejora de los barrios.

La tarea desarrollada por algunas escuelas, asociaciones de padres y madres, y grupos de maestros también fue clave para difundir el conflicto y conseguir solidaridad en torno a aquella protesta laboral. Contribuyeron al sostenimiento de la huelga con la recogida de ayudas económicas. Algunos alumnos de la escuela Sant Miquel realizaron encuestas sobre el conflicto entre la ciudadanía y otros hicieron murales sobre algunas de las actividades de los trabajadores. Así mismo, los huelguistas y despedidos encontraron una actitud de apoyo de un sector de la Iglesia local, que se comprometió en la denuncia de las actitudes de la dirección empresarial de Laforsa en una nota del arciprestazgo de Cornellá.

La prensa local y comarcal realizó una amplia cobertura informativa del conflicto y facilitó la difusión entre muchos centros y asociaciones vecinales de la comarca del documento “Ante el prolongación conflicto de los trabajadores de Laforsa”.

Amnistía: un clavel rojo y una senyera

En el transcurso de una huelga de más de un mes y medio emergieron múltiples identidades que terminaron reforzándose mutuamente.

El mes de diciembre se organizó una fiesta de celebración de la primera etapa del Congrés de Cultura Catalana. Esta iniciativa había sido impulsada a principios de 1975 a través de una junta promotora con diferentes representantes de la sociedad civil catalana. El Colegio de Abogados de Barcelona previó una sesión pública de carácter preparatorio que debía celebrarse el 21 de noviembre, pocas horas después de haber muerto Franco. Sin embargo, Rodolfo Martín Villa, entonces gobernador civil de la provincia, prohibió el acto. Finalmente se permitió organizar un acto público en el Parc de les Aigües de Cornellá. Más de mil personas y delegaciones de todos los barrios desfilaron hasta el recinto modernista del parque de la Sociedad General de Aguas de Barcelona el 21 de diciembre de 1975 para asistir a aquella fiesta popular. El acto representaba el final de la primera fase de preparación del Congrés.

La prensa diaria que cubrió aquella noticia informaba de que, a partir de las diez de la mañana, las calles de Cornellá se llenaron de comitivas. En algunos casos llegaban a estar constituidas por doscientas personas que ondeaban banderas catalanas y pancartas de adhesión al Congrés agrupadas inicialmente en las sedes de algunas entidades culturales, asociaciones de vecinos y proximidades de algunas fábricas. A pesar del intenso frío, en el parque de las Aigües se fueron sucediendo intervenciones que anunciaban las diferentes delegaciones que iban llegando, intercalando canciones y la actuación de una cobla sardanista, interpretando también tres canciones, entre ellas el “Cant de la Senyera”, el Orfeó Catalonia. Simultáneamente se celebraba un festival infantil organizado por los trabajadores de la Sociedad General de Aguas de Barcelona en otro lugar del parque.

Los trabajadores de Laforsa estaban allí, en medio de banderas catalanas, recogiendo firmas proamnistía. La amnistía política y laboral se había constituido en un elemento central en la movilización y la protesta obreras durante la etapa final de la dictadura. Los huelguistas vendían unos claveles rojos que en su tallo llevaban adheridas pegatinas con la senyera, la bandera catalana, y dos inscripciones: “Readmisión” y “Amnistía”. El apoyo de los asistentes a la lucha de los trabajadores de Laforsa fue masivo. Su participación, muy visible, se unía al hecho de que cada vez que se hacía alusión a la presencia de la delegación de huelguistas se produjera una multitud de aplausos. Estas expresiones de apoyo terminaron provocando algunos problemas con las fuerzas de orden público que vigilaban el recinto. La fiesta popular quedó interrumpida momentáneamente durante media hora, mientras la comisión organizadora junto con los concejales municipales Joan Seijo Viñas y Antonio Mariscal Corral se reunían con los mandos policiales para tratar de que la actividad continuase, como así fue finalmente, aunque a costa de ir recortando intervenciones y las acciones previstas.

Una de las imágenes que nos habla de la multiplicidad de identidades que entraban en juego y se expresaban en aquel contexto fue la de un trabajador con el mono azul ondeando la senyera y con un clavel rojo en la solapa. Esta era una expresión más de la conexión entre el catalanismo popular y el obrerismo en el Baix Llobregat, como resultado de la resistencia antifranquista, del papel central el Partit Socialista Unificat de Catalunya, así como de otras organizaciones de la izquierda comunista como Bandera Roja.

Entre los dibujos de los escolares que muestra el documental O todos o ninguno encontramos uno concebido, sin duda, para incorporar una tercera identidad de fuerte presencia entre los trabajadores de Laforsa y el propio municipio. Se trata de una representación de España donde se destacan las provincias de Andalucía, representada con casas blancas, y Cataluña, representada por una fábrica. Se puede leer “soy Cornellá (Barcelona)” y “tendré que irme en uno de esos barcos”. Esta imagen relacionaba la procedencia de otras regiones españolas, mayoritariamente de la andaluza, de los habitantes de Cornellá con la propia huelga protagonizada por los trabajadores de Laforsa.

El uso del mono de trabajo no era una elección inocente. Los trabajadores sabían de la carga simbólica de su atuendo laboral y lo empleaban para reivindicarse como individuos pertenecientes a una clase social, una identidad que se combinaba con otras vinculadas tanto al lugar de procedencia como al de

residencia. El valor de la “dignidad obrera” constituía el leitmotiv central de su iniciativa.

Ellas llevan sus pantalones…

El mono azul de trabajo es un símbolo, como lo son los pantalones. Cuando el 13 de enero del 1976 los despedidos de Laforsa se encerraron en la iglesia de Santa María, situada en un lugar céntrico de Cornellá, en protesta por los despidos, las mujeres de los trabajadores decidieron ponerse la ropa de trabajo de sus maridos y se concentraron en la plaza delante del edificio religioso, justo al lado del ayuntamiento.

Desde un principio, las mujeres fueron agentes activos y protagonistas de la protesta. Difundieron públicamente una carta denunciando el conflicto laboral. El escrito estaba encabezado con un: “Nuestros maridos, trabajadores de Laforsa. Las mujeres de los trabajadores de laforsa a la opinión pública. El puesto de trabajo con dignidad” y daba a conocer que, tras sesenta y tres días de huelga, sus maridos habían decidido encerrarse en la iglesia Santa María ante la negativa de la empresa de la readmisión de doce de los trabajadores despedidos.

Las mujeres relataban su experiencia en primera persona y explicaban que, ante la decisión de sus maridos, ellas se acercaron a la iglesia para llevarles comida y prendas de abrigo, y darles ánimo. Pero su sorpresa

fue inmensa cuando la policía impedía la entrada al templo, ya no solo a nosotras, sino a toda persona. Después de hacer algunas gestiones con las autoridades, comprobamos que lo único que se intentaba era que el hambre y el frío los hiciera desistir de su actitud de encierro. En ese momento decidimos ocupar sus puestos de la ciudad, todas nosotras ponernos sus chaquetillas de trabajo y todas juntas frente a la iglesia dimos ánimos a nuestros maridos.

El 7 de enero, los despedidos de Laforsa llevaron a cabo una acción original e imaginativa para llamar la atención sobre su conflicto. Hicieron pública la “Carta de los obreros de Laforsa a SS MM”, fechada el mismo día y publicada en la prensa local. Después de cincuenta y cinco días de huelga hacían un nuevo uso transgresor de la festividad del nuevo año y también una crítica a la situación política de la recién instaurada monarquía.

Ese mismo día, la acción de protesta y la táctica adoptada por los huelguistas se prolongaron públicamente. Las mujeres de los trabajadores despedidos agradecían los ánimos dados por

el pueblo de Cornellá […] para que nos mantuviéramos firmes en nuestra postura. Eran grandes los grupos de obreros y ciudadanos los que se nos acercaban, pero la policía, empleando sus “porras”, nos hacían retroceder a todos. Fue una larga noche para nosotras, pues en grupos pequeños (dos o tres) conseguimos que llegaran hasta el templo, utilizando una cuerda desde la torre, algunos alimentos (las puertas estuvieron vigiladas toda la noche); el mismo sistema utilizamos para hacerles llegar alguna ropa […]. El día 14 empezó con la misma táctica, pues solo hubo un pequeño descanso y de nuevo fuimos a ocupar nuestros sitios junto a la iglesia, pero la policía nos expulsó sin más explicaciones. Entonces decidimos ir al alcalde de la ciudad, para que nos diera una explicación. Nos recibió el primer teniente de alcalde, quien nos dijo que no “podía” hacer nada por nuestros maridos, pero si lo deseábamos podíamos permanecer en la plaza […] según él, era del pueblo, pero cinco minutos después volvimos a ser expulsadas por la policía.

Estas mujeres fueron a la puerta de la fábrica a ocupar el puesto de sus maridos para expresar la repulsa de los causantes del conflicto y de los esquiroles de la plantilla. Mientras los trabajadores en huelga permanecían encerrados, sus mujeres mostraron capacidad de decisión y de organización de la protesta. Se mantuvieron en la calles y acudieron a las instituciones para mantener vivas las reivindicaciones de los huelguistas. La tarde del 14 de enero explicaron

a diversos trabajadores reunidos en sindicatos todo el problema, todos se

solidarizaron con nosotras y así, a las 7 de la tarde, un millar largo de trabajadores nos acompañaron en manifestación pacífica hasta la plaza. La policía cargó contra nosotros, golpeando incluso a transeúntes. Hasta que la policía municipal envistió con el coche patrulla contra la masa, el resultado fue un atropello en una acera resultando gravemente herido el enlace sindical de Soler Almirall, Rafael Rosas. A la 1:30 horas de la madrugada del día 15 la policía desalojó a nuestros maridos del templo, algunas de nosotras aún estábamos junto a un gran número de ciudadanos.

La salida del templo de sus maridos "escoltados" por la policía fue aplaudida calurosamente, recibiendo una cerrada ovación al grito de: "Laforsa unida jamás será vencida".

La acción de estas mujeres constituyó un potente elemento de transgresión del "modelo de mujer" franquista que pasaba por subordinarla al papel del "ángel de hogar", asignándoles el rol de mujeres sumisas y recluidas en la esfera privada, sin agencia política alguna.

La investigadora que me ha citado para conversar me aclara: "En mi investigación hablo de la 'mujer fuerte' para referirme al papel de estas mujeres".

Uno de los protagonistas del encierro recuerda que: "Nos quedamos en la iglesia y la policía nos echó, pero con la huelga general en marcha".

Huelga general en la comarca

La decisión de las autoridades de desalojar el templo religioso y el atropello protagonizado por un guardia municipal de un trabajador fueron la chispa para desencadenar al día siguiente una huelga general en la comarca que se mantendría durante dos semanas.

Durante aquellos días, en los talleres de la Seat de la Zona Franca, en Barcelona,

tuvieron lugar asambleas masivas de trabajadores de cara a la negociación del VIII Convenio Colectivo de Empresa. Desde principios de los setenta la firma automovilística se había convertido en un ejemplo de conflicto laboral continuado. El día 14 de enero tuvo lugar una marcha masiva de los trabajadores de Seat por las calles de Barcelona. El número de asistentes y la extensión de la conflictividad obrera pautaron la evolución política del país durante el primer trimestre del año, impidiendo el limitado proyecto “reformista” del primer Gobierno de la monarquía, presidido por Arias Navarro.

El día 16 de enero de 1976 se inició una huelga general que paralizó la actividad económica del Baix Llobregat, afectando a los 120.000 trabajadores de la comarca más conflictiva de España en aquellos momentos, de los que 80.000 dieron su apoyo a la huelga. La movilización sintonizó con el rechazo a los ciento cincuenta y siete despidos de Laforsa y a los seis de la empresa Guix. A este elemento de solidaridad obrera se sumaron otras cuestiones relacionadas con el rechazo de los topes salariales anunciados por el Gobierno, la defensa de los puestos de trabajo ante la amenaza de planes de regulación de empleo que se preveía que podían afectar a 6.000 trabajadores en la comarca, la reivindicación de la amnistía y las libertades políticas.

La huelga fue convocada desde las UTT de la comarca y decidida en asambleas masivas de las fábricas y de las diferentes agrupaciones sindicales. Por tanto, fue un ejemplo modélico de la utilización de los “cauces legales” copados en las elecciones por las llamadas “Candidaturas Unitarias, Obreras y Democráticas” impulsadas por las CC OO en toda España. El triunfo que habían representado las últimas elecciones sindicales convocadas por el Sindicato Vertical a lo largo del verano de 1975 había posibilitado la reorganización y la protesta obrera, que alcanzó unas cifras sin parangón durante los primeros meses y se prolongó durante 1976.

La ineficacia y el pobre papel jugado por el Sindicato Vertical para encauzar el conflicto se manifestaron con absoluta claridad. Las propias alcaldías de Sant Joan Despí y de El Prat de Llobregat manifestaron su preocupación por la ausencia de cauces legalmente establecidos para resolver de manera satisfactoria un conflicto de tal envergadura.

El que se produjera una movilización de aquellas dimensiones en las diferentes localidades de la comarca en solidaridad con los trabajadores de Laforsa tuvo que ver con el estilo sindical que se había ido construyendo en aquel territorio.

La actividad sindical era muy intensa, tal como se manifestó con anterioridad con dos huelgas generales comarcales: la del verano de 1974, en solidaridad con los obreros de las empresas Elsa y Solvay, y la jornada del 11 de diciembre de 1975.

La confluencia de las protestas que se venían desarrollando tanto en Seat como en el Baix Llobregat impulsó la convocatoria, el día 22 de enero, de una manifestación pública de unos 15.000 trabajadores con la intención de recorrer pacíficamente el trayecto entre la Delegación de Sindicatos de Cornellá y el Gobierno Civil de Barcelona. La policía intervino para disolver la marcha.

Sin embargo, a última hora de la tarde de ese mismo día una Comisión Obrera se entrevistó con el recién nombrado gobernador civil de Barcelona, Salvador Sánchez Terán, que sustituyó en el cargo a Rodolfo Martín Villa. Aquella Comisión había sido elegida por los trabajadores de Laforsa y posteriormente ratificada en una asamblea formada por 2.000 cargos sindicales de la comarca, actuando mediante un organismo de coordinación denominado “Intersindical”. Los dirigentes obreros que formaron la comisión fueron: Juan Ramos, presidente de la UTT del Metal de Cornellá; Carles Navales, presidente de la UTT de la Construcción, Vidrio y Cerámica de Cornellá, no reconocido por los jerarcas verticalistas; Pere Caldes, presidente de la UTT de la Química de Cornellá; Emilio Guerrero, presidente de la UTT del Metal de Sant Joan Despí; y José Cano, presidente de la UTT del Metal de Sant Feliú de Llobregat. Durante aquel invierno se decía de boca en boca: “Escucha, amigo: Laforsa ha vencido”.

¡O todos o ninguno! Readmisión y amnistía

La posición de la comisión de representantes obreros ante la autoridad gubernativa fue la de mantener la huelga si no se ofrecían garantías de que no se produciría ni un solo despedido, ni en Laforsa ni tampoco en Guix, la otra empresa de la comarca en conflicto por despidos. La posición negociadora de los representantes obreros estaba fijada: ¡O todos o ninguno!

La idea de la dirección empresarial de Laforsa de resolver el conflicto obrero por la vía autoritaria se vio cuestionada. Incluso entre determinados sectores

empresariales provocó la crítica a la intransigencia en la negociación y las formas de abordar las relaciones laborales. El despido de doscientos trabajadores, sin pacto previo sobre sus repercusiones, conducía a trasladar el conflicto a la calle y derivar en alteraciones del orden público en un momento en que se estaban produciendo cambios políticos.

La posición mayoritaria de los empresarios consideraba la necesidad de no agravar más la situación: un cierre patronal, cerrar las fábricas mientras no se trabajase, pero no imponer ni sanciones ni despidos. No obstante, algunos de los empresarios de la comarca, como Gregorio Lamolda, presidente de la Unión de Empresarios del Metal de Cornellá, y Carlos Gelabert, vocal del Consejo Provincial de Empresarios, consideraban que aquello fue una “huelga política”. Aseguraban que:

[…] el conflicto se generalizó a base de piquetes y amenazas contra la voluntad de la mayoría [...] Para nosotros el fallo está en el Gobierno [...]Quien fomenta el aumento de la carestía de la vida es la Administración […] El sindicato actual no sirve para nada. Estamos de acuerdo con los obreros: hace falta un sindicato empresarial y uno obrero, separados, que puedan pactar. Debe haber dos sindicatos separados y preparados, que sepan lo que pueden pedir y conceder y en conexión con la cúspide económica y política. Venimos de un sistema paternalista en el que se nos dejaba jugar y discutir mutuamente a obreros y empresarios, para luego venir la Administración a decir sí o no y a corregir lo pactado.

El conflicto, como escribía con agudeza un periodista de la época:

Con toda propiedad cabe calificarlo de político. En primer lugar porque explícitamente la huelga tiene como objetivos la defensa del puesto de trabajo (más de seis mil trabajadores de la comarca están amenazados por la inflación de “expedientes de regulación de empleo”) y la lucha por la amnistía y la libertad. Incluso la causa próxima de la huelga general es claramente política: solidaridad con los despedidos […]. Espero que nadie entienda mal esta calificación de política; cualquier huelga laboral es un conflicto político aquí y en Pekín.

Durante aquella misma semana se produjo la primera visita oficial del rey Juan Carlos I a Cataluña. El delegado comarcal de Sindicatos visitó a los huelguistas de Laforsa para decirles que iba a pedir una entrevista al monarca para que, en su paso previsto por la localidad, intermediara para solucionar el conflicto. Los trabajadores le dijeron que sí, siempre y cuando quienes hablaran fueran ellos, ante lo que el jerarca verticalista mostró su negativa.

Finalmente, a través de la intermediación del Gobierno Civil de Barcelona se llegó a un acuerdo para facilitar la negociación entre los empresarios y los trabajadores a través de sus representantes elegidos.

Los representantes obreros no buscaban alcanzar un "pacto social", sino un "pacto político" que contribuyera a romper con las lógicas de la dictadura y abriera un proceso democrático en el país. Sin embargo, como uno de los protagonistas de esta historia, Esteban Cerdán, aseguraba:

No se podía abusar… Y es que una huelga general no se puede sostener indefinidamente. Entonces ahí hay un trabajo muy importante y es convencer a nuestros compañeros de la fábrica que la comarca tiene que volver al trabajo y debemos de ser nosotros los que debemos de inspirar que la gente vuelva al trabajo. Fue difícil porque la comarca estaba muy fuerte, pero en una asamblea general en Sindicatos lo decidimos así. Los de Laforsa estábamos fuertes para continuar. Si no había solución volveríamos a reemprender el conflicto.

Finalmente, la huelga en Laforsa acabó la madrugada del 21 de febrero de 1976, cuando tuvo lugar una reunión de los trabajadores y las autoridades civiles. Se llevó a cabo la firma de un pacto sindical ante la presencia del delegado provincial de Sindicatos Enrique Riverola. Se acordó la readmisión de todos los despedidos, pero se impusieron sanciones de hasta seis meses de suspensión de empleo y sueldo a catorce trabajadores. Así se ponía fin a ciento cuatro días de huelga y la readmisión de los ciento cincuenta y siete trabajadores. Las sanciones de seis meses sin empleo y sueldo afectaron a seis trabajadores: el encargado Francisco Ruano; los cargos sindicales Esteban Cerdán, Simón Ródenas, Manuel González y Francisco Gamero; y el ex cargo sindical y

animador de las asambleas Ramón Rulo. Los tres meses de suspensión afectaron a Luís Escartín, ex cargo sindical, y a los cargos sindicales Francisco Espinosa y Policarpo Leal, a los encargados Vicente Blecua y Juan Haro, y a los trabajadores Antonio Llanos, José Vega e Hilario García.

A pesar de aceptar estas sanciones, cuando la mañana del sábado 21 los trabajadores de Laforsa llegaron a los locales del Vertical de Cornellá para informar del resultado de las negociaciones fueron recibidos con una gran ovación. Sobre la mesa de la sala general pendían una enorme bandera catalana y unas letras que hablaban de amnistía. Según un testigo de la reunión hubo: "Aplausos en primer lugar al Jurado de Empresa, y después a la asamblea, 'a nuestras mujeres', a la comarca, 'a los curas de la localidad', al presidente de la UTT de la Química, a muchos nombres propios y a cuantos han sido solidarios".

Al día siguiente, domingo 22 de febrero, se organizó un partido de fútbol en el que se enfrentaron un equipo formado por trabajadores de Laforsa y otro de los de la empresa Siemens, también ubicada en el término municipal. Aquella resultó, de nuevo, una acción transgresora, de desafío político, si consideramos que lo que se disputaban ambos equipos era la llamada "Copa de la Amnistía", algo así como la otra cara de la recién creada competición futbolística de la Copa del Rey. Aquel evento se inscribía en el marco de las jornadas proamnistía de enero y febrero convocadas por la oposición a la dictadura, y, por tanto, conectaba con las demandas inscritas en el contexto de la transición hacia la democracia.

Un lunes laborable de febrero se produjo la definitiva vuelta trabajo. Como rememoran sus protagonistas, aquel día 23 de febrero ya no eran huelguistas, habían ganado la normalidad y, como habían acordado, se trataba de empezar a trabajar de la forma más natural posible, evitando caer en cualquier provocación de los esquiroles. Pero ya era otro tiempo, las cosas no permanecían igual. A través del conflicto se había conquistado un derecho de ciudadanía como era la representatividad obrera, que conectaba con los aires del cambio político y la construcción de la democracia en España.

Un barrio, una comunidad

En las instalaciones del polideportivo del Centro Social Almeda en Cornellá se organizó el 29 de febrero de 1976 una fiesta popular. Según relatan en su crónica los propios trabajadores:

[…] el domingo, a partir de las diez de la mañana, la pista del polideportivo se fue llenando de trabajadores de Laforsa y sus familias. Pero también de compañeros de otras fábricas y localidades, como de la empresa Clausor, que estaba en huelga en solidaridad con un compañero despedido, de grupos llegados de Sant Vicenc deis Horts, de Sant Boi, del Eixample de Barcelona, de Sant Feliú, de Esplugues, de Seat, de El Prat, de trabajadores de transportes y de la construcción, de vecinos de Sant Joan Despí y de la Zona Franca, así como otras muchas representaciones que exhibían numerosas banderas catalanas y pancartas alusivas a la victoria de los huelguistas, a la amnistía y a la libertad. Según nuestras estimaciones, la asistencia fue de más de 1.200 personas. Los asistentes a la fiesta, entre el partido de futbol sala, las canciones, el jolgorio, las risas, los vivas, los aplausos y los discursos, no reparamos apenas que durante toda la mañana estuvimos bien vigilados por los guardianes de las esencias para que no nos desmadráramos. Hubo canción catalana y flamenco y varios parlamentos de los representantes sindicales que destacaron diversos momentos de la huelga. Hubo la intervención del presidente del Centro Social Almeda, Ricard Belles, aplausos a las delegaciones de empresas y barrios, a la clase obrera y una destacada ovación a las mujeres de los trabajadores de Laforsa. Con esta fiesta, en la que el barrio demostró su capacidad organizativa, terminaba la extraordinaria aportación, tanto económica como moral, que los vecinos de Almeda hicieron para que la razón y la justicia obtuvieran el triunfo, celebrado aquella mañana casi en las puertas de Laforsa.

La actitud de serenidad y de civismo demostrada por los trabajadores en la calle, su habilidad para intentar el diálogo con la fuerza pública y su imaginación para idear acciones colectivas facilitaron la comprensión y simpatía de la población local y del resto de la comarca. La inmensa mayoría de la ciudadanía de Cornellá se situó del lado de los trabajadores despedidos y de lo que representaba su lucha. La actuación pública y abierta de los organismos de dirección del movimiento obrero, junto con la comisión negociadora, permitió en un marco dictatorial una actuación sindical que prefiguraba lo que se entendía como la

expresión del sindicalismo unitario y democrático defendido por las Comisiones Obreras desde sus orígenes.

Por otro lado, la práctica espacial, que engloba producción y reproducción social, ejercida para la conquista de las libertades democráticas por parte de los protagonistas de esta historia permitió durante aquella experiencia que el derecho a la ciudad apareciera como un horizonte posible de la ciudad del trabajo.

***

Cuando acaba de contarme esta historia, la joven investigadora que me ha citado me comenta que tiene un plano de localizaciones de la ciudad. En él ha identificado las arquitecturas fabriles que se mantienen en pie (me pregunto por las razones de su elección investigadora… Observo que en la solapa de su tejana lleva un símbolo, parece una estrella roja de cinco puntas, pero su particular diseño me hace dudar…).

También me dice que conserva fotografías de las numerosas visitas que durante su investigación ha hecho a estos lugares. Me las muestra en la cámara digital. Las imágenes aparecen en la mayor parte de ocasiones como simples acumulaciones de derribos. Hoy son demoliciones y ruinas, un repertorio de señales que nos hablan de una determinada idea de "progreso" cuyo reverso se intuye como una catástrofe por desvelar.

Este paseo por un barrio obrero, como tantos otros de la geografía española, me confirma un par de ideas. Que los esfuerzos por recuperar la "memoria democrática" de este país pasan por apostar por políticas públicas que no interrumpan la transmisión entre generaciones de memorias sobre las luchas por la democracia en este país. Pero, no menos importante, deben pasar por la defensa del conocimiento histórico como un derecho de la ciudadanía en los tiempos cibernéticos de las mentiras y los bulos.

El despido de un trabajador en la empresa Laforsa (Laminados y Forjados y

Acero S. A.) desencadenó el inicio de la huelga más prolongada (entre el 11 noviembre de 1975 y el 21 de febrero de 1976) que se produjo en Cataluña durante la dictadura. Fueron ciento cuatro días de un conflicto laboral que ha pasado a constituirse en uno de los símbolos de la lucha obrera en la comarca industrial del Baix Llobregat.

SANGRE DE MARZO*[4]

Miguel Ángel Sánchez Sebastián

No quiero detenerme demasiado en contar las razones que me han llevado a inscribirme en este máster. Hubiera preferido encontrar curro al acabar la carrera y así no tendría que vivir todavía en casa de mi madre, aunque cuando me harto de ella paso temporadas en casa de mi padre —las ventajas, supongo, de tener unos padres divorciados— y también paso noches en el apartamento que mi novia comparte con un par de amigas. Pero no quisiera hablar demasiado de mí mismo, aunque quizá ya lo estoy haciendo. Baste decir que soy un tipo que puede dormir en varias casas, aunque no tenga casa propia. Esa podría ser una buena presentación de personaje. Un tipo que ya ha pasado de los veinticinco, con poco más de un título universitario en el bolsillo, que realiza un máster con la vana esperanza de que así le será más sencillo conseguir un empleo, o mejor, con la vana esperanza de justificar su existencia.

Mi viejo, en cualquier caso, me animó a hacer el máster, lo que yo le agradezco, porque sé que no atraviesa por su mejor momento, y también se alegró cuando le dije que había elegido la transición española como tema para el trabajo final. Él militó en el PCE a mediados de los setenta, cuando acababa de entrar en la universidad, y aunque tuvo la suerte de no ser detenido, no le faltaron compañeros que se alojaron alguna noche en la DGS y recibieron la visita del laureado Billy el Niño. A mí, la verdad, las batallas de mi viejo nunca me han importado demasiado, pero imagino que este hecho —lo de que participara en la transición, aunque tan solo fuera como actor muy secundario— ha podido influir en que yo lo haya dado todo en ese tema, porque según parece puede documentarme un poco, además de procurarme algún contacto.

Internet, desde luego, es un aliado impagable, aunque a veces el problema consiste en el exceso. Para eso cuento con mi tutor fin de máster, que se llama Benavente —como el nobel— y derrocha tanto entusiasmo como una ameba en su proceso de reproducción —todos sabemos que las amebas son criaturas perfectamente asexuadas—. “Aquí tienes”, me dice, extendiéndome una

bibliografía de su propia cosecha en la que se resume su ingente trabajo, y me señala especialmente un estudio de Nicolás Sartorius y Alberto Sabio que se titula “Una galerna de huelgas”. Así me abre la puerta del año 75, y me sumerjo en una España en blanco y negro que los chavales de mi generación conocemos por la serie Cuéntame. Una España en la que, una vez muerto el dictador, según leo aquí y allá, el régimen intenta perpetuarse. “Era un franquismo sin Franco”, recuerda mi padre, una de esas noches en las que me quedo a dormir en su casa, y luego, cuando me permito criticar la transición —recurriendo a ese lugar común de “la bajada de pantalones”— se enfada de repente y empieza a vociferar mientras intenta descorchar una botella de vino. “Vosotros sois la hostia. Os creéis que la democracia nos llegó así, como llovida del cielo”. Y yo tan solo me atrevo a murmurar: “Tranqui, papá. ¿Tú no decías que hay que tener espíritu crítico?”, pero como si nada: “Suárez y el rey no fueron dos idealistas que nos trajeron la democracia por la cara. La libertad costó mucho, ¡tuvimos que ganarla!”. Y cuando después de la cena me voy a mi habitación —uno de esos escenarios donde transcurre mi errática trayectoria—, pienso que desde que le han hecho el ERE, mi viejo está bebiendo demasiado.

Pero antes de hablar de un tema, conviene documentarse. Así que me aplico en la materia y me pongo a devorar la lista de Benavente, al mismo tiempo que empiezo una batida por internet. “Estás obsesionado”, me reprende cariñosamente Lola, una noche en la cama, después de echar un polvo, en que me pongo a hojear el ensayo de Sartorius y de Sabio, que me ha costado encontrar. ¿Obsesionado? No. Estoy metido en el invierno del 76 hasta las trancas. La situación está en un punto, como mínimo, tenso. El movimiento obrero, una vez muerto Franco, pretende acelerar las reformas, mientras Arias Navarro —el adorable hámster al que mi viejo llama “el Carnicerito de Málaga”—, al frente de un Gobierno continuista, del que forma parte Fraga (otro entrañable personaje al que me gustaría dedicar más tiempo), no quiere mover ficha. Y, de repente, en medio de este caos, me encuentro con Vitoria. El 3 de marzo. Es día de huelga general, y a las cinco de la tarde se convoca una asamblea en una iglesia, a la que acuden alrededor de cuatro mil personas. Los grises desalojan el interior, y a la salida, mientras la gente huye, la policía dispara. ¿He leído bien? ¿Armas de fuego contra una muchedumbre desarmada? Hay cinco muertos. Y ciento cincuenta heridos, muchos de ellos de bala. Cierro el libro. Lo flipo. Hace rato que Lola duerme plácidamente sobre mi pecho. Me levanto con sigilo, para no despertarla, y camino en la penumbra de la alcoba los pasos que me separan de una mesa, para abrir su portátil. Sé que aborrece que entre en su ordenador sin su permiso, pero un deseo muy intenso impulsa de repente mis actos y dirige mis

dedos sobre el teclado, para escribir en Google: “Vitoria. 3 de marzo”. Algunas de las entradas de la búsqueda titulan directamente: “La matanza de Vitoria”. Entonces aparecen. Los veo por primera vez en la pantalla. Los cinco obreros asesinados. Miro sus rostros una y otra vez y leo sus nombres. Romualdo Barroso tenía diecinueve años. Pedro Martínez Ocio, veintisiete. Bienvenido Pereda y José Castillo, treinta y dos. Francisco Aznar, diecisiete.

Pasan unos minutos en los que navego con rapidez por diferentes páginas mientras leo frases como ráfagas hasta que empiezo a sentirme muy cansado y vuelvo al calor del cuerpo de Lola, que me recibe desde el sueño con una vaga sonrisa. Yo también quiero cerrar los ojos para dormir, pero no puedo. Los rostros de los cinco muertos se obstinan en permanecer allí, parecen flotar en la oscuridad como fantasmas que habitan esa dudosa frontera entre la vigilia y el sueño. Me digo que van a desaparecer cuando por fin me duerma, pero no. En los días posteriores, cuanto más leo sobre ellos, cuanto más me informo de los sucesos que rodearon a sus muertes, no solo no se desvanecen, sino que se erigen en una presencia más palpable.

Le pregunto a mi viejo por Vitoria, y, por toda respuesta, va hacia la librería y busca entre sus vinilos, para extenderme después Campanades a morts, de Lluis Llach. Recuerdo haber visto ese disco alguna vez, cuando era niño, pero nunca lo había oído. “Lo compuso la misma noche del 3 de marzo”, me informa mi padre, con un tonillo profesoral, en el que no puede disimular la satisfacción de serme útil. “La canción habla de tres muertos —continúa— porque esa noche habían sido tres. Luego murieron otros dos, a consecuencia de los disparos”, y mientras pone el vinilo en su tocadiscos, esa pieza de museo, yo me siento en el sofá, para dar buena cuenta de la cerveza que me ha ofrecido. Escucho luego por primera vez esa marcha solemne, esas trompetas tétricas, de ceremonia religiosa, que se imponen sobre un redoble de tambores, y mi viejo comenta: “Reivindicaban un aumento salarial, tener representación ante la patronal, fuera de la tutela del Sindicato Vertical, que era el único que había, y el derecho a reunirse, cosas que hoy nos parecerían obvias”. Luego se queda en silencio y compartimos ambos la música de Llach, que empieza a ocupar progresivamente el salón a medida que aumenta de volumen, hasta que yo le digo: “Era una asamblea pacífica, ¿no? La gente iba desarmada. ¿Por qué dispararon?”. Me mira trás los cristales de sus gafas, con cierta sorpresa: “El movimiento obrero había obtenido mucha fuerza durante aquellos años, hasta convertirse en una especie de motor para acelerar el cambio, y el Gobierno no quería que hubiera ningún cambio, aunque…”, se interrumpe. “¿Aunque qué?”, le insisto. Me

responde: “Aunque yo creo que les salió mal. No solo yo, muchos historiadores coinciden en que la masacre de Vitoria precipitó la caída del Gobierno de Arias”. Ahora la voz de Llach, cantando en catalán, se eleva sobre la música, ronca y poderosa, vengadora y espectral, para afirmar —mi parte favorita de la canción desde aquel día—: “Asesinos de razones, de vidas, que nunca tengáis reposo en ninguno de vuestros días, y que en la muerte os persiga nuestra memoria”—. Y luego la aguja traza el último surco y deja un débil chisporroteo en el silencio, en el que yo me escucho a mí mismo preguntar: “¿Quién dio la orden de disparar?”.

Mi viejo se levanta y coge el disco, para devolverlo cuidadosamente a su funda. “No se ha sabido nunca —dice— pero está claro que una orden así no pudo venir del oficial de los grises, ni del gobernador civil, sino de más arriba. Fraga era entonces ministro del Interior, en aquella época es cuando dijo lo de ‘la calle es mía’. Pero todos los posibles culpables se beneficiaron de la amnistía del 77. Creo que después ha habido varios intentos de investigar los crímenes, pero en este país, ya se sabe, cuando llegas a determinados círculos de poder…”. De repente se interrumpe, como si hubiera recordado algo, y dice que puede pasarme el teléfono de un antiguo militante de Comisiones Obreras en Euskadi. Eso me anima. Registra unos cajones, desaparece en su cuarto, y vuelve cinco minutos después, con las manos vacías. Antes de despedirme me promete que seguirá buscando. No dudo de su intención, pero no me hago demasiadas ilusiones.

De vuelta a mi habitación, en la nave nodriza —así he bautizado la casa de mi madre—, sigo rastreando internet, para hacerme una idea más precisa del contexto. La inflación es atroz en ese invierno del 76 —he subrayado una frase en el libro de Sartorius y Sabio que dice: “Los sueldos iban por las escaleras, mientras los precios subían en el ascensor”—. La gente está cansada de hacer horas por un tubo para ganar un sueldo de mierda. Leo los nombres de aquellas fábricas que fueron a la huelga —la primera se llamaba Forjas Alavesas—: Mebosa, Areitio, constato sorprendido que en los dos primeros meses del año llegaron a sumarse hasta treinta empresas, e imagino a los obreros enfundados en sus monos, desengañados del Sindicato Vertical, que solo les ha traído humillación y miseria, y veo las primeras asambleas, pequeños grupos que se reúnen a la salida de la empresa o en la pausa del bocata, les oigo hablar de la necesidad de unirse, para sobrevivir, para poder sostener la mirada del jefe de personal sin miedo a las represalias, algo en apariencia tan nimio y sin embargo tan esencial, porque supone el principio de todo. Esos primeros grupos se organizan, se constituyen en comisiones representativas, y hablan al fin con la

patronal, a la que exponen sus quejas. La reacción de los empresarios de Vitoria es despedir a los obreros que se significan. Joder. Esa carcunda del antiguo régimen quiere extirpar de un tajo la mala hierba. Voy entendiendo que esos despidos solo alimentan el fuego con gasolina, e intensifican el conflicto hasta llevarlo a un punto de tensión insoportable. Los obreros exigen que se readmita a los compañeros despedidos. La patronal, una vez más, se muestra intransigente. La situación está enquistada y, ante ello, los trabajadores en huelga no encuentran otra arma que extender su conflicto a una huelga general. Llego por fin a Vitoria, el día 3 de marzo. Un clima de agitación se apodera de la ciudad desde primera hora. Leo un artículo en el ABC del día después, sobre los "lamentables" disturbios del 3 de marzo, donde se dice que en el aparcamiento de Forjas Alavesas aparece quemado el coche del jefe de personal —curiosamente, Wikipedia solo recoge que el día 3 el coche de algunos empresarios amanece con las ruedas pinchadas—. Veo columnas de obreros que se dirigen resueltamente al centro, para manifestarse. Aparecen los grises, y son mogollón. Hay carreras, se improvisan barricadas cruzando coches en las calles, y —también según Wikipedia— suenan algunos tiros. Aquí y allá, de unos compañeros a otros, se corre la voz de que hay una asamblea en la iglesia de San Francisco de Asís. Por lo que puedo leer, parece que no es la primera vez que los obreros en conflicto convocan una reunión en esa iglesia de Zaramaga, un barrio proletario, entre otras cosas porque estaba prohibido el derecho a reunirse y el único sitio donde podían hacerlo era en el interior de las iglesias. Lo que no sé es si antes habían tenido esa capacidad de convocatoria, porque esa tarde, a las cinco, se apretujan allí cuatro mil personas. Más tarde comprenderé que esto es precisamente lo que a algún alto cargo le debió parecer intolerable. Pero son cuatro mil, subrayo este dato como importante, porque esa cifra traduce el grado de implicación de toda la ciudad en ese envite, y porque todas las crónicas coinciden en afirmar que hay otros cuatro mil que esperan fuera, a quienes los grises situados en el exterior no les dejan entrar —sospecho que el aforo al templo del señor, en ese día, ya les debía parecer suficiente—. Imagino que dentro de la iglesia hay cientos de obreros, a los que la vida les va literalmente en el trance, pero leo que además hay muchas mujeres, trabajadoras de esas fábricas algunas, pero también amas de casa que llevan semanas con el monedero vacío y se unen a la lucha en apoyo de sus parejas. Distintas entradas de internet aseguran que también hay estudiantes, y confirmo que numerosos chavales compaginan trabajos en esas fábricas por la mañana con estudios por la tarde. Ese es el caso de Romualdo Barroso, por ejemplo, que se halla en esa iglesia. Es inútil preguntarse si desde el sitio en el que está puede alcanzar con su mirada a Francisco Aznar, al que le une la juventud —Francisco, con diecisiete,

trabaja como aprendiz en una panificadora y es apenas un par de años menor—, o a Pedro Martínez Ocio. Supongo que José Castillo y Bienvenido Pereda están situados juntos porque son vecinos y han acudido juntos a la asamblea. Tienen los dos la misma edad, y ambos están casados y tienen críos pequeños. En todo caso, los cinco están allí, y los cinco van a morir, aunque ellos lógicamente no lo saben. Los cinco, cerca o lejos unos de otros, van a caer en la misma trampa. Los cinco juegan un número fatal en la siniestra lotería que los ha conducido hasta esa iglesia.

Mirando aquí y allá descubro la Asociación de Víctimas del 3 de marzo, Martxoak 3, creada por familiares y amigos de los obreros asesinados, que impulsa numerosas actividades para preservar su memoria. En su página web, entre otros muchos valiosos materiales referentes a los hechos, tropiezo con una grabación de la Policía, lo que resulta muy ilustrativo. Sí, ahora ya me he enterado de la existencia de esas conversaciones, porque los transistores compartían frecuencia con la radio de los grises, y sé que son sobradamente conocidas —incluso se han utilizado en una película que yo todavía no he visto —, pero entonces no lo sabía, y de repente me sumerjo de lleno en los diálogos de los policías.

Deben ser alrededor de las cinco. Ignoro si los que permanecen dentro de la iglesia han comenzado la asamblea o esperan todavía la llegada de más compañeros. Hay nerviosismo y rabia por los violentos enfrentamientos que muchos de ellos han mantenido con los maderos desde por la mañana. Posiblemente evalúan el éxito de la huelga, se preguntan cómo lo asumirá la patronal, se plantean cuáles serán los próximos pasos. Lo que parece seguro, porque lo escucho en las grabaciones policiales, es que los grises, entretanto, hacen acopio de fuerzas para rodear la iglesia, y en un momento dado uno de ellos, un mando intermedio denominado Charlie, dice a su superior: “Recaba la autorización esa”, y cuando el superior, que atiende a J1, responde: “No sé lo que me dices”, el tal Charlie insiste: “Que recabes la autorización esa que tú sabes, porque seguramente ahora se nos meterán en la iglesia sin necesidad de tirarnos piedras”. ¿A qué autorización se refiere? ¿A la de entrar en la iglesia? Retrocedo a la frase “Esa que tú sabes”. ¿No oculta algo más? En todo caso, J1 responde: “De todas formas, entonces espera un poco, que yo voy a estar con el jefe, a ver qué dice”. Transcurren después unos minutos en los que algunos grises —parece ser que dos— entran en la iglesia para parlamentar. Pero la gente sabe lo que les espera fuera, no quiere que los policías les den de hostias —ya han apaleado a los últimos en entrar— y se niega a salir mientras los grises no se

alejen. En esos pocos minutos, estoy seguro, algunos tipos poderosos permanecen a la espera, al otro lado del teléfono. En esos pocos minutos, va a sellarse el destino de Romualdo, de Francisco, de Pedro, de Bienvenido y de José. Cuando los policías salen del interior del templo es cuando debe producirse esta conversación: "Esto está muy malo. Si no enviáis refuerzos, vamos a tener que emplear las armas de fuego". A lo que J1 responde: "Desalojar la iglesia como sea". El otro, el subordinado, todavía titubea: "Está repleta de tíos, y en las inmediaciones hay mucho personal, por lo que van a tener que emplear las armas". Apunto que habla de armas por segunda vez, es evidente que saben que el desalojo de la iglesia lleva necesariamente aparejada una masacre. Entonces J1 dicta una orden que resuena una y otra vez en mi cabeza. J1 dice: "Gasear la iglesia". La frase se las trae. Pero no estamos en Auschwitz en 1943. Estamos en Vitoria, en 1976, en el primer Gobierno de la transición.

Lo que viene después no resulta difícil de imaginar. Es una iglesia moderna, construida en hormigón, con unos grandes ojos de buey que los grises se apresuran a romper para lanzar botes de humo. Los gases lacrimógenos estallan en el aire a una velocidad proporcional a la del pánico. Son cuatro mil personas, en una ratonera, enfrentados a la necesidad de decidir, en un intervalo de segundos, entre la asfixia o ser apaleados por los grises que les aguardan fuera. Cuando el oxígeno empieza a escasear, la decisión se vuelve más sencilla. La gente corre, o más bien se agolpa en la puerta, porque parece que no hay espacio para correr. En el exterior, los grises han formado un pasillo para golpear a la multitud por ambos flancos. Algunos consiguen zafarse de esos porrazos. En la huida, entre el griterío y el humo de los botes, cae Pedro Martínez Ocio, que trabajaba en la oficina de Forjas Alavesas, el primero en morir, de un balazo a la altura de la quinta costilla. Muy cerca muere Francisco Aznar, de un tiro en la cabeza. Los que todavía no han podido salir escuchan disparos y, ante el riesgo de ser asesinados como conejos, rompen los cristales de unas ventanas con unas macetas, en busca de otra salida. Todo parece indicar que Romualdo Barroso está entre ellos y que al poco de salir un policía le descerraja un tiro en la nuca, a escasa distancia. El infierno se alarga todavía unos minutos y en las conversaciones de los grises se oyen frases que merecerían formar parte de una antología dedicada a los crímenes de Estado. Después me entero de que es tristemente famosa una que dice —ahora no sé si atribuirla a J2 o J3—: "Buen servicio. Hemos contribuido a la paliza más grande de la historia". Aunque la joya de la corona para mí se la lleva esa que advierte, ante la llegada de nuevas balas con las que alimentar las metralletas: "A mansalva, ¿eh? Ahora que ya tenemos munición, a mansalva, y a limpiar". Lo flipo una vez más. "A limpiar".

Unos profesionales.

Benavente quiere ver cómo llevo el trabajo, y hace una lectura en diagonal, a juzgar por la rapidez con la que despacha el texto. Luego me mira, frunciendo el ceño, con los dedos cruzados sobre su panza de buda. “¿No le das demasiado protagonismo a los sucesos de Vitoria?”, pregunta. Le pregunto a su vez: “¿No está toda la transición contenida en el desalojo de esa iglesia?”. Menea la cabeza, manifestando sus dudas. “Entonces quiero saber cómo lo relacionas con el resto —me dice—. Pregúntate por las consecuencias. Explica qué significa ese acontecimiento en la cadena de acontecimientos que configuran ese periodo histórico que has elegido”. Recibido, tío, estoy en ello.

Poco más tarde, en la cafetería, mientras cuento la historia a los colegas del máster, recibo una llamada de mi viejo, que ha conseguido localizar a su contacto en Euskadi. Es más, que acaba de hablar con él y está esperando mi llamada.

—¿Crees que puede aportarme algo interesante? —pregunto yo.

—Estaba allí el 3 de marzo —dice mi padre.

Mis orejas se alzan al instante:

—¿Dentro de la iglesia?

—Eso ya no lo sé —contesta él—. Yo he llegado hasta aquí. Ahora ya es cosa tuya.

—Claro, papá. Muchas gracias.

A menudo mi viejo cotiza a la baja, pero hay que reconocer que siempre resurge con unos repuntes espectaculares. Antes de colgar me advierte que el sindicalista vasco tiene más de ochenta años, y que no sabe cómo andará de memoria. Vamos a ver.

La voz de Paco no aparenta para nada ser la de un anciano octogenario. Es una voz enérgica, jovial:

—Pregunta, tú pregunta. —me anima, una vez que me presento, y, claro, inevitablemente, mi impaciencia me empuja a preguntarle si el 3 de marzo

estuvo dentro de la iglesia.

—No llegué a entrar —me dice—, pero estuve fuera, tirando piedras a los grises.

Hostia. Eso promete. Me gustaría ver la cara que pone Benavente cuando se entere de que tengo un testigo de primera mano. Sin embargo, ahora que pienso en Benavente, me digo a mí mismo: “Contexto. Causas”. Y pido a Paco que empiece por el principio.

—Teníamos una serie de reivindicaciones laborales, que recogían mayormente las necesidades de la gente, pero, además, junto con lo económico queríamos forzar un cambio político, para acabar de una vez con el franquismo. Yo era de Comisiones Obreras, nuestra estrategia era la del PCE, pero también estaban los Anticapitalistas, con los que no siempre estábamos de acuerdo, aunque coincidíamos con ellos en intereses y asambleas. Así se fueron fraguando unas primeras comisiones representativas.

—¿Qué dificultades encontrabais?

—Todas —responde Paco—. Para empezar, la patronal no nos reconocía, no quería hablar con nadie aparte del Vertical. Yo trabajaba en Aranzábal, y antes del 3 de marzo hice con otros compañeros una huelga de hambre…

—¿Una huelga de hambre?

—Vi que era necesario —me dice—. Y nos salió bien. El empresario era simpatizante del PNV, de mente un poco más abierta que otros, y al final cedió.

—Perdona —le digo, mientras intento coger apuntes—. ¿Has dicho una huelga de hambre? ¿Eso en qué fecha?

—Debió de ser… la última semana de febrero —responde.

—¿Quieres decir que el día 3 de marzo, en tu empresa, ya habíais conseguido lo que pedíais y a pesar de eso fuisteis a la huelga?

—Por solidaridad —responde Paco—. Porque no podíamos dejar tirados a los compañeros de las otras empresas.

Mientras Paco sigue hablando, y su memoria vuelve a ese remoto día, yo me

pregunto si esa solidaridad de la que habla sería posible ahora, y me respondo que no. ¿Dónde ha quedado aquel bendito compañerismo? Pero Paco prosigue. Ya marcha con sus compañeros, jugándose el pellejo, trece años antes de Tiananmén.

—Íbamos bajando todos, de las fábricas al centro de Vitoria, y todos coincidimos en la avenida de Gasteiz, que entonces se llamaba del Generalísimo. La ciudad estaba paralizada. ¿Sabes? No había nada abierto, ni dios por las calles. El éxito de la huelga era total. Entonces aparecieron los grises, frente a la cabeza de la manifestación, y enseguida empezaron a disparar.

—¿Fuego real? —Le interrumpo yo, porque quiero que esto quede muy claro en mi trabajo—. Eso desmentiría unas declaraciones que hizo después el capitán de los grises, que dijo que los disparos que mataron a los obreros fueron en defensa propia, porque se vieron rodeados entre los que salían de la iglesia y los que estaban fuera.

—¡Y unos cojones! —Es su categórica respuesta—. Tiraban ya desde por la mañana. Yo mismo tuve que recoger a un compañero con un balazo en el tobillo, y luego a otro, creo que de Mebosa, con un tiro en la rodilla. A los dos los llevamos a una farmacia que tenía la persiana a medio cerrar, y allí los dejamos, después de llamar a una ambulancia.

—¿Y entonces fuisteis a San Francisco?

—Primero hubo una asamblea en otro sitio —recuerda—. Luego fui para allá con unos compañeros, pero cuando llegamos serían cerca de las cinco, ya estaba aquello atestado de grises, toda una fila de autobuses, y al poco empezaron a cargar. Nos replegamos, pero volvimos. Entonces veo que unos cuantos, con los fusiles esos con el lanzagranadas, se acercan a la iglesia… San Francisco tiene unos ojos de buey…

Le digo que he visto en internet imágenes de la iglesia.

—Les veo romper los ojos de buey a culatazos y disparar los botes de humo dentro. Me cago en… La gente salía medio asfixiada, algunos tenían que llevar a sus compañeros en brazos. Y los grises apostados afuera disparando pelotas de goma a los que salían, y también tiros, con las metralletas. Nosotros, para ayudarlos, cogimos unas piedras, unos escombros de unas obras que había por allí, y nos liamos a pedradas con ellos. Al poco, cayó un chaval que estaba a mi

lado, con un tiro en el pecho. Otros dos compañeros y yo le levantamos como pudimos y le sacamos de allí. Entonces vimos un tío que abría un Ocho y medio y le paramos para meter al chaval en el coche. El hombre, encantado de poder ayudarnos, nos llevó a toda leche al hospital de Santiago. No supe más qué fue de ese chico.

Me quedo sobrecogido unos instantes, en silencio, y al fin le hago la pregunta que me he estado haciendo desde hace días.

—¿Quién dio la orden de disparar?

—Ya me gustaría contestarte a eso —me dice al fin, después de unos segundos —. Muchos piensan que Fraga. La Asociación de Víctimas nunca ha dejado de trabajar para que se juzgara a los culpables. En 2008 hubo una comisión del Gobierno Vasco que consideró responsables políticos a todos los que estuvieron implicados: Fraga, Martín Villa, que era ministro de relaciones sindicales, y Osorio. Una reparación simbólica. Luego está lo de esa jueza argentina… Servini, se llamaba. Fraga ya había muerto, pero Servini quiso tramitar una querella de las víctimas e imputó a Martín Villa, acusándole de crímenes de lesa humanidad. ¡Hasta hoy! ¿Tú sabes quién era Martín Villa? ¿Has oído hablar de que pesaba sobre él una orden de extradición? Claro que no. La justicia española negó a Servini el derecho a investigar, y el Gobierno impidió la extradición, y ahí tienes todavía a Martín Villa, sin asumir ninguna responsabilidad. Romualdo Barroso, el padre de uno de los chavales que mataron…

Claro. Su hijo se llamaba igual. Tengo su rostro grabado en la memoria, desde la primera vez que vi su foto aquella noche, en el ordenador de Lola.

—… anduvo apoyando a esa jueza —continúa Paco—, obsesionado con que se hiciera justicia con los que asesinaron a su hijo, hasta el final…

Anoto “Padre de Barroso” en mi libreta, y prometo informarme de esa historia más tarde.

—Quisieron dar un escarmiento —prosigue Paco—, meter miedo a la gente para que aquello no volviera a repetirse. Quisieron que aquella fuerza del movimiento obrero no se extendiera por toda España.

—Pero al final aquello se volvió contra ellos, ¿no? —le digo, recordando las palabras de mi viejo—. ¿No fue Vitoria, de alguna manera, el principio del fin

del Gobierno de Arias?

—Se consiguieron cosas —afirma, con un tono carente de triunfalismo—. Poco después, hacia el siete, readmitieron a los compañeros que habían despedido. También conseguimos mejoras salariales, y a partir de ahí hubo muchas afiliaciones al sindicato.

Luego me cuenta cómo vivió el resto de la jornada: el soplo que recibió de un compañero de que estaban empezando a detener a líderes sindicales, y la llamada a casa, que respondió su hija pequeña, a la que se esforzó en explicar que el aita se iba unos días fuera, la peripecia de tener que ocultarse en un lugar clandestino, el cabreo de no poder asistir al funeral de los obreros muertos —al que acudió toda Vitoria— y, después, los viajes a Madrid para reunirse con la cúpula de Comisiones, los encendidos debates con Marcelino… Y pienso que en la experiencia de este viejo luchador antifranquista está contenida una parte valerosa y conmovedora de nuestra historia.

Tras la conversación con Paco, me apalanco en la biblioteca, me agencio un ordenador y me apresuro a teclear en el navegador el nombre de Romualdo Barroso padre. En el transcurso de la búsqueda desemboco en una página llamada "Genealogía visual de los sucesos de Vitoria de 1976" —un ensayo firmado por Lidia Mateo Leiva que narra el viaje que un grupo de jóvenes cineastas, denominado Colectivo de Cine de Madrid, hicieron a Vitoria el día 4 de Marzo— y de repente me asaltan una serie de fotografías en blanco y negro, como un puñetazo en la cara, donde aparecen algunos familiares de las víctimas, veinticuatro horas después de la matanza. La imagen del padre de Francisco Aznar, que muestra a cámara una fotografía de su hijo mientras solloza de dolor mirando al objetivo, es estremecedora. En otra de esas fotos aparece un hombre de unos cuarenta y tantos, con el rostro cuarteado de la gente del campo, y el pelo negro e indómito, en el que ya se pueden adivinar algunas canas. Es un inmigrante extremeño que ha llegado a Vitoria en los años cincuenta, en busca del trabajo que no había en su pueblo. Es Romualdo Barroso padre, el día después de haber tenido que identificar el cadáver de su hijo con un orificio de bala en la cabeza.

Desde ese mismo día hasta su muerte, acaecida treinta y ocho años después, Romualdo no dejó de reclamar que el crimen de su hijo no quedara impune, con la fundación de la Asociación de Víctimas, a la que también pertenece su hija Eva, llamando a las puertas de numerosos abogados y políticos, tratando de

alentar distintas causas judiciales, y puedo leer, en un artículo de la propia Eva —en Martxoak 3—, que su padre nunca dejó de preguntarse: “¿Por qué ordenaron tirar a matar?”.

Tengo ante mí, en la pantalla, una imagen de Fraga, un delfín del franquismo, que durante ese año de 1976 no se cansaba de hacer guiños aperturistas hacia Europa, mientras aquí ejercía la represión con mano de hierro. Recuerdo haber estudiado en la carrera que fue ministro de Información y Turismo en la dictadura de Franco, y debía jactarse de manejar muy bien el poder de propaganda de los medios —todo el mundo ha visto en alguna ocasión su baño en Palomares—, porque pretendió repetir la jugada con Vitoria, y pocos días después, el 6 de marzo, viajó hasta allí, para fotografiarse visitando a los heridos, aunque esta vez el tiro le salió por la culata —es una forma de hablar— porque uno de ellos, al verle aparecer con su hipócrita bonhomía, le espetó: “¿Vienes a rematarnos?”. En una de esas fotos tristes en el hospital, que fue portada de periódicos, con las que el Estado intentaba lavarse torpemente la cara, Fraga aparece a los pies de la cama de José Castillo, que, por cierto, murió al día siguiente de su visita. En esa foto también figura Martín Villa, aunque en el caso de este hay otra imagen en blanco y negro más potente, que se multiplica en internet, durante un acto preconstitucional, con el brazo extendido en el saludo fascista. Miro por último la trayectoria de Alfonso Osorio, que era ministro de la Presidencia en el Gobierno de Arias, y que, según parece, unos días antes de la matanza recibió en su ministerio a una delegación de los principales empresarios vitorianos, que sin duda venían a hacerle partícipe de sus tribulaciones. ¿Acordaron ese día la estrategia?

La voz de un segurata me saca de mis investigaciones, para avisarme de que es hora de cerrar. Hostias, las diez. Apago el ordenador y salgo al vestíbulo a toda prisa, pero la cafetería ya ha cerrado y no queda rastro de los colegas que suelen acercarme al centro en coche, así que voy a tener que volver en autobús, el único que pasa cerca. Me apetece acostarme esta noche con Lola y me dispongo a darle un toque, aunque no tiene el móvil operativo. Debe de estar en el cine. Se me ocurre después llamar a mi viejo, tengo que agradecerle el contacto de Paco y comentarle la entrevista, pero tampoco lo coge. Hace más de una hora que la noche ha caído ya sobre Madrid, y se ve que no me queda más remedio que pernoctar en la nave nodriza, que queda superlejos, así que registro mis bolsillos en busca de dinero, tan solo para confirmar que no tengo ni un pavo para un taxi. Mientras me siento en la parada, mis pensamientos regresan al 3 de marzo del 76. Recuerdo las palabras de mi viejo sobre el precio que costó la democracia, y

pienso que en el caso de Vitoria ese precio fue de sangre. Me digo que es verdad que esa matanza supuso un antes y un después en la presión que las fuerzas democráticas ejercían sobre el Gobierno de Arias, que fue cesado por el rey apenas cuatro meses más tarde, pero también es cierto que en el nuevo Gobierno formado por Suárez estaban Martín Villa y Osorio, los candidatos más firmes a dar la orden de apretar el gatillo aquella tarde, por no citar a Fraga, que hubiera podido estar, pero dicen que no quiso, porque se creía arrogado del derecho de ocupar la silla del presidente. ¿Parece ese Gobierno un cambio significativo sobre el anterior? Esa es mi conclusión en mi trabajo fin de máster, al que en principio pienso añadir, como sentencia final, la conocida frase de Lampedusa: “Es preciso que algo cambie para que todo siga igual”, aunque luego me corto y no añado nada. Quizá, si lo hubiera hecho, Benavente no lo hubiera puntuado con un ocho, una nota desacostumbradamente alta para su parca manera de evaluar. Pero, si acaba aquí mi trabajo fin de máster, no acaba aquí esta historia.

Unas semanas después, en una tórrida tarde de julio, mientras sesteo de aburrimiento en el sofá de la nave nodriza, recibo un wasap de Lola en el que adjunta una noticia de El país donde se informa de que Martín Villa declarará por fin ante la jueza Servini, para dar cuenta, entre otros crímenes de Estado cometidos durante la transición, de su responsabilidad en los sucesos de Vitoria, y esos sucesos vuelven a emerger con fuerza en mi memoria. ¿Se hará esta vez justicia después de más de cuarenta años? ¿Sabremos al fin el nombre, o los nombres, de los que dieron la orden de disparar?

Espero impacientemente el 3 de septiembre, cuando Rodolfo Martín Villa, un anciano elegante, acude a prestar declaración, por vía telemática, en el consulado argentino de Madrid, y como era de esperar, después de más de tres horas de interrogatorio, no dice absolutamente nada que aporte algo de luz sobre los cinco asesinatos de Vitoria. “Es cierto que hubo errores —afirma el viejo político franquista ante la jueza argentina—, comportamientos policiales contrarios a los derechos de las personas” —¡qué cínico eufemismo!—, pero aparte de insistir en que él entonces era ministro de Relaciones Sindicales y no tenía autoridad alguna sobre las fuerzas de orden público, no cita ningún nombre, ni aporta ningún dato que apunte hacia algún responsable, como si todo hubiera sido una algarada que se les fue a los antidisturbios de las manos, como si no supiera nada, en su calidad de ministro de Relaciones Sindicales, del permanente boicoteo que el Sindicato Vertical ejercía sobre la legítima reclamación de los obreros en huelga, o ignorara por completo la escalada de tensión que iba subiendo en las negociaciones, en las que hubo de estar presente, y en las que

tuvo que ofrecer algún tipo de respuesta. Como si no se supiera desde siempre —por las palabras dichas en las grabaciones policiales— que los mandos de los grises esperaron para desalojar la iglesia una autorización —"Esa que tú sabes"— de alguien al que los familiares de los cinco obreros asesinados todavía no han podido poner cara. Y vuelvo a la foto de Romualdo Barroso padre, lo imagino aquella noche de marzo, reconociendo el cadáver de su hijo de diecinueve años en una morgue, ante la torva mirada de algunos policías. Veo una mano que asoma de una bata blanca, la del médico que firmó la defunción, alzar la sábana un instante para que identifique al muerto, y en ese gesto automático se condensa para ese hombre todo el dolor del universo. Pienso en ese padre coraje batallando incansablemente durante años, y siento que su grito de justicia se estrella contra la indiferencia, mientras el señor Martín Villa se retira en 1997 de la política como un prócer de la patria, entre honores y medallas, y es una inteligencia tan superdotada que pasa a ser inmediatamente presidente de Endesa, y después de Sogecable, y acude a declarar ante la jueza Servini con una carta de apoyo firmada por diecinueve personalidades del ámbito político, entre los que se encuentran los cuatro ex presidentes de Gobierno vivos de nuestra democracia, y me entra la risa, una risa feroz, que supura amargura, en la nave nodriza, mientras sigo en el paro, y solo me consuela pensar en la querella argentina, y aunque apuesto a que harán lo posible para que esa querella no prospere y el señor Martín Villa muera libre de cargos, espero al menos que se cumplan las palabras de Llach en "Campanades a morts", y que nuestra memoria persiga a los culpables más allá de la muerte.

La huelga de Vitoria, también conocida como la "matanza del 3 de marzo" fue un paro general de 1976, pocos meses después de la muerte de Franco. Cuatro mil trabajadores en huelga se reunieron en asamblea en la iglesia de San Francisco de Asís del barrio de Zaramaga. La policía lanzó gases lacrimógenos al interior del templo y abrió fuego contra los que salían del recinto. Murieron cinco personas y fueron heridas más de ciento cincuenta.

PALÍNDROMO

Pedro García Ríos

VIDAL

Fue como un puñetazo, la pancarta extendida a lo largo del último balcón del hospital, enorme, sorprendente: “Solo el pueblo salva al pueblo”. Luego, cayendo en cascada, una por piso, las otras tres: “Trabajadores sanitarios. / Sois nuestro orgullo. / Mucha fuerza”. Y como rúbrica el escudo de los Bukaneros, los hinchas del Rayito, equipo del que mi hijo es abonado. A veces me lleva al campo, aunque lo vemos separados: él abajo, en el fondo tras la portería, que no para de animar todo el partido; yo arriba, en la grada, tranquilito, siguiendo con la vista el balón, pero con la cabeza lejos, muy lejos, como siempre. Como ahora. “Cáncer”, me dice el doctor, y miro a mi hijo, sus ojos esquivándome para no ponerse a llorar aquí mismo, y esa palabra resuena muy lejos en mi cabeza, porque aunque también tiene bata blanca, el médico es otro, igual que yo soy otro, porque soy cuarenta años más joven, y en vez de “cáncer” escucho “¡readmisión!”, y “readmisión” responden diez, cien, mil gargantas. Y me suena vaga, extraña, apenas un eco lejano la retahíla: “Evangelista, dimite, La Fe ya no te admite”. Pero se me quedó grabada, y me salta justo ahora que acaba de señalarme con el dedo la muerte, quizá porque fue lo último que escuché antes de que el sargento, —nosotros parados en formación con nuestros cascos y escudos y porras y lanzapelotas y lanzagranadas, todo flamante y reluciente, nuevecito, a estrenar— enardeciéndonos sin remilgos dijese: “¡A ver esos cojones, que se vean! Vamos a demostrarles a esos hijos de la gran puta que somos hombres y no mariconas, como ellos”. Y yo en medio de la formación avanzando firme, sintiendo que el orgullo me iba a hacer estallar el pecho, a mis veintitrés años lejos de la yunta que me había tocado en suerte, como le tocó a mi padre y le tocó al padre de su padre, y mi porra golpeando batas y piernas y espaldas y hombros, y sus gritos de “justicia, justicia” careciendo de todo

significado porque ellos eran médicos, sí, pero yo era Dios.

OLALLA

Es raro, pero no había vuelto a hacer palíndromos desde que me jubilé. Como no había vuelto a poner una sonda o a emitir un diagnóstico. Pero ahora que por la falta de personal ando como voluntaria apagando fuegos de un lado a otro del hospital, me asalta todo de golpe.

Lo de los palíndromos me viene de familia. Unas heredan los ojos verdes de la madre, otros, la mala leche del abuelo, y yo heredé de mi padre el amor por las palabras que empiezan igual que acaban. No sé cuándo empezó, yo era bien chica, nos recuerdo jugando desde siempre, yo diciéndole el nombre de una amiga, Alba, por ejemplo, y él inventando un palíndromo que acompañaba o respondía a una pregunta: “¿Qué dijo su papá cuando Alba soltó su primera palabra?”. Yo lo miraba esperando que hiciese la magia, y la magia surgía: “Alba habla”. “¿Y la mamá de Mario cuando nadie le hacía caso?”: “¡Oír a Mario!”. Pero lo que me fascinaba era jugar con mi propio nombre: “Olalla, cállalo”, u “Olalla, hállalo”, o “fállalo”, o “vállalo”… y lo iba complicando más: “Allá lo ata Olalla”, y más aún: “A esa mamá Olalla ama. Allá lo ama más, ¡ea!”. Daba igual que tuvieran más o menos sentido, porque el sentido era jugar juntos, compartir, sentirnos.

Mi padre era médico, y además del amor por los palíndromos, heredé también su amor por curar a los demás. Y cuando no había mucho lío, que era a menudo, por suerte pediatría no era urgencias, pasaba mis guardias creando palíndromos, a poder ser relacionados con el oficio: “Ortopedia: caí de potro” o “¿es o no? Oído, sí, otitis. Odio, o no sé”.

Pero no aquella noche. Aquella noche no podía pensar en otra cosa que no fuera que estábamos encerrados en planta, y la policía gritando desde abajo que nos disolviéramos por las buenas, y sacándonos luego por las malas, que parecíamos corderos en nuestras batas blancas azuzados por un siniestro pastor. Que tenía miedo no lo voy a negar. Lo teníamos todos. Habíamos apostado por la readmisión de unos compañeros, de nuestro enlace sindical, que había dado la

cara por los trabajadores de las contratas de limpieza y cafetería, y ese era el resultado. Claro que tenía miedo, pero no pensaba en ello. Podrá parecer estúpido, pero era incapaz de pensar nada que no fuese cuántos de esos antidisturbios, tan seguros y firmes en su uniforme gris, tan valientes tras sus porras, tan gallitos, me habrían traído alguna vez a consulta a sus hijos e hijas enfermos, más asustados que yo en el encierro, desorientados, frágiles.

Humanos.

GUILLERMO

Llevo casi cuarenta horas sin dormir, y no soy el que más. No es un concurso, ni una apuesta. Bueno, una apuesta quizá, contra este maldito virus COVID-19 que nos tiene contra la pared, los compañeros y compañeras cayendo como moscas —cuándo me tocará a mí—, los pasillos llenos de camas, la UCI llena de enfermos, el sótano lleno de muertos que ni sabemos qué hacer con ellos, terrible, sin otra despedida que una mano en un guante de látex acariciándolos con ternura y lágrimas sin fin empapando una mascarilla quirúrgica.

Lo que más me jode, lo que me jode sobremanera, el veneno que me hace aguantar y seguir en pie, es que esto tiene culpables; y cuando todo pase, que pasará, tendrán que pagar por ello. Porque se veía venir, no solo el virus, que ha sido el detonante que ha evidenciado las carencias, sino lo demás, el desmantelamiento de lo público, la sanidad como negocio, el enfermo-mercancía, la cuenta de resultados como excusa para blanquear sus almas negras y mezquinas.

No será que los sanitarios no hayamos intentado evitarlo, porque llevamos años dejándonos la piel. Lo que ahora son las mareas blancas, hace cuarenta y cinco años, en Valencia, en la huelga general de hospitales del 76, se conoció como la “marcha blanca”, cuando trescientos trabajadores de la sanidad salieron a la calle. Lo sé de buena mano porque algunos de los que acudieron me lo contaron en el hospital donde yo llevaba ya un mes ingresado de lo mío. Y allí me tiraría medio año más, que casi pierdo el curso y mi puesto de corneta en la banda del pueblo, menos mal que me dejaban practicar con sordina. Sí, la marcha blanca me la contaron, pero por suerte fui testigo de otras casi diarias en el hospital: lo

llamaban “hacer la culebra”, porque los trabajadores pasaban haciendo el tren de unos pabellones a otros recogiendo personal para realizar asambleas. Alguna vez me unía yo también, la percha del suero en una mano y la otra agarrada al de delante, qué bien lo pasaba. Pero la mayoría de las veces eran las propias enfermeras quienes me contaban lo que sucedía. Y lo hacían con cariño, con dedicación, con complicidad, como si fuese su hermano pequeño, o la mascota. Fue un mes largo, muy duro, de una forma u otra la huelga acabó pasándole factura a todas, a todos, pero se lo comieron solitas, y a mí solo me trasmitieron alegría y ternura.

Mi madre, viuda con tres hijos, vivía en Sagunto, y la pobre solo podía venir a verme algunos, no todos, fines de semana. Las ATS se convirtieron en mi otra familia. Yo tenía nueve años cuando ingresé de lo mío en el pabellón infantil del hospital La Fe. Entré queriendo ser futbolista del Valencia, como Claramunt. Salí queriendo ser enfermero.

Lo soy.

¡Orgullo!

VIDAL

¿De dónde vienen las órdenes? ¿Del sargento? No, él no las inventa, las cumple como todos, es otro pringao. De más arriba vienen, de mucho más arriba, pero no del teniente, ni del capitán, ni del coronel. Salvando las distancias, son tan mandaos como yo. Las órdenes vienen de arriba del todo, del capital, el parné, la guita, la pasta, el Martín Martín, poderoso caballero que ordena y manda y quita y pone reyes, y deja meridiano que la bata es un disfraz porque antes que médicos son comunistas: ¡leña!

OLALLA

“¡Leña!” gritaba el sargento, un energúmeno que no era la primera vez que asomaba el bigote en la asamblea. “¡Leña!”. Y los grises, hasta arriba de benzedrina o coñac, vete a saber, cargando sin miramientos, como si cobrasen a destajo los garrotazos.

Poco a poco fuimos perdiendo el miedo, los médicos somos duros, el oficio lo exige, y cuando nos reprimían volvíamos a reunirnos en otro lugar. Llegaron a disolvernos planta por planta: en intensivos, en quirófanos, hasta en lactantes e incubadoras, día tras día, sin descanso. Pero al final no les quedó más remedio que recular, desconcertados, incómodos…

Imagino más de una sinapsis cerebral cortocircuitada por la duda: “Si golpeo al que cura… ¿quién me va a curar a mí?”

GUILLERMO

Acababan de hacerme una analítica. Ya me iba acostumbrando a los pinchazos, pero seguía sobornando con mi fingido dolor a las ATS temiendo perder la recompensa del caramelo Sugus sabor piña que me daban como premio por ser valiente, y que duraba buena parte del día a razón de unas pocas chupadas por vez.

Aún me sujetaba el algodón en el brazo cuando se escucharon fuera gritos y carreras, y entró Olalla, la médica más joven, diciendo que había que salir de allí, agarrándome de la mano, tirando de mí por un pasillo hasta desembocar en una sala donde una embarazada gritaba porque acababa de romper aguas. Estaba sola, de pie, aterrada. Olalla se detuvo: “tranquila —le decía— siéntate aquí, déjame ayudarte”.

Y entonces la vi, vi la bota, no sé por qué fue lo primero, supongo que era incapaz de levantar la mirada del suelo, tanto era mi miedo; una bota militar, negra, reluciente. Y luego lo vi a él, la porra en la mano, mirando la escena como la vaca mira al tren. Olalla se le encaró, le gritó que se fuese, que ese sitio era sagrado. Él no se lo esperaba, levantó la porra…

Y de repente se hizo el silencio, y el mundo se paró, y ya nada volvió a ser igual. Y como en sueños, como si no fuera yo, di un par de pasos y me puse en medio, entre Olalla y la porra, y extendí mi brazo, y le ofrecí al policía mi caramelo Sugus sabor piña. Mi único caramelo.

VIDAL

Ahí quebré, un mocoso ofreciéndome un caramelo. Venía ya quemado, muy quemado, atizar a un matasanos —como les llamaban— no es de recibo, mis compañeros en el bar frente al cuartel descojonándose de cómo corrían esos señoritos y esas señoritas, “que las ponía a cuatro patas para que chillen de verdad”, y yo recordando cuando en el pueblo mi padre se desgarró el muslo con la reja del arado y tuvo que coserle el veterinario porque no había médico, que el único en cien kilómetros a la redonda estaba atendiendo un parto a tomar por culo, porque eso era España.

Pedí la baja. Resultó entonces que la maricona era yo. Me mandaron al País Vasco. No me quejé; al contrario, lo agradecí. Se pasa miedo, mucho miedo, pero la vergüenza es peor, no quiero con esto hacer de menos a las víctimas de todo aquel sindiós, por supuesto. Pero una cosa es lo que te hacen desde fuera y otra bien distinta lo que te corroe por dentro. Eso es la vergüenza.

Como la que siento ahora por lo que pasó, el sabor metálico en la boca de la quimio que me ha traído el recuerdo, la enfermera que me la administra intentando animarme cuando se le caen los párpados de sueño, sacando fuerzas de donde no las tiene, estragos de la puta pandemia, la mascarilla en la boca y la sonrisa en los ojos, su trabajo, que es mucho, que lo es todo: hacer que uno sobreviva.

OLALLA

Son casi las ocho. Es raro estar en una silla de ruedas enfrente de la ventana. Es como mirar desde el otro lado del espejo: que te curen en vez de curar, que te cuiden. Al final me ha tumbado el maldito bicho. Por suerte parece que voy a poder contarlo, aunque según me han dicho los días en la UCI agarrada al respirador han sido de aúpa, diecisiete kilos he perdido, si no los hubiera tirado hace ni se sabe, ahora podría ponerme los bikinis que usaba en los noventa.

Lo que más me fastidia es que con el alta me mandarán a casa, no es que quiera hacerme la valiente, pero me gustaría seguir aquí, falta material por todas partes, faltan manos, las compañeras y los compañeros están agotados, no dan más de sí, cada vez se sienten más solos. ¿Pero cuándo no lo hemos estado…?

Porque lo estamos ahora y lo estábamos entonces, aunque sea duro decirlo, pero las cosas son como son. Fueron cinco semanas de huelga, paramos casi la totalidad de la sanidad de Valencia, y claro que tuvimos apoyos, la gente se echó con nosotros a la calle, nos lo decía, decían: “Estamos con vosotros, vuestra lucha es la nuestra”, pero con el tiempo fue calando la estrategia del sistema que enfrentaba a enfermos y familiares con los trabajadores de la salud: “Si ya habéis conseguido la readmisión de la mayoría de los represaliados, de los despedidos, ¿por qué seguís?”. Cuando hay que posponer una operación de cadera a tu padre porque los servicios mínimos establecidos requieren solo operar aquellos casos urgentes, es complicado entender, y más aceptar, que ese retraso se debe a una lucha por algo lejano y abstracto que no te toca directamente, que no duele, que no sangra, que no te hace sufrir: una seguridad social para todos, una seguridad social para todas las enfermedades, control de la seguridad social por los trabajadores, una sanidad al servicio del pueblo…

Y se consiguió. Entre todas y todos se logró una seguridad social que arropa a toda la sociedad, universal, gratuita, con medios, una sanidad que, al tiempo que iba cargándose de futuro, los que verdaderamente mandan, los dueños del corral, los que susurran los destinos han ido minando, desmantelando, esquilmando, privatizando, vendiendo, dan igual los gritos de socorro, las mareas, la lucha, porque nadie lo va a ver, nadie se va a enterar: quien controla la comunicación tiene el poder. En un país en compraventa, en este cambalache, en este bazar persa en que están convirtiendo cada metro de tierra, cada gota de agua, cada soplo de aire, la sanidad es una pieza codiciada, un jugoso tomate madurando en la mata del oprobio a la espera de que un bróker en Manhattan o en Hong Kong le hinque el diente.

Son ya las ocho, y una compañera me acerca la silla a la ventana. Desde ahí veo la calle, en primer plano mis compañeros de espaldas, ¿cincuenta?, ¿cien? Frente a ellos el pueblo, que ha salido de casa venciendo el miedo al virus, aplaudiéndonos, nosotros aplaudiéndolos, yo aplaudiendo, la sirena de los bomberos acompañando esa consigna que como una sola voz truenan cientos, miles, millones de gargantas debajo de mi ventana y en tantos y tantos balcones de España, grito arrebatado, majestuoso, conciliador, que llena mis ojos de lágrimas y mi corazón de esperanza: "¡Sanidad pública! ¡No se vende, se defiende!"

Como se defiende un país.

Como se defiende la vida.

VIDAL

Desmenuzo una espiga entre los dedos, una espiga seca. El grano cae lento, desprendiendo un leve polvillo que se pega a mis dedos. Me bajo la mascarilla y me lo planto en la nariz, en la punta de la narizota, y hago una mueca a mi nieta, que me mira y sonríe y quiere agarrarme la napia. Tiene poco más de un año la jodía, hace nada que ha aprendido a andar, y ya parece que sabe latín. Me subo la mascarilla y miro a mi nuera, que habla con otra madre en un banco, ajena, por suerte no me ha pillado. Arranco otra espiga y se la doy a la niña. La coge. No dejo que se la lleve a la boca. Pienso en todo lo que le queda por vivir que yo no viviré, pero no me apena, es ley. Al contrario, me fortalece, me ayuda en la espera. Ella no lleva mascarilla, los niños son los únicos en el parque. Dios sabe cuánto durará esto, quizá mi nieta cumpla seis años y la siga llevando. O diecisiete y se la bajará para besar a su novio. O a su novia, quién iba a pensar que esto ahora me parecería hasta natural. Quizá haya que acostumbrarse a mirarnos solo a los ojos. No quiero ser agorero, no lo deseo aunque yo no esté, pero la vida me ha enseñado a ponerme siempre en lo peor, a pensar mal, así la hostia que sí o sí va a venir, dolerá menos. Yo me he llevado unas cuantas, pero bienvenidas sean porque me han hecho lo que soy, para lo bueno y para lo malo.

Ayer compré dos cajas de bombones, los más caros, qué carajo. Una la abriré

cuando esta tarde regrese a casa de la consulta, y la otra es para la doctora que intentará suavizarme lo que yo ya sé, más claro agua. No los querrá, me la conozco, pero le diré que no son solo para ella, que son para toda la planta, lo que den de sí, así no podrá negarse. Se lo merece, no solo ella, todas y todos, porque si algo he aprendido en esta vida de la que juro que no me quejo, es que si hay alguien generoso, es aquel que se deja la piel por los demás.

OLALLA

La sensación fue de fracaso.

Cinco semanas de huelga, del 8 de mayo al 15 de junio, 38 días con sus noches, con sus guardias y sus comisiones de servicio, y sus manifestaciones primero pacíficas y luego a la carrera; y sus saltos, y sus detenciones, y sus huelgas de hambre. Y sus asambleas de centro, y asambleas generales, y coordinadoras interhospitalarias. Y la represión de las fuerzas armadas y de la propia jerarquía hospitalaria. Y del gobernador civil, vendiéndose como elemento conciliador. Y del propio Gobierno de la nación. Y la marginación de enfermos y familiares, moneda de cambio arrojada sin pudor a nuestras caras. Y el Sindicato Vertical haciendo sangre, maquinando desde dentro, dividiendo, engañando. Y la prensa tapándolo todo, cuando no mintiendo, execrable, sin pudor, la voz de su amo, tergiversando, poniendo a la opinión pública en contra, ensuciando con mierda la palabra. Y el agotamiento, y las noches sin dormir, y los días de mal comer, y la familia en casa, desatendida, los hijos desconcertados, los cumpleaños olvidados, los amores postergados, la vida miserablemente puenteada.

Sí, la sensación fue de fracaso.

Nos faltaba el tiempo necesario para poder juzgarnos con equidad, con desapego a un dolor que nos había calado muy hondo; distancia para entender que lucha y triunfo no siempre conjugan; nos faltó albedrío, autocompasión, resuello; nos faltó todo eso y mucho más.

Nos faltó, lo sé ahora, la claridad suficiente para comprender que éramos semilla.

GUILLERMO

“Pedro el Sepultero”, “Vicepandemias”, así los llaman… Lo leo, los oigo, estos fascistas que ahora andan blanqueándose la definición sacan lo peor de mí, lo más abyecto. Es lo que quieren, que sea, que seamos tan miserables como ellos. Se envuelven en banderas y destilan inquina. Ya lo dijo Anguita: “Tu ‘gran nación’ cabe en una caja de zapatos”. Se hacen fuertes en las redes, en el anonimato, aprovechan que está todo el mundo confinado para verter su odio, para pescar en río revuelto, para que el prójimo culpe al que hoy toma las decisiones desviando la atención de quiénes las han tomado hasta ahora, de los que nos han llevado como borregos al matadero, este pudridero en el que ahora estamos. Hoy es Twitter; ayer, la prensa afín —¿no lo era toda, al menos la que llegaba?—, siempre marcando el paso, haciendo patria, infor-desinformando. Sois rebaño. Somos rebaño. Inmunidad de rebaño. Da igual la realidad, la realidad es una puta mierda, lo que importa es el mensaje: “Tienes suerte, eres clase media: no lo jodas con tus llantos, con tus quejas”…

Voy a empezar la segunda botella. Y estoy borracho, sí, pero aún no lo suficiente, aún desfilan las imágenes del día en el hospital, una a una, cronológicas, atornillando la sangre a mi recuerdo, el dolor a mi recuerdo, la muerte a mi recuerdo, y sé que si me duermo ahora no se irán ni la sangre ni el dolor ni la muerte…

Un clavo saca otro clavo. Un recuerdo saca otro recuerdo. Un niño postrado en una cama, la rabiosa luz de una mañana limpia besándome a través de la ventana, mis manos pasando cuidadosas el álbum de la liga 76-77. Del Valencia aún me faltan el portero Balaguer y Kempes. ¡Mario Kempes! ¡Mario Alberto Matador Kempes! Suspiro. Sé que algún día lo tendré. A cambio de cuarenta repes, ¡cuarenta!, lo tuve. Ahora lo tengo, lo acaricio despacio en el álbum, suave, tratando de que el tiempo no cumpla su macabro plan, de que su color no marchite, de ser otra vez aquel niño que no solo coleccionaba cromos, que coleccionaba cualquier cosa que cayera en sus manos, enfermo de lo mío y enfermo de aburrimiento: sellos, chapas para las carreras ciclistas en la arena del parque, pegatinas todas porque en la época eran un bien escaso, y octavillas y hojas informativas de la huelga dedicadas por las enfermeras, que eran mayoría,

y algún que otro enfermero. Puede parecer raro, pero tiene su aquel.

Empezó después de una culebra a la que convaleciente no pude ir, y como recompensa Rosario —la risueña y adorable Rosario, mi Rosario— me dio un panfletillo que planta por planta habían ido repartiendo a familiares y enfermos, el primer número de la revista Trabajadores en Lucha. Y me la dedicó con esmero: “A Guille, mi enfermito favorito. Que no se enteren los demás”.

Parte rezaba así:

La medicina, para el capitalismo, no es más que una forma de reparar —cuando es reparable— la fuerza de trabajo. Una forma de mantener en buenas condiciones a los trabajadores y asegurar su reproducción. Es comparable a los servicios de mantenimiento de máquinas que funcionan en las fábricas, pura rentabilidad económica. De ahí su abandono de los enfermos “incurables” —crónicos, mentales, geriátricos…—, el desperdicio en medicamentos que engordan las cuentas de las farmacéuticas, la masificación en unos ambulatorios insuficientes, la ausencia de una medicina preventiva…

Por supuesto, entonces no entendía nada. Hoy lo entiendo todo.

Guardo el álbum y las octavillas en la caja de zapatos —mi caja de zapatos, mi patria— y dejo la botella.

Quizá ahora, ya sí, por fin, pueda dormir tranquilo. Y, por qué no, soñar con Rosario.

OLALLA

Llego a casa dolorida y exhausta, pero feliz al ver a mi hija y a mi hijo y a mis nietas y a mis nietos, más felices aún que yo, dándome la bienvenida. Mi hija es médica también, y el segundo de mi hijo estudia Medicina, abrirá la cuarta

generación. Me hace gracia, infeliz, no sabe la que le espera. Así se lo digo. También que es coña. Y todos reímos.

Ahora necesito descansar, recrearme en mi cama, en mi cuarto, en mis cosas. Haber estado al otro lado del espejo tiene también sus bondades: te permite relativizar, abstraerte, gravitar más allá de lo urgente, del día a día.

Haber estado al otro lado del espejo te permite pensar.

El ser vivo, como las ideas o los recuerdos, nace, se reproduce y muere. Un árbol milenario, una oruga que torna crisálida y luego mariposa, esa niña que murió hace cien años o nacerá dentro de mil… de la nada surgieron y a la nada volverán.

Antes no éramos, ahora somos, luego dejaremos de ser.

Empezamos igual que acabamos, como un palíndromo.

Somos palíndromo.

Somos pueblo.

Somos.

La huelga en el Hospital La Fe de Valencia fue el primer paro de la historia de este hospital. Varios cargos sindicales fueron detenidos y unos cincuenta empleados de todos los grupos laborales (medicina, enfermería, auxiliares administrativos, etc.) fueron despedidos por practicar el derecho de reunión.

GLORIA Y LA ROK

Amaya Olivas Díaz

‘Usted habla poco, pero sentencia’

Esas palabras me dijo mi jefe cuando lo interpelé. Cuando se reía de nosotras, de los enlaces sindicales, de nuestros gritos.

Les presento a mi jefe: don Rafael, director paradigma de la clase franquista. Don Rafael, que nunca tuvo miedo, ni hambre, ni cárcel. Que vino como un señorito fino traído por su padre a dirigir la fábrica. El padre, ese señor a las órdenes de los americanos. Don Rafael, que ya vino educado para amaestrar a las fieras.

Soy Gloria. Nací en 1952. Vivo con mi hija Alba, con mi madre, Rosa, y con mi tía Pilar. Me casé joven porque me quedé preñada. El tipo se fue hace un tiempo a buscar tabaco, y a los tres días ya supe que no iba a volver. “Mejor para mí —pensé—, estoy hasta el coño de aguantar tantos insultos. Pero tengo que alimentar a mi hija”.

Son los años setenta. No es el peor momento de terror, pero todo es muy duro.

Mi abuelo fue un hombre bueno. Solo tenía una herrería en un pequeño pueblo de Toledo. Iba al casino de los trabajadores, no se dirigía al casino de los ricos. Y cuando llegaba el 14 de abril, sacaba una pequeña bandera: “Viva la República” (es decir, que la gente pueda comer, entender, leer).

Le asesinaron. Llegó un golpe de estado fascista en 1936. Y le asesinaron.

A mi abuela María y a su hermana Ángeles las condenaron a treinta años de cárcel después de una farsa de juicio. Al cabo de once años las sacaron de Ocaña

en régimen de libertad vigilada.

Los golpistas dieron también una paliza a mi hermano mayor, Mariano, que tenía catorce años. Mariano, que solo quería seguir escuchando a su maestro en la escuela, y seguir leyendo. Mariano, con un hombro roto, y yo, desde la cuna, vimos cómo desaparecieron nuestros padres entre otros muchos familiares. Los dos nos quedamos al cuidado de mi tía Gloria, en el pueblo de al lado. Pero le quitaron su estanco, y nos quedamos sin nada.

Aún no sé cómo sobrevivimos.

¿Qué decir? Soy Gloria.

Necesito trabajar.

Mi niña no tiene padre, y no tengo dinero.

Las monjas, odiosas, sí trajinan. Conmigo, con las amigas y compañeras. Están enredadas con las fábricas. Nos preparan para sacar los informes de aptitud. Para que se limpien nuestros pecados. Hijas de rojos y descarriadas. Aprendo con ellas un curso de corte y confección. Y lo paso con buenas notas.

Consigo el informe de aprobación de la iglesia “gracias” a las monjas, y paso el reconocimiento médico. Ya puedo comenzar a trabajar. Estoy en Rok, son los años setenta. El edificio también pertenece a los dueños de HD-Lee.

Barrios ignorados, pero no ignorantes

Observa la calle, es lo suficientemente curiosa, suficientemente equívoca, suficientemente vigilada, y, por lo tanto, será tuya, y es magnífica.

André Breton, 1953

Hace unos meses conocí a unas chicas, en la parroquia San Pablo, cerca de mi

casa en Vallecas. Ahora se han mudado al Barrio del Pilar, y en cuanto saco un rato, voy a verlas. Hacen cosas muy chulas con la iglesia del Val. Han abierto una biblioteca, dan clases de alfabetización, y organizan salidas a la sierra con los chavales.

Poco a poco, me involucro en su asociación de vecinos. Las casas están llenas de ratas por la mierda de construcción. Sacamos las fuerzas de donde podemos y vamos a hablar con la gente, puerta a puerta.

No somos animales. ¿Quiénes se creen estos mierdas?

Vamos a conseguir que nuestra gente viva de forma decente[5].

Hoy entré en la fábrica

Estoy 8 o 9 horas haciendo lo mismo: cadena de montaje. Trabajo a destajo. No me importa el fruto final, no es mío. Me lo arrebatan.

En HD-Lee y Rok solo confeccionamos pantalones y cazadoras vaqueras. Cada una de nosotras tiene una máquina específica que realiza una tarea, y funcionamos por cronometraje, para conseguir los objetivos de alcanzar la mayor producción en el menor tiempo. Si no lo conseguimos, nos imponen sanciones por bajo rendimiento.

Mari Pili y Mercedes son las más habilidosas y ayudan a las que no llegan al tope, aunque esté prohibida esta mínima forma de solidaridad. Y es que nos tienen machacadas con los tickets que tenemos que entregar al final de la jornada, para controlar el número de prendas realizado. Muchas veces acabamos con ataques de gritos por la presión que sufrimos. No son pocos los momentos en que han tenido que venir los sanitarios[6].

La mayoría de las obreras hemos aprendido el trabajo de nuestras madres, tías, o abuelas. Yo luego lo completé en el curso de las monjas. Pero la mayoría no tiene titulación.

A diferencia de otros muchos trabajos, en la industria textil la mayoría somos mujeres. Como a los patrones les venimos bien, no aplican la indemnización por excedencia de matrimonio que se aplica en otros sitios (la “dote”, alucinante este rollo). Así que las compañeras que se casan siguen trabajando aquí.

Lo bueno es que desde mi entrada en Rok veo muchas caras conocidas: compañeras del barrio. Me susurran que son de Comisiones Obreras. Y que estás condiciones no son asumibles. Me uno a ellas.

En esta mierda de régimen en el que vivimos, los sindicatos están prohibidos. El franquismo creó la OSE (Organización Sindical Española), donde “conviven” empresarios y obreros, que regula las condiciones de trabajo a partir de la Ley de Convenios Colectivos de 1958, por medio de sus delegaciones.

Las compañeras nos solemos tomar un café después del curro, y contarnos cómo lo llevamos. Me explican que las CC OO participan en las elecciones de la OSE para poder influir en algo, pero que también hacen huelgas y apoyan a los presos políticos. Me cuentan que solo dentro de la organización vamos a conseguir que las cosas cambien.

El encargado nos vigila y, cuando llega el Real Decreto en el 75, nos lo aplican sin contemplaciones.

Nos habíamos declarado en huelga sin preaviso. Se produjeron múltiples despidos, descabezando a nuestra comisión obrera. Nos atienden los compañeros abogados en la calle Atocha 20. A las textiles nos lleva Paquita Sauquillo, y estudiamos la ordenanza laboral con Hector Maravall.

En aquel momento, comienzan a prepararse convenios colectivos. Se logra un buen acuerdo para Madrid en 1976, negociando dentro y fuera del Sindicato Vertical. Como no podemos manifestarnos, nos vamos de paseo a la Gran Vía.

Muchas chicas recorren el centro por primera vez en sus vidas.

Cuando sucede la matanza de nuestros abogados en el despacho de Atocha, hacemos una asamblea que dura todo un día y decidimos ir al entierro. La empresa reacciona de nuevo con despidos, por lo que nos declaramos en huelga.

Salirnos del cauce

Mi abuela y mi tía viven dentro del silencio más profundo, confinadas en una disciplina férrea. Por fin consiguieron un pisito en el barrio de Tetuán, huyendo del que fue su pueblo. Mi madre siempre me dice que solo volvería para prenderle fuego.

Ellas llevan en sus ojos la oscuridad de tantos años de encierro.

Voy a verlas a menudo, pero no puedo permitirme que pasen miedo por mí. Así que les oculto mi militancia.

Otras compañeras se sienten presionadas por sus familias, sobre todo por los padres, porque los capataces los están llamando para que las metan en vereda y pongamos fin a la huelga. Pero a las chavalas ya no nos paran. Hemos aguantado mucha presión, dentro de casa, y fuera.

La pasión que tenemos se torna indestructible.

Y es que, en plenos años setenta, las mujeres no podemos disponer de bienes, ni de las propias nóminas. No podemos abrir una cuenta, ni disponer de esta sin autorización. No podemos trasladarnos o cambiar de residencia sin permiso.

No es cierto que la mayoría de edad comience a los veinticinco años, no es cierto, porque pasamos a depender de la voluntad del padre a la del esposo. Y seguimos sin ostentar patria potestad sobres nuestras hijas e hijos, ni podemos decidir sobre ellos.

En el simulacro de votaciones que existe, solo los cabezas de familia votan a los llamados representantes en cortes por el tercio familiar, por lo que ni esto podemos votar (a no ser que seamos viudas).

No se nos permite tener opinión política ni de otra especie, porque en los medios somos solo objeto, nunca sujeto.

Para contraer matrimonio necesitamos todo género de autorizaciones, y tampoco podemos disolverlo, porque no existe la figura legal del divorcio. Tampoco podemos aceptar un trabajo, abrir un negocio o hacer una compra significativa

sin previo consentimiento masculino.

En fin, nos regimos por todo un conjunto amplísimo de prohibiciones e impedimentos que se coronan con la denigrante condena que el código penal mantiene para las mujeres casadas que son infieles: seis años de cárcel[7].

Llegar tarde

Mi amiga Mariví es serena y dulce. También los fascistas mataron a su abuelo y encerraron a su abuela. Vive en la colonia de Velázquez, en Carabanchel. Su padre está comido por la tristeza y ella es la luz de su vida. Cuando llegaron al barrio, solo había barro. Al padre le quemaba el alma mancharse cuando salía en la camioneta para la fábrica.

Al padre de Mariví le descompone que a su hija le pueda pasar algo. La madre va por momentos. En este hogar se desayuna, se come y se cena a la misma hora. El padre lleva el jornal, y la madre lo administra.

Cuando Mariví pregunta algo cuando ven las noticias, su padre le responde: “Oír, ver y callar”. Mariví se quiere morir de la rabia.

Hace tres semanas hablé con ella.

—Mariví, esta tarde tenemos reunión en la parroquia. Hemos quedado para organizar la fiesta del sábado. En la colonia del Cristo Obrero hay unos niños que no van al cole, y hay que hacer algo[8].

—Pero ¿cómo?, ¿qué pasa?

—Pues es la gente que todavía vive en las chabolas que construyeron cuando vinieron del pueblo. Ahora dicen que igual los realojan, o que les legalizan las viviendas. Pero muchos chavales no pueden ir andando hasta el cole. Así que vamos a ir a darles las cuatro letras y a jugar con ellos. Las madres vienen el sábado y nos organizamos.

—Bueno, no sé, entonces no creo que me pongan problemas en casa.

—Claro, mujer, si es solo echar una mano.

—Vale, nos vemos luego, entonces.

—Venga, y anima esa cara, que pareces un alma en pena.

El caso es que hicimos la reunión al salir del tajo. Habían vuelto a despedir a varias chavalas, y no tenían nada que llevar a sus casas. El padre de Ana había sufrido un accidente de trabajo, y apenas les llegaba el subsidio para siete personas. Felipa se había quedado embarazada del novio porque no conseguían condones. Yo misma estaba a disgusto después de la última bronca con el cabrón de Ángel, mi encargado, que estaba hecho una furia porque me quitaba de encima sus manoseos.

Total, que la cosa se alargó, y entre organizar una caja de resistencia para las compañeras más apuradas, pensar en alguna clínica que ayudara a Felipa de extranjis y los chistes verdes con los que me quitaron la pena, nos dieron las diez y media.

Mariví me llamó apurada al día siguiente. Su hora de llegada eran las diez de la noche, sí o sí. El padre estaba enfurecido cuando entró a las once menos cuarto.

—¿Qué quieres?, ¿qué te crees? ¿Se te ha olvidado quién eres, ahora? ¿Qué cojones van a pensar los vecinos? ¿Quieres acabar como la Toñi, que tuvo que intervenir hasta la policía?

—Tranquilo, papá, no pasa nada, solo estaba con mis compañeras del trabajo.

—El colmo, entonces.

El padre de Mariví se puso de rodillas. Le pidió que le jurara que no se metería en política. Que le habían quitado todo. Que ahora solo los tenía a ellos. Que no podría soportar más detenciones, ni más palizas, ni más prisiones. Que ella era una buena chica, que les llevaba el salario íntegro, que cuidaba de su hermano, que ayudaba con todo.

Que, además, no se conseguía nada dando la cara, porque la gente es aviesa y retorcida, y siempre les iban a dejar en la estacada.

—Por Dios, te lo ruego, Mariví.

Las semanas con Manuel

El sábado nos encontramos todas en la parroquia de San Carlos.

Todas menos Mariví, claro.

Además de las madres de la colonia, vinieron compañeros que no conocíamos. Son militantes del PCE, pero estudian en la universidad.

Al principio, nos dio un poco de vergüenza relacionarnos con ellos de tú a tú. Hablaban y hablaban, y la verdad es que me costaba un poco seguirlos y entender qué decían.

Que si vanguardia, que si frente revolucionario, que si unidad, que si la poesía de Blas de Otero, que si radicales, que si mencheviques, que si la batalla de Argel…

El tema es que los chavales venían para echarnos un cable, porque para alfabetizar en serio se necesitan estudios superiores, y nosotras de eso, pues como que no. Así que a nos pareció bien que estuvieran en la asamblea.

Lo cierto es que quedamos todas un poco hechizadas con esos mundos nuevos que traían en sus voces. Lo malo, ahora que lo pienso, es que nos quedamos así como bastante calladas y apenas dijimos nada, lo que es raro, porque de diario la armamos bastante, nos quitamos la palabra las unas a las otras, nos tomamos el pelo y nos damos consejos prácticos.

Pero delante de estos, a ver quién decía nada.

El caso es que luego todo se relajó bastante, y nos pareció bien su plan para organizar las clases. Entonces Ángel, el cura, que no parece cura, nos dijo que había comprado unos vinos y un poco de fiambre.

Ahí empezó el lío.

Despejamos las sillas y pusimos música. Bueno, la verdad es que la pusieron ellos. En estas semanas, Manuel me contó quienes eran Joan Báez, Janis Joplin,

Pete Seeger, Peter, Paul and Mary… Madre mía, qué nivel. Y yo que estaba tan contenta con el Dúo Dinámico.

El caso es que nos soltamos bastante más. Se reían los jóvenes universitarios de nuestras ocurrencias y desparpajo. Y flipaban bastante cuando les decíamos lo puteadas que estábamos en la fábrica, y todo lo que hacíamos para devolver los golpes y sostener la huelga.

En un momento, y juro que no sé cómo, me vi aguantando la mirada de Manuel. Trataba de esquivarla hasta que me puse nerviosa del todo y salí a fumarme un piti. Manuel salió detrás de mí y nos dimos un beso. Ahí me perdí. Acabamos pasando la noche en su piso, y fue todo tan increíble. A la mañana siguiente, me pidió que me quedara.

—¿Y qué hago con mi hija?

—No es problema, ya tiene edad, están tu madre y tu tía cuidando de ella, ya vamos a verla luego. Nos vamos a apañar. No te agobies, es que nunca he sentido esto por nadie. Tan rápido, tan fluido, tan bien todo, Gloria.

Entramos entonces en una dinámica de violenta belleza. La pasábamos leyendo, follando y comentando mil libros y noticias.

Nada podía compararse con la cocina de Manuel (lo que tiene un doble mérito para mí, que soy de poco comer, y que siempre rompo la vajilla de mi tía).

—Nadie se puede comparar contigo, Gloria. Nada como tu libertad salvaje, tu autonomía, tu esfuerzo inédito, tus ganas de aprender.

—Contigo he encontrado mi casa, Manuel, la que nunca tuve. Qué orgullosa estoy de ti, que por fin aprendo lo que hacemos en la fábrica, la desigual distribución de la riqueza, lo poco dogmático que eres, el infierno del estalinismo. Qué bonito hablas, soy mejor por ti.

La sangre

Sí, Manuel, tú me explicaste lo del fordismo. Cómo nuestros jefes se aprovechan de nuestra juventud, de nuestra pretendida docilidad. Cómo maximizan sus beneficios aumentando el grado de rendimiento y de productividad hasta niveles infinitos.

Cómo penetran en nuestras almas. Cómo nos someten con disciplina de hierro, aun los sábados y domingos. Por qué nos dicen que somos la empresa: es el alma de identificación lo que cuenta y no las acciones o los comités, chavalas: nuestras vidas a disposición plena de los superiores[9].

Yo le expliqué los dolores eternos que han marcado a mi familia para siempre.

Le hablé de esas mujeres que sostienen la vida de sus compañeros y maridos dentro y fuera de las prisiones franquistas. Las que ponen sus hogares, desde la posguerra, para que los camaradas tengan un sitio para reunirse, mientras ellas trajinan con los niños, y los esconden de las delaciones y otros peligros infinitos. Las que les llevan comida a las cárceles, las que aguantan los insultos de los guardas, las que mantienen unidas a las familias rojas por vínculos de afecto.

“Las mujeres también somos camaradas”, le dije.

Pero durante todo esto tiempo, nos hemos quedado en un lugar más invisible, porque lo esencial es luchar, luchar contra la dictadura, y sabemos que una de las trincheras esenciales es la fábrica. Nosotras somos de momento anécdota.

La fábrica son obreros machacados. Hombres rotos a los que tenemos que cuidar y reivindicar su furia, protegiendo su desgaste.

Manuel me miraba con admiración, y me sentía la única chica de la tierra.

Hasta siempre, comandantes

Ayer mi tía llamó por teléfono.

—Gloria, vente para el barrio.

—Pero ¿qué pasa, tía?

—Lo de siempre. Han llegado los esquiroles a la fábrica. Esos hijos de puta que os ordenan entrar cuando estáis gritando fuera, a las órdenes de don Rafael. No entiendo, hija, cómo los padres de tus amigas están callados, cómo os siguen ordenando que volváis a ese infierno. No entiendo tampoco a tus camaradas, por cariño que les tengas, hija, están a su rollo y no os escuchan. Esto lo tenéis que hablar en el sindicato.

—Ay, tía, qué razón tienes. Voy de inmediato.

—Sí, Gloria, todas estáis viniendo. Mariví está herida.

El caso es que tuve que irme de forma apresurada de la casa de Manuel. Solo le pude dejar una nota: “Vuelvo en cuanto pueda, no tengo más remedio”.

Al llegar al barrio, me fui de inmediato a casa de Mariví. Tenía la cara y los hombros hinchados de los golpes. Otras compañeras ya estaban en su casa. La madre de Mariví estaba haciendo merienda para todas.

Las chavalas estaban muy nerviosas.

—Menos mal que hoy no viniste, Gloria. Así no se puede seguir. Nos han insultado, nos han apaleado.

—Menos mal, Gloria, que tienes a Manuel. Que se ve que es un tío distinto, con clase, que nos entiende. Que esto está lleno de indocumentados que nos quieren marcar el paso, el trabajo, la vida. Tu novio es distinto. Mira qué bien nos explicaba lo de Praga, por qué hay que desconfiar de los viejos cuadros. Por qué la tal Rosa esa de Luxemburgo tiene que ser nuestra maestra.

—Ya, he tenido suerte, chicas; pero ahora a lo importante, a cuidar a Mariví y a seguir un día más.

Cuando llegué a casa, mi hija, mi madre y mi tía me abrazaron con esa fuerza arrolladora que te deja como limpia y nueva. Como fuerte.

Sonó el teléfono, era Manuel.

—Manuel, menos mal que oigo tu voz, mira lo que ha pasado.

—¿Qué mierdas tengo que oír, Gloria? Se te ha ido la pinza, supongo.

Nunca había escuchado sus gritos.

—Estoy liado con la asamblea de los estudiantes, llego a casa muerto de miedo y me encuentro una nota. Ni una explicación, Gloria. Te has ido porque te ha dado la gana y me has dejado tirado por completo. Estás loca. No puedes hacer estas cosas. De verdad que no te entiendo.

—Pero, Manuel, por favor. Mira lo que te estoy contando. No es una situación cualquiera. No me he ido a tomar birras.

—Mira, guapa, tú a mí no me vas a tomar el pelo. Que te estás viniendo arriba y por eso no paso.

—Manuel, lo siento. Lo siento mucho. Oye, piensa en todo lo que me has dicho estos días. Piensa en lo que te quiero, en lo que te admiro. No tenía otra opción.

—Las cosas se piensan antes, Gloria. He perdido mi confianza en ti.

Sentí que me estaba dando una hostia.

Colgué el teléfono, jodida, muy jodida. No me entraba en la cabeza. Cómo aunar en mi corazón lo vivido. Salí al balcón y comencé a gritar, llorando, mientras me miraban los descampados del extrarradio madrileño.

Entonces, Pilar, mi tía, y mi madre, Rosa, se pusieron cada una a un lado. Me pusieron a mi niña entre los brazos. Y las cuatro devolvimos la mirada al barrio.

Por ti primera, y por todas las compañeras.

Hasta siempre, comandantes.

La fábrica Rok contó con un grupo de mujeres especialmente activo y reivindicativo, reflejo de la gran presencia femenina en el sector textil. El conflicto de esta fábrica durante diciembre de 1975 y enero de 1976 fue ilustrativa del auge de la creciente participación sindical femenina. La comisión logró los objetivos de la huelga y la readmisión de las despedidas.

MUERTE DE UN ALBAÑIL

Antonio Campos

Preámbulo

Recibí la llamada del editor de este volumen hace apenas dos meses. Me explicó que Comisiones Obreras estaba encargando a un grupo de escritores y escritoras una serie de relatos para construir la historia del sindicato desde la literatura. Partir de la realidad, de los hechos ya referidos por la historia, para sumergirnos en la ficción. Honrar (y festejar) la historia del movimiento obrero como un hecho legendario.

Pedro Patiño, me propuso. Conocía el caso. Mi padre me contó, desde pequeño, su muerte absurda, el triste final de una vida corta dedicada a la defensa de los trabajadores, el burdo montaje de la dictadura para tapar su infamia.

La fuente principal para la elaboración de este relato ha sido la nota redactada por el abogado de la familia, Jaime Miralles, en la que documenta fielmente los hechos y todo el largo camino procesal que inició para acabar chocando con la justicia militar de la dictadura. La nota y los datos que en ella se recogen (y la difusión que de ella dieron CC OO y el PCE) le costó la cárcel al abogado, y provocó una reacción unánime de los letrados demócratas madrileños. La nota y diversos comentarios legales sobre ella están disponibles en internet.

Los hechos están también reconstruidos y fabulados a partir de muchas de las crónicas periodísticas publicadas durante estos años, la mayoría coincidentes con aniversarios y reconocimientos públicos. En ellas, Dolores Sancho, la mujer de Pedro y una de las auténticas heroínas de esta historia, aporta sus recuerdos y una imagen cercana de su marido.

Me sorprendió hallar una entrevista con Jesús Benito, el guardia civil que disparó por la espalda a Patiño. El historiador Juan José Trucharte consiguió entrevistarlo para su tesis CC OO y la represión franquista 1968-1975. Desgraciadamente, su trabajo no pudo publicarse, pero a partir de las notas que amablemente me enseñó pude construir uno de los capítulos.

Por último, también quiero agradecer al profesor Federico Luna, discípulo y compañero de Jaime Miralles, el breve café que me concedió, donde hablamos de ese paladín de la justicia, como el propio Luna llamaba a su maestro. Algunos de sus recuerdos trufan el relato y son necesarios para hacernos una idea certera del tercero de nuestros protagonistas.

Antón Isardo, Madrid, 13 de septiembre de 2020

I

—¡Pero qué ha hecho usted, hombre!

Debía de tener la edad de mi primo Pedro, treinta y tantos, algo mayor que yo. Y se llamaba igual. Me dio tiempo a mirarle a los ojos, solo por un momento. Marrones, hundidos, con la viveza que te ha regalado el hambre de posguerra. Chicos crecidos en el trabajo en el campo, alimentados de mondas, pan duro y aceite rancio. Como mi primo Pedro. O como yo mismo. Soñábamos con abandonar esa mierda de vida, cumplir los dieciséis, dejar el pueblo atrás y emigrar a Madrid. Trabajar en una obra o en una portería, echarse novia, ir al cine, no meterse en líos.

Yo me fui voluntario a la mili. Tres años de comida caliente y ropa aseguradas. No me importaba obedecer, ni los pescozones que a veces te caían cuando al mando no le gustaban las cosas. Cuando tocaba paseo, cómo disfrutaba al caminar por el centro con el traje de bonito y las botas relucientes. Me sentía centro de todas las miradas y podía así parecerme, aunque fuera solo de refilón, a los señoritos que deambulaban sin prisa por la Gran Vía, con sus trajes bien cortados, las camisas almidonadas y las corbatas de seda estrechas.

Aquellas botas fueron el primer calzado bueno que tuve. Tampoco eran la leche, pero hasta que me incorporé solo había conocido las alpargatas y unos zapatos de domingo, más bien de cartón, que me compraron cuando cumplí los trece y me duraron hasta que entré en el cuartel. Un cuero duro que me rozaba por todas partes y que me obligaba a andar como un pato. Cuando me puse las botas por primera vez, metí debajo del catre aquellos zapatos que tanto me habían castigado, sobre todo los últimos años, cuando ya había dado el estirón y gastaba por lo menos dos números más.

Aquellas botas me convirtieron en un hombre.

Esa fue la auténtica razón por la que, de verdad se lo digo, ingresé en el cuerpo: no volver nunca más a llevar alpargatas, no tener que dejarme la espalda en el campo, saber que siempre habría un plato en la mesa, casarme, volver al pueblo en fiestas gastando zapatos de mi talla, sentir que me había ganado el respeto de mis paisanos. Firmes, que llega la Guardia Civil, bromeaba mi primo Pedro cuando entrábamos en la taberna. Y notaba que las voces se achantaban. Y yo sacaba pecho, henchido de orgullo como un gallo. Ponles a estos lo que quieran, pero sin pasarse, a ver si voy a tener que llevarlos después yo mismo al cuartelillo.

Los primeros años deambulé por casas cuartel en el campo, donde los delitos más comunes eran las peleas de vecinos, los pleitos por lindes y las borracheras de feria. Entonces, los comunistas estaban muy lejos, en Rusia, pensaba. Y los que había conocido no representaban ningún peligro. Eran viejos señalados por su pasado, en pueblos pequeños donde se les regateaba el trabajo; refugiados en el vino, eran el pimpampum de los señoritos y sus insultos. No me parecían el peligro rojo subyugado por la Cruzada, como nos enseñaron en la mili y nos repetían en la Benemérita.

Entenderá que no me acuerde bien. Sería el sesenta y muchos cuando llegué destinado a Leganés. Entonces una ciudad dormitorio de Madrid, repleta de gente recién venida, como yo, que buscaba el pan en las fábricas y en las obras de los edificios de viviendas que se construían por todas partes. Muchos sin ánimo de enredar sus vidas, pero otros con ganas de meterse en líos. Comunistas, sindicalistas… hasta un cura obrero que querían sacar de la cárcel. Aquel tiempo, en Leganés, descubrí que la vida era mucho más complicada que la hasta entonces vivida. Ya no entraba en los bares pidiendo rondas para todos. Ya no entraba en comercios ni tascas diciendo que era guardia civil.

Nos casamos allí, en el destino. Y vivimos en la casa cuartel apenas un año porque mi esposa quería una vida normal, decía, con vecinos con los que poder hablar de cosas normales. En la casa, las mujeres hablaban entre ellas de los críos, de las novelas de la radio, de lo suyo. Pero las reuniones con los compañeros siempre giraban sobre lo mismo: el trabajo, las rondas, las pequeñas trifulcas de los barrios, España y la subversión. Sin embargo, en el piso, cuando nos mudamos, parecíamos una pareja más. Y yo evitaba entrar y salir de uniforme de mi domicilio.

Aquel verano fue tórrido, aún lo puedo recordar. El parte siempre abría con las temperaturas récord que se habían alcanzado el día antes y su efecto pernicioso en la agricultura. Podía imaginarme el pueblo aplastado por un sol pesado y sus calles desiertas hasta la caída de la tarde, cuando las viejas sacaban al zaguán sus sillas de playa y se sentaban para sacar punta de las cosas de la gente y hacer un traje a cualquiera que pasara por su acera.

En septiembre seguía haciendo calor, aunque ese lunes amaneció titubeante, con un poco de brisa que parecía suavizar el horno abierto desde junio. Fui al cuartel y me puse el uniforme de verano, con la sahariana. El sargento recibió las instrucciones y nos subimos a la furgoneta, a dar vueltas, como todos los días. Vamos, Benito, al coche. Llevábamos solo unos treinta minutos cumpliendo con nuestra ruta cuando nos llamaron para darnos la alerta. Una célula comunista estaba repartiendo propaganda a las puertas de las obras, convocando a la huelga general a los trabajadores de la construcción. El capataz de una de ellas había llamado al cuartelillo hasta los cojones de los rojos.

Fue fácil dar con ellos. Cuatro hombres en un camino de tierra, junto a la carretera de Villaverde a Leganés, a una hora en la que la gente de bien está en el tajo. Llegamos con sigilo, el coche sin acelerar, hasta llegar a su altura, cuando les dimos el alto. El sargento dijo que montáramos el mosquetón y obedecimos. Uno trató de hacerse el sueco y desandar el camino, pero Moreno le hizo una llave y lo tumbó como a un pelele. Nos quedamos frente a frente con los comunistas, el fusil agarrado con ambas manos. Me temblaban las rodillas, y los gritos e insultos del sargento consiguieron ponerme más nervioso. Tranquilos, tranquilos, repetía uno de los rojos. Los miré para aprender cómo era el enemigo, y me asomé a sus ojos, vívidos, alimentados por el hambre de posguerra. De verdad que no sé qué pasó. Era algo mayor que yo y se llamaba Pedro, me dijeron después, como mi primo.

—¡Pero qué ha hecho usted, hombre! —imploraba uno de sus compañeros, recogiendo su cuerpo derrumbado sobre el polvo.

Le digo que no sé de verdad cómo ocurrió todo. Mi cañón humeaba. Había matado a un hombre.

II

Ese marrón se lo comió él solito. Pero lo hizo gustoso, bien convencido. Siempre fue un abogado implicado con sus casos, sobre todo en los de defensa de derechos civiles y políticos. Pero con este, con el de Pedro y Dolores, traspasó cualquier frontera formalmente establecida. Él era así, y por asumir la responsabilidad entró en Carabanchel. Cinco días que nos parecieron eternos. Aún recuerdo el juicio, un año después de la muerte de Pedro Patiño: salió absuelto después de protagonizar su propia defensa. Y los grupos de guerrilleros de Cristo Rey hostigando a los abogados amigos y a los demócratas que se concentraban a las puertas de la justicia militar.

Dolores Sancho había podido ver el cadáver de su marido solo unos minutos la noche del mismo 13 de septiembre en el depósito del hospital Gómez Ulla, a donde se le pidió que acudiera a reconocerlo. Allí tumbado, boca arriba, con los ojos aún abiertos, solo llevaba puestos sus pantalones blancos de albañil. En el torso no había sangre y ella supuso que Pedro había sido disparado por la espalda. Bueno, estaba segura de ello. Dolores recordó otros sucesos de compañeros y camaradas: los que caían por el balcón cuando trataban de huir, los heridos por disparos al aire, los tiroteados por la espalda tras desoír el alto, y se imaginó la absurda versión oficial que ofrecería la dictadura. Pedro forcejeando con los agentes, Pedro huyendo a la carrera por un descampado. ¡Pero si es cojo! Lo miró y se le escapó una mueca de ternura. Pidió en vano las ropas de su marido, la camisa blanca y el jersey marrón que ella misma había colocado, doblados, sobre la silla del dormitorio el domingo por la noche. Esa misma mañana, poco antes de las siete, le había visto vestirse despacio, mientras ella remoloneaba en la cama, como si todo hubiese sido un sueño.

Al día siguiente, acudió con el abogado Jaime Miralles a las dependencias del juez militar para solicitar una autopsia con garantías del cadáver de Pedro Patiño. Miralles era un jurista reputado, defensor de presos políticos de cualquier tendencia. Procedía del bando de los vencedores, pero el estudio de la ley lo había convertido en un paladín de la justicia, en un convencido demócrata. Había participado en 1962 el Contubernio de Múnich, la reunión que había convocado en la capital bávara a políticos de todo corte, desde monárquicos a socialistas, a toda la oposición menos a los comunistas, a los que el ala más conservadora había vetado. La ira del caudillo contra aquellos señoritos a quienes creía bien domesticados le costó a Miralles el confinamiento en Fuerteventura, hasta mayo de 1963.

En el juzgado, Dolores y Miralles fueron conducidos a una oficina donde un soldado, un chaval que debía estar haciendo la mili, les pidió que esperaran mientras daba parte de su vista al titular, un capitán de Infantería. No tomaron asiento. Deambularon por la estancia, nerviosos. El abogado fijó la vista en un atestado levantado por la Guardia Civil. ¡No era posible! Ahí estaban todos los detalles de la muerte de Pedro Patiño, los nombres de los agentes, incluido el que había disparado. Fue como un regalo en mitad de tanto desamparo.

Sobre ese atestado y su posterior actuación legal, el abogado redactó la famosa nota que el Partido Comunista repartió por toda la ciudad, en fábricas, tajos, universidades. La decisión la tomaron la viuda y la dirección del partido, pero estaba firmada por él, Jaime Miralles, y asumió la responsabilidad sin pensar por un momento en echarle la culpa a nadie. La nota, escrita con prosa administrativa, describía los hechos minuciosamente aportando información mantenida en secreto y toda la acción procesal del letrado, desnudando las mezquindades de la justicia militar de la dictadura, la Justicia franquista con mayúsculas.

El 15 de septiembre, a primeras horas de la mañana, una pareja de guardias civiles uniformados llamó a la puerta de Dolores Sancho. Habían pasado dos días desde la muerte de su marido y aún no había podido enterrarlo. Pedro seguía esperando en la morgue del Gómez Ulla, donde su familia ni si quiera podía velarlo. Según había decidido el juez militar, la viuda debía presentarse de

inmediato en el cementerio de Getafe, donde se procedería a entregarle el cuerpo de su marido para su entierro. Sin autopsia independiente, sin garantías legales. Una forma cruel de dar carpetazo al caso Patiño: sellando un nicho.

En casa no había teléfono y tampoco quería comprometer a ninguna vecina pidiéndole hacer una llamada de urgencia. Dolores decidió bajar a Madrid, al despacho de su abogado, y contarle de primera mano la noticia. Miralles se presentó lo más rápido que pudo en el cementerio de Getafe, solo, con la intención de retrasar la inhumación. Y se topó con la chulería del capitán juez. La viuda tiene diez minutos para presentarse. El abogado le explicó que Dolores aguardaba en su oficina, en la capital, que sería materialmente imposible hacer ese viaje en el tiempo que le había concedido. Condescendiente, aceptó, si no tardaba mucho.

Durante ese tiempo, el que necesitó Miralles para conducir de Getafe al centro de Madrid, recoger a Dolores y regresar al cementerio, enterraron a Pedro Patiño. Pero no pudo ser a escondidas. Tan pronto como se corrió la voz de que podía ser inhumado esa misma mañana, decenas de compañeros de CC OO y de sus camaradas se reunieron en el camposanto para despedirle. Un cementerio con las puertas cerradas para impedir el paso a las flores rojas, la tristeza y la indignación. El primer toque de corneta dio la orden a los guardias civiles destacados en el cementerio para montar sus armas. El segundo toque les ordenaba, rodilla en tierra, apuntar a los concentrados. La primera carrera evitó lo que podría haber terminado en una matanza. Los guardias disolvieron la concentración a palos. Solo quedaron las flores pisoteadas.

Seguro que no sabías que también fue plumilla. Bueno, plumilla, en verdad fue una de las firmas del ABC en los sesenta, cuando escribía comentarios legales sobre los casos de actualidad. Jaime Miralles pensaba decididamente que un sistema legal garantista y el ejercicio libre del derecho a la información eran las bases de cualquier sistema democrático. Por eso se sintió tan dolido con la profesión en el caso Patiño. No con los titulares, infames, que recogieron las noticias al dictado del régimen. Estábamos en el franquismo, no era un iluso. Pero sí con la cobardía y complicidad de sus directores y jefes de redacción, incapaces de cualquier movimiento que acercara la verdad. Incluso con los que tomaba el vermú y pedían, en privado, el regreso de don Juan y de la democracia.

Nunca pudo olvidar el caso de Pedro Patiño. Miralles explicaba siempre la enorme sinrazón de todo lo que rodeaba su muerte, reflejo fiel de lo que fue la dictadura. Pedro fue víctima de un homicidio absurdo. No se le practicó una autopsia rigurosa. Todas las demandas y querellas que el abogado interpuso fueron desestimadas. Jamás se juzgó al guardia civil que le disparó. La familia tuvo que esperar treinta y ocho años, hasta la aprobación de la Ley de la Memoria Histórica, para restituir el nombre de Pedro Patiño, un sindicalista que había sido juzgado "sin las debidas garantías por el ilegítimo Juzgado Especial de Espionaje y Comunismo" y que murió en septiembre de 1971 "en defensa de su actividad política". ¡Sé que Jaime se hubiera alegrado tanto! Todo su trabajo, tan finamente recogido en su nota, había servido, al fin, para algo.

III

El despertador suena a las seis en punto, como cada mañana. Pero hoy no va a ir trabajar. Bueno, no acudirá a la obra, pero trabajo sí que es. Desde que tenía casi uso de razón se sabía a sí mismo: un albañil, un comunista, un señalado; primero en su pueblo, después en la ciudad. Tan señalado, tan perseguido que se vio obligado a coger la maleta y exiliarse a Francia. Seis años con Dolores en París, donde la conoció, hasta que todo se enfriara un poco y pudieran regresar a lo de siempre: un curro para vivir con dignidad y la militancia, empujado más por la búsqueda de la dignidad que por la propia revolución. La conciencia viene antes; los libros, después, repetía a los compañeros. Durante todos esos años el despertador había sonado a las seis.

Pedro Patiño Toledo era comunista. Sus padres fueron comunistas. Él, ejecutado sin juicio al terminar la guerra, cuando Pedro solo era un niño. Un miembro de una saca en un penal. Ella, condenada a muerte y, después, conmutada la pena. Viuda, presa y vencida. Pocas veces derrotada, explicaba su hijo, trabajando como tantas mujeres de la posguerra en lo que fuera.

Sonó el despertador y todavía no había clareado. Aún hacía calor. Uno de esos septiembres de Madrid en los que parece que se enquista agosto. Sobre el respaldo de la silla del dormitorio estaba el pantalón blanco de albañil, doblado;

sobre el asiento, recostada, la camisa, también blanca, y un jersey que le había dejado Dolores por si refrescaba a primera hora. Pero, amor, si no hace frío, se quejó al acostarse. Esa mañana se vistió como un robot, sin ser consciente, con sueño de lunes. Miró el jersey y se lo puso para no disgustar a su mujer. Mi uniforme de albañil, pensó.

Calle abajo, en el bar, tomó un café con leche casi a la carrera. Los hombres se agolpaban en la barra, mojaban las porras, hablaban de fútbol, alguno tomaba un chispazo rápido antes de ir al tajo. Obreros, albañiles como él, dos basureros liquidando un bocadillo. Como todas las mañanas, a las siete, no se veían oficinistas. Puso su moneda en la barra. Adiós, Toribio. Tenían que llegar al polígono antes que todos estos.

Diez minutos después, a la hora convenida, llegó la furgoneta. Abrió la portezuela y vio las caras de sus compañeros con tanto sueño de lunes como él traía. Buenos días, Pedro. Sentados en el suelo, Ángel, Jesús y Julio le hicieron un hueco para que se recostara. Aquí están, escuchó, y alguien le ofreció una bolsa de plástico llena de octavillas. Toda una noche dándole a la vietnamita, gira que gira la manivela, acaba como si fuera una compra en el mercado, se dijo con coña. Metió mano y extrajo una con la tinta un poco corrida. ¡A la huelga! Por la jornada de cuarenta horas semanales y cuatrocientas pesetas diarias de salario.

Pedro era comunista y militante activo de las Comisiones Obreras. Así, con artículo, se enorgullecía. El sindicato estaba en las fábricas, en los talleres, en las obras, en las minas del norte, en las escuelas, enumeraba, encendido, cuando intervenía en las asambleas. Esos hombres y mujeres que entraban y salían de la cárcel, como el propio Patiño, habían izado una organización capaz de plantar cara al régimen. A ver si se muere el puto viejo, levantaba su copa en las fiestas y brindaba con todos.

De Getafe a Leganés. A ellos les tocaba el polígono industrial de Zarzaquemada, una zona repleta de obras donde tenían que repartir la propaganda, convencer a los trabajadores y, si conseguían camelarse a algún capataz, montar una asamblea para que todos se fueran a casa. Repartir octavillas era duro. Mirar a los ojos a hombres con miedo; otros, cómplices pero acobardados; domesticados muchos; alguno con odio. Y, además, mientras entregabas las octavillas debías vigilar bien tus espaldas. Cuidar que no llegara la Guardia Civil. Las detenciones. La tortura. La cárcel.

Debían de ser ya las ocho y media pasadas cuando se presentaron en la última obra, asomada a la carretera de Leganés a Villaverde. Compañeros, por la jornada de cuarenta horas, por un salario mínimo de cuatrocientas pesetas diarias, todos a la huelga de la construcción. Uno de los albañiles, moreno, curtido por un sol de campo antiguo, se lanzó sobre Julio, lo abrazó y les juró por su vida que todos los peones saldrían por piernas de esa obra en un momento. El momento se comió casi un cuarto de hora en el que estuvieron esperando en vano un pelotón de huelguistas que se uniera a su piquete. No era muy sensato seguir allí plantados, se dijeron. Un objetivo fácil para la Guardia Civil. Miraron dentro de las bolsas y apenas quedaba ya un puñado de octavillas, que Pedro agarró y venteó, como si estuviera sembrando, como cuando era un chaval, en el pueblo. La brisa escuálida de aquella mañana arrastró por el polígono los últimos ecos de la huelga general de la construcción.

Está todo el pescado vendido. Los cuatro compañeros hicieron un círculo y comentaron que ya no tenían nada que hacer allí, sin propaganda. Con los turnos empezados, no quedaba nadie fuera de los tajos. Poco pintaban. Seguro que algún capataz había llamado a la Guardia Civil. El piquete miró a ambos lados y cruzó la carretera de Leganés a Villaverde, por donde a esa hora solo circulaban camiones y furgonetas de reparto. En el otro sentido, a unos cuantos metros, un camino de tierra abandonaba la zona y pensaron que era el mejor escaque para alejarse del trasiego.

Habían andado apenas quince pasos cuando escucharon a sus espaldas un motor. Una furgoneta dos caballos de la Guardia Civil se acercaba despacio. Párense ahí, oyeron justo un momento antes de que llegara a su altura. Durante un momento pensaron en correr, pero estaban en un descampado y darse a la fuga significaba un disparo, y Pedro además era cojo de la pierna izquierda. No tenían ninguna opción. No tenían dónde esconderse. Julio intentaba volver sobre sus pasos despacio, como un mimo, cuando oyeron el cerrojo de los mosquetones que empuñaban los cuatro agentes. Los cuatro compañeros se quedaron de piedra. Uno de los guardias, el conductor, se acercó a Julio y lo derribó con una zancadilla. Lo agarró de un brazo y lo llevó a empellones hasta el grupo.

No era la primera vez que detenían a Pedro. A los veintidós había sido condenado por un consejo de guerra a un año de prisión por un delito de rebelión militar. Habían impreso en una multicopista doscientas octavillas en las que se llamaba a la movilización: Por una vida más digna, por un salario mínimo vital de cien pesetas con escala móvil. De los seis condenados, cuatro eran hijos de

padres ejecutados durante la guerra civil y la posguerra. La memoria del régimen era vengativa, y así se lo recordaba en la propia sentencia.

Los agentes rodearon a los sindicalistas para custodiarlos, emparejados. Pedro Patiño quedó entre dos de ellos, que sostenían los mosquetones con ambas manos, con el cañón levemente levantado. Alzó la mirada y vio en los ojos de sus captores tanto miedo como en los de sus compañeros. Los nervios de los guardias más jóvenes le asustaron. El estruendo de un disparo acalló los gritos del sargento cuando Pedro se desplomaba sobre la tierra, sobre algunos de los folletos que un momento antes él mismo había arrojado.

—¡Pero qué ha hecho usted, hombre!

Julio se lanzó al suelo para atender a su compañero que, boca abajo, con el jersey empapado de sangre, se quejaba levemente. La bala le había atravesado de hombro a hombro.

—¡Pero qué ha hecho usted! —repitió, ya de rodillas, con la cabeza de Pedro entre las manos, mirando a los ojos del guardia que había disparado, que se movía como una marioneta y repetía palabras inaudibles y sin ningún sentido.

Los compañeros tomaron a Pedro por la espalda y por las piernas y lo dejaron en la furgoneta. Nunca más lo vieron. Eran las nueve menos cinco del 13 de septiembre de 1971, jornada de huelga general en la Construcción convocada por Comisiones Obreras. Pedro Patiño, un albañil sindicalista de treinta y tres años que repartía octavillas, murió instantes después, en la parte trasera de una furgoneta, cuando dos guardias civiles le llevaban a una clínica de Leganés para ser atendido.

Pedro Patiño Toledo, albañil, sindicalista de Comisiones Obreras y militante del PCE, fue asesinado por un guardia civil el 13 de septiembre de 1971 durante una huelga general de la construcción en la que se reivindicaban cuarenta horas de jornada laboral y cuatrocientas pesetas de salario.

Ataque al corazón de la clase obrera:

la matanza de los abogados de Atocha

Rafael Fraguas

El más luctuoso y desgarrador de los episodios sufridos por la clase trabajadora española en la transición fue, sin duda, el asesinato a quemarropa de cinco integrantes comunistas del despacho de abogados laboralistas y vecinales de Comisiones Obreras, situado en el número 55 de la madrileña calle de Atocha. El atentado terrorista fue fríamente perpetrado por un grupo de pistoleros de extrema derecha vinculado al sindicato vertical de transportes privados.

Anochecía aquel el 24 de enero de 1977. Un comando ultraderechista formado por tres individuos, que portaban pistolas Star Parabellum de nueve milímetros, irrumpió secretamente en el céntrico edificio donde se encontraba el despacho de abogados. Permaneció escondido durante una hora en el piso superior al que ocupaba el bufete. En torno a las diez y media de la noche, numerosos trabajadores comenzaban a abandonar el local al que habían acudido a una reunión de seguimiento de la huelga de transportes entonces en curso. Allí los obreros e integrantes de movimientos vecinales recibían defensa letrada y asesoría gratuitas.

Fue poco después de que el grueso de los reunidos saliera del local cuando los miembros del comando fascista descendieron y penetraron al tercer piso del edificio donde se hallaba el despacho laboralista, que en ese momento ocupaban nueve personas, abogados en su mayoría. Mantenían una reunión prolongada relacionada con la defensa jurídica de trabajadores y vecinos afectados por despidos, expedientes y acciones policiales represivas.

Uno de los miembros del comando asaltante, Fernando Lerdo de Tejada, escolta del líder del partido fascista Fuerza Nueva, Blas Piñar, cortó inmediatamente los cables de teléfono del piso. Arma en mano, cubrió la acción que los otros dos terroristas se aprestaban a consumar. Exhibiendo asimismo sus armas, de manera

imperiosa y desalmada, los pistoleros Carlos García Juliá y José Fernández Cerrá encañonaron a las nueve personas que se hallaban en su interior, las obligaron a levantar las manos y las alinearon contra la pared. Súbitamente, sin mediar palabra, abrieron fuego a discreción. Entre las bocas de los cañones de sus armas no mediaban más que dos metros y medio de distancia. Rápidamente cayeron tiroteados y bañados en sangre los cuerpos agonizantes —o sin vida ya— de los abogados Javier Sauquillo, Enrique Valdelvira y Luis Javier Benavides, el estudiante de Derecho Serafín Holgado y el administrativo Ángel Rodríguez Leal. La media de sus edades era de veintiocho años. Malheridos y ensangrentados quedaron tendidos en el suelo Miguel Ángel Saravia, Alejandro Ruiz-Huerta, Luis Ramos y Dolores González Ruiz, compañera de Javier Sauquillo, que, en enero de 1969, a manos de la policía política franquista había perdido a su novio, Enrique Ruano, precipitado desde un sexto piso de la casa donde permanecía detenido.

Inmediatamente después del crimen contra los abogados de Atocha, los miembros del comando asesino se dieron a la fuga de manera precipitada. Durante semanas permanecerían en Madrid, ciudad que no abandonaron, al sentirse amparados por la complicidad de sectores ultras de la Policía. Tal como se probaría posteriormente, los pistoleros habían contado con la inducción y supervisión de Francisco Albadalejo, secretario provincial del Sindicato Vertical de Transportes, responsable intelectual del atentado junto con Leocadio Jiménez Caravaca, excombatiente de la División Azul enviada por Franco a Rusia a combatir junto con las tropas hitlerianas. Fue Caravaca quien suministró las armas al comando, que contó con la complicidad de Gloria Herguedas y la de un individuo más que no llegaría a ser juzgado.

Tras escuchar los disparos y percatarse de lo sucedido, vecinos del tercer piso asaltado en Atocha, 55 avisaron a la Policía. Los muertos y heridos fueron urgentemente trasladados en ambulancias a centros médicos. Tres habían muerto ya y dos expiraron en el camino. Una enorme conmoción se adueñó de todos cuantos conocieron abruptamente lo sucedido. Tras distintas pruebas forenses, los cadáveres de los asesinados fueron trasladados al Colegio de Abogados de Madrid, donde serían expuestos en sendos ataúdes. La profesión letrada, tras haber velado por rigurosos turnos a los colegas asesinados, se adhirió en pleno a la enorme manifestación de duelo congregada el 26 de enero en torno a la plaza de Colón, contigua a la sede colegial, y en las calles aledañas al paseo de la Castellana. De allí partiría el cortejo fúnebre, en dirección al cementerio del Este, donde los difuntos recibirían sepultura.

La prensa habló de medio millón de asistentes al duelo. En un silencio estremecedor, centenares de miles de personas acompañaron solemnemente los ataúdes, inicialmente portados a hombros y precedidos por un enorme emblema de rosas rojas que formaban la hoz y el martillo: los asesinados militaban en el PCE y estaban afiliados al sindicato Comisiones Obreras, para el que trabajaban en la defensa letrada; abogados vinculados a esas siglas, como ellos mismos, habían defendido de manera decidida y valiente, también al igual que ellos, a la clase obrera madrileña ininterrumpidamente a partir de 1956, año en que el PCE, en plena clandestinidad, abriera en Madrid el primer despacho laboralista en la calle de la Cruz, fundado por la abogada María Luisa Suárez Roldán, pionera de la defensa laboral letrada de los trabajadores.

Aquel brumoso 26 de enero de 1977, centenares de miles de madrileños y madrileñas testimoniaron su dolor al paso de los féretros que avanzaban lentamente en dirección al cementerio del Este, entre un gentío conmocionado y dolorido, embargado por la tristeza, que trataba de asimilar el alcance de lo ocurrido. Ni los más ancianos de la ciudad recordaban una manifestación de tan masivo seguimiento como la registrada a media tarde de aquella aciaga jornada y que discurría lentamente a través de algunas de las principales arterias de Madrid.

La tensión contenida, la indignación y la pena, que perlaba de lágrimas muchos semblantes, signaban los rostros de miles de los asistentes. Un helicóptero sobrevoló la zona. A los mandos de la aeronave viajaba Juan Carlos de Borbón, investido rey por las Cortes de Franco en noviembre de 1975. El monarca se percató de manera directa de la magnitud del duelo y del impresionante testimonio silencioso, masivo y estremecedor, de contención, dignidad y dolor mostrado en aquella manifestación de solidaridad con los asesinados.

El 28 de enero, el presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, suspendía dos artículos del aún vigente Fuero de los Españoles para facilitar las investigaciones y las pesquisas de la Policía, que comenzaron de manera inmediata. Dos meses después, eran detenidos en Madrid los autores, inductores y cómplices de la matanza, siete personas en total que, pasados tres años, durante siete días de febrero de 1980, comparecieron a juicio. Desde 1939, casi treinta y ocho años atrás, era la primera ocasión en que pistoleros fascistas se sentaban en un banquillo por sus crímenes.

Presidió la vista el presidente de la Sala que los enjuició, el magistrado Gonzalo

de la Concha. El instructor del proceso sería el juez Rafael Gómez Chaparro. Según alegaron los acusados, en la noche del 24 de enero de 1977 se disponían a atentar contra Joaquín Navarro, dirigente sindical de las clandestinas Comisiones Obreras del Transporte que protagonizaba, junto con otros líderes, una huelga reivindicativa en el sector, prohibida por las autoridades franquistas, que el Sindicato Vertical trataba de reventar, sin conseguirlo. Por fortuna para Navarro, él no estaba presente en el despacho de abogados a la hora en la que se produjo el crimen múltiple; tampoco se hallaba allí, como era su costumbre, Manuela Carmena, abogada comunista responsable del despacho de Atocha y de otro contiguo. Carmena sería elegida, cuatro décadas después, alcaldesa de Madrid.

El alegato de los asesinos en el juicio se mostraría plenamente inconsistente y se volvería contra ellos, pues implicaba que, al no poder asesinar a Navarro —como aseguraban los convictos que era su única intención—, revelaron a las claras que, descartado su presunto propósito inicial, desataron su furia homicida y se aprestaron a tirotear a nueve personas, dando muerte a cinco de ellas e hiriendo de gravedad a cuatro más.

Dos de los autores materiales del crimen, Carlos García Juliá y José Fernández Cerrá, respectivamente, serían condenados cada uno a ciento noventa y tres años de prisión; Francisco Albadalejo Corredera, secretario provincial del Sindicato Vertical del Transporte Privado en Madrid, fue sentenciado a setenta y cuatro años como inductor y encubridor del atentado; Fernando Lerdo de Tejada, coautor material, a catorce años; Leocadio Jiménez Caravaca, militante de FE de las JONS, que vendió a Fernández Cerrá las tres pistolas con las que se cometieron los asesinatos, a cuatro años; y Gloria Herguedas, novia de Fernandez Cerrá, a un año por tenencia de armas.

Albadalejo no cumplió más que cuatro años de condena de los setenta y cuatro que le correspondían, puesto que murió en prisión tiempo después de su ingreso; García Juliá, tras pasar catorce años en distintos establecimientos penitenciarios y disfrutar de libertad condicional, huiría a Bolivia, donde sería detenido años después, acusado de narcotráfico. Lerdo de Tejada, por su parte, escaparía de España tras obtener, en su primer año de condena, un permiso para asistir a la boda de un hermano. Desde entonces, permanece en paradero desconocido. El juez instructor Rafael Gómez Chaparro, que supervisaba sus condenas, pasará a la historia judicial de la dictadura franquista con nombre y legado propios. A los asesinos convictos, para otorgarles sus permisos, se les aplicó una nueva ley de régimen penitenciario, recién promovida y aprobada entonces por el jurista

progresista Carlos García Valdés.

El crimen conmovió profundamente España. El horror de lo sucedido estremeció asimismo la conciencia europea, que asistía con expectación al curso de los acontecimientos españoles, con la esperanza de que la dictadura franquista, aún poderosa pese a la muerte del dictador en noviembre de 1975, diera paso a una democracia y a un sistema de libertades homologable con los de los países europeos. Una oleada de manifestaciones y paros de denuncia contra el crimen recorrió numerosas ciudades españolas, señaladamente en Cataluña y el País Vasco, y también europeas, con protestas sobre todo en Italia y Francia.

Donde más daño podían hacer

La extrema derecha española, que desde tiempo atrás mantenía conexiones con la organización fascista italiana Ordine Nuovo y esta también con el espionaje estadounidense, perpetraba así una provocación de enorme alcance. Los asesinatos se centraron sobre el corazón mismo de la clase obrera española, donde más daño podían hacer: las vidas y la integridad física de quienes, desde la abogacía, ejercían con generosidad, entrega y dedicación admirables la defensa letrada de trabajadores y movimientos vecinales prohibidos y perseguidos por el régimen dictatorial franquista. Y ello pese a que Franco había fallecido año medio antes y la Jefatura del Estado la ejercía Juan Carlos de Borbón.

Los jóvenes defensores de la clase obrera, con audacia desenvuelta, comparecían a cumplir su deber ante tribunales aún presididos por jueces pertenecientes a sagas corporativas estrechamente vinculadas al dictador, al que el colectivo judicial en pleno había jurado imperativamente lealtad personal desde el comienzo de su régimen.

Aquel entusiasta ramillete de abogados jóvenes, cuya edad media no rebasaba los treinta años, constituía el valladar más valiente y arriesgado que la clase obrera oponía en primera línea presencial contra las exacciones y los desmanes permanentes del régimen y del aparato económico en el que se sustentaba. Este imponía bajos salarios, subempleo, condiciones laborales deterioradas, ausencia

de libertades en los centros de trabajo y, en definitiva, agresiones sin cuento contra la dignidad y la vida de la clase trabajadora y las clases populares en su conjunto.

La provocación del atentado terrorista contra el despacho de abogados de Atocha estaba encaminada a hacer descarrilar la vigorosa demanda de libertades democráticas, de pluralidad y de amnistía convertida ya en un clamor social, mediante un proceso sociopolítico protagonizado por la clase obrera, organizada sindicalmente en torno a las Comisiones Obreras y políticamente por el PCE.

En las fábricas, las aulas y los barrios de las principales ciudades del país, obreros, estudiantes, mujeres y vecinos, incluso el bajo clero, desplegaban desde años una indómita lucha contra la dictadura. El régimen de Franco asistía histéricamente a su completa deslegitimación social, unida a una legalidad inútil y desfasada que aplicaba torpemente. Su degradación procedía de su discurso fascista liberticida y de la corrupción tolerada e inducida por el régimen, cuya consecuencia más evidente era de la erosión de unas instituciones anquilosadas y obsoletas en las que entre los jóvenes ya casi nadie confiaba. Un capitalismo servil, desprovisto de iniciativa, vivía de las subvenciones estatales, pero, con el declinar del régimen, comenzaba a soltar amarras ante la pujanza de la clase trabajadora organizada y la necesidad empresarial de relacionarse con interlocutores laborales válidos.

La última semana del mes de enero de 1977 se había visto precedida por el asesinato de Arturo Ruiz a manos de matones fascistas de la organización Guerrilleros de Cristo Rey, en una acción criminal ante la pasividad de la Policía Armada, uno de cuyos agentes disparó sin angulación alguna un bote de humo que causó la muerte instantánea de la estudiante Mari Luz Nájera. Asimismo, el 24 de enero se había producido el secuestro del teniente general Emilio Villaescusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, y el 11 de diciembre anterior el del exministro franquista de Justicia, Antonio María Oriol a manos del GRAPO, un grupo armado muy activo de extrema izquierda. ETA proseguía por su parte la lucha armada con numerosos atentados en el País Vasco.

El movimiento obrero madrileño, en las fechas de la matanza, secundaba una huelga del sector transportes, en demanda de condiciones laborales y salariales dignas. El paro había sido convocado por el sindicato clandestino Comisiones Obreras, a la sazón el más activo, potente y representativo de la escena, cuyo

equipo de abogados desde los despachos de Atocha, Españoleto y la calle de la Cruz, ofrecía gratuitamente asesoría y defensa letrada a quienesquiera de entre trabajadores y vecinos las necesitara.

La represión policial contra la actividad reivindicativa se desencadenaba en los centros de trabajo, en las aulas universitarias y en calles de la ciudad, donde era palpable la complicidad policial con la actuación, pistola en mano, de los llamados “grupos incontrolados”; en la práctica, se trataba de organizaciones criminales de extrema derecha, estrechamente vinculadas a las organizaciones fascistas Fuerza Nueva y a Falange Española de las JONS, en sintonía con el aparato policial, aún mayoritariamente franquista. Año y medio después de la muerte del dictador en noviembre de 1975, seguían enseñoreándose violentamente de las calles y de la escena pública a punta de pistola para truncar a tiros y a golpes cualquier atisbo de protesta procedente del mundo laboral, estudiantil o vecinal, que, pese a todo, no se arredraban y proseguían sus luchas pacíficas por la democracia y las libertades. El alto mando policial se hallaba militarizado por Franco desde muchos años antes.

Fue precisamente en este ámbito donde todo indica que se diseñó la matanza de los abogados, encomendada a jefes intermedios del Sindicato Vertical. Pero el diseño criminal obedecía no solo a fines locales, sectoriales, antihuelguísticos, sino que se trataba más bien de una provocación política en toda regla, con propósitos de mucho mayor alcance. En lo inmediato, se orientaba a detener de cuajo el avance de los sindicatos y los partidos clandestinos, así como su consiguiente legalización, de los cuales el aparato de Estado franquista, aún poderoso, recelaba sobremanera. Pero, en el medio y largo plazo, los propósitos de los jefes de los inductores del crimen perseguían eliminar a mano armada el potente empuje antidictatorial de las clases populares hacia la democratización, en clave social y progresista, de la política española.

Contexto geopolítico

Este impulso irrefrenable hacia la democracia avanzada en España se insertaba en un contexto geopolítico en el que los anhelos de libertad del pueblo español chocaban frontalmente con el designio de Washington, embarcado en una fase

decisiva de su Guerra Fría contra la Unión Soviética y las fuerzas progresistas de todo el mundo. Los poderes reales de Estados Unidos no podían tolerar que un proceso democrático como el español fuera protagonizado tan destacadamente por los comunistas, como había sucedido en Portugal, simultáneamente a lo acaecía en Italia, donde la hegemonía laboral, social y cultural pertenecía al PCI.

Según revelaciones ulteriores de Armando López Salinas, miembro del Comité Ejecutivo del PCE, las cloacas del Estado franquista, aleccionadas e intoxicadas por la CIA, atribuían al Partido Comunista una potente organización armada clandestina y durmiente, capaz de dar un golpe de mano y hacerse con el poder. La huelga de los transportes de enero de 1977 sería, según la disparatada fabulación franquista, la punta del iceberg de lo que se proponían acometer entonces la izquierda comunista y el sindicato de clase.

Tiempo atrás, el 20 de diciembre de 1973, aún en vida del dictador, y coincidiendo con el juicio en Madrid a la dirección de Comisiones Obreras en el Proceso 1001, el asesinato del almirante Luis Carrero Blanco, vicepresidente del Gobierno y mano derecha de Franco, realizado por un comando de ETA, había sido ejecutado apenas a ciento cincuenta metros de distancia de la Embajada estadounidense en Madrid. Washington preveía entonces como inminente la muerte de Franco por sus crecientes achaques. En el caso de que Carrero Blanco se hiciera con su sucesión, puesto que era vicepresidente del Gobierno, por verse desprovisto del ascendiente del autócrata, rodeado además de una evidente impopularidad por su seguidismo con el dictador, ese supuesto hubiera polarizado hacia la izquierda realmente potente, encarnada por el PCE y Comisiones Obreras, la hegemonía social y política del proceso hacia la democracia en ciernes en España. Por esa razón, Carrero Blanco, en un esquema de posfranquismo sin Franco, sobraba y chirriaba en los planes de la CIA previstos para España; de acceder al poder el almirante, hubiera consolidado en su contra al sector político y sindical, comunista, más combativo y prestigiado de la escena —el Partido Socialista apenas comparecía en las calles—, por todo lo cual cabe establecer con fundamento la hipótesis según la cual la liquidación a manos de ETA de Carrero habría coincidido con los intereses de quienes se proponían aplicar tales planes. Bonn, que actuaba de vicario político del poder estadounidense en España, preveía dejar a los comunistas y al sindicato de clase en una posición subalterna en la escena política española. Se trataba de dibujar un posfranquismo tímidamente democrático para España, meramente formal y degradado, ya que excluía a las fuerzas políticas y sindicales que, en verdad, lo estaban protagonizando tan audazmente.

La matanza de los abogados de Atocha habría sido presumiblemente ideada o, en todo caso, tolerada o funcional para o por quienes así fabulaban, para provocar tras ella una situación de extrema gravedad que determinara la salida a la superficie de tal supuesto aparato militar clandestino comunista. Una vez perpetrada la matanza de los abogados, en un lugar tan sensible para los comunistas como el corazón mismo de la clase trabajadora, de haber aflorado el supuesto aparato militar en respuesta al criminal desafío estaba previsto que fuera inmediatamente eliminado con la previsible intervención del Ejército, yugulando así el proceso democrático en su origen, truncando además la legalización de sindicatos y partidos de izquierda. De tal manera se perpetuaría en clave monárquica franquista, con tan solo algunos retoques formalmente democráticos, la continuidad del régimen instaurado a sangre y fuego cuarenta años antes por el dictador. Franco, que rompió la cadena de sucesión monárquica al desplazar de la Corona a Juan de Borbón Battenberg, padre de Juan Carlos I, había diseñado una sucesión a su medida, con los principios del Movimiento Nacional como marco inapelable, en vez de una Constitución democrática con separación efectiva de poderes, sistema de libertades y una amnistía exigidas por el pueblo. Pero la lucha de masas abortó aquellos planes.

La verdad era, en realidad, otra. El PCE contaba con un servicio de protección y de orden con músculo propio, una suerte de aparato defensivo mantenido muy discretamente “para evitar lo que había sucedido en Francia durante el Mayo francés de 1968”, según revelara Armando López Salinas, corresponsable del PCE en el interior durante aquellos y posteriores días; tal aparato estaba destinado a impedir, con algunos centenares de militantes, que un golpe fascista decapitara súbitamente a la clase obrera y se llevara por delante a los dirigentes y cuadros de las organizaciones antifranquistas que habían luchado por la democracia y contra el régimen. Se trataba pues de un organismo de autodefensa circunscrito y limitado, de una organización defensiva con una dirección propia, tan solo con acceso a armas cortas, capaz únicamente de garantizar la seguridad de las personas y organismos mencionados. Ni más ni menos. ¿En qué cabeza sensata cabía pensar que apenas unas decenas de hombres, simplemente con armas cortas, fueran capaces de protagonizar, militarmente, un golpe de Estado en España, con un territorio de medio millón de kilómetros cuadrados y unas Fuerzas Armadas y una Policía estatales, troqueladas ideológicamente hasta entonces por cuarenta años de franquismo, más una poderosa Guardia Civil desplegada y fuertemente asentada en las áreas rurales? Además, España pertenecía a la esfera de influencia de Estados Unidos, cuestión que los dirigentes de la Unión Soviética tenían muy clara desde el fin de la Segunda

Guerra Mundial. No existía, pues, el mínimo apoyo de Moscú a una ilusoria aventura semejante. Washington, sobre todo, contaba con tres importantes bases militares en Zaragoza, Torrejón y Rota, diagonal que atravesaba estratégicamente la península, y su VI Flota se enseñoreaba por el Mediterráneo y el estrecho de Gibraltar.

Es preciso, además, recordar que el PCE había protagonizado, ya desde 1956, veinte años atrás, una política de reconciliación nacional que aplicaba desde entonces, en la que renunciaba expresamente a la violencia en la arena política. Ello le había granjeado un prestigio social evidente y el liderazgo comunista se atenía cabalmente toda su conducta política a aquel principio reconciliador. Por otra parte, la organización comunista dentro del Ejército, formada por pequeñas células de soldados de reemplazo y por algunos suboficiales y oficiales en plena clandestinidad, era independiente del citado servicio de autodefensa y tenía un carácter poco más que presencial.

Sin embargo, con la mixtificación, manipulación y exageración premeditadas sobre el servicio de autodefensa, los mandos franquistas, presumiblemente a instancias de la antena del espionaje estadounidense en Madrid, pero, en todo caso, con un proyecto en sintonía funcional con los intereses de Washington, propalaron intramuros del régimen de transición la patraña de que el PCE preparaba una ofensiva armada contra el Estado. Pese a que el presidente Adolfo Suárez, tímida y pragmáticamente, comenzaba a sintonizar con las aspiraciones democráticas populares, los instigadores de la matanza de los abogados de Atocha se impusieron sobre el Gobierno y plantearon la disyuntiva siguiente: si tras los asesinatos de Atocha, el PCE sacaba a la calle su aparato militar, la sinceridad democrática comunista se revelaría totalmente falsa y los hechos darían la razón a los mentores del aparato de Estado franquista; si no, el franquismo se habría limitado a alertar de un riesgo, pero se cuidaba bien de callar que no perdería nada y, con tal demostración de fuerza criminal, resultaría fortalecido y con mayor poder de amenaza contra el propio presidente Adolfo Suárez.

La inacción ante el descontrol de la extrema derecha parapolicial durante aquellas fechas por parte del Ministerio del Interior, al frente del cual figuraba el ministro falangista, posteriormente integrado en la Unión de Centro Democrático, Rodolfo Martín Villa, ha merecido en la actualidad la atención de la jurisdicción internacional, ante la cual ha sido denunciado.

Pese a la trama urdida con la evidente pasividad policial, la provocación contra el proceso democrático no surtió efecto a pesar de la supervisión, si no la inducción, de sus poderosos padrinos. El PCE y Comisiones Obreras, el pueblo de Madrid en su conjunto, la clase trabajadora, los movimientos vecinales, los sindicatos y los partidos clandestinos UGT, PSOE, PCML-FRAP, PT, ORT, LCR, MCE, CNT, así como los sectores progresistas de la burguesía mostraron una línea conjunta de reflexión política y se acordó tácitamente no responder con violencia de ningún tipo a la magnitud de la provocación.

A partir de entonces, y paulatinamente, el aparato franquista se depreció con su propia hipocresía y comenzó un gradual declive que le apartaría poco a poco, con reapariciones súbitas, de la primera línea de la política. Quedó convertido en una fuerza residual, desprovista ya de la hegemonía política de la que había gozado hasta entonces. Aquella actitud de responsable silencio durante el entierro de los abogados de Atocha, impulsada por el PCE y CC OO, determinaría la inexorabilidad de la legalización del PCE el 9 de abril, Sábado Santo, de aquel mismo año y de los partidos a su izquierda, así como la de los sindicatos, hasta entonces en clandestinidad.

Comoquiera que el presidente Adolfo Suárez, ante la evidencia de la fortaleza del empuje democrático que ascendía desde la calle, los tajos y las universidades, optara por legalizar partidos y sindicatos de izquierda, los mismos poderes que urdieron la matanza de los abogados de Atocha comenzaron a planear la destrucción política del presidente centrista. Tras una fronda orientada a desgastarle políticamente entre las alas democristiana y socialdemócrata del partido de Suárez, la UCD, aquel proceso de erosión culminaría junto con el intento de golpe de Estado del coronel Antonio Tejero y los generales Alfonso Armada y Jaime Milans del Bosch, en febrero de 1981. El golpe surgía apenas un mes después de la toma de posesión de la presidencia de Estados Unidos de Ronald Reagan y, con certeza, con su venia. Alexander Haig, secretario de Estado norteamericano, al ser preguntado sobre el golpe de Estado en España, respondió, escuetamente: “Se trata de un asunto interno”.

La memoria democrática de España tiene en los caídos en la matanza de Atocha uno de sus más queridos y entrañables emblemas. Un monumento en la plaza de Antón Martín, obra de Juan Genovés, erigido en 2003 y promovido por la Fundación Abogados de Atocha, evoca la memoria de aquellos jóvenes soñadores que concibieron una España democrática y en paz que las balas asesinas les impidieron vislumbrar, pero que, con su esfuerzo, tanto

contribuyeron a conseguir. Evocando al poeta y dramaturgo William Shakespeare, los valientes letrados asesinados en el despacho de Atocha merecen recibir su conmovido verso: “No logrará la muerte jactarse de ensombrecer vuestro recuerdo, porque perviviréis en versos inmortales”.

La matanza de los abogados de Atocha fue un atentado perpetrado la noche del 24 de enero de 1977 por un grupo de pistoleros de extrema derecha. Los terroristas abrieron fuego en el interior de un despacho en la calle Atocha de Madrid y acabaron con la vida de cinco abogados laboralistas de CC OO y del Partido Comunista, dejando además heridas a cuatro personas. Esta masacre convulsionó el inicio de la democracia.

Fundido a negro

Jesús Montero

I

Navacerrada nevada. No ha sido la primera, pero con la nieve de noviembre un esponjoso manto blanco cubre el cordal montañoso sobre el que destaca el alto de las Guarramillas, de 2.258 metros de altura, como si de una bola de helado de nata se tratase. "Bola del Mundo" llaman a esta cresta. El repetidor de televisión, allí levantado, parece una galleta insertada en la bola; y la montaña, un cucurucho invertido. Frente al blanco, blanquísimo, de la nieve en cumbres y laderas destacan las partes pintadas de rojo del radomo que protege del inhóspito clima a las tres antenas situadas en la cima, que parecen cohetes de una imaginaria estación espacial. La construcción en la cuerda larga de la sierra de Guadarrama del repetidor de radio y televisión a finales de los años cincuenta del siglo pasado revolucionó la distribución de la señal por su largo alcance, sin estaciones intermedias. En aquellos años llegó antes la televisión que el asfaltado de las calles de los barrios hechos de cemento y habitados de esperanza en "la España de charanga y pandereta", y a partir de 1959, retransmitida en blanco y negro.

A la instalación de comunicaciones se dirigía el equipo de relevo del personal a cargo de aquella extensión audiovisual en Navacerrada desde la que se retransmitían las señales de TVE y RNE. Hacía un día soleado, con el aire frío, serrano, pero agradable por refrescante al contacto en las alturas con los cálidos rayos del sol. En la máquina-oruga subían los operarios desde el puerto por la pista de hormigón, dejando la huella articulada del mecanismo de rodaje en la nieve no cuajada, y bien abrigados con la ropa de trabajo asignada en el convenio colectivo, no como aquellos primeros años del repetidor de Navacerrada, inaugurado en pleno franquismo sin derechos laborales ni

libertades civiles. En aquel entonces no se había inventado el Gore-Tex, y pieles impermeables trataban de proteger algo del frío y la humedad a esa altitud, donde cada equipo de trabajo hacía jornadas continuas de cinco días hasta el relevo por un nuevo equipo, y descansaban los quince días siguientes. Luego los turnos se redujeron a tres días de trabajo y nueve de descanso.

Como los antiguos fareros de la mar, el personal de Navacerrada mantenía a punto los equipos y revisaba las conexiones para que todo funcionase correctamente, asegurando así que llegase la onda radiofónica a los transistores y que los televisores recibiesen la luz catódica. El matrimonio de guardeses de la instalación había preparado unos cafés y unas galletas en la sala comedor para acompañar la conversación de los dos equipos antes del relevo.

***

En Madrid aquellos días otoñales, con las cumbres nevadas, el aire fresco llegaba a las calles más abiertas a la sierra, especialmente el corredor paralelo al río Manzanares que entra por la Ciudad Universitaria, avanza al socaire de la Casa de Campo y sopla en los barrios del suroeste de la capital. Así sintió Carmen el aire en su rostro, al salir del metro en el campus de la Complutense, y también el abrazo caluroso de los rayos del sol entre la paleta de colores de las hojas caducas, que aún resisten en las ramas de los árboles, aquella mañana de 1988, de camino a la facultad de Ciencias de la Información donde estudiaba segundo de Periodismo, mientras en su cabeza resonaba el eco de las palabras de su padre, la noche anterior en la cena familiar.

“Como sabéis, andábamos con problemas en la fábrica. Antes de ayer el Comité de Empresa nos informó de que la propiedad ha tomado la decisión de cerrar el próximo 31 de diciembre”, lo dijo de un tirón, pero al acabar tomó el vaso de vino con casera como para tomar un trago, pero en realidad para tapar con su mano gruesa y grande la lágrima que estaba a punto de desbordarse. “Pero, algo se podrá hacer, ¿no?”, inquirió Pablo, su hijo pequeño. “Claro, claro”, respondió rápido el padre, tras pasar el (mal) trago. “Y tú no te preocupes, porque como has sido muy bueno en el cole y en casa, seguro que los Reyes Magos te traen tus regalos estas Navidades —medió la madre—. El que lo mismo no viene es Papá

Noel, porque ha nevado mucho donde vive e igual no puede salir con los renos". Todos rieron la broma de la madre porque todos, también Pablo, sabían que este año se acababa la prórroga que tenía, a punto de cumplir diez años, con la magia de los regalos navideños.

"Mañana buscaré trabajo", soltó Carmen, que hasta entonces había permanecido en silencio. "No, hija; no abandones los estudios", le interrumpió su padre, tan orgulloso como estaba de que su hija fuera la primera de la familia en ir a la universidad. No como él y sus hermanos que, por necesidad antes que vocación, flirtearon más con la calle que con el aula, y comenzaron a trabajar desde muy jóvenes, primero como aprendices, becarios o meritorios, para labrarse con el paso de los años una carrera laboral como oficiales. Él de fresador en la fábrica de ascensores Boetticher-Navarro, y sus hermanos uno en la banca y otro como jefe de ventas en una conocida multinacional de refrescos.

"No voy a dejar los estudios. Trabajaré los fines de semana o media jornada como dependienta o camarera y así me pagaré mis gastos y algo podré ayudar", respondió rápida Carmen, con la seguridad de quien ha tomado una decisión irrevocable. "¡No nos pongamos en lo peor!", exclamó la madre mientras recogía los platos de la cena: "Seguro que lo de la fábrica se arregla. No es la primera vez que amenazan con cerrarla, y, al final, siempre se echan atrás ante la determinación de los sindicatos y el apoyo de la plantilla. Acuérdate de las huelgas de 1976, cuando pedisteis una subida salarial por la carestía de la vida, o aquellas que hicisteis en solidaridad con otras fábricas en lucha. Tú, Carmen, eras pequeña, pero de mi mano participaste en la primera manifestación que hicimos los familiares para apoyar la huelga cuando el primer convenio del metal. El que aún no había nacido es uno que...". No había acabado la frase amenazante y Pablo ya estaba en pie y con un par de vasos en la mano. Muchas cosas aprendería Pablo estos días de otoño, en los que daría un estirón. Todos crecieron en la familia de Carmen. Y no solo su familia.

La ráfaga fría del viento procedente de las montañas sacudió su rostro y deshizo el recuerdo de la cena familiar. Sus ojos, entonces, contemplaron el menguante mosaico de color de las hojas de los árboles del campus de "la universitaria": el verde perenne, el naranja que anuncia la pronta caída, el amarillo testigo del verde que fue, el rojo que brilla casi como una luciérnaga vegetal en lo alto, y hasta el ocre, casi arcilloso, que pulula a medida que se acortan las horas de luz en el otoño y caducan hojas, antes de caer suavemente también ellas, las últimas, las hojas ocre, sobre el suelo para convertirse en manto y nutriente del árbol que

coronaron hasta entonces. Esta variedad de luz la iluminó, dando paz a su pensar, hasta verse interrumpida por su amiga Berta.

***

—Vamos a la asamblea, guapa, que la clase de Historia del Periodismo puede esperar —le susurró Berta mientras la cogía por el brazo.

—Estoy yo como para asambleas —respondió Carmen a modo de saludo.

—No me digas que no te dejan subir de acampada el próximo fin de semana.

—No, qué va. Ya sabes que mis padres son muy abiertos. Es que a mi padre lo van a despedir. Quieren cerrar la fábrica.

—¡Joder! ¡Qué cabrones! —Y mirándola fijamente a los ojos, con los brazos extendidos y cogidas de las manos, añadió—: Pues con más motivo hay que ir a la asamblea. Además, estarán los cortaos de Quique y Bruno, que ya sabes que si hace dos cursos no se perdieron una asamblea o manifa en el instituto, cuando la huelga de estudiantes contra la selectividad, ahora que militan en La Juve y Quique es delegado de clase, seguro que están en primera fila. Sus últimas palabras, acompañadas de un guiño cómplice, lograron arrebatar una carcajada a su amiga del alma, al mencionar a los dos chicos por los que bebían los vientos desde ese último verano, cuando coincidieron en los conciertos de la Fiesta del PCE.

—¡Vamos, mujer! Anda, vamos a la asamblea. —Tirando de Carmen, esta se dejó llevar, aunque con dudas—. ¿Para qué? En las asambleas, mucho chau, chau y poco niqui niqui. Además, quiero aprovechar para imprimir copias del currículum. Voy a ver si me cogen en alguna cafetería o tienda, para ayudar en casa.

—Pues para qué va a ser, mujer; para empezar para ver a Quique y Bruno; y no seas agorera, que luego bien que te implicas haciendo pancartas, y esta asamblea tiene muy buena pinta. Es para informar de la huelga convocada por los sindicatos al “morritos González” por su plan de contratar jóvenes por cuatro

perras. Hagamos un trato. Tú vienes a la asamblea y luego te acompaño yo a dejar el currículum; por cierto, que Julia, mi vecina del portal, ha entrado en VIPS y me ha dicho que andan buscando gente joven por horas.

—Venga, pues, vamos, pesada, que eres una pesada —le respondió Carmen entre risas a su mejor amiga.

—¡Esa es mi Carmen!

Y las dos echaron a correr para ver quién entraba antes en la facultad.

II

El vestíbulo de Ciencias de la Información de la Complu estaba a rebosar después de que Comisiones Obreras y la Unión General de Trabajadores anunciaran un paro general de veinticuatro horas para el 14 de diciembre al que se sumaron todos los sindicatos de clase, también aquellos de orientación nacionalista en Euskadi y Galicia. La gente estaba diseminada en pequeños corrillos: docentes, funcionarios, laborales o estudiantes… y algunos ojeaban el escaparate de la librería, próxima al salón de actos. El murmullo de las conversaciones iba convirtiéndose en un bullicio que llamaba la atención de quienes, apoyados en las barandillas de cada piso, observaban el hormigueo del hall. Los sindicatos habían instalado una mesa con folletos informativos y material de propaganda. La recién creada Plataforma Juvenil por el Empleo, que reunía un archipiélago de organizaciones juveniles políticas, sindicales, estudiantiles, recreativas y de tiempo libre, también había colocado un puesto informativo con octavillas, pegatinas y otros materiales. La decoración habitual de los antiguos murales y las viejas pintadas (“Obrero despedido, patrón colgado”) se había renovado con los carteles sindicales llamando al paro general el 14D y con las creativas pancartas de las asociaciones estudiantiles: “Acude a la asamblea hoy, mañana será tarde”, “Igual trabajo, igual salario”, “Al plan, plantón”…

Mientras se esperaba a los principales oradores de la asamblea —venían dirigentes sindicales estatales—, los más puntuales a la convocatoria fueron

entrando y ocupando sus asientos. Los últimos en llegar tuvieron que acomodarse en los pasillos laterales y al fondo del salón. No cabía un alma más. Fuera aún quedó gente. El ambiente era de ilusión. A cada poco alguien soltaba una consigna y los asistentes la coreaban: “Esta huelga la vamos a ganar”, “Así, así, contra el plan de empleo, ni un paso atrás”, “Viva la lucha… de la clase obrera”... Había ganas de doblarle el pulso al Gobierno de Felipe González tras la deriva de sus políticas. Los más politizados aún guardaban la espina de la derrota en 1986 del referéndum de la OTAN. Aquellos más sindicalistas tenían muy reciente la memoria de las luchas contra la mal llamada reconversión industrial. El romanticismo combativo flotaba en el ambiente y prendía en los corazones de los estudiantes.

Por fin, en nombre de la Junta de Funcionarios y del Comité de Empresa de la universidad, tomó la palabra el profesor Sagüés, que resumió los motivos de la huelga: la retirada del Plan de Empleo Juvenil, la creación de más y mejor empleo, la mejora de las pensiones y de la cobertura a los parados, la negociación colectiva de los empleados públicos, la revisión salarial de los colectivos dependientes de los PGE, como viudas y huérfanos. A cada reivindicación explicada, la asamblea respondía con una salva de aplausos y alguna nueva consigna repetida con entusiasmo.

El profesor Sagüés, con gesto cariñoso, cedió el micrófono a Paco, que hablaba en nombre de la Plataforma Juvenil por el Empleo. Con la profunda convicción de la alegre rebeldía, el representante juvenil fue desgranando la crítica al proyecto gubernamental: “El contrato propuesto es un plan de explotación juvenil porque su salario, si no logramos su retirada, será por debajo del salario mínimo interprofesional, y las cotizaciones le saldrán gratis a la patronal. Calculamos que cada empresario se podrá embolsar 100.000 pesetas por cada contrato de un joven. No les preocupa el paro juvenil. Lo que quieren es usarnos frente a nuestros padres. Ya hay catorce modelos de contrato temporal, ¿para qué esta nueva modalidad?, ¿por qué este subcontrato?”. Dejó en el aire la respuesta. La asamblea comenzó a gritar: “Obreros y estudiantes unidos adelante”.

Los aplausos encendidos y las consignas voceadas impidieron seguir en el uso de la palabra. Paco, disciplinado telonero, cesó su parlamento y dio paso al dirigente de la UGT. Su voz sindicalista, cultivada durante años en luchas y negociaciones, algo cascada por los cigarrillos pero vibrante, defendía la fuerza serena de la movilización pacífica de la clase obrera en el ejercicio de derechos constitucionales como reunión, manifestación y huelga; y denunciaba la

criminalización de esta y la hostilidad contra los sindicatos por parte del Gobierno. “El día 14 los trabajadores de este país van a parar de manera masiva. Será una jornada pacífica y de defensa responsable de nuestras reivindicaciones... Es un error que el Gobierno y el Partido Socialista se estén moviendo para atemorizar a la sociedad ante la convocatoria del paro. Y esto último lo digo con dolor, pero también, con profunda coherencia, precisamente porque soy ugetista a fuer de socialista”. Un espontáneo se arrancó: “Bien dicho, compañero”, y los asistentes explotaron en risas y aplausos.

A continuación intervino el dirigente sindical de CC OO, quien comenzó recordando sus años de estudiante: “En este campus aprendí algo más que econometría”, dijo a modo de saludo, y la asamblea se vino arriba. Algunos docentes se sonreían o se daban codazos, recordando aquellas carreras delante de los caballos de los grises uniformados, cuando muchos de ellos eran estudiantes o penenes. “El 14 de diciembre va a ser la movilización más importante de toda la transición, algo que para un Gobierno debería ser suficiente para cambiar de actitud. Y van a terminar escuchando, ¿sabéis por qué? —se preguntó retóricamente—. Porque esta movilización es fruto de la unidad sindical y, unidos los sindicatos, la fuerza de los trabajadores se multiplica. Si hasta los futbolistas, con el Buitre, Michel y el Lobo Carrasco a la cabeza, van a parar el 14D, compañeros y compañeras, cómo no vamos a ganar este partido, esta huelga”. La asamblea explotó.

Con el último arreón, la gente puesta en pie dando palmas, coreando consignas y algunos ya cogiendo sus abrigos, desde la mesa vieron que era innecesario abrir el previsto turno de micrófono abierto. Estaba todo dicho y todos estaban convencidos.

El salón se fue vaciando. Los dirigentes sindicales avanzaban de prisa hacia la salida porque tenían otra asamblea en una hora con la plantilla de RTVE en Prado del Rey.

—¡Qué emocionante, chica! —le dijo Berta a Carmen, que comenzaba a coger su mochila.

—Sí, la verdad es que ha estado muy chulo. ¡Joder con los dirigentes sindicales, qué clarito lo tienen! Había oído lo del contrato de inserción, pero ni pajolera idea de lo que hay detrás de la puerta que abre al despido de la gente mayor —añadió Carmen.

—Mira, Quique está subiendo al estrado y Bruno, de pie en la primera fila, nos está haciendo gestos con la mano.

—Sí, guapa, pero yo no me quedo más, que quiero hacer las copias del currículum y empezar a moverme.

—Claro, claro, déjame que baje a despedirme de Bruno y te acompaño; lo pactado, pactado está.

— Vale, te espero fuera —dijo Carmen, saliendo de la fila de butacas.

III

“Necesito el trabajo para ahorrar a mis padres el gasto de los estudios universitarios”, dijo Carmen en su entrevista de trabajo, consciente de que eso siempre impresiona a los empleadores; cuando alguien estudia y trabaja es señal de entrega, de que tiene correa para el trabajo; vamos, que está necesitado y por tanto será más maleable a los dictados de la empresa. También mintió, bueno, actuó, interpretando el papel de “empleada del mes”, cuando les dijo que poder trabajar en una compañía como VIPS, con su reputación y las posibilidades de promoción que ofrecía la empresa si se esforzaba, le parecía una oportunidad inmejorable. Además, y esto sí era cierto, para poder continuar sus estudios necesitaba antes que una jornada completa, un contrato temporal, de unas horas al día o los fines de semana. Tras escucharla, el entrevistador que llevaba la voz cantante dijo: “Bueno, pues nos gusta tu actitud. Podemos ofrecerte un puesto en nuestro establecimiento de la calle Francisco Silvela; sería un contrato de cuatro horas, de las nueve de la noche a la una de la madrugada, de lunes a viernes. Si estás de acuerdo, te preparamos el contrato para la firma y luego vas al almacén, al fondo del pasillo, para que te den el uniforme. Empiezas mañana, 1 de diciembre”. “Vaya”, pensó Carmen por un instante y, sin dudarlo, aceptó la oferta. Serían unas buenas pesetas, aunque el horario no le hacía mucha gracia. “Es lo que hay”, se dijo.

Se le había hecho tarde y decidió ir a comer a casa. Ya pasaría por la facultad más tarde para coger los apuntes del día. Además habían quedado allí para hacer

las pancartas que llevarían a la marcha juvenil. Vaya casualidad, menos mal que la mani era por la mañana y ella comenzaba a trabajar a las nueve de la noche; podría hacer las dos cosas, pensaba al bajarse del autobús. Antes de ir a casa, pasó por el taller de su amigo Mariano, a quien no trataba mucho, pero ambos se alegraban siempre de encontrarse. Mariano había abandonado los estudios muy pronto y, tras dos años de formación profesional, empezó a trabajar en un taller metalúrgico del barrio. Después había montado su propio pequeño taller de troquelado y serigrafía.

Carmen había propuesto a sus compañeros que vendría bien tener unas plantillas para hacer pintadas con el lema "Al plan, plantón. 14D" en tres filas. Con ellas irían más rápido, evitarían perder el pulso con los centenares de pintadas que pensaban hacer en todas las facultades y la caligrafía sería mejor que la habitual. Quería preguntarle a Mariano si él podría hacerles una treintena de planchas, ligeras y a la vez resistentes, que les sirvieran para hacer las pintadas. Cuando le contó su idea, Mariano se entusiasmó. Era rojillo a su manera, muy del barrio, y si se lo pedía su primera novia, cómo negarse. "En una tarde, según me traigas el texto, las tienes. Proyecto lo que queréis poner y con la troqueladora vacío las letras". Carmen, resuelta, sacó de la mochila una hoja con la frase y se la entregó.

Llegó muy contenta a casa a la hora de la comida. Tenía curro y Mariano le haría las plantillas. Su madre se lo notó en el brillo de los ojos y la sonrisa en los labios. Durante la comida le contó a su madre y a su hermano pequeño que había encontrado trabajo. "¿Estás segura?", le preguntó su madre, también preocupada por la hora de salida del trabajo. "Sí, sí, mamá; no te preocupes, el búho pasa por el trabajo y me deja aquí al lado, donde el mercado". Tenía ganas de llegar a la facu para contar a Berta que había encontrado curro y para comunicar al grupo de la asamblea que había conseguido las plantillas para las pintadas. Mañana o pasado podrían recogerlas y distribuirlas por cada facultad, y si alguno se las quería llevar a sus barrios, miel sobre hojuelas. Cuanto más territorio agitado, mejor para el éxito del 14D; aunque antes tenían, ellos y ellas, jóvenes y estudiantes, que pasar al día siguiente la "prueba del nueve", logrando una gigantesca manifestación como ensayo general de la huelga por venir.

La cita era a las doce de la mañana en la plaza de Legazpi. Desde muy temprano se veían por los alrededores cuadrillas de jóvenes que habían llegado en autobús y hasta en tren desde sus lugares de origen. Los de Madrid no tuvieron que madrugar ni trasnochar, o al menos no por causa del transporte, y, de hecho,

también había jóvenes y estudiantes madrileños deambulando por la plaza.

Cada organización se fue colocando según un orden más o menos pactado, porque al principio hubo un poco de caos hasta que se conformó la cabecera principal con los dirigentes juveniles de las veinticinco organizaciones de la plataforma y los máximos dirigentes de CC OO y UGT, Antonio Gutiérrez y Nicolás Redondo. Apretujados, sostenían la pancarta donde estaba escrito: “No al plan de empleo juvenil. Tenemos otro plan”. Detrás de la cabecera, un pelotón de personalidades, como Marcelino Camacho, Julio Anguita y Gerardo Iglesias, sonrientes al mirar para atrás y divisar un reguero de miles de jóvenes universitarios, parados, bachilleres y estudiantes de formación profesional.

Cuando comenzó a estirarse la manifestación, al irse alineando los distintos cortejos de las organizaciones juveniles con sus pancartas y banderas, la variedad de colores de la protesta se hizo más evidente. Junto a los dibujos pintados en la tela de las pancartas sobresalían las banderas rojas, algunas rojinegras, y hasta una negra, tipo anarcopirata, rodeada de un mar de banderas asturianas, gallegas, cántabras, vascas, catalanas, aragonesas, valencianas, castellanas, riojanas, murcianas, extremeñas, andaluzas y hasta un par de solitarias banderas canaria y mallorquina, probablemente de unos amigos isleños universitarios en Madrid. El orden establecido pronto se rompió al sumarse jóvenes sin afiliación que acudieron a la convocatoria desde los institutos, las universidades y los barrios de Madrid. El paseo de las Delicias, la rectilínea calle en cuesta de dos kilómetros y medio hasta Atocha, se fue llenando de miles de jóvenes, algunos con sus propias artesanales pancartas (“El plan es un ful; y Felipe, un nota”). En las aceras, los adultos y los mayores que los veían manifestarse aplaudían o animaban: “Muy bien, chavales; luchad, que el futuro es vuestro”.

La calle era una fiesta. Banderas al viento, silbatos y bocinas sonando, hasta algún petardo traído por asturianos o valencianos que explotaba en el asfalto con gran alborozo de los manifestantes. Había todo tipo de pancartas. A lo largo de la manifestación se sucedían las consignas juveniles: “Felipe, Felipito, el plan para el principito”; “Es un cachondeo este plan de empleo”; “El dinero del misil para empleo juvenil”; “Con este Plan ni futuro ni un duro”...

Cuando los miles de jóvenes manifestantes llegaron a la plaza de Atocha, Pilar, en un pequeño escenario, comenzó a leer el manifiesto: “Los jóvenes somos, en todos los sentidos, ciudadanos de segunda clase. Empresarios y Gobierno

desprecian nuestra dignidad e inteligencia, y nos suponen dispuestos a someternos a las más humillantes propuestas, como el mal llamado Plan de Empleo Juvenil, condenándonos a la sobreexplotación y la marginación, a tragar con eso de que mejor un trabajo sin derechos que no trabajar". Los aplausos de los manifestantes arreciaron con consignas contra el Gobierno. Al terminar de leer Pilar, desde megafonía se avisó de que la manifestación había concluido.

Los del servicio de orden estaban preocupados porque grupitos de jóvenes encapuchados que decían ser de Frente Atlético y de Ultrasur, por un instante aliados, trataban de colocarse detrás del escenario y frente al imponente despliegue policial de unos mil agentes procedentes de siete compañías de reserva, los llamados "antidisturbios", una sección de caballería y otra de motoristas. Diez minutos después de que se diera por finalizada la manifestación, comenzó el lanzamiento de latas y litronas vacías, así como alguna valla del recinto del escenario que algún forzudo tiró contra el cordón policial. La inmensa mayoría de las decenas de miles de jóvenes manifestantes comenzó a disolverse, con más rapidez de la que hubieran querido, pero la cosa se estaba poniendo peligrosa. Cuando la policía comenzó a cargar con botes de humo y pelotas de goma, el hormiguero manifestante se disipó a la velocidad de la luz. Por un momento, Carmen y Quique se perdieron de Berta, Bruno y el resto de compañeros de la facultad, cuando echaron a correr al oír los fogonazos de la policía. Luego vieron que habían pasado al otro lado de la Ronda de Valencia y, cogidos de la mano para no quedar aislados, dieron un rodeo porque habían quedado en tomarse algo por Lavapiés. Eran las dos y media de la tarde del 1 de diciembre; el cielo de Madrid estaba encapotado y amenazaba lluvia.

IV

El tictac de la huelga general convocada se aproximaba a su final. Veinticuatro horas faltaban, ese martes y 13, para el inicio de la huelga. El Consejo de Ministros del viernes anterior había acordado establecer unilateralmente los servicios mínimos en todas las empresas y organismos que el Gobierno consideraba esenciales, o sea, todas las actividades de un día laboral. Para los sindicatos solo eran esenciales la salud y la seguridad, y desde luego consideraban abusivos los servicios mínimos impuestos para la Administración.

Se mantenían conversaciones telefónicas de última hora, y encuentros informales, pero no se alcanzaban acuerdos, al menos en Radio Televisión Española, porque finalmente sí se había logrado en las últimas cuarenta y ocho horas pactar con los sindicatos los servicios mínimos en Telefónica o el metro. Parecía que la huelga se libraría en los polígonos industriales y en las ondas, a ras de suelo y “en el aire”.

El ambiente en los despachos directivos era de calma chicha, de inquieta espera. El clima en los sindicatos era de determinación y organización; fábrica a fábrica, territorio a territorio, las uniones, las federaciones, las secciones sindicales y los comités de empresa no paraban de planificar y realizar actividades para comunicar la huelga al mayor número posible de trabajadores y trabajadoras.

El Gobierno y el PSOE habían ido subiendo el tono con pronunciamientos contra la huelga y los sindicatos, con declaraciones avivando el temor a la violencia en la población mediante el fantasma de la “huelga revolucionaria”. Esta estrategia fue revertida por los sindicatos, que, con inteligencia llamaron a la huelga “paro general”; evitando en la cartelería la mítica palabra, pero no así en las asambleas, donde todos la empleaban y el grito más coreado, lógicamente, era: “¡Huelga, huelga, huelga!”.

El ambiente estaba cargado, y no precisamente por el humo de los cigarrillos, en Torrespaña; también en Prado del Rey, donde estaba ubicada la Casa de la Radio, que a diferencia de la televisión tenía programación continua las veinticuatro horas. Y no solo en Madrid; muy parecido era también lo que se respiraba en cada centro territorial y en los nodos de la red de transmisiones, como la estación del repetidor de Navacerrada. La tensión se notaba en todos los rincones. Daba lo mismo que fuera al encontrarse junto a las máquinas de café y refrescos o en los propios pasillos al cruzarse, que uno estuviera en los estudios de grabación o en el local del Comité de Empresa, los mandos intermedios preguntaban a los equipos si pensaban hacer huelga; “ya veremos”, respondían los interrogados, para no dar pistas al pregonero y porque no estaban obligados a comunicarlo.

En las plantas del equipo directivo, a medida que avanzaban las horas del 13 de diciembre, se respiraba un clima raro. Había una mezcla de prepotencia y falta de planificación alimentada por su convencimiento de que era imposible que los huelguistas pudieran cortar la emisión en la radio y la televisión; ni se les pasaba por la imaginación que fueran a hacerlo, que se atrevieran. Algunos directivos, sin embargo, albergaban una íntima duda sobre qué serían capaces de hacer los

sindicatos. Los ánimos estaban caldeados, y estaba el precedente de la huelga contra la reforma de las pensiones en 1985, cuando se logró retrasar casi una hora el comienzo de la emisión de la primera cadena de TVE.

El Comité de Huelga de RTVE acumulaba horas de reunión, ora con la plantilla, ora con los directivos; además de las propias reuniones de sus componentes para preparar un plan de acción sindical para diseñar la negociación con la dirección de los servicios mínimos aceptables. Las asambleas en los distintos centros territoriales habían sido unánimes en secundar el paro. Ese clima, ese ambiente de lucha, es fuerza para la dirección sindical en su representación frente a la empresa. También es responsabilidad porque no hay que sobrestimar las propias fuerzas y hay que prevenir las maniobras de la gerencia. De esto eran muy conscientes en el avezado comité.

La estrategia sindical estaba clara: negociar los servicios mínimos, sin aceptar trágalas, y parar RTVE por la obra colectiva de cesar la actividad, de hacer huelga. La última reunión de negociación por la tarde, como se preveía, fue fatal. Sin acuerdo posible, los del comité se dirigieron al Estudio 4, donde se habían ido congregando más de cuatrocientos trabajadores y trabajadoras, para informar del fracaso de la negociación y hacer la arenga final. Jaime, el presidente del Comité de Huelga y líder de CC OO desde los tiempos de los Jurados de Empresa en el franquismo, cogió el megáfono decorado con las pegatinas de la huelga (“Juntos podemos”) y restos de viejas pegatinas de anteriores luchas:

Compañeras y compañeros, dentro de una hora, veinte millones de personas estarán pendientes de qué pasa en la tele, y lo que vaya a suceder depende de nosotros, no de los miles de trabajadores de RTVE ni de los miles de TVE, sino de los que estamos aquí ahora mismo. Esta asamblea es el nervio de la huelga de RTVE, el ariete. Ya no caben dudas. Nuestra determinación es total para animar a los compañeros y las compañeras que desempeñan puestos de trabajo estratégicos a que los abandonen y se unan a los demás a las doce en punto. A estas horas ya sabemos que los trabajadores de la prensa, que han adelantado veinticuatro horas la huelga, no han hecho los periódicos de mañana. Si mañana abre algún kiosco, no estará en él ni el ABC ni el Ya ni El País ni Diario 16 ni La Vanguardia ni El Periódico de Cataluña ni Marca ni As ni Sport ni Mundo Deportivo ni tampoco un centenar de los ciento veinte periódicos regionales y provinciales. La huelga en prensa está siendo casi total, y ahora nos toca a

nosotros dar la talla, y cuando a las doce en punto gritemos ¡¡¡cero!!! nos levantamos del puesto de trabajo y nos unimos a la asamblea; nos levantamos sin tocar botones ni regletas ni palancas para que no nos acusen de sabotaje, y de esta manera si hay un locutor en el aire se quedará mudo cuando acabe su lectura, y si en el aire hay un vídeo la pantalla se irá a negro en cuanto acabe. Recordad: nos levantamos sin tocar nada y nos vamos al vestíbulo. Cuanto mejor hagamos lo nuestro a las doce en punto más grande será mañana la huelga, y cuanto más grande sea más defendidos estaremos contra sanciones o despidos. ¡¡¡No se atreverán si la huelga es masiva!!! Así que esta asamblea se declara permanente para toda esta noche y la madrugada, pacíficamente, sin tocar otra cosa que palmas y silbatos; esta asamblea se convierte en piquete de apoyo a quienes a las doce en punto se tienen que levantar de sus puestos y unirse a la huelga, esta asamblea se tiene que convertir en la dueña del vestíbulo, en la dueña del ambiente, en la dueña del tiempo. ¡¡¡Todos al hall a cantar la cuenta atrás!!!

Los silbatos, los vítores, las palmas, las consignas a coro estallaron tras las palabras del Comité de Huelga. El piquete fue ocupando todo el vestíbulo abajo y, ascendiendo por las escaleras, fueron llenando también los brazos del edificio de la primera planta, llegando a las proximidades del control central y del Estudio 1. La arenga inflamó la voluntad de los presentes, entre ellos quienes se habían ausentado momentáneamente de sus puestos, en su derecho de acudir a la asamblea, y regresaban a los mismos con motivación y decisión. Como Ángel, ugetista de siempre, que nada más llegar a la sala del control de realización, donde trabaja como responsable del control de sonido, comparte solo con sus dos compañeros de equipo, Manuel y Javier, la emoción de la asamblea, y los tres, con la confianza de años de trabajo en común, deciden hacer huelga a las doce en punto. Por supuesto, no se lo comunican a nadie.

La asamblea permanente miraba el lento pasar de las agujas del reloj y alternativamente los ojos se posaban en los monitores de televisión que había distribuidos en el vestíbulo. Y cantaban, sobre todo cantaban. Hasta algún estribillo de viejas canciones protesta (“A la huelga, compañero, no vayas a trabajar. / Deja quieta la herramienta, que es la hora de luchar”) se intercalaba entre los cánticos de las consignas que resonaban en todo el edificio.

Faltan veinte segundos para las doce cuando Maxi, un compañero de CC OO,

coge el megáfono y, subido al mostrador de recepción, se prepara, mirando fijamente el reloj del hall, para acompasar la cuenta atrás. A la hora H del día D, mientras en la pantalla se podía leer “RTVE. Programación normal. Sin publicidad”, la voz en off de los informativos narra: “La dirección de RTVE, ante la falta de acuerdo con el Comité Intercentros sobre los servicios mínimos, ha decidido emitir mañana, día 14, la programación anunciada. A excepción…”. En este instante, los más de cuatrocientos trabajadores en asamblea permanente en el vestíbulo de Torrespaña, como en todos los centros territoriales, tal y como se había sugerido, comienzan la cuenta atrás —que acompañará a la voz en antena—. (“¡Diez!”): “… si es el caso (“¡nueve!”) de los programas (“¡ocho!”) en directo, que tendrán (“¡siete!”) una emisión alternativa. (“¡seis!”). No se emitirá (“¡cinco!”) publicidad, ya que (“¡cuatro!”) no se considera (“¡tres!”) un servicio mínimo (“¡dos!”) esencial (“¡uno!”). Y en cuanto (“¡cero!”, gritó el piquete con todas sus fuerzas) a los infor…”.

Y el sonido se cortó. El silencio se adueñó del vestíbulo de Torrespaña.

Ángel, que desde el control de realización seguía el Telediario, al escuchar el mensaje de normalidad que transmitía la locutora, las imágenes y la voz en off, pensó: “¿Cómo que no pasa nada? Claro que pasa. Que sea lo que Dios quiera…”; decidido como estaba a hacer huelga, cuando la voz en off decía: “Y en cuanto…”, Ángel se levantó, como Manuel y Javier, y exclamó: “¡Señores, esto se ha acabado!”, pulsando la tecla mute, la de silenciar el sonido. Pasa una decena de segundos de las cero horas del día 14 con las imágenes del vídeo preparado rulando mudo; enmudece la asamblea mirando fijamente los monitores de televisión del hall de Torrespaña.

Quince segundos después de las doce, el telediario funde a negro.

Como había previsto el Comité de Huelga, si la gente se levantaba de sus puestos, cesaba su tarea y abandonaba cámaras, mesas de mezclas, micrófonos, focos y teclados, en cuanto terminase el vídeo que estuviera en el aire, la imagen iría a negro. Como negro debía ser el ambiente en las plantas directivas habiendo contemplado en sus televisores el silencio de las imágenes y segundos después el fundido de la emisión. Negros llevaban años quienes trabajaban RTVE, sin reclasificaciones y sin negociación colectiva, con injerencias políticas y con cambios continuos en la dirección.

Ojipláticos, los directivos miran la negra y muda imagen de sus televisores.

Boquiabiertos en el hall están las y los trabajadores de la asamblea, a la que se han ido incorporando operadores de los puestos de trabajo más cercanos al vestíbulo, tras levantarse de sus sillas o abandonar sus herramientas de trabajo a las doce en punto, justo cuando la asamblea gritaba "¡cero!" y aplaudía por un instante, para quedarse en silencio desde el corte del sonido.

A renglón seguido del fundido la imagen en las pantallas de los despachos, en las del vestíbulo, en las de todo Madrid y en el territorio nacional, la sorpresa de unos y el asombro de otros aún fue a más cuando apareció la carta de ajuste, la icónica imagen del fin de emisión o de la interrupción de la programación. En el vestíbulo de Torrespaña alguien cambia al segundo canal y entra la carta de ajuste de la señal del repetidor de Navacerrada, la que se ve en Madrid y en las Castillas; también en los palacios.

La asamblea explota de alegría y un clima de euforia se apodera del vestíbulo. Saltos, gritos, abrazos, besos. "¡Lo hemos hecho, lo hemos hecho! ¡Somos la hostia! ¡A tomar por culo la emisión!". La veintena de segundos transcurridos desde el último sonido oído de la voz en off, la cinta muda corriendo hasta apagarse, el fundido a negro de la imagen y la aparición de la carta de ajuste son vividos arriba, en el repetidor de Navacerrada, con especial emoción, y sincronizados, como si la onda de radiofrecuencia que unía la antena de Torrespaña con la de Navacerrada no estuviera sola, sino que en paralelo la onda colectiva de la huelga se comunicase del centro territorial a la instalación de transmisiones, de los centenares de huelguistas en el vestíbulo del Pirulí a los seis de Navacerrada.

A 2.258 metros de altura, fuera de la instalación, las antenas de TVE y de RNE desafían la noche. Dentro, José María, Jesús Vicente, Enrique, Mario, Antonio y José María, Gali, están cada uno desempeñando su tarea técnica en la sala de trabajo. No se ven entre ellos, los tabiques de los armarios de comunicaciones y circuitos lo impiden, pero sí se escuchan. El matrimonio permanece en su habitación y el turno de la Guardia Civil pasa la noche también en su dependencia dentro de la instalación. A cinco minutos para las doce, Gali se dirige a sus compañeros del turno: "Cuando diga 'ahora', metemos nuestra carta de ajuste en las cuatro emisoras a la vez". Cuando Gali, a las doce en punto, observa en su monitor el corte del sonido y trece segundos después ve que la imagen funde a negro, grita a sus compañeros la palabra prometida. Como un ciempiés en movimiento, cada uno introduce al unísono la carta de ajuste en sus emisoras.

Con emoción, con decisión, con serena conciencia, Gali marcó el número del local del Comité de Empresa en Torrespaña. Por la conversación con los compañeros del Pirulí, supo que en la Casa de la Radio, Manolo, Alberto y Javier, del control de sonido del Estudio 106 de Radio 1, habían hecho también lo suyo. Cuando más tarde llamó el jefe del cuartelillo y el cabo al mando del turno en Navacerrada cogió el teléfono, a las preguntas del superior, el cabo respondió: "Negativo, mi coronel, para qué vamos a necesitar refuerzos… Sin novedad, solo están en huelga". Eso, ninguna novedad, normal ejercicio del derecho a huelga.

La euforia entre los huelguistas era total. También fuera de los centros territoriales de RTVE, cuando los piquetes informativos comenzaron su labor, desde los distintos puntos de reunión, a las doce en punto, muchos de ellos sabiendo lo que habían hecho en TVE. Muchos hablaban de que también en RNE había música y no programación desde las cero horas del día 14. Quienes llevaban el típico transistor con el auricular al oído lo confirmaban a los incrédulos. Fundido a negro en televisión y la radio sin programación. Se había logrado el objetivo. Si en huelgas anteriores el comienzo de las mismas se concentraba en las estaciones de Renfe y en los aeropuertos, esta vez iniciaba la huelga la plantilla de RTVE. La huelga echaba andar desde las doce en punto. Era la señal del éxito venidero. El corte de RTVE convertido en metaimagen de la huelga general.

La noche fue larga y tensa en el Pirulí. Acuartelados como piquete informativo, orgullosos de la hazaña, y con más compañeros que se acercaban al vestíbulo, tras abandonar sus puestos de trabajo, la euforia de los huelguistas había que gestionarla. La preocupación del Comité de Huelga eran los posibles despidos, así que necesitaba con urgencia alcanzar un acuerdo de servicios mínimos y el compromiso de que no hubiera sanciones. Tenían la fuerza de la movilización y sabían del inmenso cabreo en la dirección y, más arriba, en el propio Gobierno; algunas órdenes de despido iniciaban trámite y algún telegrama se envió. A lo largo de la noche hubo dos reuniones. Finalmente, a las ocho de la mañana llegó el acuerdo de servicios mínimos; por cierto, el mismo que siempre había propuesto el Comité de Huelga de RTVE: un informativo de veinte minutos por la mañana, la carta de ajuste y otro Telediario de veinte minutos a las tres de la tarde; y, a partir de las seis de la tarde, se recuperaría la emisión, pero sin publicidad. No hubo despidos, aunque más tarde se supo que algún directivo de segundo nivel sufrió acoso por haberse negado a que los expedientes informativos terminasen en despidos.

V

Si el galletazo de TVE sacudió las cabezas de los gobernantes e insufló fuerza al movimiento sindical desde el primer segundo de la noche, los ojos de Carmen no salían de su asombro sin dejar de mirar la carta de ajuste en la televisión de la zona del VIPS donde trabajaba. Alternativamente, sus ojos buscaban los de sus compañeros cercanos, como preguntando "¿habéis visto lo que yo?", mientras llegaba un lejano eco de silbatos que se hacía más audible a medida que un piquete se aproximaba al establecimiento, levantando sus banderas, coreando cánticos y pegando pegatinas en las farolas y las paredes a su paso. Carmen miraba al jefe, entre orgullosa y temerosa de su reacción. "¿Qué miras? ¡A trabajar, joder!", le espetó este. "Si no hay nadie que atender", pensó Carmen, pero se puso a acarrear un paquete de revistas hasta el mostrador cercano a la puerta; al hacerlo pisó con saña la alfombra de la entrada que activa el mecanismo de apertura de las hojas de cristal de la puerta, para que así se oyera con más claridad al piquete.

El líder del grupo de sindicalistas, al ver venir al que parecía encargado, por su traje, comenzó a hablar: "Buenas noches, como sabéis hoy ha sido convocada huelga general en todo el país y Madrid es la capital de la huelga…". El jefe se puso frente a él y le dijo: "Aquí no pueden estar", queriendo apartar el megáfono, aunque los reflejos del sindicalista evitaron la mano del jefe de sala, espetándole: "Pero, qué haces, tío". Momento de tensión que rápidamente se relajó cuando el sindicalista le dijo al jefe de sala: "Mira. Tú nos dejas ejercer nuestro derecho a informar a la plantilla de que tienen todo el derecho a hacer huelga contra ese plan de explotación juvenil que propone el Gobierno…". El jefe le interrumpió: "No hace falta que sigas". Estaba preocupado, en su cabeza bullían ideas como que los del piquete entrarían al completo y, como una horda en su imaginación reaccionaria, se pondrían a merodear por todas las estanterías, cambiando de sitio los productos, o a pedir vasos de agua en la barra de la cafetería, colapsando el servicio de mesa, o a comprar menudencias y luego querer devolverlas, colapsando las cajas. Estaba convencido de que nadie de la plantilla se atrevería a abandonar su puesto, por la cuenta que les traía, por mucho que les hablara el sindicalista. "Vale, yo dejo que acuda el personal que quiera, pero, para no molestar a los clientes, les informas sin megáfono". "De

acuerdo, pero que vengan también los de cocina”, contestó el líder del piquete.

Carmen se sorprendió de la actitud del jefe, pero más fue su alegría cuando distinguió a su amiga, con Quique y Bruno y algunos compas más que habían dejado el encierro en la facultad. Si había tenido dudas de ir —quería hacer huelga, pero tenía miedo al despido— la visión de la tele en negro, el mal encarado jefe unos minutos antes y, sobre todo, la presencia del piquete de comercio y hostelería de los sindicatos le hizo decidirse: “Yo paro, ¡hostias! Y ya buscaré otra cosa si me despiden”, pensó mientras se acercaba a la puerta donde ya estaban unos pocos de sus compañeros.

El líder del piquete comenzó a hablar: “Como sabéis, todos los sindicatos del país han convocado para hoy huelga general contra la política socioeconómica del Gobierno, esa que sufrimos las y los trabajadores. La huelga es un derecho constitucional. Impedir a la plantilla hacer huelga es violentar la constitución…”. El jefe le interrumpió: “Pero también existe el derecho a trabajar, y ellos es lo que están haciendo”. “Claro, y tú hablas por ellos porque habéis hecho una asamblea, ¿verdad?”. Las sonrisas en las caras de Carmen y sus compañeros no las pudo ver el jefe, que estaba detrás de ellos, pero sí las recibió el líder del piquete, que prosiguió: “Tenéis derecho y no os pueden despedir por hacer huelga. Eso sí es un delito contra el derecho al trabajo, por ser una práctica antisindical, contra la libertad sindical, recogida en la Constitución. El sindicalista iba subiendo más su voz, sin necesidad de megáfono, y llegaba a los clientes, que permanecían callados sin saber qué hacer.

El ruido de sillas y de las bandejas al recoger los servicios de las últimas mesas no impidió a Carmen atreverse a intervenir, para espanto de su jefe. “Compañeros, compañeras. Llevo aquí pocos días, pero sabéis que trabajo duro y no me escaqueo. Yo, como vosotros, necesito trabajar; alguno sabe que en mi familia estamos pasando una situación difícil. Y, aunque tengo miedo a que me puedan despedir —no lo querría, la verdad—, también os digo que yo me pongo en huelga”. Una salva de aplausos y un coro de silbatos la interrumpieron, con el grito de “¡esta huelga la vamos a ganar”. El jefe no daba crédito a lo que estaba viendo. En su propia cara le había salido una sindicalista.

Carmen no se acobardó, a pesar de la mirada del jefe, y, dirigiéndose a sus compañeros, prosiguió:

—Es nuestro derecho hacer huelga y no nos lo pueden impedir. Hay motivos

para protestar. Las razones que esgrimen los sindicatos son las razones de todos, de nosotros los jóvenes, pero también de los jubilados y de los parados. Y vosotros pensad que si os sumáis a la huelga, si cerramos el VIPS esta noche, si la huelga es masiva en España, habréis, habremos, detenido el bazuca que apunta a vuestros contratos. Porque, si se aprueba la mierda esa del contrato de inserción juvenil, lo siguiente que pasará es que la dirección de la empresa os despedirá por vuestra antigüedad, derechos y salarios, y os sustituirá por gente como yo. Bueno, a mí no creo que ya me contraten aquí —“dalo, por hecho”, pensó su jefe al oírla—, pero vendrán chicos y chicas que, por cuatro perras y sin derechos, harán vuestro trabajo y vosotros estaréis en la cola del paro.

Le había salido de un tirón, como si lo llevara escrito en un papel, y en realidad tallado estaba en ella después del mes de asambleas, conversaciones, reuniones y acciones. Carmen sintió que sus mofletes enrojecían, y aún más cuando vio el beso a distancia que le enviaba Quique desde el piquete, los aplausos entusiastas de Berta y Bruno, y el eco de las bocinas y los silbatos.

El sindicalista cogió el megáfono y gritó: “Así se habla, compañera”, y fue como una señal, porque todo el piquete desplegó su capacidad informativa: unos gritaban consignas, otros le daban al silbato o las bocinas o a los aplausos; había quienes empapelaban la puerta por fuera de pegatinas; y hubo quien se lanzó a tirar octavillas al aire, que caían suavemente, como las hojas de otoño, sobre el suelo. Carmen se quitó el gorro de la cabeza y el mandil para ir al vestuario a cambiarse. La siguieron con igual actitud sus compañeros de la puerta y, al pasar por los que no se habían acercado a escuchar al piquete informativo, con ojos de dignidad y labios de fortaleza, les escupían el peor de los insultos a un trabajador: “¿Vas a ser esquirol?, ¡no me jodas!”, apuñalando con la culpa a quienes iba dirigido el comentario.

El jefe no daba crédito a la rebelión en “su” VIPS. Ya no quedaba ningún cliente. Veía que al menos la mitad de la plantilla se iba a hacer huelga. Había aún que limpiar, reponer neveras y rellenar lavavajillas. Y cerrar. El jolgorio del piquete no cesaba mientras él tribulaba. Reunidos en el vestuario, decidieron votar entre todos si hacían huelga. Solo cuatro se negaron. Cuando salieron, vestidos con sus rebecas y sus chaquetas, el primero, el segundo, el tercero…, y así hasta diecisiete, los aplausos y vítores del piquete resonaban dentro y fuera. Consciente de su derrota, el jefe intentó un último pacto. Cerraría el local, bajaría las persianas, y con los cuatro que no secundaban la huelga, se quedarían dentro, a dejar preparado el local. Mientras un sindicalista comenzaba a despegar

el papel de la pegatina “14 de diciembre. Este local permanecerá cerrado”, y repartía un par de ellas más para que le ayudasen otros compañeros en la tarea, el que llevaba la voz cantante le respondió al jefe: “Vale, pero sabed que tampoco vais a abrir esta tarde, porque el paro es de veinticuatro horas y te aseguro que vamos a vigilar este local todo el tiempo. Así que vosotros mismos”. Y, dirigiéndose al piquete: “Y nosotros ahora esperamos fuera a que cierren la puerta y bajen la persiana, y pensamos nuestro próximo objetivo”.

Dicho y hecho. Todos fuera. Dentro, el jefe, al oír la llave girar, sintió como si la puerta de una celda con gozne se cerrase. Más aislamiento aún al escuchar el ruido de la persiana automatizada bajando. La cara de los cuatro trabajadores que se habían quedado era cualquier cosa menos un poema: no había belleza en sus rostros, si acaso pesar y condena, moral, sí, pero condena al fin y al cabo frente a la dignidad de sus compañeros huelguistas. Uno balbuceó: “¿Recogemos, jefe?”. Este, enojado con todos y consigo mismo, contestó: “A tomar por culo. Vámonos todos. Lo que me faltaba, encima recoger ahora esto. Llamaré al gerente y ya veremos, porque he visto muy convencido al piquete de que no nos van a dejar abrir en todo el día. Ahora, me la van a pagar, sobre todo esa Pasionaria de Carmen, qué piquito de oro. Mañana no, pero como está a prueba en su contrato, en cuanto cumpla los quince días se va a la puta calle, como que me llamo José María. Y los demás ya veremos, uno a uno”. Se cambiaron de ropa, menos él, que solo se tenía que quitar la chapa identificativa con su nombre sobre su traje gris, su traje de romano de la planta de caballero de El Corte Inglés. Apagaron las luces. Y este nuevo fundido a negro, tras los ventanales laterales del local, fue la chispa que de nuevo elevó el tono de las consignas coreadas, con voces algo roncas ya de tanto gritar, apoyados en los silbatos y las bocinas, y con las palmas rojas de tanto aplaudir. “Esta huelga la vamos a ganar”. Alguien improvisó: “Esta huelga la estamos ganando” y las carcajadas certificaban que era cierto, que estaban ganando.

Al mando del megáfono prosiguió el sindicalista: “Compañeras, compañeros. Lo hemos logrado. Ha pasado una hora desde las doce, y si echáis la vista a la calle Alcalá, veréis que no hay un alma en la calle, que los letreros lucen con las persianas echadas en cafeterías, bares y hasta en el bingo, que, como este VIPS, trató de evitar el cierre. Ahora tenemos que ir a nuestro próximo destino. Y no es otro que Mercamadrid. —¡Plas, plas, plas! Más aplausos y silbatos sonando—. Así que vamos y pasaremos por el exterior de Torrespaña a dar un fuerte aplauso a los trabajadores, que nos pilla de camino”. Alguien se arrancó: “¡Bravo! ¡Tres hurras por los de la tele! ¡Hip, hip, hurra…!”.

En Mercamadrid, Quique comprobó cómo se siente la patada de un antidisturbios en la espinilla de uno. Con su arrojo juvenil se había sumado al grupo de quienes, enganchados por el codo, se interponían entre la fila de antidisturbios con escudo delante de la puerta de Mercamadrid y el resto del piquete, que gritaba consignas mientras alguna botella de agua vacía sobrevolaba sus cabezas para chocar el suave plástico con la fuerte protección del casco policial. Estos se estaban calentando y los más rápidos habían comenzado a dar patadas con sus botas de puntera reforzada en las espinillas de los huelguistas que tenían enfrente, sin pestañear ni mover un músculo, salvo las patadas, invisibles a los ojos de los demás. Solo el dolor de quienes las recibían, como Quique, y la exclamación "¡cabrón!" podían dar cuenta de lo que pasaba allí abajo, a ras de suelo. Arriba, en el cielo, la noche cerrada, oscura, estaba iluminada por una luna creciente y una lenta lluvia de estrellas, las gemínidas, que como todos los mediados de diciembre aparecen en el firmamento desde la constelación de Géminis. Era una noche para despertar, era un día para que las y los trabajadores soñasen con un futuro mejor, este 14 de diciembre de 1988, con España cerrada por huelga.

El piquete en Mercamadrid era de un millar de huelguistas. A las tres de la mañana, el Comité de Huelga de la plataforma logística les daba las gracias y anunciaba que el paro era total, ninguna lonja abriría, apenas había tránsito de grandes camiones porque habían ido quedándose en las áreas de servicio de las gasolineras, y los que habían llegado permanecían aparcados en el arcén en fila india hasta la M-30.

Más tarde, entre los huelguistas se corrió la voz de que, asegurada la huelga en Mercamadrid, el siguiente paso era desdoblarse para dirigirse a las cocheras de autobuses en Fuencarral, por una parte, y por otra al centro de operaciones del metro en Vallecas. Carmen y sus amigos optaron por ir a Vallecas, a donde llegaron cuando la luz del sol luchaba por abrirse paso, aclareciendo el cielo, dejando atrás la noche, anunciando un amanecer a punto de estallar, en ese instante mágico cuando se hace de día, justo después de la máxima oscuridad de la noche.

Eran las siete de la mañana… El sol comenzaba a brillar pujante. La victoria, que había nacido con el fundido a negro de televisión, a esta hora de la mañana, 14 de diciembre, también lucía, era evidente, se sentía, se compartía, se comentaba en el piquete de jóvenes y mayores, estudiantes y viejos sindicalistas, mujeres y hombres. Carmen y Quique, Berta y Bruno. Como ellos, otros tantos

vitoreaban cada anuncio que hacía quien llevaba transistor y cascos, siguiendo a cadenas privadas como la SER, que retransmitía nuevas sumas a la huelga, nuevos paros en el transporte, los puertos, los astilleros, las minas, los polígonos de las ciudades; locales cerrados en los cascos históricos y aulas vacías en colegios, institutos y universidades; hasta las noticias sobre el número bajísimo para un día laboral del consumo de electricidad por sectores o territorios. Las campanas sonaban a misa de ocho, pero ni el exministro franquista de misa diaria acudió. Las calles estaban desiertas, los únicos automóviles y motos eran los de los piquetes, moviéndose algunos ya al centro para parar El Corte Inglés, que abría a las diez de la mañana; otros se dirigían hacia sus barrios, por si hacía falta repasar bares y tiendas, o ya a descansar. Algún autobús de la EMT vacío regresaba a cocheras con los retrovisores empapelados de pegatinas, lo que le impedía conducir según el código de circulación, y era recibido con el claxon de los coches, con las banderas sindicales por la ventana, y el conductor respondía: ¡Pi, pi, pi!

En Vallecas, Carmen y Berta coincidieron con un amigo de sus padres del barrio y compartieron su coche para regresar a casa después de las horas de lucha, emocionadas por todo lo vivido. Quique y Bruno se despidieron de ellas y decidieron seguir la marcha hacia el Corte Inglés de la Puerta del Sol, donde se concentrarían todos los piquetes, porque era lo único que permanecía abierto. Bueno, El Corte Inglés y el Palacio de la Moncloa, con Felipe González de sereno.

Cuando Carmen llegó a su portal, se encontró a su padre, que venía también del piquete del polígono de la fábrica. Ambos volvían cansados, pero también felices. Cuando su padre vio las pegatinas que llevaba pegadas su hija en el chambergo y en el bolso, no tuvo dudas de dónde venía. “¿Qué, de piquete, hija?”. “Sí, papá. ¡Qué alegría! ¡Qué fuerza! Éramos casi medio millar, ¡qué digo!, al final un millar de personas de todas las edades. Y cerramos el VIPS y luego Mercamadrid y el metro, del que solo salieron los trenes de los servicios mínimos pactados, vacíos sin pasajeros en el andén”. Él la escuchaba con orgullo, incluso más feliz que ella: “Cuando te duches, desayunamos y me cuentas, que yo también os tengo que dar una buena noticia: la empresa suspende la decisión de cerrar la fábrica y reanuda las negociaciones con el Comité de Empresa, para buscar la viabilidad del proyecto empresarial hablan de una empresa alemana de ascensores”. “¡Olé, olé!”, dijo aún más contenta Carmen, le dio dos sonoros besos y apoyó la cabeza sobre su hombro, y mientras él le acariciaba con ternura la melena, ella le dijo: “Pues yo, papá, igual me

despiden, pero ya encontraré otra cosa; ahora, eso sí, en cuanto cobre mi primera nómina, mi primer salario, me afilio al sindicato. Sin organización no vivimos los trabajadores. No quiero ser gorrona, free rider, como lo llaman en inglés. Aportaré mi granito de arena". Entraron en casa gritando los dos: "¡Viva la lucha de la clase obrera! ¡Ce, ce, o, o, sindicato trabajador!". Eran las diez y les esperaba un buen desayuno en familia, como invitó "la jefa" de la casa: "Vamos, que estaréis hambrientos de toda la noche danzando". Eso, la danza de la huelga general.

14 de diciembre. Desde las cero horas, paro general en Madrid y en España. Difícil de olvidar. De norte a sur y de este a oeste, ese miércoles de 1988 hubo huelga general. Difícil de negar. La capital y el país cerrados por huelga. El día soleado parecía una mañana de año nuevo; sin borrachos, pero para algunos con resaca por la fuerza de la marea este 14D. Apenas había gente por la calle. Las panaderías cerradas. Los bares sin abrir y las terrazas sin montar. Solo estaban abiertos los parques, que, a medida que avanzaba el día, se llenaban de paseantes, familias y pandillas de amigos. Sin prensa, todos los kioscos cerrados. En los campos de fútbol nadie entrenaba. Los teatros y cines sin función. Los patios de colegio e institutos vacíos, sin la chispa de la chavalería, y cerradas también las universidades. Permanecían abiertos los ambulatorios y los hospitales, pero con apenas asistencia. Madrid, España entera, ese miércoles 14 de diciembre de 1988 fue domingo. Pasarían aún unos meses para que el Gobierno aceptase todas las demandas sindicales. La primera, e inmediata, fue la retirada del plan, detonante de la huelga que comenzó a "las doce en punto" con el fundido a negro de la tele, cuando se detuvo el reloj del vestíbulo de Torrespaña, cuando se congeló el reloj de Navacerrada… Cuando, con afortunada expresión, Chema de la Parra, dirigente confederal de CC OO, acompañado de Antón Saracíbar, su homólogo de la UGT, en la primera rueda de prensa del Comité de Huelga en la mañana del 14D, afirmó: "Hoy, en España han parado hasta los relojes".

La jornada del 14D de 1988 ha pasado a convertirse en la huelga por antonomasia, en un símbolo del poder que pueden ejercer las y los trabajadores y sus representantes si permanecen unidos. Un 95% participaron en la huelga general más exitosa de nuestra historia.

Epílogo

El sindicato en tiempos de pandemia.

Una misma lucha en cinco entremeses*[10]

Unai Sordo y Bruno Estrada

No sabíamos muy bien dónde debía terminar este libro. Lo que nos ha sucedido, individual y colectivamente, a partir de marzo de 2020 debido a la pandemia ha puesto de manifiesto que es precisamente en los momentos de crisis cuando las personas sacan lo mejor de sí mismas, y eso se ha reflejado en las acciones de miles de afiliadas y afiliados, de delegadas y delegados de CC OO defendiendo a sus compañeras y compañeros sin pedirles el carnet, no solo defendiendo sus salarios y condiciones de trabajo, sino también algo mucho más básico: su salud e incluso su vida. La palabra "solidaridad" ha vuelto escribirse en mayúsculas. Estos cinco entremeses, basados en historias reales, son un homenaje a todas ellas.

Un entremés es una pieza teatral menor, de un solo acto, protagonizada por personajes de clases populares, que fue muy representada entre los siglos XVI y XVII, e incluso en el XVIII, en los entreactos de obras mayores. Nos resultaba muy difícil intercalar estos cinco entremeses realistas y actuales, no cómicos, como la mayor parte de los del Siglo de Oro, entre los relatos referidos a episodios de un pasado reciente y no tan reciente de CC OO. Por eso, hemos preferido que, humildemente, cerraran esta magnífica colección de historias de las comisiones obreras.

ENTREMÉS 1. UN GRITO DE AUXILIO EN LEGANÉS

En recuerdo al doctor Luis Montes

Mercedes dejó su viejo Xsara Picasso en el aparcamiento del hospital Severo Ochoa de Leganés, una pequeña gran ciudad de los alrededores de Madrid, donde más se cebó la COVID-19 en la primavera de 2020.

Mercedes esperaba no tener que encontrarse a ninguna compañera mientras aparcaba, siempre le tomaban el pelo por las muchas abolladuras de su coche. Había pasado ya la cincuentena y, según ella misma se definía, era una conductora en fase de retirada; por eso había decidido dejar de pagar el seguro a todo riesgo desde hacía unos pocos años. Esa decisión había terminado dejando huellas en su viejo vehículo, aunque solo fueran estéticas.

Era la mañana del 17 de marzo de 2020, estaba amaneciendo, no podía ni imaginar lo que iba a encontrar en pocos minutos.

Tras pasar las puertas de cristal, el espectáculo que se le ofrecía era dantesco. Su hospital, en el que llevaba trabajando más de quince años, había sufrido una mutación radical en apenas unas horas. Aquello parecía un hospital de campaña en plena guerra.

Durante la madrugada habían sido ingresados a causa de la COVID-19 más de doscientos pacientes, la mayor parte gente muy mayor con síntomas de gripe aguda, muchos de ellos con graves problemas respiratorios e incluso algunos con síntomas de asfixia. Las UCI habían colapsado, no había suficientes respiradores, las toses de decenas de ellos conformaban un dantesco coro que se oía en todos los sitios, en la sala de espera, en los pasillos. Muchos estaban en camillas, incluso en sillones, desparramados por todos los recovecos del hospital.

Fue al cuarto donde se cambiaban la ropa y de pronto apareció su amiga Conchi, que salía de su turno. La miró de frente con los ojos enormes y se puso a llorar sobre su pecho.

—¿Qué ha pasado, Conchi? ¿Qué es todo esto? —preguntó Mercedes alarmada.

—No te lo puedes imaginar, ha sido horrible, horrible —respondió Conchi sollozando.

—Pero, ¿qué hacen todos esos pacientes en los pasillos, si son muy viejos para estar ahí?

—Se nos han acabado las camas. He tenido que llamar diez veces a la funeraria, solo en esta noche se nos han muerto más de veinte viejitos. Te miraban a los ojos sin entender nada, asustados, preguntaban por sus hijas e hijos. Solo podía darles la mano enguantada hasta que se apagaban. Ha sido horrible.

—¿Y la gerencia qué ha hecho?

—El gerente, ese… no ha venido hasta hace tres horas y se ha encerrado en su despacho. No recibe a nadie. Me ha dicho su secretaria que no hace más que llamar por teléfono, pero es incapaz de resolver nada. Ya le conoces, el amigo de la presidenta. No tenemos equipos de protección, ni material sanitario, ni respiradores, ni camas. No tenemos nada de nada. Se nos ha acabado hasta el agua —balbucea Conchi.

—No te preocupes. Vete a casa a descansar.

—Mercedes, no sé si me he contagiado, los pobres nos tosían encima.

—No abraces a tu marido ni a los niños. Métete sola en una habitación y lava la ropa a noventa grados.

Mercedes va hacia su despacho, saludando a compañeras y compañeros exhaustos por la noche terrible, se dirige al local sindical de CC OO. Cierra la puerta y se desmorona sobre la silla. Llama a la gerencia del hospital.

—Lola, quiero hablar con el gerente.

—Lo siento, Mercedes, me ha dicho que no le pase ni una sola llamada.

—Pero qué le pasa. ¿No sabe cómo estamos?

—Está al borde de un ataque de nervios, nadie le hace caso en la Consejería. De vez en cuando sale del despacho dando gritos y luego vuelve a encerrarse.

—Vale, pero dile que quiero hablar con él.

—Se lo diré, pero no te aseguro nada.

—Gracias, Lola.

Llama al móvil de la responsable de acción sindical del sindicato.

—María, soy Mercedes, del Infanta Leonor de Leganés. Estamos colapsados. La gente se muere en los pasillos.

—Ya lo sé, Mercedes. Y lo peor es que no sois los únicos —responde María—. Hay tres hospitales más en Madrid como vosotros.

—¿Qué hacemos? Nos falta de todo.

—Me han dicho que en Alcalá han hecho un vídeo contando lo que está pasando y les ha empezado a llegar ayuda de los vecinos, de las empresas de la zona. Es todo una locura, la Consejería no responde. Lo importante es que tengáis los medios que necesitáis lo antes posible.

—Sí, tienes razón. Vamos a hacer lo mismo. Ya lo denunciaremos en su momento, pero lo importante ahora es que podamos trabajar con medios adecuados y que los pacientes tengan lo mínimo que hay que tener.

—Envíame lo que hagáis y os ayudamos a difundirlo.

Mercedes graba un vídeo contando lo que está sucediendo en el hospital y se lo envía a otras compañeras y compañeros y a María, que lo reenvía por las redes del sindicato.

El reloj marca las once de la mañana, han pasado tres horas, ella está sentada su mesa de trabajo mirando en la pantalla del ordenador recomendaciones sobre la COVID y recibe una llamada.

—¿Mercedes? Soy Laura, de la entrada. Hay gente que pregunta por ti. ¿Puedes bajar?

Mercedes sale del despacho, va a coger el ascensor, pero se encuentra con que dos enfermeros están trasladando a una anciana en una camilla, la desagradable tos carrasposa de la pobre mujer la disuade de entrar. Saluda a sus compañeros y baja a la recepción del hospital por las escaleras.

Al llegar a donde está Laura ve que hay varias personas esperándola. El primero, un hombre rechoncho con una camiseta llena de lamparones y sudada, le dice que tiene la furgoneta llena de botellas de agua, que su jefe le ha dicho que se las

lleve.

—Ahora le digo —responde Mercedes sorprendida.

En ese momento se fija en que hay dos chavales bastante fuertes, con mono azul, que están apoyados en un colchón que está con la funda sobre la pared. Ellos se dan cuenta de que es a ella a quien están buscando.

—¿Tú eres Mercedes, la del vídeo?

—Sí —responde ella sin entender qué está pasando.

—¿Dónde lo ponemos? —preguntan—. Tenemos cuatro más en la furgoneta.

Entonces Laura le dice que ha llegado una chica con unas mascarillas de tela, se las enseña.

—Me ha dicho que han visto tu vídeo y que las han hecho entre varias amigas y que te pregunte si valen. Me ha dejado su teléfono por si queremos más.

Mercedes se prueba la mascarilla.

—Perfecta, le dice a Laura, que envíen todas las que puedan.

Se dirige al rechoncho repartidor de agua y le indica que hable con Laura. Se dirige a los chavales de los colchones y entonces ve entrar a Conchi.

—Perdonad —dice a los chavales mientras hace un gesto con la mano de que la esperen y se dirige a Conchi—. Pero ¿qué haces aquí? Si te has ido hace cuatro horas.

—¿Qué te crees? ¿Querías comerte el marrón tu solita?

El jueves 21 de mayo de 2020 todo el personal del hospital universitario Infanta Leonor, del hospital Virgen de la Torre y de los centros adscritos recibió este e-mail, sin firma, de la cuenta de correo corporativo del hospital, en el que se puede leer: “No es baladí recordar que las opiniones pueden perfectamente generar demandas o querellas de parte por cualquier entidad, grupo, asociación, partido o persona individual”[11].

ENTREMÉS 2. TERROR EN EL SUPERMERCADO

Alejandra no tenía más de veinte años, con esos veinte años de mente rebelde y cuerpo de ola que tanto habían proliferado por España una vez que se retiró la marea del 15M. Bajó del autobús que le traía de Las Pullas, una olvidada pedanía de Alguazas en la vega murciana del Segura. Enfrente de la parada estaba el supermercado de Molina de Segura, donde trabajaba desde hacía un año, con varios contratos temporales renovados siempre en el último momento. La mayor parte de sus amigas trabajaban en alguna de las fábricas de frutas y verduras en conserva que habían conseguido sobrevivir a la última crisis. Ella había preferido el supermercado a las conservas, el supermercado era algo transitorio, la fábrica era para toda la vida.

Miró su reloj, marcaba las ocho menos diez, fue a cruzar la calle de ese pueblo grande, pero no pudo, rompió a sollozar.

Cuando se tranquilizó, cogió el teléfono móvil y llamó a Teresa, la asesora jurídica del sindicato. Sabía que era muy pronto para llamarla, pero no podía más.

—Perdona que te llame tan pronto, Teresa.

Teresa es una mujer de casi cuarenta años que aún parece joven. Estaba en su casa en albornoz, preparándose el desayuno, cuando recibió la llamada de Alejandra.

—No te preocupes, Alejandra, te dije que podías llamarme cuando quisieras. Espera un momento, que se me está saliendo el café de la cafetera.

Teresa retira la cafetera del fuego y continúa.

—Dime.

—Estoy muy asustada.

—¿Qué pasa?

—Ayer, al final del turno, me tosió un señor mayor encima. Ya sé que lo haría sin querer, pero me dio un ataque de pánico y me levanté de la caja y tuve una bronca tremenda con el encargado. Estaba asustada.

—Tranquila, cuéntame, pero tenéis epis, ¿no?

—¿Epis? ¿Qué son los epis, los amigos de Blas, de Barrio Sésamo?

—No, ja, ja, ja, los equipos de protección individual: mascarillas, guantes…

—Ah, eso. Ya no tenemos, se acabaron hace tres días. El jefe de línea dijo que traerían hoy, pero lo mismo dijo ayer y anteayer. No han llegado.

—¿Me quieres decir que estás trabajando en la caja sin mascarilla?

—Bueno, me he traído yo una de casa.

—Alejandra, ¿tienes el contacto de alguien del Comité de Empresa?

—Sí, tenía el teléfono de Loli, pero está de baja por el puñetero bicho. Ya son tres compañeras las que han enfermado —solloza— y las que estamos en el turno de mañana somos todas eventuales. No se mueve nadie.

—Tranquila, Alejandra. Ahora mismo llamo al inspector de trabajo y le cuento lo que está pasando. Entra, dile al encargado que tu sindicato ha puesto una denuncia en la Inspección de Trabajo y que no te vas a poner en la caja hasta que llegue.

—¿Pero cuándo llegará el inspector? No puedo estar tres horas parada como una merluza.

—Mira, dile que hemos puesto una denuncia y que además vamos a llamar al propietario del supermercado. Te aviso y luego me llamas.

Teresa está en la oficina del sindicato, detrás de ella un enorme cartel de CC OO, en ese momento recibe la llamada de Alejandra.

—Hola, Alejandra, dime qué ha pasado.

—Alucinante.

—¿Alucinante?

—Sí, hice lo que me dijiste. Tuve una bronca monumental con el jefe de línea, pero fue la leche. Todas las compañeras me apoyaron y se plantaron. No podía creerlo, estábamos discutiendo con él cuando recibió una llamada de su jefe y entonces todo fue como la seda.

—¿Sobre qué hora le llamaron?

—Estábamos en medio de todo el barullo. Debían de ser las nueve menos cuarto.

—Vaya, qué rápido. Yo le localicé a las ocho y media, cuando te avisé. ¿Y qué pasó entonces?

—Nos dijo que en menos de una hora llegaría un paquete con mascarillas y guantes para todas. Le dijeron que había habido una demora en la empresa de reparto. Le contestamos que no abriríamos hasta que no llegaran y se lo explicamos a los pocos clientes que se acercaban a esa hora. Todos nos decían que hacíamos muy bien

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué bueno! ¿Estás ya más tranquila?

—Sí, claro, Teresa, muchas gracias. De mi parte y de todas las compañeras de las cajas. —Se oyen varias voces diciendo "gracias Teresa, un fuerte abrazo".

—Dales un abrazo, a metro y medio, de mi parte. ¡Ja, ja, ja!

—Oye, se me olvidaba.

—¿Qué?

—Que cuando tengas un rato vente por aquí, tenemos cinco nuevas afiliadas desde esta mañana.

—Joder, qué alegría me das. Pasaré mañana a primera hora cuando abráis. Hoy tengo el día a tope hasta las ocho.

—Sí, sí, cuando puedas. Muchas gracias por todo.

—Muchas gracias a ti, Alejandra. Ya sabes, las únicas batallas que se pierden

son las que no se dan.

Tres semanas después Teresa recibió un wasap de Alejandra: “Querida Teresa: solo quería que supieras que me han despedido, bueno, que se ha terminado el contrato y no me han renovado. No te preocupes, yo estoy bien. Solo era un curro. Lo que he ganado y aprendido estoy días no lo olvidaré en la vida. Un fuerte y largo abrazo, Alejandra”[12].

ESTREMÉS 3. ¿AZUCENA?

Una mujer de más de cuarenta años que viste una bata blanca abre la puerta de la habitación donde está. Tiene ojeras y un gran peso sobre sus espaldas que hace que sus hombros estén caídos. Al fondo de la habitación de donde sale se ve una cama en la que hay un cuerpo cubierto por una sabana. La mujer se refugia en un pequeño almacén donde guardan las sabanas y toallas de la residencia de ancianos de las afueras de Sevilla donde trabaja.

Saca su paquete de cigarrillos y se enciende uno, tan solo da tres caladas y lo apaga en la suela de su zapatilla. Se cerciora de que la colilla queda bien apagada, la guarda en el chivato del paquete de tabaco y se lo mete en el bolsillo. Antes de salir del cuchitril hace varios aspavientos para dispersar el humo.

El cigarrillo le ayuda a calmarse, coge el móvil, busca un teléfono y llama. Le coge el teléfono un hombre con una voz muy pausada, eso le gusta, esboza una leve sonrisa.

—Hola, Servicio de Orientación e Información al Trabajador de Comisiones Obreras, ¿quién llama?

—Preferiría no darte mi nombre.

—No te preocupes, yo me llamo Antonio.

—Buenos días, Antonio.

—Te llamaré Azucena, como mi madre.

—Me gusta.

—Dime, Azucena.

—Trabajo en una residencia de ancianos a las afueras de Sevilla.

—¿Y no tenéis equipos individuales de protección, batas, guantes, mascarillas? —pregunta Antonio de manera rutinaria.

—No, no te llamo por eso.

—Perdona, dime.

—Ya van doce.

—Perdona, ahora soy yo quien no te entiende. ¿Doce qué?

—Doce ancianos muertos.

Antonio se queda callado, no tiene claro si ha entendido bien. Después de un espeso silencio, Azucena habla.

—Perdona, Antonio, ¿estás ahí?

—Sí, disculpa, Azucena, me he quedado sin palabras. ¿Me has dicho que se han muerto doce ancianos? ¿Y nadie sabe nada?

—El director dice que callemos, que si se enteran van a cerrar el centro, pero yo ya no puedo más.

—Tranquila, Azucena.

Antonio vuelve a quedarse callado, ahora se ha dado cuenta.

—Antonio…

—Perdona, Azucena, me has dicho que la residencia está cerca de Sevilla, ¿por dónde?

—En la carretera que va a Huelva.

—¿En la salida del kilómetro 17?

—Sí, ¿por qué lo sabes?

—Dios, mi suegra está ahí.

—¡Hostias!, qué casualidad. ¿Cómo se llama?

—Paca, Paca Martínez.

—Ah, sí, es una señora muy simpática. Tranquilo, está muy bien.

—¡Joder! Qué susto. Cuéntame qué está pasando.

—Desde el principio fue un caos, se hicieron test a menos de la mitad de los pacientes y más de sesenta dieron positivo. Pero el director se negó a aislarlos. Decía que no había ni sitio ni personal. Que no le pagaban lo suficiente para tenerlos en habitaciones individuales.

—¿Y los muertos?

—Bueno, este es un centro de personas muy mayores, no es extraño tener algún fallecido de vez en cuando. Pero no a este ritmo. Cuando hemos preguntado a la dirección nos han dicho que no fuéramos chivatos.

—¿Y vosotras cómo estáis?

—A alguna compañera la han amenazado, la mitad de las enfermeras tienen síntomas, pero nos dicen que si no venimos a trabajar nos echan. Yo no puedo más. Soy afiliada al sindicato, por eso te he llamado.

—Has hecho muy bien, Azucena. Dame los datos y ahora mismo lo denunciamos a la Inspección, a la Junta y a la prensa. No te preocupes. Cuentas con todo nuestro apoyo.

Azucena no puede contenerse y rompe a llorar.

En un bar se ven imágenes en la televisión en las que aparecen militares recogiendo a ancianos en el centro y subiéndolos a un autobús militar. Se ven imágenes de periódico con lo sucedido en el centro de mayores. Finalmente

aparece la noticia en el prompter: treinta y ocho ancianos han fallecido en una residencia a las afueras de Sevilla[13],[14].

ENTREMÉS 4. CUANDO LAS COSAS FUNCIONAN BIEN

Cuando Rafa introdujo la llave en la puerta de su viejo Seat León recordó, como una vieja letanía, las palabras de su mujer: “A ver cuándo cambias de coche, el mismo desde hace quince años”. Y en su cabeza se reprodujo la misma respuesta: “Para qué voy a cambiarlo si funciona como el primer día”.

Sí, había nuevos modelos, mucho mejores, incluso nuevas versiones del mismo modelo. Pero en ese tema Rafa era obstinado, cuando las cosas funcionan bien, para qué cambiarlas. Las tripas de ese coche habían pasado por sus manos en la cadena de montaje. Posiblemente él mismo había colocado los espejos retrovisores en forma de gota que se introdujeron en 2003, dándole un aspecto más moderno.

Pero ese día estaba cansado, igual que ayer, que antes de ayer. Eran más de dos semanas conduciendo por las vacías carreteras que le llevaban desde Olesa hasta Martorell.

Todos los días, durante muchos años, había maldecido el pesado tráfico de la autopista. Desde su pueblo apenas tenía que recorrer un kilómetro de la A-2, pero siempre estaba llena de coches y camiones. Tampoco le gustaba el lento transitar por la pequeña carretera que le llevaba a la fábrica, los interminables camiones llenos de asientos, retrovisores, lunas, puertas hacían que el trayecto fuese lentísimo.

Y ahora se quejaba de lo contrario, no había nadie en la carretera. Era como si una bomba de neutrones hubiera explotado en el Baix Llobregat, todo seguía allí, en el mismo sitio, pero no se veía ni un alma. Hacía ya dos semanas que se había decretado el estado de alarma y la fábrica estaba cerrada, los comercios estaban cerrados, todo estaba cerrado.

Al principio Rafa se había sentido a gusto yendo a la fábrica mientras el resto de

sus compañeros se quedaban en casa. Habían llegado a un buen acuerdo con la empresa, complementaba el dinero del ERTE hasta el 90% del salario. Él también estaba en el expediente, pero ya desde el día uno del confinamiento se habían iniciado las reuniones con la dirección de la empresa para preparar el desconfinamiento. Solo en Martorell eran más de catorce mil trabajadores. Un verdadero lío pensar cómo tendría que ser todo de nuevo con el bicho presente. Controles, distancia de seguridad, mascarillas, ¿para trabajar todo el día? ¿De dónde las traerían?

Sin embargo, ahora que podía ir más rápido, que apenas tardaba la mitad de tiempo, esos diez kilómetros le parecían una eternidad.

Estaba llegando a la planta cuando le sonó el móvil. Apenas distrajo su mirada de la carretera unos segundos para verlo vibrar en el asiento del copiloto, ya no cogía el teléfono en cualquier momento. Antes lo hacía incluso conduciendo. No, había aprendido a refrenar esa adicción al bip-bip.

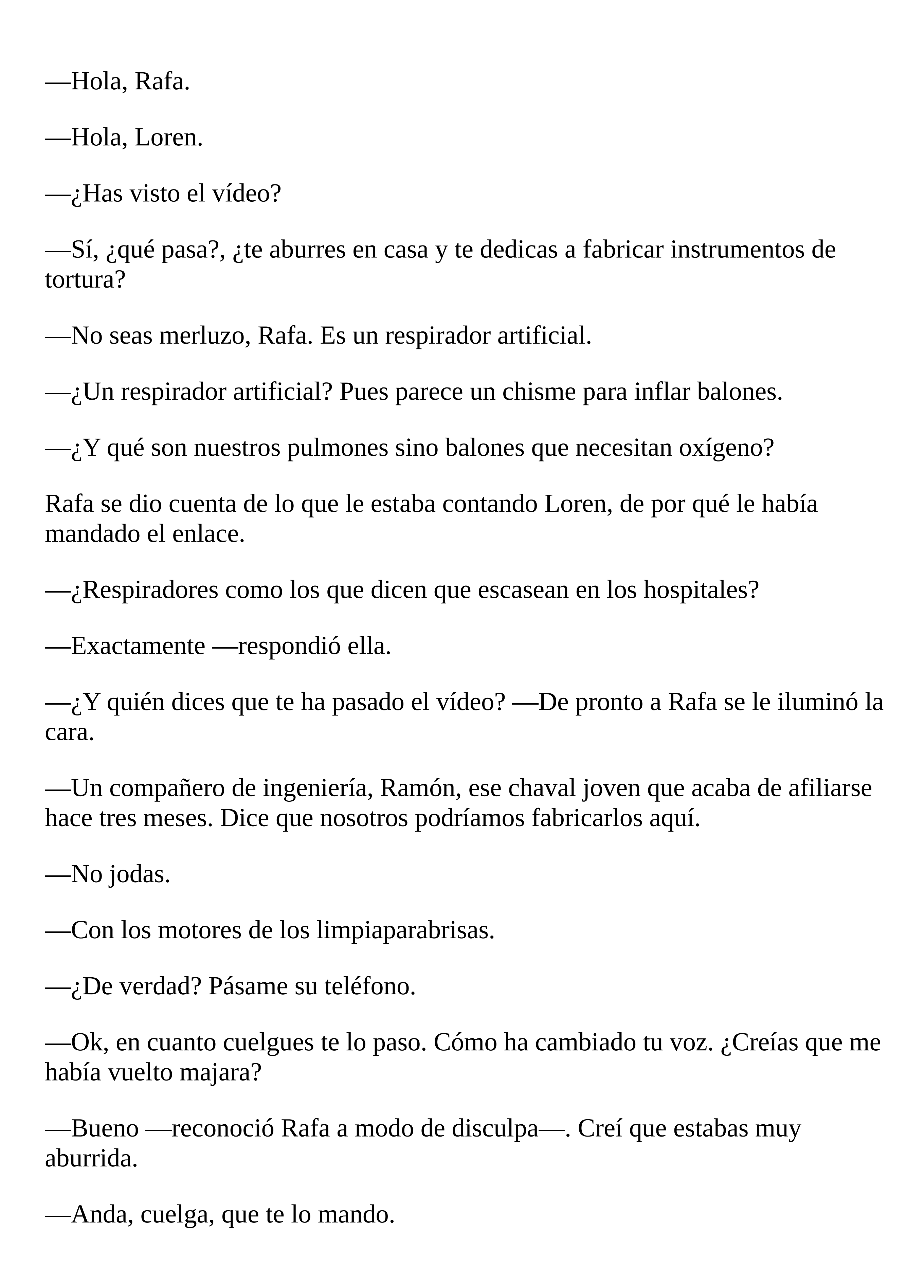
Aparcó el coche bajo uno de los paneles solares que cubrían las miles de plazas de la campa. Ahí era cuando más sentía la soledad. En esos pocos metros que le separaban de la puerta de las naves. Hace dos semanas allí había miles de coches, de compañeras y compañeros que se bajaban, que comentaban el último partido del Espanyol, la última salida de tono del president, los días que les debía la empresa después de hacer horas a mansalva…

Hoy solo había silencio, un mudo silencio que lo envolvía todo. Para romperlo cogió el móvil. Era un mensaje de Loren, una compañera de CC OO del Comité, diciéndole: “Mira este vídeo”[15].

Lo que menos le apetecía esa mañana era ver vídeos de animales salvajes o de apocalipsis nucleares, pero era verdad que Loren era poco aficionada a mandar chorradas, por eso lo abrió. Alucinó.

¿Qué era aquello? Parecía un vídeo de Bricomanía. En algo que parecía una mesa de carpintero, con un montón de herramientas colgadas en la pared, se veía una caja de madera con un émbolo que presionaba sobre una especie de globo del que salía un tubo que inflaba una bolsa de plástico. Como si la máquina respirara. Dios, ¿qué le pasado a Loren? ¿Tan aburrida estaba?

Olvidó al instante el extraño artilugio y se dirigió a la puerta de entrada. En ese momento sonó el teléfono. Era Loren. “Vaya, le ha dado fuerte”, pensó.



—Hola, Rafa.

—Hola, Loren.

—¿Has visto el vídeo?

—Sí, ¿qué pasa?, ¿te aburres en casa y te dedicas a fabricar instrumentos de tortura?

—No seas merluzo, Rafa. Es un respirador artificial.

—¿Un respirador artificial? Pues parece un chisme para inflar balones.

—¿Y qué son nuestros pulmones sino balones que necesitan oxígeno?

Rafa se dio cuenta de lo que le estaba contando Loren, de por qué le había mandado el enlace.

—¿Respiradores como los que dicen que escasean en los hospitales?

—Exactamente —respondió ella.

—¿Y quién dices que te ha pasado el vídeo? —De pronto a Rafa se le iluminó la cara.

—Un compañero de ingeniería, Ramón, ese chaval joven que acaba de afiliarse hace tres meses. Dice que nosotros podríamos fabricarlos aquí.

—No jodas.

—Con los motores de los limpiaparabrisas.

—¿De verdad? Pásame su teléfono.

—Ok, en cuanto cuelgues te lo paso. Cómo ha cambiado tu voz. ¿Creías que me había vuelto majara?

—Bueno —reconoció Rafa a modo de disculpa—. Creí que estabas muy aburrida.

—Anda, cuelga, que te lo mando.

—Gracias, y perdona.

—Como si no me conocieras.

La cabeza de Rafa empezó a entrar en ebullición, sus capacidades organizativas se desplegaron en todas sus redes neuronales. Recordaba esa sensación de euforia que le embargaba cuando, tras una dura negociación con la empresa, sacaban adelante un buen acuerdo que se reflejaba en las caras de las compañeras y compañeros. Nada más recibir el teléfono de Ramón, le llamó. El joven ingeniero le contó lo que había pensado y Rafa se comprometió a explicarle la propuesta al jefe de Recursos Humanos de Seat, se vería con él dentro de una hora.

Unos pocos días más tarde, el domingo 29 de marzo a primera hora, la vacía campa de la Seat de Martorell estaba aderezada con unos diez coches, casi todos marca de la casa, aunque de gamas muy diferentes.

En el interior de la nave en una de las salas de reuniones había doce personas. Rafa estaba junto a Ramón, más allá tres compañeros de la UGT, y luego los jefes. Rafa había conseguido que vinieran tres vicepresidentes de la empresa, Servicios Legales, I+D y Producción, y la responsable de los servicios médicos de la empresa. La reunión fue larga y, en algunos momentos, tensa. Había un objetivo común, pero surgían dudas legales, incertidumbres médicas, problemas técnicos y logísticos que no eran fáciles de resolver. Pero había voluntad de que las cosas funcionasen bien.

Cuando Rafa se subió en su viejo, y sin embargo impecable, Seat León era ya de noche, habían estado encerrados más de doce horas, pero se sentía muy a gusto. Sabía que aquello funcionaría, estaban todos a una. Salvar vidas era ahora lo más importante y ellos iban a poder aportar su granito de arena.

Enfiló la estrecha carretera hacía la A-2 y de pronto unas luces lo cegaron. Era un control de los Mossos. Las explicaciones de Rafa de por qué estaba a las nueve y cuarto de la noche de un domingo de marzo, en pleno estado de alarma, en el kilómetro tres de la carretera Martorell-Abrera debieron parecerle surrealistas al cabo de los Mossos que dirigía en control, pero Rafa no se inmutó. Después del incidente continuó su camino a casa con una multa en el asiento del copiloto, pero la sonrisa no le había desaparecido de la cara, la tenía esculpida.

Tres semanas después, dos turnos de ochenta trabajadores fabricaban

respiradores asistidos en la línea de montaje del Seat León de la planta de Martorell. Los ingenieros en un tiempo récord fueron capaces de diseñar trece prototipos, con engranajes impresos en Seat, ejes de cajas de cambios y el motor adaptado de los limpiaparabrisas, hasta que consiguieron la homologación del OxyGen. Inflar balones es parecido a inflar pulmones, pero no es lo mismo. Los prototipos fueron evaluados por los servicios médicos de la empresa y el que finalmente fue aceptado, compuesto por más de ochenta piezas y componentes electrónicos y mecánicos, fue homologado en las numerosas pruebas realizadas en el Clinic, el hospital del Mar y el Germans Trias i Pujol[16].

Rafa ya no se angustia por los enormes tráileres que entorpecen la circulación en la estrecha carretera que le lleva de Olesa a Martorell, ni por el acelerado tráfico con el que se encuentra cada vez que se incorpora a la A-2 a la altura de Abrera. Desde la noche del 29 de marzo no ha perdido la sonrisa. Cuando las cosas funcionan bien…

ENTREMÉS 5. PEDALEANDO PARA SOBREVIVIR

Raúl es un chaval fornido de veintitantos años, trabaja para una empresa de reparto a domicilio y es delegado sindical. Está en la calle, está atardeciendo. Finales de marzo, los días ya empiezan a ser cálidos, pero cuando el sol se va, las temperaturas bajan mucho. A pesar de que hace frío, solo viste unos pantalones cortos y una sudadera. Ha dejado la bicicleta apoyada en una farola y está hablando por teléfono con Alejandro, un joven jefe de personal apenas un poco mayor que Raúl que ha promocionado en la empresa.

—¿Sí? ¿Entonces al final aceptáis? De puta madre —Raúl insiste—. A ver, que me quede claro. ¿Vais a pagar la nómina de marzo a toda la gente que se quedó fuera del ERTE?

—Sí, por eso no te preocupes —responde Alejandro—. El Gobierno va a llegar a un acuerdo con los sindicatos y los empresarios y eso nos permitirá tener un colchón financiero.

—Sí, eso ya me lo han contado en el sindicato, el Gobierno nos pagará el 70%

del salario. Pero eso solo es para los que entran en el ERTE. Lo importante es que la nómina de marzo de los que no han entrado en el ERTE sea el salario medio que veníamos cobrando antes. Los pedidos de este mes han sido una mierda, no cuenta. ¿Ok?

El jefe de personal se queda callado.

—¡Joder! —Raúl insiste—. ¿Puedo asegurar eso, sí o no? No me jodas, que como cuente eso a los compañeros y luego sea que no, la vamos a tener….

—Sí, cobrarán según el salario en función de una estimación de las horas trabajadas el mes anterior. Eso va a ser así, ya te lo he dicho, pero…

—Pero ¿qué? —inquiere Raúl con preocupación—. ¿Ya vienes con las rebajas? Que al final la vamos a tener…

—No, es que habéis montado una muy gorda con eso de las redes.

Alejandro se refiere a una serie de tuits que se han lanzado desde la sección sindical de CC OO para denunciar la situación de los riders que apenas habían podido trabajar en las primeras semanas del estado de alarma. La campaña se ha viralizado y ha sido trending topic durante varias horas.

—Oye, que no nos estáis regalando nada. Si no llegamos a montarla en Twitter, los dejáis con una mano delante y otra detrás. El ERTE es bueno para todos. A vosotros el Gobierno os pagará las cotizaciones a la Seguridad Social.

Pedro es un dirigente sindical de poco más de cuarenta años. Está mirando por la ventana desde su despacho. Tiene el teléfono en la mano y los auriculares en las orejas, el ceño fruncido. Manosea con ansiedad el cable de los auriculares con una mano. La cabeza, rapada al cero, con la otra. Está hablando con un alto cargo del Gobierno, Miguel Ángel.

—Pues, si hay que cerrar el país, cuanto antes, mejor. —Pedro está alterado—. La gente que sabe de esto me dice que el contagio del virus va a ser enorme. Está disparado y la progresión va a ser geométrica.

—Ya, pero tiene que ser fruto de un acuerdo entre vosotros y los empresarios —remarca Miguel Ángel.

—Os hemos mandado una propuesta laboral. Sobre el cierre económico es el Gobierno el que tiene toda la información, lo hablamos. Si se paraliza el país y se cierran tantos negocios, el hostión va a ser de campeonato. En un mes tienes millón y medio de currelas en la calle.

—Claro que somos conscientes de ello, un millón y medio me parece poco, por eso hay que hacer algo nuevo.

—No nos vale lo de siempre, la gente a la puta calle y luego que se busque la vida. Los primeros, los temporales y los fijos de poca antigüedad, como siempre —remarca Pedro.

—La hostelería y el comercio lo van a notar si esto dura hasta Semana Santa, vaya que lo van a notar.

—Si se tiene que parar el país, ¡hacedlo ya, joder! Pero hay que poner en marcha cuanto antes eso que os hemos pasado.

—Claro que lo vamos a estudiar, pero va a costar una pasta —responde Miguel Ángel con preocupación—. Según los cálculos que nos han hecho, se nos dispara el gasto en prestaciones.

—Una pasta no, un pastón. Eso seguro. Pero ¿qué queréis?, ¿que se dispare el paro hasta los cinco millones?

—No, claro que no, si esto funciona van a ser tres millones largos de trabajadores en ERTE. Como mínimo duplicamos el presupuesto.

—Lo importante es impedir el despido de millones de trabajadores como sea —insiste Pedro—. Parece que en Italia también lo van a hacer.

—Sí. Y en Francia y Alemania llevan décadas con sistemas similares. Pero en España no tenemos ninguna experiencia de una intervención en el mercado de trabajo de esta magnitud, no sabemos cómo va a funcionar aquí. Y eso sin contar la bronca política.

—Es ahora o nunca. Lo hacen en Francia, Italia y Alemania. Es ahora o nunca. Hay que forzar y hacer pedagogía de los hechos de una santa vez.

Vuelve la conversación de Raúl, el repartidor, con Alejandro, su jefe, por

teléfono.

—El problema es que los jefazos están muy cabreados.

—¿Cabreados? —pregunta Raúl, extrañado—. ¿Por qué?

—Que si se ha manchado el nombre de la empresa… —Alejandro conoce el carácter de Raúl, temperamental, y va preparando el terreno.

—¿Que hemos manchado el nombre de la empresa? Pues lo laváis con lejía. Si no llegamos a hacer la campaña en redes, no nos hacéis ni puto caso.

—No sé, habría que hacer algo. No sé, un par de fotos de los jefes con dos o tres de vosotros con las bicis. Ya sabes, sonriendo. Anunciando que los riders que han trabajado van a percibir el salario medio del mes anterior en lugar del correspondiente a…

—Las únicas fotos que vas a ver son las de tu boda, ¡no te jode! ¿Una campaña a favor? ¿Pero tú quién te crees que somos? ¿Una agencia de publicidad o una ONG de ayuda al empresario simpático?

—Ya te he dicho que los jefes de arriba… —insiste Alejandro.

—Ni de coña —le vuelve a cortar Raúl—. Si quieres campaña de marketing te la pagas tú. Con lo que habéis ganado todos estos años y con lo que te ahorras de cotizaciones sociales. El salario medio en febrero está entre los cuatrocientos y los quinientos euros. Los del ERTE se van a llevar el 70%. A los que están trabajando ahora mismo, sin apenas pedidos, les mantenéis la media del mes anterior. Vale, guay, pero de ahí a un publirreportaje…

—Para, para. No te pongas así.

—No te jode. Tío, que yo no me saco ni seiscientos euros al mes… Lo mismo que tú, pero con un cero menos. Olvídate de las fotos a menos que quieras mandarlo todo a la mierda.

—Vale, está olvidado. —Alejandro piensa para sí: “Un cero menos, dice este gilipollas, si yo te contara lo que de verdad cobro por comerme los marrones que me como…”.

—Ahora lo importante es lo que hemos hablado sobre la nómina de marzo para los que se van a la calle —reitera Raúl.

—Ya te he dicho que sí, que por eso no hay problema. ¿Pero el acuerdo lo haremos público? —pregunta Alejandro titubeando. No ha convencido a los que tiene “por debajo” y necesita una percha para hacerlo a los que tiene “por arriba”—. ¿Eso sí?

—Hemos llegado a un acuerdo, pues estupendo, tío. Claro que lo haremos público, de eso no os preocupéis, pero hasta ahí, nada más… Fotorreportajes del ¡Hola! ni uno —Raúl, cuando coge carrete, coge carrete. Recuerda algún curso de negociación en el sindicato, y la necesidad de “empatizar” con la otra parte para dar una salida a las negociaciones. Todavía le cuesta mantener los equilibrios…

Raúl cuelga, se monta en la bici y sale a toda velocidad, llega a casa, sube las escaleras a la carrera y se conecta a una videoconferencia con varios compañeros y compañeras.

—Chicos, que parece que sí, que adelantan la pasta y nos pagan el promedio de horas que veníamos trabajando. —Raúl está contento, pero también acelerado, se oyen vítores y aplausos por el teléfono—. Ya se las apañarán. El Gobierno les va a meter un chorro de pasta, me lo han dicho en el sindicato.

La comunicación del acuerdo[17] se va expandiendo en red en sucesivas conversaciones por videoconferencia, mensajes de Telegram, etc.

BIBLIOGRAFÍA

EL ÚLTIMO HÉROE DE LA CAMOCHA

Entrevista a Casimiro Bayón, El Campello, 13 y 14 de febrero de 2006, en Biografías obreras y militancia sindical en CC OO, Archivo de Historia del Trabajo, Fundación 1º de Mayo.

Foweraker, J. (1990): La democracia española. Los verdaderos artífices de la democracia en España, Madrid, Arias Montano.

García Piñero, R. (1990): Los mineros asturianos bajo el franquismo (1937-1962), Madrid, Fundación 1º de Mayo.

Moreno, J. (2011): Comisiones obreras en la dictadura, Madrid, Fundación 1º de Mayo.

Ruiz, D. (dir.) (1994): Historia de Comisiones Obreras (1958-1988), Madrid, Siglo XXI.

Vega, R. y Serrano, B. (1998): Clandestinidad, represión y lucha política. El movimiento obrero en Gijón bajo el franquismo (1937-1962), Gijón, Ayuntamiento de Gijón.

O TODOS O NINGUNO: MEMORIA DE LA HUELGA

MÁS LARGA DEL FRANQUISMO

Andrés, S. (2017): “Un libro recupera testimonios inéditos de la Huelga de Bandas en su 50 aniversario”, Bidebieta, 20 de diciembre,

https://www.bidebietairratia.com [consultado el 13/07/2020].

Asociación Moviéndote (s. f.): Historia de un desafío obrero a la dictadura franquista. La huelga de Bandas, Getxo, Asociación Moviéndote/Gobierno Vasco, https://www.moviendote.org/wp-content/uploads/2019/01/LA-HUELGA-DE-BANDAS-1.pdf [consultado el 13/07/2020].

Doxa Producciones (2017): 163 días. La huelga de Bandas, tráiler, 30 de noviembre, https://vimeo.com/ondemand/163diaslahuelgadebandas

Escuela Sindical CC OO (2019): La huelga de Bandas Noviembre 1966, 30 de noviembre, https://www.youtube.com/watch?v=x6bvKIk6WO4

ES información (2018): 163 días: la huelga de bandas (EITB 2, 18/05/2017), 03 de enero, https://www.youtube.com/watch?v=rao2D-yI9ns

HOAC (2016): "La HOAC y la huelga de Bandas", HOAC. Hermandad Obrera de Acción Católica, 7 de diciembre, https://www.hoac.es [consultado el 13/07/2020].

Pérez Pérez, J. A. (2016): "50 años de la huelga de Bandas (noviembre 1966-mayo 1967", Sin Permiso, 18 de diciembre, https://www.sinpermiso.info [consultado el 13/07/2020].

— (s. f.): La huelga de Bandas (1966-1967), Bilbao, Fundación José Unanue.
Trabajadores de Laminación de Bandas (1968): Nuestra huelga. 30 nov 1966-15 mayo 1967. 163 días de lucha obrara contra el capitalismo fascista del Estado Español, Echévarri, Trabajadores de Laminación de Bandas.

Viana, I. (2013): "La huelga obrera que desafió a Franco durante seis meses", ABC Historia, 13 de septiembre, https://www.abc.es [consultado el 13/07/2020].

Zaguirre, M. (2016): "Medio siglo de la huelga de "bandas"", Nueva Tribuna, 09 de diciembre, https://nuevatribuna.es [consultado el 13/07/2020].

MILÁN, 1972: AMINISTIA. QUE TRATA DE SPAGNA

Abelaira Huertos, A. y Alba Monteserín, S. (2018): “Mensajes a una exposición. En torno a una experiencia dialógica sobre el movimiento obrero y el franquismo”, en Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates: actas del XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Alicante, 20-22 de septiembre.

Del Bufalo, M. (2014): “Amnistía. Que trata de España: la unidad sindical CGIL-CSIL-UIL y CC OO en la lucha antifranquista”, Historia, Trabajo y Sociedad, nº 5.

De Haro García, N. (2010): “Estampa Popular: un arte crítico y social en la España de los años sesenta”, memoria para optar al grado de doctor, Universidad Complutense de Madrid.

Fondo de archivo DECO, CDM, Fundación 1º de Mayo.

Gómez Alén, J. (coord.) (2003): Arte y solidaridad. Los pintores españoles y el cartelismo sociopolítico, Vigo, Tórculo.

Llorens, T. (2015): Equipo Crónica, Museo de Bellas Artes de Bilbao.

Marzo, J. L. (2006): Arte moderno y franquismo. Los orígenes conservadores de la vanguardia y de la política artística en España, Madrid, Cendeac.

Quaggio, G. (2017): “¿Enemigas o aliadas clandestinas? Las relaciones culturales entre España e Italia a través de la Bienal de Venecia (1950-1976)”, Patria, pan… amore e fantasia. La España franquista y sus relaciones con Italia (1945-1975), pp. 117-138.

Real López, I. (2014): “Arte y solidaridad: la exposición Amnistía. Que trata de España. Documentos del archivo de la Delegación Exterior de Comisiones Obreras”, Historia, Trabajo y Sociedad, nº 5.

Torrell, J. (2015): “En la muerte de Manel Esteban: la historia oculta de un cineasta”, Revista mientras tanto, en http://www.mientrastanto.org/boletin-137/ensayo/en-la-muerte-de-manel-esteban

Treglia, E. (2017): “Por la libertad en España. La solidaridad italiana con el antifranquismo (1962-1977)”, Patria, pan… amore e fantasia. La España franquista y sus relaciones con Italia (1945-1975), pp. 163-191.

Ysàs, P. (2004): Disidencia y Subversión: la lucha del régimen franquista por su supervivencia (1960-1975), Barcelona, Crítica.

EL PROCESO 1001: EL PRINCIPIO DEL FIN

DEL RÉGIMEN FRANQUISTA

Abad Buil, I. (2012): En las puertas de prisión. De la solidaridad a la concienciación política de las mujeres de los presos del franquismo, Barcelona, Icaria.

Arriero Ranz, F. (2016): El Movimiento Democrático de Mujeres. De la lucha contra Franco al feminismo (1965-1985), Madrid, Los Libros de la Catarata.

Babiano, J. (coord.) (2013): Proceso 1001 contra Comisiones Obreras. ¿Quién juzgó a quién?, Madrid, Fundación 1º de Mayo.

Declaración de la Coordinadora General de Comisiones Obreras (s. f.) Colección Miguel Ángel Zamora Antón, Archivo de Historia del Trabajo, Fundación 1º de Mayo.

Entrevista a Natividad Camacho (s. f.): Biografías obreras y militancia sindical en CC OO, Archivo de Historia del Trabajo, Fundación 1º de Mayo.

Entrevista a Vicente Llamazares (s. f.): Biografías obreras y militancia sindical en CC OO, Archivo de Historia del Trabajo, Fundación 1º de Mayo.

Escrito de Calificación del Fiscal del Proceso 1001 (s. f.): Fondo Abogado Laboralista José Manuel López López, Archivo de Historia del Trabajo, Fundación 1º de Mayo.

Fondo de Archivo Deco: Centro de Documentación de las Migraciones, Fundación 1º de Mayo.

Llamamiento de la Coordinadora General de Comisiones Obreras (1972): Boletín de Información de la Agencia Democrática de Información.

Propaganda del Comité de Lucha contra el Proceso 1001 (s. f.) Colección de Propaganda Política y Social, Archivo de Historia del Trabajo, Fundación 1º de Mayo.

Ramos Espejo, A. (2010): Andaluzas, protagonistas a su pesar. De la mirada de Virginia Woolf al cante de liberación de la Piriñaca, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces.

Texto del Comunicado Facilitado a los Medios de Información por las tres Centrales Sindicales Italianas CGIL, CISL y UIL (s. f.): Fondo ATEES. Secciones Basilea y Lausanne, Centro de Documentación de las Migraciones, Fundación 1º de Mayo.

Vega, R. y Gordon, C. (2007): Juan Muñiz Zapico, “Juanín”, Oviedo, KRK/Fundación Juan Muñiz Zapico.

MONOS AZULES: CLASE Y COMUNIDAD EN LA HUELGA DE LAFORSA

Entrevista a Esteban Cerdán: Col. Elionor Sellés, Arxiu Històric de CC OO de Catalunya, Fundació Cipriano García.

Entrevista a Gabriel Márquez Tena: Col. Biografies Obreres, Arxiu Històric de CC OO de Catalunya, Fundació Cipriano García.

Escribano, F. (2004): “Lluita Obrera, història d’una vaga”, Dies de Transició, programa de televisión.

Cerdán, E.; González, M. y Ródenas, S. (2010): O todos o ninguno. La huelga de LAFORSA, Cornellá de Llobregat, 1975-1976, Cornellá de Llobregat, Ajuntament.

Cuadernos Primero de Mayo (1976): nº 2.

Dossier Laforsa, elaborado por XTEC con materiales de la Fundació Utopia, Cornellá de Llobregat.

Palabras de Su Majestad el Rey en Cornellá,
http://www.casareal.es/ES/actividades/Paginas/actividades_discursos_detalle.asp:
data=3589

Rozalén Piñero, Laura (2017): Ciudades periféricas. Fracturas sociales en las comunidades urbanas del sur de Europa (1950-1990), tesis doctoral dirigida por Andreu Mayayo (dir) y José Babiano (codir.), Universidad de Barcelona.

SOBRE LOS AUTORES Y AUTORAS

Elvira Lindo

Escritora y periodista, empezó trabajando en Radio Nacional. Desde muy pronto hizo compatible el ejercicio del periodismo, en prensa y radio, con la creación literaria. En 1994 recibió el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil por Manolito Gafotas y en 2005 el Premio Biblioteca Breve por su novela Una palabra tuya. Su novela más reciente es A corazón abierto (2020).

Manuel Rivas

Es uno de los escritores gallegos con mayor proyección internacional. Ha sido traducido a treinta y siete idiomas y ha recibido numerosos premios. Algunas de sus obras más conocidas han sido llevadas al cine, como La lengua de las mariposas o El lápiz del carpintero.

Benjamín Prado

Poeta, novelista y ensayista, su obra ha sido premiada en varias ocasiones. Entre sus galardones se encuentran el Hiperión, el Premio Andalucía de Novela y el Generación del 27. Su último libro, Incluso la verdad (2017), es fruto de la colaboración del autor con el cantante Joaquín Sabina.

Isaac Rosa

Autor de siete novelas, libros de relatos y guiones de cómic, su obra ha sido traducida a varios idiomas y llevada al cine en tres ocasiones. Columnista de prensa, su último libro es Tiza roja (2020).

Unai Sordo

Graduado Social por la UPV-EHU, trabajó en el sector de la industria de la madera antes de incorporarse con responsabilidad al sindicato, tras años de militancia activa. Fue elegido secretario general de CC OO Euskadi en enero de 2009, en sustitución de Josu Onaindi. En 2017 fue elegido secretario general de CC OO en el XI Congreso Confederal celebrado en Madrid.

Joaquín Estefanía

Licenciado en Ciencias Económicas y en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, fue director de El País entre 1988 y 1993. De 1993 a 1996 fue director de publicaciones del Grupo PRISA. Actualmente continúa escribiendo columnas sobre economía en El País y ha publicado varios libros de contenido económico.

Bruno Estrada

Economista, adjunto a la Secretaría General de Comisiones Obreras (2015-2019) y actualmente asesor en el gabinete de la Secretaría de Estado de Empleo y Economía Social. Autor de La revolución tranquila (2018) y 20 razones para que no te roben la historia de España (2019), colabora habitualmente con El País, El Siglo de Europa, CTXT, publico.es, eldiario.es y Alternativas Económicas.

Pedro A. Jiménez Manzorro

Profesor de Enseñanza Secundaria, traductor de teatro grecolatino y articulista de saldo. Ha dado muchos tumbos en esto que llamamos vida, pero recuerda con especial cariño sus años de docencia en Almonte (Huelva), donde no conoció a María la Perraquilla. Ahora es profesor en la Escuela Europea de Bruselas I (Uccle).

José Babiano

Doctor en Historia Contemporánea y especialista en Historia del Trabajo y de la Emigración, dirige en la Fundación 1º de Mayo el Archivo de Historia del Trabajo y es coordinador técnico del Centro de Documentación de la Emigración Española (CDEE). Es autor de varios libros sobre el mundo del trabajo, el movimiento obrero y el asociacionismo durante el franquismo y la democracia.

Susana Alba Monteserín

Licenciada en Geografía e Historia, cursó estudios de posgrado de Archivística y Documentación. Desde 2003 se ocupa del tratamiento técnico de los fondos documentales y colecciones del Centro de Documentación de las Migraciones (CDM) de la Fundación 1º de Mayo. Ha participado en diversos estudios e investigaciones desarrollados por el CDM.

Ana Fernández Asperilla

Doctora en Historia Contemporánea y licenciada en Magisterio, es directora del Centro de Documentación de las Migraciones de la Fundación 1º de Mayo y profesora asociada en la Universidad Complutense de Madrid. Es especialista en las migraciones del trabajo y autora de más de medio centenar de monografías, capítulos de libros y artículos.

Ana Abelaira Huertos

Licenciada en Historia del Arte y máster en Archivos. Trabaja en el Archivo de Historia del Trabajo, en la Fundación 1º de Mayo, donde se ocupa del tratamiento archivístico de fondos documentales. Ha desarrollado proyectos de formación en materia de documentación y ha comisariado diversas exposiciones sobre la historia de Comisiones Obreras, el sindicalismo y el trabajo.

Mayka Muñoz Ruiz

Doctora en Historia Contemporánea y archivera en el Archivo de Historia del Trabajo de la Fundación 1º de Mayo. Ha publicado estudios sobre historia de CC OO e historia de las mujeres.

Javier Tébar

Profesor asociado del Departamento de Historia y Arqueología de la Universidad de Barcelona y director del Arxiu Històric de CC OO de Catalunya, gestionado por la Fundació Cipriano García.

Pedro García Ríos

Guionista de cine y televisión, actualmente desarrolla para RTVE el drama/thriller Demokracia, proyecto de serie ganador del premio Conecta Fiction 2020 que se adentra en los oscuros y turbulentos años de la transición española.

Amaya Olivas Díaz

Licenciada en Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, ha ejercido como magistrada en varios destinos, y actualmente está destinada como titular en el Juzgado Social 1 de Madrid. Pertenece a Jueces para la Democracia y a la Plataforma por la Justicia, y colabora con varios medios jurídicos y de comunicación, como CTXT y eldiario.es.

Miguel Ángel Sánchez Sebastián

Diplomado en dirección cinematográfica en el TAI, y dos veces becado por el

ICAA, desde 1993 ha sido guionista y realizador de más de una decena de series de televisión, director del largometraje Arderás conmigo, y autor de la obra de teatro Ejecución hipotecaria (premio Max al mejor autor revelación en 2015). Además, es profesor de guion en la Universidad Carlos III y la Escuela TAI.

Antonio Campos

Periodista con treinta años de profesión a sus espaldas. También ha impartido clases de Crítica Literaria y Novelística Actual en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.

Rafael Fraguas

Militante de Comisiones Obreras desde la clandestinidad, es doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, periodista de la redacción fundacional del diario El País y profesor de Geopolítica.

Jesús Montero

Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología, y funcionario de la Universidad Complutense de Madrid. Fue secretario general de la Unión de Juventudes Comunistas de España (1984-1989) y secretario municipal de Podemos Madrid. Afiliado a CC OO desde 1995.

NOTAS

1 . El grupo de abogados, coordinado por Jaime Sartorius, finalmente estuvo formado por Joaquín Ruiz-Giménez, Marcial Fernández Montes, Adolfo Cuéllar Contreras, Alfonso de Cossío del Corral, Cristina Almeida Castro, Francisca Sauquillo Pérez del Arco, Guillermo García Lacunza, José Manuel López López, Enrique Barón Crespo y José María Gil Robles Quiñones.

2 . Josefina Samper Rosas y Vicenta Camacho Abad (esposa y hermana, respectivamente, de Marcelino Camacho), Natalia Calamai de Mesa (esposa de Nicolás Sartorius), Carmen Ciria Ruiz (esposa de Eduardo Saborido), Leonor Mendoza Ventura (esposa de Fernando Soto), Luz María Rodríguez Luque (esposa de Fernando Acosta), Manuela Antón y María del Pilar del Campo Alonso (madre y esposa, respectivamente, de Miguel Ángel Zamora), Pilar Labiano Sabalza (esposa de Pedro Santiesteban), Higinia Torre Patallo (esposa de Juan Muñiz Zapico), Pilar Martín Ortega (esposa de Luis Fernández Costilla) y Severiana García Salve (hermana de Francisco García Salve).

3 . A los trabajadores, a la opinión pública, nacional e internacional, Fondo Jaime Sartorius, Archivo de Historia del Trabajo, Fundación 1º de Mayo.

4 * Agradecimientos a Santi Bengoa, José Antonio Otaegui, y Paco Lecuona.

5 . Eduardo Bayona, “La industria francesa hacía dinero con los desastres ambientales”, Público, 30 de julio de 2016.

6 . Díaz Sánchez, Pilar (1999): Seminario de Fuentes Orales (UCM), Cuadernos de Historia Contemporánea, nº 21, pp. 279-293.

7 . “Lo ya hecho por el feminismo”, CC OO Telecomunicaciones, 8 de marzo de 2018.

8 . Retrato de una niña en el barrio de la Perona, “La cara desconocida de las últimas barracas de Barcelona”, La Vanguardia, 24 de noviembre de 2017.

9 . Díaz Sánchez, Pilar (2007): “El trabajo en la confección textil: un oficio de mujeres”, Espacio, tiempo, y forma. Serie V. Historia contemporánea, tomo 19, pp. 371-392.

10 * Todas estas historias están basadas en hechos reales relatadas por las y los delegados de CC OO o publicadas en los medios de comunicación del sindicato o en la prensa, aunque se han ficcionado algunas situaciones. En algunos casos se han cambiado los nombres, en otros no.

11 . Agustín Millán, “Denuncian amenazas de los responsables del hospital Infanta Leonor de Vallecas a los trabajadores”, Diario 16, 23 de mayo de 2020.

12 . “Las cajeras tenemos pesadillas y dolores de cabeza por el estrés”, Madrid

Sindical, 9 de marzo de 2020.

13 . Julia Camacho, “Andalucía confirma 24 muertos por coronavirus en una residencia de ancianos en Sevilla”, El Periódico, 7 de abril de 2020.

14 . “CC OO acusa a la Junta de no proporcionar información sobre la situación de la residencia Joaquín Rosillo”, Comisiones Obreras de Andalucía, 6 de abril de 2020.

15 . Oxygen Generation, “OxyGEN Prototype”, vídeo de YouTube, 17 de marzo de 2020.

16 . “Las y los trabajadores de Seat en Martorell empiezan a fabricar respiradores en serie para la sanidad pública”, FSC-CC OO, 30 de marzo de 2020.

17 . “He visto llorar de desesperación a muchos repartidores”, Madrid Sindical, 28 de abril de 2020.